

Hamburg - Amerika

ARMANDO CARTES MONTORY

Linie.



PEDRO DEL RIO

ANARTU

Patriota,
Filántropo
y Viajero Universal

El título "Patriota, Filántropo y Viajero Universal" corresponde a una inscripción existente en el Mausoleo del señor Del Río, en el Cementerio de Concepción. Hace alusión a los tres rasgos más característicos del personaje en su tiempo.

La portada corresponde a una reproducción contenida en una carta menú del vapor correo "Orma", que trajera al filántropo de regreso a Chile tras su segundo viaje. En el recuadro, una litografía de Pedro del Río, a los 19 años que ilustra las crónicas del primer viaje, tituladas *Viaje en barco al mundo por un chileno*. En la contraportada, Pedro del Río a Casimiro Barrios, en una *Ómnibus*. Suiza (1906).



EDICIONES DEL BOSQUE

DONACION



PARQUE
PEDRO DEL RÍO
ZARZARU

© 1992 Armando Cartes Montory
Registro Propiedad Intelectual N° 82.119
I.S.B.N. 956-7089-38-8
Segunda edición, julio de 1997
Diseño y edición de Oscar Lermanda
Impreso en los talleres de EDITORA ANÍBAL PINTO, S.A.
Maipú 769, fono 241662, fax 227234
Concepción, Chile.

Todas las fotografías incluidas en esta edición pertenecen al autor, salvo cuando se indica otra cosa.

Ninguna parte de este libro, incluida su cubierta, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos o químicos, incluidas las fotocopias, sin permiso del autor, excepto citas en revistas, diarios o libros, siempre que se mencione la procedencia de las mismas.

El autor agradece la colaboración de la periodista Helen Urra Parra y del publicista Luciano Pérez Fuentealba en la reedición de esta obra.

ARMANDO CARTES MONTORY

PEDRO DEL RIO ZÑARTU

Filántropo, Patriota y Viajero Universal

SEGUNDA EDICION



00190AHC

027931

EDITORIA ANIBAL PINTO S.A.

PRESENTACIÓN

Preservar y reconocer el valor de nuestra historia es, sin duda, una tarea irrenunciable a la que nos debemos abocar como nación, ya que en la medida que mantengamos firmes nuestros lazos con aquellos que en otros tiempos forjaron nuestro destino podremos mirar seguros hacia el futuro. Este es el camino que debemos emprender: Valorar nuestras raíces y, por sobre todo, a aquellos que con su esfuerzo y entereza conforman nuestro pujante presente.

En este contexto surge con fuerza la visionaria figura de don Pedro del Río Zañartu, filántropo que escribió parte importante de nuestra historia, plasmándola de hazañas e innovadores proyectos. Constituye hoy un deber el divulgar y valorar la vida y obra de tan destacado penquista del siglo pasado, que a través de su legado dio origen al parque que lleva su nombre. Es por ello que como Comisión Administrativa de tan valiosa reserva natural e histórica, declarada Santuario de la Naturaleza y Monumento Histórico Nacional, hemos asumido la tarea de apoyar y finalmente concretar la reedición del libro *"Pedro del Río Zañartu: Patriota, Filántropo y Viajero Universal"*, que contribuirá a preservar y proyectar nuestro patrimonio cultural.

Este destacado trabajo de investigación, obra del abogado Armando Cartes Montory, reconstruye nuestra historia y con interesante detallismo revive los pasajes que la han ido conformando. En ella se entremezclan la evolución económica, política, social y cultural del Chile del siglo pasado. A través del libro somos testigos de los incontables hechos que desde joven marcaron el carácter del filántropo, de su insaciable espíritu descubridor, de sus hazañas, de sus innovadoras empresas y, por sobre todo, de la tragedia familiar que se transformó en el detonante de los 4 viajes que realizó alrededor del mundo.

Don Pedro del Río Zañartu fue un hombre que vivió el crucial momento del cambio de siglo empapado de proyectos y férreamente comprometido con lo social. A través de las presentes líneas descubrimos al visionario hombre que llevado por su incansable espíritu configuró lo que él orgullosamente llamaba "Su Mu-

seo", el cual fue legado por él a la ciudad de Concepción el 5 de noviembre de 1917.

Fue la generosidad y visión de don Pedro del Río Zañartu la que dio vida a este legado de más de 500 hectáreas, en el que se conjugan parte esencial de nuestro patrimonio cultural con el valor natural de bosques vírgenes y fauna autóctona. Todo lo cual reafirma día a día el carácter único que posee el Parque Pedro del Río Zañartu.

Ese libro, además de constituir una brillante investigación histórica, posee un valor muy especial que nos interesa compartir con la comunidad en general. En él se descubre y releva a un personaje de nuestra zona al que, quizás como a otros, todavía no hemos aprendido a valorar suficientemente. Deseamos firmemente que este esfuerzo de reedición contribuya a lograr este importante objetivo.

MARÍA ANGÉLICA FUENTES FUENTEALBA
Gobernadora Provincial de Concepción

Concepción, abril de 1997.

PRÓLOGO

Concepción, fundada en Penco el 5 de octubre de 1550 por el Gobernador y Capitán General don Pedro de Valdivia, ha tenido desde siempre importancia histórica. Tanto en su primitivo emplazamiento, como en el actual del Valle de La Mocha (desde 1764), fue siempre centro de una extensa región que se iniciaba en el límite sur del río Maule y llegaba hasta la zona de frontera marcada por el río Bío-Bío y ha sido teatro de acontecimientos fundamentales de la historia chilena.

Las penalidades que caracterizaron en esta zona la conquista y colonización; las dificultades que se opusieron a la evangelización y las calamidades derivadas de hechos de la naturaleza, contribuyeron a formar una sociedad de mujeres y hombres que debieron oponer a tales obstáculos una férrea voluntad y que forjaron una verdadera identidad regional.

Orgullosos de sus esfuerzos y de sus tradiciones, los penquistas, denominación que se trasladó del Penco antiguo, sabían que su capital fue centro de los hechos más relevantes de la primera etapa de la presencia hispana; que ya en 1568 se erigió el Obispado de la Imperial, cuyo primer Obispo fue Fray Antonio de San Miguel (1568-1589); que el mismo año se fundó el Seminario Metropolitano y surgió la iniciativa de la Universidad Pencopolitana; que el primer Ejército regular y permanente se fundó por el Gobernador Alonso de Ribera y Zambrano (1601-1605; 1612-1617), quien ejerció efectivamente el poder desde Concepción y que sus vecinos y autoridades, Alcaldes, Intendentes, Corregidores y Obispos fueron, muchas veces, encomenderos, capitanes, maestros de campo y eclesiásticos de distinguida trayectoria y linaje.

Con razón, el sabio historiador y esclarecido Arzobispo de Santiago (1918-1931) don Crescente Errázuriz (*Los orígenes de la Iglesia chilena, 1540-1603*) dice que "...el rápido incremento de Concepción, mui luego asiento de la Real Audiencia, hacía presumir que pronto llegaría a ser la émula i a competir con la que tres veces le diera la vida".

También, como recuerda el historiador Fernando Campos Harriet (*Historia constitucional de Chile*), "se dispararon los primeros tiros de la Independencia en las playas de Huachipato", donde el Coronel de Milicias Rafael de la Sotta Manso de Velasco

presentó batalla a la invasión realista del brigadier don Antonio Pareja (1813). Y de allí, las nuevas penalidades y también los actos de grandeza y esperanza.

La firma del Acta de Independencia, el 1 de enero de 1818, redactada por un penquista, don Miguel Zañartu Santa María (1786-1851), Ministro del Director Supremo don Bernardo O'Higgins (1778-1842) y signada "en el Palacio Directorial de Concepción". Y luego, las Presidencias decenales (1831-1841; 1841-1851) de dos ilustres penquistas, Joaquín Prieto Vial (1786-1854) y Manuel Bulnes Prieto (1799-1866), que con su apoyo dieron estabilidad al ideal portaliano de gobierno, que forjó la grandeza de Chile, demuestran la importancia de Concepción.

Como en otra ocasión, hemos escrito ("Estudios históricos de penquistas sobre Concepción en el último siglo", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*): "La extraordinaria importancia de Concepción tuvo un término abrupto, producto del distanciamiento con Santiago, de su progresiva pobreza en lo económico y de la desdichada aventura en que el general penquista don José María de la Cruz Prieto (1799-1873) fue envuelto por los grupos liberales opuestos a don Manuel Montt Torres, uno de los más positivos gobernantes chilenos. La Batalla de Loncomilla, el 8 de diciembre de 1851, y la capitulación de Purapel pusieron término a la importancia pública de Concepción".

En ese mundo, que sabía de sus tradiciones, de triunfos y derrotas nació don Pedro del Río Zañartu (1840-1918), quien resumía en su sangre variados linajes vizcaínos y que por su descendencia de doña Tomasa de Santa María y Baeza derivó en dueño de Hualpén, predio cercano a la ciudad. En esa nueva realidad de Concepción desarrolló su vida que —por sobre todo— la caracterizó un estricto apego a sus orígenes penquistas.

En efecto, don Pedro del Río Zañartu podría haber optado a grandes destinos en la capital, pero primó en él la fuerza de sus orígenes, el cariño a su tierra natal (que es, por lo demás, el fundamento que el sabio Andrés Bello atribuye a la nacionalidad natural) y la confianza en la potencialidad de la región.

El supremo acto de filantropía que ha mantenido vivo el recuerdo del vecino ilustre que fue don Pedro del Río Zañartu consistió en la donación a la ciudad del fundo "Hualpén" en toda su extensión, "con sus bosques, cierros, casas i todo lo que contiene", incluso su mobiliario, formado éste en sucesivos —y para la época muy difíciles— viajes al extranjero, a lo que se sumaron muchos otros legados, que su segunda esposa, doña Carmen Urrejola Unzueta (1848-1932), cumplió por lo demás escrupulosamente y más aún disponiendo de bienes que le eran propios, lo cual le honra por su fidelidad y rectitud.

Pero como esta obra deja muy en claro, don Pedro del Río Zañartu fue un hombre de extensa y positiva actuación en muchos planos y de recio y positivo pensamiento. Fue un hombre de fe, interesado en campos distintos e importantes en los que siem-

pre actuó con desprendimiento y buen criterio. No temió sustentar sus opiniones más allá de lo que en su momento expresaban los círculos que eran influyentes de Concepción. Así, fue firme sostenedor del sistema presidencial de gobierno, viendo las consecuencias que traería la falta de responsabilidad del régimen posterior a Balmaceda. Sin ofender, pero fijando su modo de pensar, le parecía inconveniente la actuación del clero en política, llegando a donar testamentariamente bienes al Convento de San Agustín por haber "obtenido datos fidedignos que los religiosos del convento agustino de esta ciudad no toman parte alguna en política". Pero tal vez la mayor expresión de su espíritu público es la sincera preocupación por atender con oportunidad a la formación de los más necesitados en lo material. Para ello, concretó medidas en favor de la educación y estímulo de entidades de trabajadores y tomó iniciativas en cuanto a la atención de salud, bienestar y construcción de viviendas. No es, entonces, extraño que diversas entidades obreras de abasteros, carpinteros, ebanistas, gásfifers, hojalateros y fleteros llevaran desde esos años el nombre de su benefactor y aún le recuerden. En materia social, puede sostenerse que el señor Del Río tuvo clara percepción de los problemas del trabajo y de la urgencia en mejorar el nivel cultural de la población, como base de un progreso estable.

El autor de este valioso libro, Armando Cartes Montory, es un abogado de jóvenes 24 años y de variadas inquietudes culturales. Nacido en Concepción, en el hogar formado por sus padres, Armando Cartes Sagredo y Marta Montory Torres, abogado él y ella asistente social y vecinos de la ciudad, recibió, allí, sin duda, las bases sólidas de una formación que le ha llevado a ser un alumno destacado, a estudiar idiomas, a presidir el Club Fotográfico de Concepción y a viajar, con vocación de conocer, por varios países de América.

Cuando terminó sus estudios universitarios, desechando la posibilidad de elaborar una Memoria de Prueba sobre algún aspecto muy circunscrito a alguna institución jurídica, le interesó orientarla a un tema que ya le era de interés, pero que quiso conocer y analizar en profundidad: la vida y el pensamiento de don Pedro del Río. Calificado su trabajo con nota de distinción máxima y nuevamente revisado en términos de hacerlo mayormente accesible, le ha dado forma en un libro que es el que nos honramos en prologar.

Su lectura demuestra que constituye un real aporte al conocimiento de la historia regional y, por consecuencia, de la de Chile. La originalidad y prolijidad del trabajo hacen de éste un libro que se lee con interés y que, no dudo, permitirá apreciar la categoría de los hombres que forjaron el desarrollo local.

La Providencia ha posibilitado que el gran aporte social de don Pedro del Río Zañartu sea reconocido por esta obra, que perdurará y que demuestra en su autor no sólo muy positivas condiciones intelectuales, sino que verdadero cariño por su tierra y grandeza

de alma al querer estudiar en profundidad sobre un hombre exponente de altas condiciones ciudadanas. Merece este libro formar parte de la literatura histórica de Concepción en la que, por derecho propio, destacan autores como Guillermo Cox Méndez, Domingo Cruz Quintanilla, el Obispo de Poga don Reinaldo Muñoz Olave, el jesuita y misionero José Mariano Campos Menchaca, Carlos Oliver Schneider, Fernando Campos Harriet, Zenón Urrutia Infante, el Dr. Fernando Allende Navarro, Jorge Cruz Larenas y René Louvel Bert, entre otros. Y esperemos que los talentos concedidos a Armando Cartes Montory, que se aprecian en este trabajo, continúen desarrollándose en plenitud por medio de un serio y constante estudio y trabajo.

El conocimiento de la historia regional, en una etapa en que los esfuerzos intelectuales se ven fuertemente impugnados por hábitos que llevan a postergarlos, es indispensable para contribuir a la formación cultural. Es un motivo más para celebrar el trabajo que ha realizado el autor. La figura de don Pedro del Río Zañartu, que generalmente se asocia al Museo de Hualpén, a su tragedia familiar y a sus viajes, aparecerá ahora destacada en su exacta dimensión por el conocimiento en integridad del hombre público, "filántropo y patriota" que prestigia a Concepción.

Y también es necesario conocer la historia regional para saber que muchas iniciativas se ven más apoyadas si se conocen las circunstancias ya vividas.

En reafirmación de esto, desde ya más de un siglo, resuenan muy exactos los conceptos, que no dudamos en repetir, de Guillermo Cox Méndez (*Historia de Concepción*, 1887): "¿No convendrá recordar a Concepción su pasado para animarle a pelear las batallas del porvenir?"

SERGIO CARRASCO DELGADO

Presidente de la Sociedad
de Historia de Concepción

Concepción, 12 de marzo de 1992.

APRESTOS PARA UN NUEVO VIAJE

Me pide mi colega el joven historiador penquista Armando Cartes Montory que escriba unas líneas a modo de bienvenida para la edición segunda de su obra titulada *Pedro del Río Zañartu, Patriota, Filántropo y Viajero Universal*, cuya primera aparición vio la luz en agosto de 1992, con el auspicio de la Sociedad de Historia de Concepción. Su autor es un distinguido abogado, que obtuvo su título tras los más sobresalientes estudios, que está en pleno ejercicio profesional, ejerciendo además la cátedra universitaria como especialista en Derecho Económico y Comercial y escribiendo en periódicos y dedicándose a las artes fotográficas, siendo Presidente del Club Fotográfico de Concepción.

Todos estos antecedentes hacen pensar que tan bien preparado y experto profesional encontraría en estas disciplinas el más promisorio porvenir... y así ha sido. Pero entre sus muchos quehaceres hay uno que lo detiene y lo encuadra y es la historia, la tradición y el futuro de ese maravilloso enclave de su ciudad natal. Y para ello, nada mejor que hacer un alto en Hualpén, junto a la Bahía de Concepción, entre San Vicente y la desembocadura del Bio-Bio, el cerro Chepe y la urbe penquista.

Es un maravilloso paraje de belleza imponderable, para la cámara de un fotógrafo, para el pincel de un pintor y para la pluma de un historiador... gracias a los esfuerzos de señalados pencopolitanos, muy especialmente del ilustre periodista e historiador Víctor Solar Manzanao (Q.E.P.D.), ha sido declarado *Santuario de la Naturaleza*. Y como consecuencia de ello, adscrito a este paraje, surge el recuerdo de su ex dueño y descubridor de su belleza: Don Pedro del Río Zañartu.

Este ilustre caballero penquista cuyas tierras ancestrales de Hualpén en parte heredó y en parte adquirió a su familia, formó en aquel paraje un lindísimo parque de árboles autóctonos y convirtió su casa en museo riquísimo de los variados objetos traídos en sus viajes por el mundo. Y todo ello, fundo, paraje, museo, lo donó a la ciudad de Concepción, especialmente para paseo y recreación de sus clases modestas, no pudiendo prohibirse en ellos, según las cláusulas de su testamento, el ejercicio de la Caza y de la Pesca.

El sabía que el tesoro más fulgurante de lo que donaba era su belleza panorámica... Dice el filántropo en la cláusula octava de su testamento: "Por su situación a orillas del mar, en la desembocadura misma del Bio-Bio, por su terreno accidentado sembrado de bosques naturales, es éste uno de los paisajes más pintorescos del mundo y sin duda alguna el más bello de los alrededores de Concepción. Es permanentemente visitado por personas de todas las clases sociales que van a gozar de los encantos del mar y del río, unidos a una naturaleza virgen. Allí resido desde hace largos años, allí he pasado los días más felices y soportado las mayores desgracias de la vida. Me ligan tantos recuerdos a este fundo, que quiero que sus campos, las casas donde he vivido tantos años y todo lo que contiene, menaje, pinturas, museos, colecciones de monedas, continúen siempre proporcionando estos ratos de placer a los visitantes y sean con el tiempo el paseo favorito de la ciudad de Concepción".

¡Ojalá que este deseo del filántropo se cumpla y se mantenga!

Y ello, la captación de esta vida y de este paraje, son las principales vertientes del libro de que es autor Cartes Montory.

Con todo, problema bien difícil es decir algo nuevo de este libro sobre don Pedro del Río Zañartu que no esté ya dicho en el prólogo de la primera edición por Sergio Carrasco Delgado, es algo casi imposible... El prologuista, abogado, profesor universitario, historiador, Presidente de la Sociedad de Historia de Concepción, correspondiente de la Academia Chilena de la Historia, une a todos estos antecedentes el ser un enamorado de la historia penquista, de la que es un acucioso y prolijo relator. Su prólogo abarca un estudio completo de la obra. ¿Qué podría agregar yo?

Pero ocurre algo insólito con este libro sobre don Pedro del Río Zañartu, algo que me excusa agregar sobre él unas líneas... Y ello es que a casi 80 años transcurridos desde la muerte del filántropo, su figura y su legado histórico, trasuntos de su intuición y de su generosidad, traspasan los límites materiales de su existencia y continúan viviendo en la memoria de su pueblo. Como en el pasaje bíblico: "Fue amado de Dios y de los hombres y su memoria se guarda en gratitud entre su pueblo".

El viajero infatigable que cuatro veces salió a recorrer el mundo no se ha quedado inerte con sus cenizas en el soberbio mausoleo de mármol de Carrara en el cementerio de Concepción. No ha quedado aprisionado en las amarillentas páginas de sus libros que relatan sus viajes, muchos de ellos olvidados en los polvorientos anaqueles de las bibliotecas: don Pedro del Río Zañartu sigue vivo en su fundo de Hualpén, en su parque, en su museo, que él donó a la ciudad de Concepción¹.

Hualpén en mapuche significa mirador. Y como nos dice el historiador jesuita padre Mariano José Campos Menchaca en su obra *Nabuelbuta* (p. 531): "Mirador; mirar alrededor de, ésos son, en realidad, los cerros de Hualpén, un mirador hacia Concepción, hacia la vega de Talcahuano y hacia la desembocadura del Bío-Bío". Don Benjamín Vicuña Mackenna al prologar el libro, dice: "Crióse el lozano niño bajo los selváticos pataguales, a orillas del majestuoso Bío-Bío, que así riega la planta de erguidos robles, como nutre la vitalidad de quienes sus aguas beben, de altos pensamientos y elevadas voluntades".

En realidad, en ese santuario de la naturaleza que es Hualpén, el tesoro más apreciado es su paisaje: más que las joyas de su museo, más que los relatos de los viajes de su generoso donador: Mar, ríos, lagunas, bosques, panoramas... y nubes, esas nubes de Hualpén, que iluminan u oscurecen su entorno, que se forman, se agrupan, se deshacen como copos de blanquísima lana, y pasan sobre el azul turquesa o deslavado del cielo del sur, pasan y desaparecen, veloces, como nuestras vidas.

"*Urbi et orbi*". Y quien se lleve este libro que los retrata, sobre todo si es extranjero, estará aprestándose para un nuevo viaje...

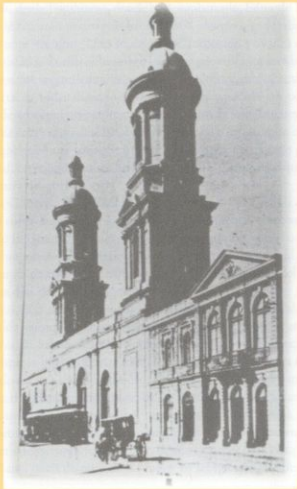
FERNANDO CAMPOS HARRIET
Academia Chilena de la Historia

¹Don Pedro del Río Zañartu publicó las crónicas de sus viajes por el mundo, principalmente en 1909 y en 1912, en la Litografía e Imprenta Soulodre en Concepción. El segundo, titulado *Viajes en torno al mundo por un chileno*, fue prologado por don Benjamín Vicuña Mackenna. Recuerdo que en 1924, su viuda, doña Carmen Urrejola de del Río, me invitó a visitarla en su palacio de calle Castellón y Barros Arana, en compañía de mi primo y su sobrino nieto, el después Dr. Daniel Campos Menchaca, y la distinguida dama me obsequió, firmado de su puño y letra, esta obra en dos tomos, que guardo como objeto muy apreciado en mi pequeña biblioteca.

PEDRO DEL RIO ZAÑARTU
PATRIOTA, FILÁNTROPO Y VIAJERO UNIVERSAL

INTRODUCCION

Concepción a Mediados del siglo XIX



"LOS HABITANTES DE LA PROVINCIA DE CONCEPCIÓN... PARECEN LLEVAR EN SU CARÁCTER VIOLENTO HUELLAS DE LAS GUERRAS CON LOS VECINOS INDIOS, DE FRECUENTES TEMBLORES Y REVOLUCIONES, QUE EXPERIMENTÓ ESTA PROVINCIA DESDE LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES".

CATEDRAL DE CONCEPCIÓN, DESTRUIDA EN EL TERREMOTO DE 1939.

1. DESTRUCCIONES Y RECONSTRUCCIONES

A medida que se aproxima a la ciudad, luego de cabalgar tres leguas, entre vegas y terrenos fangosos, desde Talcahuano, donde ha desembarcado, Eduardo Poeppig —científico alemán que recorre nuestro país hacia 1830— observa con desaliento el panorama que se abre ante sus ojos. “Uno se acerca a Concepción y avanza entre una larga fila de ranchos aislados, construidos sobre las ruinas de edificios más bellos. Se alcanza la plaza entre sitios incendiados, llegando así al sector central de una ciudad que se encuentra abierta en todas direcciones”... “Han desaparecido sus pobladores, y el odio y afán de destrucción no perdonaron siquiera los árboles frutales plantados por aquéllos”; ... “Es sobre todo desoladora la impresión de esta amplia ciudad abandonada en las noches de luna clara. Se presenta, entonces, demasiado grande para su población actual, ofreciendo un tristísimo cuadro de las desgracias que significan las guerras civiles para un pueblo”¹.

En esos días Concepción, reducido a escombros por las batallas de la Independencia —en que sufrió sucesivos abandonos, sitios y saqueos—, así como por los crueles episodios de la Guerra a Muerte y los años de miseria que ésta trajo consigo, luchaba por sobreponerse a su destino aciago. La ciudad, merced al empuje de sus habitantes, resurgía de entre sus cenizas como la gran metrópolis del sur, que había sido antes de los días de la Emancipación.

En pocos años, la ciudad había vuelto a levantarse. La generosidad de la naturaleza y la restablecida —aunque precaria y relativa— estabilidad política, unida al esfuerzo de los penquista, lo habían hecho posible. Entonces, cuando parecía que ya nada podría interrumpir la incipiente vitalidad de su desarrollo social o la febril actividad comercial y agrícola, una nueva calamidad, impuesta esta vez por la naturaleza, ponía a prueba su coraje: el terremoto y maremoto del 20 de febrero de 1835, llamado La Ruina.

El terrible sismo, cuyo epicentro fue, precisamente, Concepción, pudo ser estudiado por el célebre naturalista Darwin, quien visitó nuestra ciudad en aquellos días². Si bien el número de víctimas fue más bien bajo, por haber tenido lugar “a eso de las once de la mañana, poco después de las misas en las iglesias”³, la destrucción de la

¹Poeppig, Eduardo. *Un testigo en la alborada de Chile*. Editorial Zig-Zag, Santiago, 1960, pp. 333 y 334.

²Darwin, Charles. *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Librería El Ateneo, Buenos Aires, 1951, pp. 353-365. Cfr., también, de Villalobos R., Sergio. *La aventura chilena de Darwin*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1974, pp. 73-77.

³Domeyko, Ignacio. *Mis viajes*. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1978, tomo II, p. 632.

ciudad fue total. Talcahuano, por su parte, embestido, además, por tres olas gigantes, no tuvo mejor suerte.

Un nuevo remezón completó la obra de destrucción. "Para Concepción esta segunda sacudida fue el golpe de gracia. Ni una sola de sus construcciones pudo resistirla. La última en caer fue la Catedral, orgullo de la ciudad, cuya mole había estado bamboleándose como en un supremo esfuerzo por sostenerse. Al ceder sus murallas, el techo se hundió, aplastando cuanto había debajo, excepto la Virgen del altar mayor, que quedó intacta y en pie. Las torres, con sus campanas repicando enloquecidas, cayeron sobre la plaza en medio de un estruendo ensordecedor" ... "No cesó de temblar en los días siguientes. Luego una lluvia torrencial cayó sobre las ruinas, para que las últimas paredes resquebrajadas acabasen de desplomarse..."⁴.

Frente a tanta desolación, Darwin no pudo sino concluir que ambas ciudades no serían ya capaces de recuperarse. El sabio, sin embargo, se equivocaba: "Concepción y su puerto tenían vitalidad suficiente para rehacerse y valentía bastante para encarar su destino, y de entre las pilas de escombros empezaban ya a surgir los cimientos de su edificación futura, más sólida y hermosa que la que acababa de desaparecer"⁵.

En Talcahuano, la reconstrucción avanzó rápidamente. "Siete años más tarde—según cuenta Domeyko— se reconstruyeron en el mismo lugar las casas, la iglesia, los comercios, las aduanas y los almacenes, como si no hubiese habido un terremoto y como si la gente ya estuviera segura de que una calamidad similar jamás volvería a producirse".

Distinto era el aspecto que presentaba Concepción, en esos días de 1845, cuando Domeyko recorría sus calles. "Muchas casas sin tejados, las murallas agrietadas. La plaza mayor desierta, poblada a trechos de maleza, los montones de piedra y ladrillos señalan donde estaban los palacios y los comercios de lujo. Donde estuvo la Catedral, losas dispersas de piedra labrada, fragmentos de viejas murallas, restos de torres y de anchos zócalos..."⁶.

La lentitud inicial de la reconstrucción debe atribuirse a la indecisión de las autoridades y de la comunidad en torno al emplazamiento definitivo de la ciudad. "El Concejo Municipal procedía con energía y no permitía a nadie construir nuevas casas sobre los cimientos de las que no habían resistido la sacudida" ... "Pasó un año, pasó otro. Primero los comerciantes y tenderos apuntalaron las paredes más o menos inclinadas, taparon los hoyos, edificaron con carácter provisorio todo lo que pudieron" ... "No pasaron ni diez años, la gente se habituó a la desgracia y el terremoto fue

⁴Bunster, Enrique. "Darwin sobre las ruinas de Concepción", en *El bombardeo de Valparaíso y otros relatos*. Editorial Zig-Zag, Santiago, 1948, p. 62.

⁵Bunster, Enrique, obra citada, p. 65.

⁶Domeyko, Ignacio, obra citada, pp. 631 y 632.

perdonado. Aun cuando la Catedral continuaba en ruinas... en otras calles ya estaban preparando ladrillos y toda clase de materiales para erigir palacios⁷.

Así, poco a poco, la ciudad cobró nueva vida; mas si bien resistió el rudo golpe, no logró salir indemne: "1835 marca la fecha de la primera emigración en masa de familias penquistas que pasan a radicarse en Santiago. Pero siempre quedan en Concepción algunas ramas, que irán dando nuevos brotes"⁸.

2. EL AMBIENTE MILITARIZADO DE LA ÉPOCA

La guerra casi permanente con las huestes de Arauco, así como los años violentos de la Independencia y de la formación de la República, habían dado a la sociedad penquista una configuración especial. "Toda la región —dice Oliver Schneider—, militarizada por los hechos y envuelta por el espíritu de la guerra, engendró hombres inquietos y dinámicos, guerreros atrevidos, jinetes expertos que heredaron del español la firmeza en la silla y del indio la destreza en la lanza"⁹.

Otro rasgo característico de esta sociedad, agrega, es la conservación, debido a las mismas causas, de la sangre española sin mezcla apreciable de sangre indígena. Así, mediando los años cuarenta, Domeyko observaba: "Los habitantes de la provincia de Concepción... parecen llevar en su carácter violento huellas de las guerras con los vecinos indios, de frecuentes temblores y revoluciones, que experimentó esta provincia desde la llegada de los españoles"¹⁰.

Entrevistado en la ancianidad, con ocasión del Centenario Nacional, don Lisandro Martínez Ríosco, ex Ministro de la Corte de Apelaciones y socio fundador del Club Concepción, recordaba así el ambiente militarizado del Concepción de su infancia:

"Cuando yo era muchacho... se respiraba todavía el humo de la pólvora de los combates de la Independencia y no se hablaba de otra cosa que de hazañas militares. Los indios, por otra parte, asaltaban con frecuencia las escasas posesiones agrícolas de la Frontera y todo esto repercutía en Concepción de una manera siniestra. Se vivía, puede decirse, con el arma al brazo a no muchas leguas de la ciudad y en ella flotaba un marcado ambiente guerrero"¹¹.

⁷Ibidem, pp. 634 y 635.

⁸Campos H., Fernando. *Historia de Concepción, 1550-1970*, tercera edición, Editorial Universitaria, Santiago, 1982, p. 150.

⁹Oliver S., Carlos y Zapatta S., Francisco. *Libro de Oro de la Historia de Concepción*. Imp. Lit. Concepción, 1950, p. 421.

¹⁰Domeyko, Ignacio, obra citada, p. 635.

¹¹Ossa F., Vicente, Serrato, Abraham y Contardo, Fanor. *Concepción en el Centenario Nacional, 1810-1910*. Litografía e Imprenta Soulodre y Cía., Concepción, 1910, p. 152.

3. EL AUGE DE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA

Sin embargo, los mismos factores que habían permitido a Concepción constituirse en "la base nuclear de la aristocracia militar del país", unidos a los terremotos y a las hambrunas, debilitaron su base económica; de ahí que nuestra clase dirigente, de destacada intervención en la vida pública y local, culta y enriquecida con elementos extranjeros, no logró alcanzar jamás el patrimonio considerable, característico de la aristocracia americana¹².

Minas, fábricas e industrias, agrega Campos Harriet, sólo por excepción son poseídas en forma exclusiva por penquista; en cuanto a la agricultura, concluye: "...con suelos pobres, agotados por la erosión y las incesantes siembras durante cuatro siglos, dista mucho de conducir a la riqueza"¹³.

Promediando el siglo, la actividad económica había crecido considerablemente. El avance de la frontera austral permitía la incorporación de nuevos terrenos a la agricultura y a la ganadería; la minería vivía un nuevo auge con las explotaciones carboníferas de Coronel y Lota.

Paralelamente, la apertura de los importantes mercados agrícolas de California y Australia, debido a los descubrimientos auríferos, estimulan la producción de trigo y la industria molinera. "Una sociedad que se denominó Molineros del Sur había surgido del incremento dado a los cultivos, i lo mejor de su territorio, particularmente en la zona de la costa, se cubría de máquinas para su explotación"¹⁴. Es el caso de Tomé, donde don Thomas Sanders estableció el primer molino a vapor del país.

Todo ello da lugar a una importante actividad comercial en el puerto de Talcahuano, que Domeyko describe: "Una docena de buques mercantes estaban allí anclados; en botes y chalupas estaban transportando sacos con trigo a algunos buques, y de otros descargaban mercancías. Una gran agitación en el puerto y en el pueblo que cuenta hoy hasta tres mil habitantes..."¹⁵.

¡Qué cambio desde los días de Poeppig! Entonces su población sólo alcanzaba a la mitad de esa cifra, cobijada en "dos callejuelas paralelas, una plaza muy amplia y rodeada por edificios inaparentes, que en parte llevan techos de paja, y una iglesia de fachada muy sencilla"¹⁶.

¹²Campos H., Fernando, obra citada, p. 263.

¹³Ibidem, p. 254.

¹⁴Vicuña Mackenna, Benjamín, "Concepción en 1851", en *Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, p. 87.

¹⁵Domeyko, Ignacio, obra citada, p. 629.

¹⁶Poeppig, Eduardo, obra citada, p. 304.

4. AISLAMIENTO Y ABATIMIENTO

Si bien, en el plano económico, la provincia experimentó un acelerado desarrollo, paralelamente vio desvanecerse su secular preeminencia político-militar, proceso que tiene a la Revolución de 1851 como punto culminante.

En efecto, así bosqueja Vicuña Mackenna, hacia mediados de siglo, dicha preponderancia histórica: "Vivían entre sus hijos casi intactas las tradiciones i el poderío de las tres grandes transformaciones que marcan la historia de la República, la conquista, la independencia (y) la organización política"... "De sus campañas y de sus bosques habían venido, tinta la lanza en la sangre araucana, a sentarse en sus doseles de oro en el holgado esplendor de Santiago, los Capitanes Jenerales de la Colonia. El Bío-Bío había sido después la cuna de la libertad civil.. Convertida más tarde la Colonia en República, de aquella tierra... nos habían venido los caudillos i los magistrados" O'Higgins, Freire, Prieto y Bulnes "representaban el jenio, el orgullo i la prepotencia de esa raza..."¹⁷.

Por otra parte, el relativo aislamiento físico de la ciudad, la carencia de caminos adecuados y de información oportuna la habían desconectado parcialmente de la política nacional. A este fenómeno se refiere acertadamente Diego Barros Arana: "Los acontecimientos políticos de Santiago habían encontrado hasta entonces mui poco eco en las provincias del sur, i particularmente en Concepción".

"En nuestro tiempo de vapores, de ferrocarriles i de telégrafos, no podemos formarnos la idea de la separación que mediaba entre aquella ciudad, desde antiguo capital militar de la colonia, i la capital civil de la República. Se comunicaban éstas por tres correos mensuales que ponían nueve días en el viaje a caballo entre un punto i otro, mientras los viajeros ordinarios empleaban doce o quince". "Los diarios de Santiago, agrega, con bajísimos tirajes, sólo escasamente acertaban a paliar dicha desinformación"¹⁸.

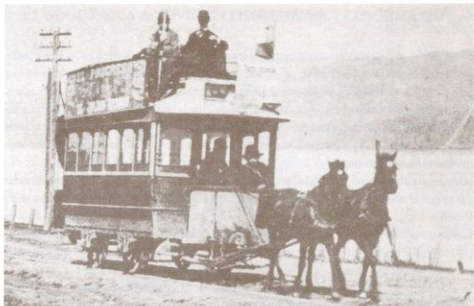
A lo anterior sumábanse la apatía y el desinterés: "Entregada su población, casi exclusivamente agrícola, al desarrollo de sus ricas producciones, que ya en aquella época alcanzaban precios crecidos, ...preocupábase más de las especulaciones de cereales que de las controversias parlamentarias de la capital, llegando a lo lejos sólo el eco de un vano bullicio"¹⁹.

En este contexto y tras el fracaso de la candidatura presidencial del General De la Cruz, que contaba con el apoyo unánime de los electores de la provincia de Concep-

¹⁷Vicuña M., Benjamín, obra citada, p. 87.

¹⁸Barros Arana, Diego, *Un decenio de la Historia de Chile (1841-1851)*, tomo II, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, tomo XV, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, Santiago, 1913, p. 562.

¹⁹Vicuña M., Benjamín, obra citada, p. 87.



Carro de sangre, en Agua de las Niñas, actual sector Pedro de Valdivia.

ción, así como del liberalismo santiaguino, nuestra sociedad militar “se sintió fuerte en sus fueros y arrogante en sus decisiones”, levantándose en armas. “Derrotada en Loncomilla –dice Campos Harriet– acaba su preponderancia política rectora en el gobierno de la República”. “Perdida ya su magna trayectoria histórica, Concepción inicia una etapa de aislado recogimiento y de formación local y regional”²⁰.

Al abatimiento de aquella hora le sigue un nuevo proceso de emigración de familias penquistas hacia Santiago. Paralelamente, la ciudad es testigo del desgajamiento del territorio de la antigua Intendencia de Concepción. “(Poco a poco, diría Vicuña Mackenna, la sagacidad centralista de nuestros gobiernos santiaguinos había ido quitándole de su grandeza, haciendo suyos a sus hombres y cercenándole después a trozos su extenso territorio”²¹.

En efecto, ya en febrero de 1848, al crearse la provincia de Chillán, había sido despojada de la extensa zona comprendida entre el Maule y el Itata; en 1875 se desprende de la zona sur del Laja, para dar origen a la provincia de Bío-Bío. Más tarde, la creación de las provincias de Malleco y Cautín, en la Araucanía (1887), “con salida natural de su abundante producción triguera por el puerto de Talcahuano, si bien disminuyen considerablemente la antigua enorme extensión territorial de Concepción, le abren nuevas rutas de influencia comercial, industrial y cultural”²².

²⁰Campos Harriet, Fernando, obra citada, pp. 210 y 215.

²¹Vicuña M., Benjamín, p. 87.

²²Campos Harriet, Fernando, obra citada, p. 216.

Refiriéndose a la extensión que ocupara otrora la provincia, escribía Vicuña Mackenna: "Aseméjase por esto hoy día a esos viejos soldados que el plomo de los combates ha mutilado. Sus dos gigantes brazos, el Maule y el Bío-Bío, no son ya suyos"²³.

Ahora bien, no sólo la provincia debió pagar un alto precio por su osadía, también el departamento correspondiente fue jibarizado. "A fin de arrancar de la ciudad todo germen de futuro levantamiento se habían circunscrito los límites del departamento de Concepción a la sola parte urbana; de tal suerte que su propio cementerio quedaba en distinto departamento. Con esta medida se lograba quitar a Concepción su influjo sobre las subdelegaciones rurales, y concretar sus fuerzas para las luchas políticas a un corto número de personas sobre las que se ejercía continua vigilancia y presión de parte de las autoridades locales"²⁴.

A la luz de tales acontecimientos, la ciudad se concentra sobre sí misma, iniciando un período de sostenido crecimiento, estimulado por el auge de la actividad productiva.

5. POBLACIÓN Y PROGRESO MATERIAL

Hacia 1850, la población de la provincia era predominantemente rural. La ciudad de Concepción, de acuerdo a un Repertorio Nacional, publicado por la Oficina de Estadística, que cita Campos Harriet, tenía 10.395 habitantes²⁵.

Debido a la baja densidad poblacional y a su clima saludable, aunque húmedo y lluvioso, no sufría aún los graves problemas sanitarios que, a fines de siglo, harían estragos en su población. Entonces los nacimientos todavía doblaban a las defunciones, y la viruela "apenas sí le hacía visitas de etiqueta: casos aislados que no alcanzaban a alarmar a nadie"²⁶.

Hacia 1856, don Rafael Sotomayor y Baeza, Intendente de la Provincia, en memoria presentada a la Municipalidad, nos describía así la ciudad: "La población estaba dividida en 146 manzanas de ciento treinta y cuatro varas por cada costado y sus calles que las cortan en ángulo recto tienen 16 varas de ancho... El cerro Caracol, el Bío-Bío, el cerro y pajonales de Chepe, las lagunas de los Negros* y de las Tres Pascualas, los cerros de La Toma (actual Barrio Universitario) circundan su área, que no baja de

²³Vicuña Mackenna, Benjamín, obra citada, p. 87.

²⁴Herrera A., Espiridión, citado por Víctor Solar Manzano, en *Historia de Concepción*, obra citada, prólogo.

²⁵Campos H., Fernando, obra citada, p. 217.

²⁶"*Concepción en el Centenario Nacional*", obra citada, p. 88.

*Esta laguna se ubicaba al norte de la calle Cruz, entre las de Caupolicán y Rengo; hoy se halla desecada totalmente.

doscientas ochenta cuerdas cuadradas. Sólo había nueve casas de dos pisos y la mayor parte de las habitaciones son de ladrillos construidas con gusto y decencia²⁷.

El trayecto a Talcahuano se hacía en diligencias, que circulaban diariamente, "activando progresivamente el tráfico", agrega el Intendente. Los edificios públicos comenzaban ya a levantarse.

Luego de la total destrucción de la ciudad, provocada por el terremoto de 1835, se inicia la tarea de reconstrucción. Promediando el siglo XIX, Concepción viviría un intenso proceso de renovación urbana.

En efecto, bajo la dirección de don Pascual Binimelis, el gran Director de Obras Municipales penquista, se levantaron los edificios de la Intendencia (1853) y de los Tribunales, que cobijó a la Corte de Apelaciones creada en 1849. En 1856 se instala el Hospital de Hombres, en su antiguo edificio de la calle Cochrane; el Liceo de Hombres se reconstruye en 1852 y en 1858 el Liceo de Concepción sucede al antiguo Instituto Literario; la Cárcel se reconstruye en 1865. En 1855, merced a las gestiones del Obispo don José Hipólito Salas, se reabre el viejo Seminario de Concepción.

Durante su largo gobierno de la diócesis, que se prolongó desde 1854 a 1883, es consagrada la Catedral (1867), y son reedificados los templos de San José (1855) y San Agustín (1863). Estos edificios serían arrasados, nuevamente, por el terremoto de 1939²⁸.

La vida de la ciudad giraba en torno a la Plaza de Armas, que ya desde 1856 contaba con su hermosa columna y pileta²⁹. Un escritor anónimo describe así aquel tiempo:

"El movimiento comercial de aquella época era algo reducido y sin bulla. A las nueve de la noche, y a más tardar a las diez en verano las tiendas comenzaban a cerrar sus puertas y a las diez u once de la noche reinaba un silencio sepulcral. La ciudad, iluminada con faroles de pésima parafina, presentaba un aspecto triste, y el silencio de la noche era interrumpido sólo por el pito de unos pocos serenos..."³⁰.

²⁷Sotomayor y Baeza, Rafael, Memoria de Intendencia, Concepción, 1856.

²⁸Campos H., Fernando, obra citada, pp. 216, 220, 222, 237 y 369.

²⁹Esta obra es un nuevo motivo de gratitud de Concepción para con don Pascual Binimelis C., quien proyectó y dibujó personalmente el monumento a la agricultura, coronado por la imagen de la diosa Ceres, encargando luego su fundición, en 1855, al escultor belga, residente en Edimburgo, Augusto Bleuze. Las piedras de la pileta fueron extraídas de una cantera cercana a San Rosendo, trabajándose luego, en Concepción, por Alexander Strange, cantero inglés residente en la ciudad. El agua fue traída desde el chorrillo "de Martínez", en el cerro Caracol. La obra quedó terminada en 1859, siendo Intendente de la Provincia don Rafael Sotomayor y Baeza, quien posteriormente fue uno de los principales héroes civiles de la Guerra del Pacífico. Fue inaugurada en 1860. Véase: Louvel Bert, René. *Crónicas y semblanzas de Concepción*, Imprenta Renacimiento, Concepción, 1988, pp. 16-23.

³⁰Concepción en el Centenario Nacional, obra citada, p. 55.

6. LA SOCIEDAD PENQUISTA Y LOS NUEVOS AIRES LIBERALES

A mediados de siglo, el catolicismo dominaba aún sin contrapesos; en la educación y en las costumbres los penquistas se mantenían fieles a la fe de sus mayores. "Por cierto que en aquellos tiempos no se hablaba de escuela laica, y todos principiamos en el silabario con Cristo-a-e, etc., y nuestros maestros lo primero que nos enseñaban era el conocimiento de Dios"³¹.

No obstante, las nuevas ideas, estimuladas por la cercanía del puerto y el comercio directo con Europa, comenzaban a abrirse paso. Domeyko alcanzaría a percibirlo:

"Los más jóvenes ya alardean de ateos, y otros de indiferencia en materia religiosa. Sólo el pueblo, la pequeña burguesía y la clase artesanal conservan la fe gracias a la influencia del clero. Las mujeres –puede decirse– montan la guardia de conventos e iglesias. Muchas costumbres y ritos religiosos se conservan puertas adentro"³².

El liberalismo político, asimismo, a partir de la Revolución de 1851, había ido adquiriendo gran fuerza, que se extendía a otros ámbitos de la vida social. Así Concepción, señala Campos Harriet, "perdida ya para siempre su trascendencia en el gobierno de la República, abraza el estandarte centelleante del más puro liberalismo opositor"³³.

El periodismo, acicateado por los acontecimientos políticos, experimentó un gran auge, dando lugar a numerosas publicaciones, generalmente de vida efímera. Entre ellas ocupan un lugar importante *El Faro del Biobío*, el primer órgano de prensa local (1833); *El Telégrafo* (1842); *La Patria* (1845); *La Reforma*; *La Unión* y el *Boletín del Sur*, publicados con ocasión de la revolución crucista. Por último, sin pretender agotar la nómina, cabe mencionar a *El Correo del Sur*. Iniciado en 1849, fue el de vida más larga y activa del Concepción de mediados de siglo; "político, comercial y literario, este periódico tuvo una línea zigzagueante. Navegó con vientos de diversas ideologías políticas"³⁴.

Como ya adelantábamos, el liberalismo modificó también las costumbres, lo que se manifiesta en la organización de la vida social en clubes y en el incremento que experimentan las actividades sociales. Don Lisandro Martínez recuerda que, cuando él era hombre de salón, "los jóvenes penquistas no tenían para pasar una noche agradable sino elegir a dónde ir a tomar el té... En los salones se hacía tertulia, se tocaba el piano y se bailaba... después vinieron los clubes a arrebatarles a las familias las horas que los hombres les dedicaban"³⁵.

³¹Ibidem, p. 55.

³²Domeyko, Ignacio, obra citada, p. 636.

³³Campos H., Fernando, obra citada, p. 211.

³⁴Oliver S., Carlos, obra citada, p. 490.

³⁵"Recuerdos del Pasado" (entrevista a don Lisandro Martínez R.), en *Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, pp. 152 y 153.

Entre éstos, el Club Concepción, fundado en 1867, ocupa un lugar destacado, pues "será el centro donde surjan y materialicen las principales ideas de adelanto local"³⁶.

En esta ciudad, que lentamente se sacude del letargo colonial para entrar de lleno en la modernidad, nace, en el año de 1840, don Pedro del Río Zañartu y en ella transcurre su primera infancia.

³⁶Muñoz Labraña, Carlos. *Club Concepción, 1867-1990*. Editorial Aníbal Pinto, Concepción, 1990, p. 20.

PRIMERA PARTE

PERSONALIDAD Y OBRA

CAPITULO I

Estirpe



"EL COLOR ROJO DEL CAMPO... REPRESENTA EL FUEGO, EL MÁS NOBLE DE LOS CUATRO ELEMENTOS, Y DEVOTA EL ATREVIMIENTO, ARDIDEZ, ALTEZA, FORTALEZA Y VENCIMIENTO CON SANGRE, DANDO A ENTENDER LA MUCHA QUE LOS CABALLEROS DE ESTA FAMILIA DERRAMARON SUYA Y DE SUS ENEMIGOS EN SERVICIO DE ESTAS CATÓLICAS CORONAS Y SUS REYES, CATÓLICOS MONARCAS, CONTRA LOS MOROS EN LA MILAGROSA RECUPERACIÓN DE ESPAÑA..."

ESCUDO DE ARMAS DE DON MANUEL DEL RÍO Y VIGURI URRUELA Y EGUILUZ.

7. LA INMIGRACIÓN VASCA

Durante el siglo XVIII, el elemento español de nuestra aristocracia, compuesta de peninsulares y criollos, experimentó una constante renovación, por el arribo continuo de hijos de la Madre Patria. Comerciantes, oficiales de ejército o funcionarios de gobierno, su pureza de sangre y el porvenir de la metrópolis les aseguraban gran prestigio; su tenacidad y esfuerzo, su honradez y su sobriedad les proporcionaron la fortuna necesaria para vincularse con la aristocracia tradicional³⁷.

En esta corriente inmigratoria ocuparon un lugar importante los vascos, entre los cuales llegaron a Chile los Del Río y los Zañartu, ascendientes de don Pedro, que estudiaremos en el presente capítulo.

Aunque la sangre del filántropo es preponderantemente vasca, merece también consideración especial un linaje extremeño que se entronca con los anteriores, el de los Santa María. Importante, pues a través de él llegará a don Pedro del Río la que fuera encomienda de don Pedro de Valdivia: Hualpén.

En forma previa al análisis en particular de las familias mencionadas, nos parece oportuno dar algunas luces acerca de la inmigración vasca, sus orígenes y aspectos más relevantes.

Los vascos, a quienes suele denominarse vizcaínos, son originarios de las provincias de Navarra, Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, donde habitan las faldas de los montes cántabros. A los anteriores suelen añadirse los montañeses de Santander y Burgos, así como los asturianos y gallegos, que participan también de los caracteres etnográficos de los vascongados.

Paulatinamente, pero en forma incesante, fueron avencindándose en Chile numerosos vascos. "Venían a esta tierra lejana, pero que tan a lo vivo les recordaba la suya con sus áridas montañas, sus ríos pedregosos, sus valles cultivados a trechos, su clima sano y templado, las nieves de sus costas, el ancho mar (y) la elevada cordillera, cuyos contrafuertes forman sus valles, esteros y cañadas"³⁸.

Llegados usualmente por razones comerciales —a cargo de partidas de mercaderías propias o ajenas, a cobrar deudas o estudiar los mercados—, o bien como simples

³⁷Villalobos R., Sergio y otros. *Historia de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago, 1974, tomo II, pp. 257 y 258. Cfr., además, de Salazar González, Julene y Hernández Ponce, Roberto. *Cuatrocientos años de presencia vasca en Chile*. Arancibia Hnos. y Cía. Ltda., Santiago, 1991.

³⁸Vicuña M., Benjamín. *Los orígenes de las familias chilenas*, citado por Pedro Xavier Fernández Pradel, en *Linajes vascos y montañeses en Chile*. Talleres Gráficos San Rafael, Santiago, 1930, p. XII.

marinos dispuestos a tentar fortuna, los vizcaínos se establecían en estos países, señala Barros Arana, "propagando ideas industriales más avanzadas que las que hasta entonces reinaban en materia de comercio"³⁹.

De esta manera, desarrollaron la ganadería y la agricultura, instalaron bodegas y almacenes, armaron barcos y fomentaron el comercio doméstico e internacional, "sin menospreciar trabajos que otros, con mayores ínfulas nobiliarias, habrían evitado"⁴⁰.

Habiendo consolidado su fortuna y adquirido tierras para proporcionar a aquella la necesaria estabilidad, el vasco, prestigiado por su origen peninsular y respaldado por una "limpia ejecutoria de nobleza y el orgullo de una genealogía clara y antigua"⁴¹, se vincula a las familias criollas tradicionales, formando una nueva clase dirigente.

En efecto, la integración de los recién llegados con los antiguos conquistadores da origen a la aristocracia castellano vasca, terrateniente y comercial, que a partir de entonces predominaría sin contrapesos.

Si bien el arribo masivo de los vascos a nuestras costas se produce, según decíamos, en el curso del siglo XVIII, su presencia en la Conquista y la Colonia es también significativa. Estudiando el origen de nuestra aristocracia, Gonzalo Vial determina —sobre una muestra de 367 apellidos, tomada concluyendo el siglo XVIII— que la incidencia del elemento noespañol (País Vasco, Navarra, Galicia, Santander-Burgos y Asturias) en la conformación de ésta es de alrededor de un 43%, para el período 1540-1810; considerando sólo el lapso 1751-1810, dicha participación se incrementa a un 66,6%, lo que grafica el fenómeno que hemos descrito⁴².

Refiriéndose exclusivamente a la aportación vasca, Encina fija ésta en un 10%; cifra que, si bien puede ser correcta en términos absolutos, no permite apreciar con ecuanimidad la contribución éuscara, pues, "seguramente, las vascongadas, poco pobladas, han contribuido "proporcionalmente" con relación al resto de la península de manera mucho mayor que ese menguado 10%"⁴³.

Por último, es interesante consignar que las stirpes fundadas en nuestro país por los inmigrados —entroncadas entre sí y con la aristocracia tradicional en forma muy intensa y casi excluyente—, dan lugar a la formación de verdaderos clanes familiares. "Ya sea por la apacible vida de entonces —señala Zenón Urrutia I., analizando sus causas— cuyas pocas reuniones sociales se limitaban a los parientes y amigos de mayor intimidad, o por la escasez de caminos y medios de comunicación, que mantenían a

³⁹Barros Arana, Diego. *Historia Jeneral de Chile*. Rafael Jover Editor, Santiago, 1886, tomo VI, pp. 132 y 133.

⁴⁰Villalobos, Sergio y otros, obra citada, p. 258.

⁴¹Urrutia Infante, Zenón, en Prólogo a la obra de Gustavo Opazo Maturana. *Familias del Antiguo Obispado de Concepción, 1551-1900*, Editorial Zamorano y Caperán, Santiago, 1957, p. xiii.

⁴²Vial C., Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973)*. Editorial Santillana S.A., Santiago, 1981, Volumen I, Tomo II, p. 626.

⁴³Urrutia Infante, Zenón, op. cit., p. xiii.

los agricultores aislados durante largas temporadas y aun a los vecinos urbanos encerrados en sus casonas largo tiempo, los matrimonios se celebraban entre parientes o amigos del estrecho círculo⁴⁴.

Entre estos clanes familiares, menciona los de Urrejolas, Unzuetas, Ibietas, Espinozas, Lavanderos, Riosecos, Fernández y Cruzates; los presidenciales de Bulnes, De la Cruz y Prieto; y los de Zañartus, Del Río, Trujillos, Arrau y Santa María, de que nos ocuparemos seguidamente.

8. FAMILIA DEL RÍO

En 1750, tras una estada de siete años en el Perú, llega por fin a las costas chilenas don Joaquín del Río y Gastetuaga, "fundador de la familia en Chile y tronco de numerosa descendencia"⁴⁵. Mozo de escasos veinticinco años, había abandonado, probablemente a inicios de 1743, el solar paterno en Bilbao, siguiendo la ruta de tantos otros compatriotas suyos venidos a radicarse a las Indias, por la vía de Panamá con escala en Perú, aportando al lejano reino que Chile era entonces la laboriosidad y los hábitos austeros, característicos de la raza vizcaína.

La historia de esta rama de los Del Río, sin embargo, se inicia mucho antes. El 22 de julio de 1646, en Orduña, ciudad cercana a Tuesta, contrajo matrimonio don Lucas del Río y Eguiluz con doña Juana de Viguri y Urruela. Don Lucas del Río fue hijo del matrimonio de don Juan del Río y de doña Catalina de Eguiluz, vecinos de Tuesta, valle real de Valdegobía.

Estos, de acuerdo a la certificación del Rey de Armas Guerra y Sandoval, fueron "hijosdalgos nobles y principales, quienes sólo vivieron de la administración de sus haciendas, de la granjería, sin haber tenido ellos ni sus parientes oficio bajo alguno".

Don Lucas del Río, por su parte, fue diputado a la Junta de Caballeros del Valle de Valdegobía, en 1653⁴⁶. Casado, según decíamos, con doña Juana de Viguri (hija de don Vicente de Viguri y de doña María de Urruela), fueron padres de Martín del Río. Alcalde y Diputado a la Junta de Valdegobía, y de Manuel, continuador del linaje.

Don Manuel del Río y Viguri, abuelo de don Joaquín, nacido en Tuesta, provincia de Alava, resuelve, hacia 1690, avocindarse en Bilbao, Vizcaya. En el archivo del Ayuntamiento de Bilbao se encuentra el original de la información que, con ocasión de su traslado a dicha ciudad, rindió don Manuel.

⁴⁴Idem, obra citada, p. xiv.

⁴⁵El material utilizado en este párrafo ha sido extraído fundamentalmente de *El Libro Verde de los Del Río* (Imprenta Zig-Zag, Santiago, 1919), de don Abraham del Río Soto Aguilar, de la rama santiaguina de los Del Río Arriarán. Dicho estudio, escrito como una muestra de intenso cariño filial, constituye una importante fuente de información familiar, biográfica y sociológica.

⁴⁶Espejo, Juan Luis. *Nobiliario de la Capitanía General de Chile*. Editorial Andrés Bello, Imprenta y Litografía Universo, Santiago, 1967, p. 690.

Tras juicio contradictorio seguido con los síndicos generales del señorío de Vizcaya, en auto expedido en Bilbao el 25 de enero de 1691, éstos “dijeron haber probado y justificado plenamente el dicho Manuel del Río, ser por sí, sus padres, abuelos y demás pasados de una y otra línea, cristiano viejo, limpio de toda mala raza, de judíos, moros y nuevamente convertidos a nuestra Santa Fe y de los penitenciados por el alto tribunal de la Santa y General Inquisición y de otra cualquiera secta y mácula infestuosa y reprobada y además de ello, noble hijodalgo notorio de sangre, como descendiente de las casas solariegas e infanzonadas del Río, Viguri, Eguiluz y Urruela, todas cuatro sitas y notorias de la provincia de Alava, en cuya consecuencia, declaráronle como lo declaraban por dichas partes y calidades de nobleza, hidalguía y limpieza de sangre, le admitían y admitieron a la vecindad de esta dicha Villa y demás repúblicas de este dicho Señorío, donde la quiera tener para que como tal vecino pueda gozar y goce de todos los honores, franquicias y libertades, oficios públicos y honoríficos de que han gozado los demás nobles hijosdalgos notorios, limpios de sangre y vizcaínos originarios, conforme a las disposiciones de las leyes del Fuero de este dicho Señorío”⁴⁷.

Preocupóse, también, don Manuel, de obtener Carta Ejecutoria de Hidalguía, la que le es concedida en Madrid, a 5 de abril de 1727. Se hallaba precedida de una certificación dada por don Juan Alfonso Guerra y Sandoval, “Caballero de la Orden de Santiago, Cronista y Rey de Armas”, que señala que “por los libros de armería, copias de linaje, historias, nobiliarios, sumarios, minutas y otros papeles que originales paran en nuestro poder y real archivo y del cargo de nuestros empleos, que blasonan de las ilustres casas y solares infanzonados de caballeros nobles hijosdalgos, parece y está escrito en ellos este de DEL RIO”.

Añade el cronista que “de esta casa de DEL RIO, de la provincia de Alava, fue aquel valeroso y esforzado caballero llamado don Lope del Río, de quien se aficionó por su mucho valor y prudencia el señor infante don Fernando, llamado de Antequera, a quien sirvió en la toma de esta ciudad a los moros (el 16 de septiembre de 1410) y otras de Andalucía”. Cuando el infante don Fernando fue ungido Rey de Aragón “se llevó consigo a don Lope del Río, a quien honró mucho y favoreció en extremo”.

Viajando por el sur de España –en su primer periplo en torno al mundo–, don Pedro se refiere así a tales sucesos: “Pasamos delante de Antequera, ciudad de 30.000 almas i donde, según nuestros pergaminos, don Lope del Río, compañero mui estimado del rei Fernando de Aragón, le ayudó a tomar esta plaza, por lo que fue colmado de honores i agregó dos castillos a su escudo de armas”⁴⁸.

En la certificación del Rey de Armas don Juan Alfonso Guerra y Sandoval, que

⁴⁷Del Río S., Abraham, op. cit., pp. 14 y 15.

⁴⁸Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*. Litografía e Imprenta Concepción, Soulodre y Cía, Concepción, 1909, Tomo II, p. 362.

hemos citado, aparece la descripción del escudo de armas que podía utilizar don Manuel del Río y Viguri, que es del siguiente tenor:

“Campo rojo y en él un castilló de plata masonado como de piedra de cantería, con su torre de homenaje; y en una ventana grande del dicho castillo está asomada una dama vestida de encarnado y oro, y en la mano izquierda tiene un pendón con su lancilla acerada y el asta de oro, y en el pendón, que ha de ser azul, tres flores de lis de oro puestas en triángulo; con una orla roja y ocho aspas de oro o cruces”.

En cuanto a su significado, siguiendo el sentir de Garibay y don Martín de Viscay y otros cronistas, agrega: “El color rojo del campo... representa el fuego, el más noble de los cuatro elementos, y denota el atrevimiento, ardidez, alteza, fortaleza y vencimiento con sangre, dando a entender la mucha que los caballeros de esta familia derramaron suya y de sus enemigos en servicio de estas Católicas Coronas y sus Reyes, Católicos Monarcas, contra los moros en la milagrosa recuperación de España; el castillo o torre manifiesta ser ganado o defendido por fortaleza de virtud personal o poderío; y las ondas de mar azules y blancas sobre que está puesto denotan contrastes padecidos con valor y sufrimiento, aunque algunos son de sentir que los de esta familia los traen por alusión a su apellido; y la dama puesta en la ventana con la lancilla en la mano denota ejecución varonil peleando y defendiendo la torre, como se dice de otra señora de la casa de Varona o Barahona; y por el pendón con las tres lises, la conexión, unión y parentesco con la esclarecida y Real Casa de los Cristianísimos Reyes de Francia, quienes dieron a sus parientes esta insignia para sus Armas en memoria de sus floridos hechos y heroicas hazañas; y las cruces y santones de oro de la orla, las trae esta familia en memoria de haberse hallado en la célebre batalla de Baeza que se ganó víspera del Apóstol San Andrés, año de mil doscientos y veinte y siete; y por ser las aspas insignias del martirio de este Santo Apóstol, las tomaron por armas muchos de los Caballeros que se hallaron en ella”⁴⁹.

En cuanto a los otros tres cuarteles del escudo de armas de don Manuel del Río y Viguri; Juan Luis Espejo, en su *Nobiliario de la Capitanía General de Chile*, los describe así: Viguri, Plata, una faja jaquelada de plata y sable (negro). Eguiluz: Oro, un árbol y dos lobos pasantes al tronco, puestos, 1, 1. Urruela: Gules (rojo), y sobre ondas de plata y azul, un castillo de plata acompañado de dos sierpes de oro, levantadas⁵⁰.

Don Manuel del Río y Viguri contrajo matrimonio con doña María García de Zavalla, siendo padres de don Manuel del Río y Zavalla, vecino de Bilbao, donde ejerció diversas funciones. Entre ellas, fue regidor capitular (1723, 24, 28, 29, 33 y 34), y síndico procurador general (1732); posteriormente se desempeñó como Cónsul de la Universidad y Casa de Contratación de la misma Villa; oficios que, según

⁴⁹En la Casa Museo de Hualpén, en la habitación que fuera otrora escritorio de don Pedro, puede apreciarse una copia de sus pergaminos, que data de los tiempos de aquél.

⁵⁰Espejo, Juan Luis, obra citada, p. 691.



Cuartel de los Del Río.



Escudo de Armas de don Antonio Narciso de Santa María Escobedo y Florent (reproducción existente en el Museo de Hualpén).

hizo certificar, sólo se daban y repartían a nobles hijosdalgos de notoria calidad y de vecindad acreditada en la misma Villa”.

Contrajo matrimonio con doña María Josefa de Gastetuaga y Ugalde (hija de don Diego de Gastetuaga y de doña Estefanía de Ugalde), el 2 de septiembre de 1708, en la Parroquia de San Juan en Bilbao. Fueron sus hijos Juana Estefanía, Manuel, dos hermanas más cuyos nombres se desconocen, y Joaquín, quien —como dijimos— habría de fundar en Chile una familia de numerosa descendencia.

En España, empero, habrían de permanecer varias ramas, dispersas a través de la península, que don Pedro del Río reencontraría durante su primer viaje. Recorriendo el norte del país, camino a Santander, tuvo lugar uno de esos encuentros:

“En marcha para esta ciudad, conversaba con un joven que iba a Oñate y pidiéndole yo noticias de los apellidos i apuntes que llevaba en mi cartera, con gran sorpresa de ambos, resultamos ser parientes. Me dijo que era de las mejores familias de la ciudad y diputado a Cortes; me nombró varios de sus parientes titulados, de los de Soria, i un señor Del Río, banquero en Madrid”. Tras rechazar sus generosas invitaciones, continúa su viaje⁵¹.

A principios de 1750, encontramos ya a don Joaquín del Río establecido definitivamente en Chile. Unos años después, en septiembre de 1755, casa en Santiago con doña María Cruz de Arcaya y Varas. Esta, de expectable posición social, era hija de don Juan Luis de Arcaya y Huendica —bilbaíno como Del Río— y de doña María Josefa Varas y Martos, de encumbrado linaje colonial.

Dedicado probablemente al comercio en los primeros años, luego ingresa al servicio público. Contador de las Cajas Reales, cargo que ejerció con habilidad y limpieza, al decir del Gobernador Guill y Gonzaga, su eficiencia le vale ser promovido por éste al puesto de Veedor General del Real Ejército, el 3 de febrero de 1764.

En tal carácter, integraba la Junta de Guerra que presidía el Gobernador y Capitán General y que desde Concepción atendía las necesidades del ejército de la Frontera. Su cargo lo obligaba a recorrer con frecuencia las guarniciones de la Frontera, por caminos fragosos y tierras de araucanos, en tiempos de paz o de guerra, como lo fue 1769, año del gran levantamiento en que debió participar.

Por espacio de más de veintiséis años ejerció don Joaquín del Río sus altas funciones. De su integridad y celo hablan numerosos documentos de la época. Modernamente, don Luis Roa y Ursúa, en su obra *El Reyno de Chile, 1535-1810*, señala que se “desempeñó con exquisita corrección y competencia hasta su fallecimiento”, acaecido en Concepción, el 18 de diciembre de 1790, a los 73 años de edad⁵².

En 1764, luego de prestar juramento del fiel desempeño de su cargo ante el Gobernador, don Joaquín traslada su residencia a Concepción, la capital militar del

⁵¹Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo II, p. 389.

⁵²Roa y Ursúa, Luis *El Reyno de Chile, 1535-1810*. Tipografía Cuesta, Valladolid, España, 1945, p. 888.

reino. De Santiago vendrían su mujer y sus cinco hijos, poco después; en su nueva residencia nacerían otros tres. El mayor de aquéllos, don Gaspar del Río y Arcaya, sería el continuador de la estirpe en Concepción.

Nacido en Santiago, tenía Gaspar siete años al trasladarse al sur con su familia; de manera que su educación tuvo lugar en Concepción —probablemente en el Seminario de San Carlos—, ingresando a los trece años al ejército, como cadete del batallón de infantería residente en la ciudad. En 1777 es promovido a cadete de Dragones de la Frontera y luego ascendido a Alférez del mismo cuerpo. Participa en los Parlamentos de Lonquimay y Negrete y en varios levantamientos indígenas.

Con el grado de teniente del real ejército, comanda la plaza de Arauco en 1796. Al año siguiente fallece, sin haber alcanzado a recibir sus despachos de capitán, expedidos en España con fecha posterior a su muerte.

De su matrimonio (1781) con doña Nieves de la Cruz y Goyeneche (hija del militar español don Pablo de la Cruz y Contreras y de doña Antonia Jiménez de Goyeneche) nacieron nueve hijos. Entre éstos, don José Raimundo; don Pedro José, padre de don Pedro del Río; don Ramón Vicente, presbítero (Capítulo Segundo); y don Carlos, casado con doña Luz Peña y Figueroa.

Don Pedro José del Río y Cruz casará con doña Francisca Zañartu y Trujillo, de cuya unión nacerá don Pedro del Río. Este, para perpetuar el nombre de su padre —y el suyo propio—, legará a la ciudad de Concepción el fundo Hualpén.

Nos parece oportuno, antes de concluir el estudio de la familia Del Río, desvirtuar algunos errores que se han deslizado en numerosos textos y cuyo origen se encuentra, casi con certeza, en don Benjamín Vicuña Mackenna.

En efecto, el ilustre publicista, prologando las memorias de viaje de don Pedro del Río, sostiene: "La familia Del Río, antigua en Concepción i antiquísima en España... radicóse en el antiguo Penco hacia el año de 1690. Fue su primer progenitor en estas fértiles tierras el caballero don Manuel del Río Biguri...".

Sabemos que la familia Del Río se inicia en Chile en 1750 y en 1764 en Concepción, con la llegada de don Joaquín a esta ciudad. Continúa Vicuña Mackenna: "Los Del Río han sido desde entonces una raza esencialmente militar i en ella figura el coronel de dragones don Pedro del Río, íntimo amigo i apoderado del virrei O'Higgins a fines del siglo pasado".

Don Benjamín alude, sin duda, a don Pedro del Río y Vargas-Machuca, nacido en 1740, que fue albaacea de don Ambrosio O'Higgins. Pertenecía a la rama de los Del Río y Vargas-Machuca, fundada en Chile por don Juan del Río, de origen gallego⁵³.

En errores similares incurren Bustos y Salinas, en su obra *Concepción ante el Centenario. 1810-1910*⁵⁴, y Oliver Schneider, en el tantas veces citado *Libro de Oro de la*

⁵³Opazo M., Gustavo, obra citada, pp. 206 y 207.

⁵⁴Bustos, Juan Bautista y Salinas, J. Joaquín. *Concepción ante el Centenario. 1810-1910*. Imprenta Valparaíso, Concepción, 1910, p. 437.

*Historia de Concepción*⁵⁵, basados ambos, muy probablemente, en las páginas de Viña M.

9. FAMILIA ZAÑARTU

Nos corresponde estudiar ahora el linaje materno de don Pedro del Río Zañartu. Al acercarnos a las generaciones más recientes irá perfilándose, con mayor nitidez, el fenómeno —a que aludiera Zenón Urrutia— de la formación de verdaderos clanes familiares, debido a los continuos enlaces entre parientes o amigos cercanos. Por ello, y en honor a la brevedad, nos limitaremos a consignar sólo los vínculos más relevantes para nuestro relato.

“Varón nervudo, fuerte”, es el sentido etimológico de este noble linaje guipuzcoano, al decir de Fernández-Pradel, de los más antiguos de España⁵⁶.

En efecto, en época tan temprana como 1477, don Sancho y don Esteban de Zañartu habían concurrido a la Junta de Caballeros Vecinos de Oñate, para formar la Ordenanza Municipal, aprobada por Real Cédula de 6 de enero de 1485, y después por Carlos V en 1537.

La genealogía de la rama chilena es como sigue:

- I) Juan Pérez de Zañartu-Beitía, Señor de la Casa Solar e Infanzona de Zañartu, “de las primeras pobladoras de Guipúzcoa”, sita en el Barrio de Zañartu, villa de Oñate. Don Juan fue Regidor por el Estado Noble y Cofrade de la Noble Hermandad de Nuestra Señora de Aranzazu. Contrajo matrimonio con doña Domenja de San Pelayo, con sucesión⁵⁷.
- II) Juan Pérez de Zañartu y San Pelayo, regidor de Oñate en 1563, casado con María Juana de Arrazola y Araoz, con sucesión:
- III) Andrés de Zañartu-Beitía y Arrazola, Señor de la Casa de Zañartu, en Oñate, Regidor; casó con María Pérez de Campicelay, en 1563, con sucesión:
- IV) Juan Martín de Zañartu y Campicelay, Sucesor de la Casa, bautizado en Oñate; Regidor. Casó con María Antonia de Balzategui y Gauna (hija de Juan y María). Con sucesión.
- V) Juan de Zañartu y Balzategui, bautizado en Oñate; Sucesor de la Casa; Regidor. Contrajo matrimonio en Oñate, con su prima María de Aguirre y Balzategui (hija de Juan y Josefa). Con sucesión.

⁵⁵Oliver S., Carlos, obra citada, p. 429.

⁵⁶Fernández-Pradel, Pedro Xavier, obra citada, p. 486.

⁵⁷La información acerca de las primeras generaciones ha sido extraída de la obra citada de Fernández-Pradel; a partir de III), se agrega el libro de Opazo Maturana: el *Nobiliario...*, de Espejo, ya citado, a partir de V); y *El Reyno de Chile, 1535-1810*, de Luis Roa y Ursúa, desde VI).

- VI) Juan de Zañartu y Aguirre⁵⁸, bautizado en Oñate; Regidor, 1659; Diputado de las Juntas Generales, 1672; Tesorero Municipal, 1676. Casó en Oñate (1654) con María de Orueta y Resusta (hija de Lorenzo y Celedonia). Con sucesión.
- VII) José de Zañartu y Orueta, bautizado en Oñate, el 14 de febrero de 1658. Caballero de la Orden de Santiago. Patrón de la Obra Pía fundada por Martín de Zañartu (hermano de don Juan de Zañartu y Aguirre, que dejó memoria eterna con la fundación que hizo de ella, "para remedio de doncellas parientes de su linaje, en su testamento otorgado en Sevilla, en 1632"). Casó en Oñate, el 4 de febrero de 1680, con Teresa de Palacios y Aristegui. Fueron padres de Francisco, Capitán en Indias, que ingresó al convento de San Francisco de Santiago, renunciando a sus bienes ante José Henestrosa (1718); Luisa, mujer de Luis Gomendio; Teresa; Manuel Antonio, cabeza de la rama penquista de los Zañartu; y de José, padre del Corregidor Zañartu, de quien diremos algo. Los dos últimos, José y Manuel Antonio, fueron los fundadores en Chile de la familia Zañartu⁵⁹.

Don José de Zañartu y Palacios, Oñate, 1682, trae a Chile su apellido. Jorge Inostrosa, en su novela histórica *El corregidor de Calicanto*, evoca así este episodio: "En 1730, la familia emprendió viaje, como bandada de aves migratorias, abandonando el nido hereditario. Don José de Zañartu y Palacios, el último mayorazgo, marchó hacia América con su esposa, doña Antonia de Iriarte y Lizarralde Larrea, y con sus dos hijos: Miguel Antonio y Luis Manuel"⁶⁰.

Don José adquirió en Chile gran fortuna. Su hijo Miguel, Capitán de Infantería del Batallón de Santiago, contrajo matrimonio, en 1751, con doña María Mercedes de Echavarría. El hermano de éste, Luis Manuel, fue el famoso Corregidor de Santiago, de no perdida memoria.

Don Luis Manuel de Zañartu e Iriarte nació en Oñate, Guipúzcoa, hacia 1723. Llegó a Chile cuando contaba poco más de siete años de edad. Fue Regidor de Santiago, en 1761; Procurador General (1771) y Coronel de Milicias de Infantería de Santiago.

Pero, sin duda, el cargo que le valió justificada celebridad fue el de Corregidor de Santiago, que ejerció entre los años 1762 y 1772. Durante esos años terminó los Tajamares del río Mapocho, para defender de inundaciones la ciudad; fundó el Monasterio del Carmen de San Rafael; levantó los refugios del camino

⁵⁸El libro de Roa y Ursúa, que comienza la relación de la familia con don Juan de Zañartu y Aguirre, omite mencionar a su hijo José de Zañartu y Orueta, Sucesor de la Casa, atribuyendo a aquél la información correspondiente a éste.

⁵⁹La obra *Concepción en el Centenario Nacional*, de Ossa, Serrato y Contardo, señala —erróneamente— como fundadores de la familia Zañartu en Chile a los hermanos José, Miguel y Manuel de Zañartu y Palacios. Don Miguel, según veremos, era hijo —y no hermano— del primero.

⁶⁰Inostrosa, Jorge. *El Corregidor de Calicanto*. Editorial Zig-Zag, Santiago, 1974, p. 11. Cfr., además, de Salazar González, Julene y Hernández Ponce, Roberto, op. cit., p. 47.

de Uspallata y el Puente de Calicanto, "muestra de la solidez y resistencia del carácter vasco; obra valiosa que en época aciaga de modernismos se hizo volar por la dinamita"⁶¹.

En 1757 viajó a España con el doble propósito de traer mercaderías —que importó, al año siguiente, por valor de 102.000 pesos— y de autentificar la nobleza de sus antepasados.

Las armas de los Zañartu, de acuerdo al Real Despacho Confirmatorio de Blasones, dado en Madrid, en 1758, a favor de don Luis Manuel de Zañartu, son como sigue: Azur, con un jabalí de sable sobre un trigal de oro; bordura de tres series de jaqueles de plata y gules⁶².

- VIII) Manuel Antonio de Zañartu y Palacios, hijo de don José de Zañartu y Orueta y fundador, junto a su hermano, de su linaje en Chile, nació en Oñate, en 1681. Alcalde por el Estado Noble allí, en 1730, época en que ya residía en Chile. Casó en Santiago con su prima Juana María de Palacios Villela, fallecida en 1728.

Contrajo segundo matrimonio, en 1729, con Francisca Javiera de Barrenechea y Carrera, con quien tuvo seis hijos. Ente ellos Ramón, fundador de la rama de los Zañartu de Concepción.

- IX) Ramón de Zañartu y Barrenechea, bautizado en Santiago. Fue abogado de la Real Audiencia (1764). Casó primero con doña Gertrudis de Arechavala y Olavarría, avocándose en Concepción. En segundas nupcias, casó con doña Tomasa de Santa María y Baeza, dueña de la estancia de Hualpén.

Del primer matrimonio nació doña Mercedes de Zañartu y Arechavala, casada con don Juan Antonio de Trujillo y Jacón. Este fue Teniente de Navío de la Real Armada, surta en Talcahuano; y Capitán de Infantería en Concepción (1791).

El matrimonio de don Juan Antonio y de doña Mercedes tuvo lugar en Concepción, el 2 de noviembre de 1782; fueron los padrinos el brigadier Ambrosio O'Higgins de Vallenary, Comandante General de Concepción, y doña Tomasa de Santa María.

Tuvieron por hijos a Pedro, Senador y miembro del Triunvirato que gobernó la República en 1829; y Petronila, bautizada en Concepción en 1792, quien, como veremos, casará con su tío Pedro Zañartu Santa María⁶³.

De su matrimonio con doña Tomasa Santa María y Escobedo tuvo don Ramón de Zañartu cinco hijos, de que daremos breve noticia. Esos fueron: don Miguel; don Manuel; don Pedro, que trataremos en X); don Juan, cuya rama se

⁶¹Roa y Ursúa, Luis, obra citada, p. 830. Ver, además de Francisco A. Encina. *Historia de Chile*. Editorial Ercilla, Santiago, 1983, tomo VII, pp. 219-225.

⁶²Espejo, Juan Luis, obra citada, p. 887.

⁶³Roa y Ursúa, Luis, obra citada, p. 859.



General don José María de la Cruz y Prieto, Ministro de la Guerra, Diputado, Senador y Candidato a la Presidencia de la República. (Litografía existente en el Museo Hualpén).



Don Aníbal Pinto G., Intendente de la Provincia de Concepción y Presidente de Chile, 1876-1881.

extingue con su hijo Ramón, muerto sin sucesión; y doña Francisca, que falleció soltera.

Don Miguel Zañartu y Santa María, nacido en Concepción, en 1786, estudió en el Seminario de Concepción y luego en la Universidad de San Marcos, en Lima, fue abogado de la Real Audiencia; Auditor General del Ejército del Sur (1814), y enviado diplomático en Buenos Aires y en el Perú.

Formó parte de la Junta de Gobierno de O'Higgins, en Concepción, suscribiendo —en su calidad de Ministro de Guerra y Marina— el Acta de Independencia de Chile. Fue, asimismo, Regente, desde su fundación, de la Corte de Apelaciones de Concepción.

Contrajo matrimonio con su sobrina doña Juana de Mata Zañartu, hija de su hermano Manuel. Entre sus hijos mencionaremos sólo a don Aníbal, Ministro de Estado, Senador y vicepresidente de la República; y a don Manuel Aristides, distinguido político, diputado y Ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda del Presidente Balmaceda. Don Manuel Aristides casó con doña María Rosa Prieto del Río, hija de don Manuel Prieto y de la Cruz y de doña Parmenia del Río y Zañartu, hermana del filántropo.

Don Manuel de Zañartu y Santa María, Alcalde de Concepción, en 1811; Teniente Coronel. Casó con su prima doña María Clara Arrau Santa María. Tuvieron nueve hijos, entre ellos doña Juana, ya dicha; y don Ignacio Zañartu, casado con Margarita del Río y Peña (hija de Carlos Andrés del Río y Cruz, tío de don Pedro, y de Luz Peña Figueroa). Su hijo Carlos Zañartu del Río, primo y amigo del filántropo, fue cónsul de Chile en París. Allí le encontraría éste, durante su primer viaje, recibiendo sus atenciones⁶⁴.

Por último, antes de referirnos a don Pedro de Zañartu, cabe consignar que don Ramón de Zañartu y Barrenechea tuvo aún otro hijo: Manuel de Zañartu Fernández. Hijo de Silveria Fernández, sirvió en el Regimiento de Infantería de Chile. Combatió con el grado de Capitán, en el sitio de Rancagua, donde encontró heroica muerte. Contrajo matrimonio con doña Catalina de Opazo y Estrada, teniendo con ella cuatro hijos varones: Alejo, Vicente, José María y Manuel.

Este último —célebre coronel del ejército patriota, que se batió en Maipú— detona con su muerte, ocurrida en casa de su amante, las luchas religiosas que desembocaron en las leyes que crearon los cementerios laicos y el matrimonio civil⁶⁵.

- X) Pedro Zañartu y Santa María, Presidente de la Asamblea Provincial de Concepción en 1823 y 1829. Casó primero con doña Petronila Trujillo Zañartu, su sobrina, ya dicha. Fueron sus hijas doña Francisca y doña Josefa Zañartu.

⁶⁴Del Río Z., Pedro, obra citada, tomo II, p. 408.

⁶⁵Fernández Sánchez, Margarita. *Historia del Cementerio de Concepción*. Imprenta Renacimiento, Concepción, 1989, Capítulos VI y VIII.

Don Pedro Zañartu, tras la muerte de doña Petronila, contrajo matrimonio con doña Tránsito Zañartu Arrau, hija de su hermano Manuel —a quien nos hemos referido— y de doña Clara Arrau Santa María. Tuvieron por hija a doña Domitila Zañartu Arrau.

Doña Josefa Zañartu y Trujillo contrajo matrimonio con el ilustre General don José María de la Cruz, diputado, senador y candidato a la Presidencia de la República. Su hija Delfina, la “princesita del sur”, riquísima heredera de vastas propiedades en Hualpén, contrajo matrimonio con el Intendente de la Provincia y luego Presidente de la República don Aníbal Pinto Garmedia⁶⁶.

De esta manera, el General De la Cruz, por su matrimonio con doña Josefa, es tío de don Pedro del Río y Zañartu. No es ésta, sin embargo, la primera vez que las familias Del Río y De la Cruz se vinculan: don Gaspar del Río y Arcaya, abuelo paterno de don Pedro, recordemos, casó con doña Nieves de la Cruz y Goyeneche; que fue hermana de don Luis de la Cruz, padre del General⁶⁷.

La hermana de doña Josefa, doña Francisca de Zañartu y Trujillo, contrajo matrimonio con don Pedro José del Río y Cruz —según veremos (Capítulo Segundo)—. Su vástago, Pedro, no tuvo, por desgracia, un hijo que sobreviviese lo necesario para continuar su linaje.

10. FAMILIA SANTA MARÍA

En 1730, el año en que la familia de don José de Zañartu emprendió viaje hacia Chile, otro español —aunque éste, sí, extremeño— hacía el mismo camino. Se trataba de don Antonio Narciso de Santa María Escobedo y Florent, venido a Chile en la fragata “Guipúzcoa”, y que ocuparía importantes cargos en el Reino.

Don Antonio era hijo de don José de Santa María y Escobedo. A éste, bautizado en la Villa de Martos, Jaén, Opazo Maturana lo describe así: “Noble hijodalgo, usaba las armas de Escobedo de las Condes de Cazalla del Río. Militó treinta y un años en las guerras de Flandes. Casó en Flandes con Inés Florent o Florencia, natural de Charleroi, Flandes”⁶⁸.

Su hijo Antonio, bautizado en Alcántara, Extremadura, el 15 de junio de 1716⁶⁹,

⁶⁶Campos Harriet, Fernando. *Legendas y tradiciones penquistas*. Editorial Orbe, Santiago, 1974, pp. 64-67.

⁶⁷Espejo, Juan Luis, obra citada, p. 304. En el escritorio de don Pedro del Río, en Hualpén, existe una litografía autografiada de don José María de la Cruz, a quien aquel hallaba parecido al General Moltke, tras haberlo visto en Hamburgo.

⁶⁸Opazo M., Gustavo, obra citada, p. 231.

⁶⁹Juan Luis Espejo, en su *Nobiliario de la Capitanía General de Chile*, afirma que don Antonio de Santa María nació en Sevilla.

exhibe una larga hoja de servicio: llega a Chile como Subteniente del Batallón de Portugal; en 1738 era Comandante de la Plaza Militar de Santa Juana; Gobernador de la Isla de Chiloé, de marzo de 1749 a diciembre de 1761; Gobernador de las islas de Juan Fernández, en 1763; Comandante de las Milicias de Concepción (1766); Teniente Coronel de Infantería y Comandante de la Plaza de Arauco, 1770; Comisario General de la Caballería, en 1771. Se retiró del servicio con el grado de Teniente Coronel, por Real Cédula de 18 de noviembre de 1774.

Usaba al firmar las armas de Escobedo: Escudo Partido: 1' En campo plata, el aspa de gules, que es de Santa María. 2' En oro, tres escobas de sinople y el árbol desarraigado, que es de Escobedo. Bordura azur, cargada de 10 veneras de plata⁷⁰.

Muchos años más tarde, en 1817, cuando O'Higgins, "queriendo desterrar para siempre las miserables reliquias del sistema feudal que ha rejido en Chile, i que por efecto de una rutina ciega se conserva aun en parte contra los principios de gobierno", decretó la abolición de todo título o nobleza hereditaria, y ordenó, entre otras cosas, quitar todo escudo de armas, el de los Santa María —cuya casa, situada en la esquina actual de O'Higgins y Lincoyán⁷¹, era una de las pocas que usaban escudo sobre el portal— fue el primero que se embarró en Concepción⁷².

Don Antonio Narciso de Santa María contrajo matrimonio en Concepción, previa autorización del Gobernador Manso de Velasco, de 10 de junio de 1748, con doña Isabel de Baeza (hija de Francisco Angel de Baeza y de Juana de Montes de Oca). Por su relevancia, haremos mención de tres de sus siete hijos.

Don Manuel, Teniente Coronel de Dragones de la Frontera, Gobernador —al igual que su padre— de las islas de Juan Fernández. Contrajo matrimonio con doña Nicolasa de las Nieves de Artigas y Arranz. Una de sus hijas, Carmen, casó con don Jorge Lyon, fundador en Chile de la familia de su apellido, descendiente de Sir John Lyon of Glamis, el León Blanco de Escocia⁷³.

Doña Isabel de Santa María y Baeza, nacida en Chacao —en los años en que su padre se desempeñaba como Gobernador de Chiloé—; casó con el ingeniero catalán Lorenzo de Arrau, avecindado en Concepción, dueño de la estancia de Cato, en Chillán.

A doña Isabel, probablemente, se refiere el Capellán militar Ubera, que combatió la epidemia de viruela que asoló Concepción, en 1789, en un memorial relativo a sus servicios, donde señala: "Doña Isabel de Santa María y su familia, fueron los primeros que se dejaron inocular, y viendo la facilidad con que se curaron todos, empeza-

⁷⁰Roa y Ursúa, Luis, obra citada, p. 860.

⁷¹Mazzei de Grazia, Leonardo y Pacheco Silva, Arnoldo. *Historia del traslado de la ciudad de Concepción*. Editorial de la Universidad de Concepción, Concepción, 1985, pp. 94 y 158. Muy cerca del solar de los Santa María, en la esquina de Lincoyán y Barros Arana, se encontraba la casa de don Joaquín del Río. Su viuda, doña María Cruz de Arcaya, venderá dicha casa, en 1796, el trasladarse de regreso a Santiago, con sus hijas solteras que vivían a su lado.

⁷²Oliver S., Carlos, obra citada, p. 427.

⁷³Ibidem, p. 427.

ron varios a ejercitar lo mismo; creo que a esta señora le son la Concepción y su obispado deudores de este beneficio, pues seguramente se han libertado, por su ejemplo, muchos de ser víctimas de la peste⁷⁴.

De su matrimonio con don Lorenzo de Arrau nace doña María Clara Arrau Santa María, que contraerá matrimonio —como hemos dicho— con su primo don Manuel Zañartu Santa María, hijo de don Ramón de Zañartu y de doña Tomasa de Santa María.

Doña Tomasa de Santa María y Baeza, segunda esposa del Dr. Ramón de Zañartu y Barrenechea, será la bisabuela materna de don Pedro del Río y Zañartu. A ella nos referiremos nuevamente al tratar de la estancia de Hualpén.

Queremos concluir el estudio de la genealogía de don Pedro del Río consignando un hecho curioso. El 26 de agosto de 1767, la quietud colonial de Concepción fue sacudida por un anuncio estremecedor: los jesuitas, en cumplimiento de la Real Cédula de Carlos III, eran notificados de su expulsión de los dominios españoles.

A las cinco de la mañana, poco antes de aclarar, se presentaba en el Convictorio de San José —que ocupaba la manzana formada por las calles O'Higgins, Colo Colo, San Martín y Castellón— el Maestre de Campo don Salvador Cabrito, quien poco después cumplía su cometido, sembrando gran desazón entre los religiosos.

Entre los testigos de la diligencia se hallaban don Joaquín del Río y Gastetuaga, Veedor General del Ejército; y el Regidor don Ramón de Zañartu, bisabuelos paterno y materno de don Pedro del Río, respectivamente. Más tarde, se apersonó don Antonio Narciso de Santa María, su tatarabuelo.

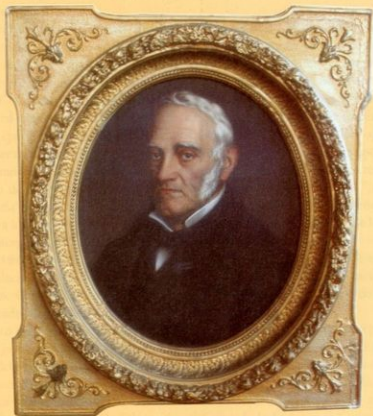
A mayor abundamiento, el encargado por la autoridad civil del cuidado de los jesuitas, mientras estuvieron reclusos en la misión de San José de la Mocha, antes de partir al exilio, fue don Alejandro Urrejola, fundador de la familia de su apellido en Concepción y bisabuelo de doña Carmen Urrejola, segunda esposa de don Pedro del Río.

De esta manera, el destino unía —por un momento y tres cuartos de siglo antes de su nacimiento— a los ancestros del ilustre penquista.

⁷⁴Sin Autor. *El Libro de la Provincia de Concepción*. Talleres Gráficos de "El Imparcial", Santiago, 1944, p. 143. Esta obra atribuye —erróneamente, creemos— estos hechos a su madre, doña Isabel Baeza.

CAPITULO II

Años de Mocedad



"MUCHO TENÍA DE DEL RÍO DON PEDRO EN LA DULZURA Y CLARIDAD DE SU MIRADA Y EN SU TALANTE DE GRAN SEÑOR, PERO EN LA RESOLUCIÓN Y EN LA ENERGÍA DE SU CARÁCTER REZUMABA LO ZAÑARTU..."

DON PEDRO JOSÉ DEL RÍO Y CRUZ, PADRE DEL FILÁNTRORO, 1787-1862

(RETRATO EXISTENTE EN EL MUSEO DE HUALPÉN).

11. NACIMIENTO. SUS PADRES Y HERMANOS

El 1 de agosto de 1840, en la casa de sus padres, en Concepción, nació don Pedro del Río Zañartu. Eran ellos don Pedro José del Río y Cruz y doña Francisca Zañartu y Trujillo, vástagos ambos de noble estirpe colonial, tanto aquí en la Frontera como en la Península.

Don Pedro José, que naciera en Concepción en 1787, había sido un gran patriota. Con escasos quince años, ingresó como cadete al batallón de línea de Concepción; luego, por espacio de seis años, a partir de 1807, ejerció el cargo de oficial interventor de la Aduana principal de la ciudad, pasando más tarde a desempeñarse como Comisario de Guerra en la Segunda División del Ejército Libertador.

En tal carácter participa en la acción de San Carlos en el Sitio de Chillán. En esta misma época "pudo impedir en una ocasión —según relata Abraham del Río— que cayeran en poder de los realistas los caudales que existían en arcas fiscales en Concepción"⁷⁵.

Durante la Reconquista es hecho prisionero, por lo que permanece recluido por espacio de tres años —parte de ellos en la isla Quiriquina—, hasta 1817, cuando la provincia es liberada por las fuerzas patriotas. Posteriormente desempeña en forma sucesiva los cargos de Administrador de Correos, Ministro Contador de la Tesorería de Concepción y Comisario del Ejército.

En 1844, después de acreditar cuarenta años en el servicio público, le es acordada su jubilación. En 1825 y 1827 fue electo diputado a la Asamblea Provincial de Concepción. Quince años después, por decreto supremo de 8 de agosto de 1842, fue nombrado Intendente de la Provincia, cargo que se negó a asumir⁷⁶.

Junto a su dilatada labor en la administración estatal y en el Ejército patrio, don Pedro José del Río destacó también en el plano del servicio público. En efecto, el padre del filántropo integró la primera Junta de Beneficencia y Salud Pública de Concepción, constituida en junio de 1832 y que presidiera don Domingo Binimelis Andrade.

Estas juntas, que prestaron importantes servicios a la comunidad, tenían a su cargo la vigilancia sobre la Educación, el Culto, la Industria y el Comercio, sobre todas las instituciones de beneficencia y una serie de otros establecimientos, v. gr., cárceles, panteones, cuarteles, etc.⁷⁷.

⁷⁵Del Río, Abraham, obra citada, p. 56.

⁷⁶Ibídem, pp. 56 y 57. Don Pedro José del Río, sin embargo, desempeñó interinamente este cargo los años 1838, 1842 y 1851. (Fernando Campos H., *Historia de Concepción*, ya citado, p. 337).

⁷⁷Fernández S., Margarita, obra citada, pp. 39 y 40.



Don Aristides del Río Z.



Doña Parmenia del Río Z.

Finalmente, don Pedro José profesó, además, durante largos años, la cátedra de Matemáticas en el Liceo de Concepción, participando, en junio de 1833, en la primera Junta Directiva de Estudios de dicha institución⁷⁸.

Don Pedro José del Río contrajo matrimonio, en Concepción, con doña Francisca Zañartu y Trujillo, dama penquista de noble estirpe guipuzcoana, a que nos hemos referido. Nacida hacia 1817 –en los días en que, según veíamos, su futuro esposo se hallaba preso en la Quiriquina–, tenía 23 años al nacer su hijo Pedro. Por ello, le acompañará durante buena parte de su vida. El padre, en tanto, que ya frisaba los 50, dejará de existir el 25 de agosto de 1862, a los 72 años⁷⁹.

“Mucho tenía de Del Río don Pedro en la dulzura y claridad de su mirada y en su talante de gran señor, pero en la resolución y en la energía de su carácter –sostiene Oliver Schneider– rezumaba lo Zañartu”; así, al explicar algún gesto brusco de su parte, solía repetir su consabida frase “y entonces se me salió lo Zañartu y...”⁸⁰.

⁷⁸Soto Ayala, Carlos. *El Liceo de Concepción*, Imprenta y Litografía Barcelona, Santiago, 1915, pp. 15 y 16.

⁷⁹Su lápida, no obstante –existente en el mausoleo de los Del Río Zañartu, en el Cementerio de Concepción–, señala que su deceso se produjo a los 73 años; no consigna su fecha de nacimiento, por lo que pensamos puede tratarse de un error, por ende optamos por seguir en este punto a *El Libro Verde de los Del Río*.

⁸⁰Oliver S., Carlos, obra citada, p. 346.

Pero de la madre también heredó la fe, su piedad de católico "poco practicante", según se declaraba⁸¹, y que, sin embargo, no lo abandonó jamás, ni aun en los años en que el liberalismo anticlerical inflamaba sus pasiones.

De la unión de don Pedro José y de doña Francisca surgió una familia que, según los cánones actuales, habría que calificar de numerosa, pues siete hijos la integraban: Don Artemio, avecinado en Valparaíso, donde ocuparía un lugar prominente y de prestigio en el alto comercio; casó con doña Teresa Plummer Délano, con numerosa sucesión.

Doña Parmenia, quien contrajo matrimonio con don Manuel Prieto y Cruz, el 1 de noviembre de 1856, a los quince años de edad. De ella decía —en su *Diccionario Histórico...*— don Virgilio Figueroa, con indisimulada admiración: "Era de una belleza clásica y arrobadora. Tenía el porte y el aire de las vírgenes cristianas... Murillo se habría inspirado en ella para trazar sus figuras inmortales"⁸².

Don Aristides, dueño de la estancia de Puquios y Gerente del Banco Concepción. Casó con doña Adela Serrano Squella, hermana de Ana Rosa, primera esposa de don Pedro del Río; tuvieron ocho hijos, entre ellos Pedro, abogado, sobrino favorito del filántropo, que lo acompañará en su tercer viaje y más tarde será su ejecutor testamentario; Alfredo, quien fuera Alcalde de la ciudad y Presidente del Club Concepción; y Guillermo (1885-1965), interesado siempre en las cosas de los Del Río y de Hualpén, cuyos escritos citaremos.

Don Néstor, que ejerciera la Intendencia de la provincia de Bío-Bío durante varios períodos, contrajo matrimonio con doña Amelia Pantoja y de la Maza. Don Celedonio, propietario de valiosos fundos rurales en Concepción y en la zona sur.

Don Pedro, elegido para portar el nombre de su padre, sería el único que no llevaría un nombre clásico. Por último, doña Adela, fallecida el 15 de marzo de 1861, a los 19 años de edad⁸³.

⁸¹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*. Litografía e Imprenta Soulodre, Concepción, 1912, tomo II, p. 172.

⁸²Figueroa, Virgilio, *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Establecimientos Gráficos Balcells y Cía., Santiago, 1931, tomos IV-V, p. 640.

⁸³La información sobre los hermanos Del Río Zañartu ha sido extraída, fundamentalmente, de *El Libro Verde de los Del Río*, el *Diccionario Histórico...*, de Figueroa; y de la obra de Gustavo Opazo M., *Familias del Antiguo Obispado de Concepción, 1551-1900*, ya citados. Dichos estudios, sin embargo, sólo dan noticia de la existencia de seis hermanos Del Río Zañartu, omitiendo a doña Adela, fallecida en su juventud, cuya lápida se halla en el mausoleo de los Del Río Zañartu.

12. INFANCIA

De la infancia de don Pedro fueron testigos los bosques de Hualpén, que aprendió a amar intensamente; y las calles del Concepción de mediados del siglo pasado, que hemos bosquejado. "Crióse el lozano niño bajo los selváticos pataguales de Hualpén, a orillas del majestuoso Bío-Bío, que así riega la planta de erguidos robles, como nutre la vitalidad de quienes de sus aguas beben de altos pensamientos y empinadas voluntades", escribía, en su peculiar estilo, don Benjamín Vicuña Mackenna, prologando las primeras crónicas de viaje de don Pedro del Río⁸⁴.

Muchos años después recordaría éste con cariño aquellos días: "En mi niñez a las oraciones... pasaba el vigilante gritando: farol... farol... colocándose en uno de esos diminutos aparatos una flaca vela de sebo que ardía lúgubrememente por una o dos horas"⁸⁵.

Hacia 1821 el padre del filántropo había adquirido, según veremos (Capítulo Tercero), los terrenos adyacentes al cerro Chepe hacia Concepción. En la esquina de la calle Carrera y la actual Avenida Arturo Prat se hallaba "La Quinta", lugar de veraneo del señor Del Río Cruz con su familia. Allí se dirigían desde el solar familiar, situado a sólo nueve cuerdas, en las calles de O'Higgins y Rengo (donde hoy se encuentra el Banco del Estado de Chile).

En el conocido plano de Concepción, trazado por el ingeniero Pascual Binimelis, en 1856, se distingue claramente la ordenada disposición de los árboles que componían la quinta, en un sector de escasa vegetación.

Para conocer cuáles eran los juegos y diversiones de los niños en aquel tiempo, recurriremos nuevamente a los recuerdos de don Lisandro Martínez, quien relata: "...jugábamos a la pelota y a la 'chueca'..., los domingos salíamos a los alrededores a cazar pájaros con 'huache'. Los puntos preferidos eran Palomares y Nonguén. Recuerdo que pasábamos tardes enteras tumbados a la sombra de un arbusto, esperando que un chincol cayera en el lazo... En la tarde volvíamos a nuestras casas, caballeros en los borricos sueltos que nunca faltaban a la entrada del pueblo. A veces llegábamos a la plaza de a tres en un mismo burro"⁸⁶.

Hicimos ya referencia, al describir la urbe, al clima bélico del Concepción de mediados de siglo. Los primeros de cada mes, los numerosos veteranos de la Patria Vieja, residentes en la ciudad, rememora el señor Martínez Rioseco, llenaban la calle O'Higgins, entre Colo Colo y Aníbal Pinto, sentados al sol, esperando la apertura de la Tesorería Fiscal para recibir el pago de sus pensiones.

⁸⁴Vicuña M., Benjamín, prólogo a la obra de don Pedro del Río Z., *Viajes en torno al mundo por un chileno*. Imprenta Cervantes, Santiago, 1883, tomo I, p.x.

⁸⁵Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, tomo II, p. 227.

⁸⁶*Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, p. 153.



Doña Francisca Zañartu y Trujillo (1817-1862).



Utilizando como referencia la Plaza de Armas de Concepción (extremo inferior izquierda), es posible distinguir la quinta de recreo de la familia Del Río Zañartu, ubicada al inicio de calle Carrera. (Plano de la ciudad dibujado por Pascual Binimelis, 1856).

“Los muchachos eran los que experimentaban más que nadie la influencia de ese ambiente. Así, los principales juegos de los niños de esa época eran las paradas militares y los simulacros de combate”⁸⁷.

Ya anciano, don Pedro —muy lejos de la ciudad y de los días de su infancia—, apostado entre la multitud que espera ansiosa la llegada del Emperador Francisco José de Austria-Hungría a Karlsbad, evoca aquel ambiente, observando los vistosos uniformes y los pesados estandartes, las bandas de músicos con sus tambores mayores “idénticos a los antiguos nuestros —recuerda— ¡ que hacían nuestra delicia hasta perderlos de vista en sus cuarteles”⁸⁸.

13. ESTUDIOS

Don Pedro, niño aún de pocos años, inicia sus estudios en el Liceo de Concepción, donde aprende las primeras letras y refuerza su formación religiosa.

Dicho colegio había sido fundado hacia 1823 como Instituto Literario; destruido por el terremoto del 1835 fue reinaugurado, en 1838, con el nombre de Colegio Provincial; etapa que se prolonga hasta 1853, cuando adquiere su denominación actual de Liceo de Concepción, al separarse el Colegio del Seminario⁸⁹.

Durante cinco años, entre 1840 y 1845, ejerce el rectorado del Liceo don Ramón Vicente del Río y Cruz, tío de don Pedro, desempeñándose luego hasta su muerte, en 1850, como profesor de religión.

Con el señor Del Río termina el período de los Rectores presbíteros, “que hacían del dogma la base de los estudios”. En esos años los alumnos estaban sometidos a un riguroso régimen eclesiástico. Relata Soto Ayala, historiador del Liceo de Concepción: “(Los alumnos) tenían obligación de oír diariamente en la Catedral la misa, ¡ por la Semana Santa entraban a retiro, a fin de prepararse para la confesión ¡ comunión pascual... Se rezaba al llegar al colegio ¡ al salir de él; al comenzar la clase ¡ al terminarla”⁹⁰.

En cuanto al régimen de estudios, éste era de externado, pero a pesar de tener los alumnos pocas horas diarias de clases, pasaban todo el día en el colegio, entregados al estudio. La enseñanza era más bien memorística y limitábase, principalmente, al estudio del latín, gramática castellana y filosofía; sólo en 1847 se pondría en ejecución el decreto número 248, de 1845, que creaba los cursos de Humanidades o lenguas y de Matemáticas, cada uno con sus respectivas asignaturas⁹¹.

⁸⁷Ibidem, p. 152.

⁸⁸Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, p. 340.

⁸⁹Sobre las primeras décadas del Liceo de Concepción, cfr. Muñoz Olave, Reinaldo. *El Instituto Literario de Concepción, 1823-1853*. Imprenta Chile, Santiago, 1922.

⁹⁰Soto Ayala, Carlos, obra citada, pp. 19 y 20.

⁹¹Ibidem, pp. 21, 32 y 33.

La permanencia del niño Pedro del Río en el Liceo de Concepción es breve. Con escasos diez años, un incidente provoca su envío a Valparaíso, donde continuará sus estudios. Relata Oliver Schneider: "En el aula penquista, que se ornaba con toscas banquetas y un ábaco de cuentas e imperaba el tremendo guante de cordel trenzado y la palmeta de sobadas lonjas, le afloró lo Zañartu y rompió en mil jirones la cartilla en que cantaba la lección, arrojándosela al elevado pupitre del que fuera, andando el tiempo, juez famoso y severo magistrado de la Corte penquista"⁹².

Ante tal desacato, su padre —profesor en el Liceo— decide, en palabras de Vicuña Mackenna, "para sosegar su natural i briosa turbulencia, enviarle a Valparaíso, ciudad clásica de negocios, de disciplina i de lenguas vivas..."⁹³.

Así, un día de 1850 abandona los bosques de Hualpén, "con un sinnúmero de recomendaciones, dada su corta edad", e ingresa al colegio de los educacionistas ingleses Goldfinch y Bluhm, donde se forjaran —al decir de Oliver Schneider— gran parte de las generaciones porteñas del siglo pasado⁹⁴.

Sobre aquellos años en Valparaíso, cuenta Vicuña M., en el prólogo tantas veces citado: "... sus condiscípulos le recuerdan más como a gladiador que como a camarada, siempre el primero en acometer, pero siempre jeneroso, franco, leal, impetuoso hasta la temeridad i por lo mismo sensible al dolor o a la miseria ajena, i pronto a remediarla".

"Pedro del Río dejó de esa manera bien puesto el nombre de 'Penco' en la aula inglesa, i en más de una ocasión sus puños hicieron sentir a los mestizos que allí aprendían la historia patria, que él provenía de la tierra de Caupolicán y de su viga"⁹⁵.

Ya se insinuaba el arrojo y la firmeza de carácter, de que daría muchas muestras durante su vida. Así, "niño en Valparaíso —cuenta en sus crónicas—, en un paseo al estanque de las Palmas, le salvé la vida a Felipe Correa"; éste le manifestaría siempre su agradecimiento⁹⁶.

En las aulas porteñas sólo recibe formación mercantil. "Por índole de su espíritu y condición independiente —dice un biógrafo— se educó para los negocios, no siguió

⁹²Oliver S., Carlos, obra citada, p. 347.

⁹³Vicuña M., Benjamín, obra citada, p. xi. El traslado del niño Pedro a Valparaíso tuvo lugar en momento oportuno. La revolución producida al año siguiente tuvo funestas consecuencias para el Liceo de Concepción: "La persecución directa de los revolucionarios contra la mayor parte de los profesores; el haber convertido en cárcel de reos políticos el mismo establecimiento; la dispersión necesaria de los alumnos; el enganche forzoso de un número considerable de ellos i de los que no faltaron víctimas desgraciadas en el campo de batalla", fueron algunas de ellas (Vicente Varas. Memoria de 1852, en *Historia del Liceo de Concepción*, ya citado, p. 55). Así, convertido en cuartel, el Liceo como tal permaneció clausurado desde septiembre de 1851 hasta los primeros días de marzo del año siguiente:

⁹⁴Oliver S., Carlos, obra citada, p. 347.

⁹⁵Vicuña M., Benjamín, op. cit., p. xi.

⁹⁶Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, tomo I, pp. 131 y 133.

carrera titular ni profesional⁹⁷. Con el correr de los años, merced a sus viajes y numerosas lecturas, va adquiriendo una cultura exquisita, aunque resintiéndose siempre la carencia de una educación humanista formal.

Así, en el proemio de sus primeras crónicas de viaje –rotulado, sintomáticamente, “Explicación Necesaria”– señala: “No debe echarse en olvido por los que se sientan inclinados a la severidad (al juzgar sus escritos), que ni el colegio por cuyas aulas pasé sólo para recibir una educación comercial, ni las tareas de la labranza a que he consagrado la mejor parte de mi vida, podían proporcionarme el caudal necesario para presentarme en la liza de las letras como un autor literario, ni siquiera como un simple escritor⁹⁸”.

No obstante, en sus años formativos no estuvo ausente el arte. El joven Pedro –sostiene Oliver Schneider– fue eximio alumno del ilustre pintor Somerscales, vecindado por entonces en Valparaíso; tres acuarelas existentes en el Museo demuestran que sabía de pinceles⁹⁹.

Concluida su educación formal y apremiado, probablemente, por la enfermedad y posterior muerte de su padre, regresa a Concepción, donde acometerá, según veremos, empresas agrícolas e industriales atrevidas para su edad y novedosas para su tiempo.

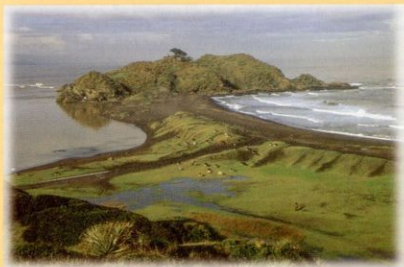
⁹⁷Figuroa, Pedro Pablo. *Diccionario biográfico de Chile*. Imprenta Barcelona, Santiago, 1901, tomo III, p. 55.

⁹⁸Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, tomo I, pp. xix y xx.

⁹⁹Oliver S., Carlos. *Guía Catálogo del Museo de Gualpén*, V. Rojas, Concepción, 1949, prólogo. Aun cuando nos parece reconocer la influencia del Maestro en la luminosidad, el colorido y la ilusión de profundidad que logra recrear don Pedro, es al menos dudoso que haya sido, efectivamente, discípulo de Somerscales, pues en los días en que éste tocaba, por vez primera, tierra chilena, aquél ya se encontraba, probablemente, de regreso en Concepción.

CAPITULO III

El Fundo Hualpén



*"Allí RESIDO DESDE HACE LARGOS AÑOS, ALLÍ HE PASADO MIS DÍAS MÁS FELICES I
SOPORTADO LAS MAYORES DESGRACIAS DE LA VIDA. ME LIGAN TANTOS
RECUERDOS A ESTE FUNDO..."*

CERRO POMPÓN, (DESEMBOCADURA DEL BIO-BIO).

14. LA CASA PATRONAL Y EL PARQUE ADYACENTE

Pocos hombres han sentido ligada en forma tan estrecha su existencia a un lugar como don Pedro del Río respecto del fundo Hualpén. “Su cuna se meció a la sombra de los pataguales de Hualpén, besados constantemente por los vientos del golfo de Arauco”¹⁰⁰. En su infancia, la salvaje naturaleza de la heredad de sus mayores contribuirá a modelar su carácter.

Vuelto de Valparaíso, tras concluir su educación, será el centro de sus múltiples actividades comerciales. En Hualpén fijará su residencia casi permanente durante la última etapa de su vida; y será la donación de este fundo, enriquecido con sus fabulosas colecciones, la expresión máxima de su filantropía.

Don Pedro amaba Hualpén. En cualquier parte del mundo a floraba el recuerdo cariñoso de sus lejanas tierras. Así, en Asunción, durante su segundo viaje, evoca su “precioso rincón, Gualpén, de lo más pintoresco del mundo...”¹⁰¹. También en México, casi veinte años después: “¿Cómo recordamos en todas partes la (temperatura) tan pareja, aunque fresca, de nuestra inolvidable residencia de Hualpén!”¹⁰².

O desde ella misma, tras un violento temporal, cuando escribía a *El Sur*: “En la noche del 7 se dejó ver la luna en todo su esplendor i el panorama de que gozamos en nuestra casa que está muy en alto, fue tan único y espléndido, que nada he visto tan hermoso en parte alguna del mundo”¹⁰³. ¿Y bastante mundo conocía el autor de aquellas líneas!

Meses antes de su muerte, en su testamento —otorgado en Hualpén el 8 de noviembre de 1917— repetía sus expresiones cariñosas hacia el fundo, y agregaba: “Allí residí desde hace largos años, allí he pasado mis días más felices i soportado las mayores desgracias de la vida. Me ligan tantos recuerdos a este fundo...”.

Nos proponemos, en el presente capítulo, decir algo sobre la situación geográfica del fundo Hualpén; su relación con ciertos hechos de importancia regional o nacional; y sobre la propiedad de las tierras, a la luz de los antecedentes con que contamos.

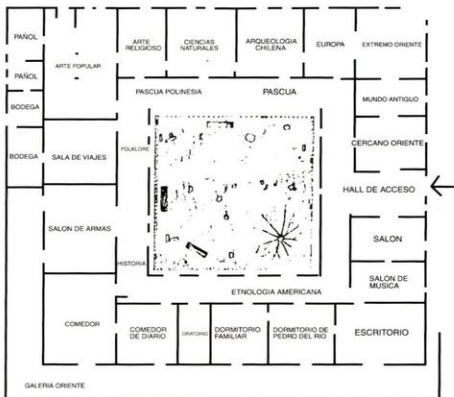
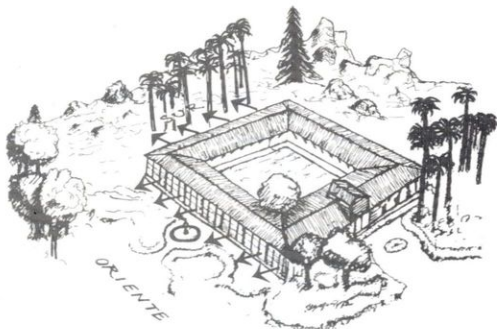
Previo a ello, describiremos brevemente la residencia de don Pedro en su época, como escenario de su acontecer vital y eje de sus afanes comerciales y filantrópicos.

¹⁰⁰ *Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, p. 155.

¹⁰¹ Del Río Z., Pedro. *Nuestros Viajes*. Imprenta y Encuadernación Barcelona, Santiago, 1897, p. 49.

¹⁰² Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, tomo I, p. 137.

¹⁰³ Carta a *El Sur*, de 9 de agosto de 1896.



Casa patronal del Fundo Hualpén (actual Museo).

Concluyendo el siglo, un visitante anónimo nos describe así lo que observara: "Cuando nos dirijimos a la ciudadela del señor Del Río, el carruaje que nos conducía iba pisando por un alfombrado de conchas i piedras de mar, con que está relleno el culebreado camino que conduce a las casas de Hualpén".

"A uno y otro lado del camino, agrega, se divisan espesísimos bosques plantados expresamente para invitar a los paseantes a pasar un momento de solaz en aquellos salones naturales, alumbrados con una luz verde esmeralda, que hace pensar al viajero en los cuentos fantásticos de *Las mil y una noches*"¹⁰⁴.

La casa patronal del fundo, construida hacia 1870 y diseñada, probablemente, por don Pedro, basándose en otras casas de la zona, lo que era habitual en la época, es —desde el punto de vista del estilo arquitectónico que la inspiró— difícil de encasillar¹⁰⁵. Lo anterior se explica por las numerosas modificaciones que su propietario le introdujo a través de los años, motivadas por los diversos estilos que éste viera —y absorbera— durante sus viajes, v. gr., el Romanticismo; y por su adopción como residencia definitiva, lo que estimula la búsqueda de una comodidad mayor.

Formalmente, la casa de Hualpén se ajusta al modelo llamado "casa chilena de la zona central", dada su forma cuadrada rodeada de corredores, en cuyo centro se halla un patio. Dicho espacio, sin embargo, carece de la importancia que a éste se le asigna en la casa colchaguina, como centro vivencial de la familia. Al contrario, su centro de gravedad se inclina hacia el lado sur y oriente, donde se encuentran las anchas galerías vidriadas, así como las piezas más importantes.

Don Pedro del Río, consciente de la belleza natural del lugar, del encanto único que le proporcionaba la desembocadura cercana y buscando, tal vez, alejarse de los terrenos de cultivo, erigió su morada sobre la loma de Hualpén, desde donde podía contemplar no sólo la naturaleza circundante, sino también la urbe lejana: "Durante años vivió retirado en sus posesiones campestres, no tan lejos de Concepción como para que no le llegaran sus grandes ecos, ni tan cerca como para que lo perturbara su bullicio baladí..."¹⁰⁶.

Primitivamente, la casa tuvo menores dimensiones, las que fueron aumentando paulatinamente. No existían las galerías vidriadas ni los caminitos de boj recortado; los bordes del patio estaban protegidos sólo por aleros. "Con el tiempo don Pedro, constatando lo grato del borde exterior oriente y sur del inmueble, tanto por la vista hacia la desembocadura del río Bío-Bío, como por el sol de la mañana, decidió ampliar la casa, construyendo una amplia galería vidriada; pudiendo de esta manera, aprovecharse el lugar incluso en los días más fríos".

¹⁰⁴Recorte del periódico *La Nueva República*, de 1899, sin fecha de día. Archivo del Museo de Hualpén.

¹⁰⁵Reyes Vergara, Tomás y Valenzuela Fernández, Rodrigo. *Estudio y Anteproyecto para la restauración de la casa del Museo Pedro del Río Z. Santiago*, 1981.

¹⁰⁶Fragmento del discurso de don Samuel Guzmán, G., Presidente del Comité pro Universidad y Hospital Clínico, en los funerales de don Pedro del Río Zañartu, diario *El Sur*, 7 de mayo de 1918.

Desde este momento el centro familiar de la casa pasó a ser este corredor vidriado... "Con la construcción de esta galería la casa ganó en comodidad y belleza, los dormitorios, escritorio, comedores, sala de billar (hoy Sala de Armas), se pudieron abrir durante todo el día, y sentados en sillones y sofás los habitantes y visitas pudieron estar en contacto directo con el paisaje, protegidos del viento y la humedad de la zona"¹⁰⁷.

En estas galerías expuso don Pedro sus colecciones de objetos, que se solazaba en mostrar a sus visitantes, los que tuvo por cientos, ya durante su vida. Estudiantes, sociedades obreras, visitantes ilustres –entre éstos, los asistentes al Congreso Científico de 1896, o los miembros de la Delegación Argentina de Límites, en 1898– o paseantes en general, pudieron admirar su museo de variedades universales, enriquecido por sus dos primeros viajes alrededor del mundo.

"Todo está ahí, como si sólo ayer se hubiera ausentado don Pedro del Río –escribía, en 1961, Benjamín Subercaseaux– con su gran barba, su porte altivo y su barriga provocante. Ahí se le siente, lleno de bondad, de generosidad, de esa satisfacción pueril del propietario que cuenta a cada invitado la anécdota que da razón del cuánto y del cómo de cada adquisición o curiosidad mostrada"¹⁰⁸.

Como señalamos, el ala sur y oriente fueron ampliadas con la construcción de las galerías. El borde norte estaba ocupado por el salón, los dormitorios de alojados y el zaguán; este último, la antigua entrada de carruajes o de visitas, fue el acceso principal hasta que una puerta –abierta desde el frontis a la galería oriente– le dio a aquél un carácter cotidiano más de servicio.

En en ala sur se hallaba la sala de billar y algunos servicios. El ala poniente, en tanto, estaba ocupada por la cocina, piezas de guardar y cochera. Este sector –como veremos al tratar del Museo¹⁰⁹– se remodeló totalmente en 1977, construyéndose nuevas habitaciones.

El acceso principal, según dijimos, se encontraba en el ala norte, a éste se llegaba por un camino distinto que el actual, que discurría entre los árboles. La actual reja de la entrada sólo fue incorporada a principios de los años 60; entre ésta y la casa existían una bodega, galpón y pesebreras de madera y tejas¹¹⁰.

La construcción de las galerías motivó, a su vez, a don Pedro, a diseñar el parque que rodea la casa. En Europa –a donde viajó por primera vez en 1880, tras la muerte de su primera esposa– tuvo oportunidad de imbuirse de las tendencias en boga,

¹⁰⁷Reyes V., Tomás y Valenzuela F., Rodrigo, obra citada.

¹⁰⁸Subercaseaux, Benjamín. "Un museo en el campo", en: Revista *Zig-Zag*, 19 de mayo de 1961.

¹⁰⁹La evolución de la casa patronal de Hualpén posterior a la muerte de don Pedro (1918), la reseñaremos al referirnos al Museo.

¹¹⁰Esta información la hemos extraído de un inventario manuscrito, que data aproximadamente de 1915, y que hemos encontrado entre los papeles de Hualpén. Ella es coincidente, por lo demás, con la tradición oral recogida en el fundo.

particularmente del Romanticismo que, enfocado hacia lo oriental, el pasado y el exotismo, alcanzó su máximo furor en el siglo XIX.

Así, el parque combina tres estilos en degradación; a saber: aquel de gusto realista y formal, representado por los senderos de boj recortado que forman laberintos, jardines escondidos y bordean las fuentes. Este estilo se identifica con la descripción que de Versalles hacía el propietario de Hualpén:

“El parque es bonito, diremos más bien ‘contra natura’, pues en muchas partes es recortado, pero no por esto se ve mal, matizado con caprichosas fuentes, graciosas glorietas, bellísimos monumentos que hacen la delicia de los paseantes”¹¹¹.

A continuación, el estilo naturalista, buscando crear un “desorden ordenado”, por medio de árboles grandes o exóticos –palmeras, aromos, jacarandás– que aparentan haber sido puestos por la propia naturaleza. Por último, la “vegetación natural”: peumos, helechos, musgos y una extensa variedad de especies autóctonas se hallan tras los árboles y arbustos puestos por el hombre, culminando la degradación referida¹¹².

Todo ello lo resume aquel visitante anónimo: “...El dueño y señor de Hualpén domina la inmensidad del océano desde su morada, construida en un artístico cerro –lo que constituye también, por qué no decirlo, una elección romántica– cubierto de jardines, palmeras, bosques, viñedos i cuanto puede imaginarse el capricho humano”.

15. DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL FUNDO HUALPÉN

El Parque “Pedro del Río Zañartu”, que hoy conocemos, ocupa una superficie aproximada de 552 hectáreas, en la península de Hualpén. El fundo homónimo, sin embargo, llegó a extenderse desde lo que hoy es la esquina de las calles Prat y Los Carretera, hasta la desembocadura del río Lenga, en la bahía de San Vicente, y el fundo “Ramuncho”, por un lado, y por el otro el río Bío-Bío, desde la altura de la calle Los Carrera hasta su desembocadura en el mar¹¹³.

El río Bío-Bío, tras recorrer un largo camino, desemboca en el Océano Pacífico, por los 36° 49’ de latitud sur. Flanqueada por el sur por la desembocadura del río y por el norte por la bahía de San Vicente, se encuentra la península de Hualpén.

Sobre ella existen dos cerros simétricos, conocidos con el nombre de “Tetas del Bío-Bío”, que se elevan como a 240 metros de altura. Estas “pirámides de granito”, como las llamara Domeyko¹¹⁴, son descritas así por el padre Diego de Rosales:

¹¹¹Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, tomo II, p. 412.

¹¹²Reyes V., Tomás, y Valenzuela F., Rodrigo, obra citada.

¹¹³Del Río Serrano, Guillermo, “Notas de los tiempos viejos”, en: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, número 128, Santiago, 1961, pp. 222 y 223.

¹¹⁴Domeyko, Ignacio, obra citada, p. 631.

“Dos leguas de la ciudad de la Concepción se esconde Biobío en el mar sin alterarse jamás en sus crecientes y menguantes, que no le alcanzan por estar en alto su terreno. De manera que es muy conocido por un cerro llamado Gualpén, que quiere decir su nombre ‘veo alrededor’, porque desde él se descubre toda la campiña¹¹⁵; corónase de dos cerros iguales que comúnmente los llaman las Tetas del Bío-Bío; descúbrense de muy lexos, y por ella enderezan la proa los navegantes al puerto de la Concepción¹¹⁶.”

Siguiendo hacia el sur, contorneando la costa, está el gran Peñón llamado Pompon, unido al continente por una lengüeta de tierra —cubierta a veces, tras grandes lluvias¹¹⁷— que forma la desembocadura norte del río Bío-Bío.

Toda la faja costera y, por cierto, también la península de Hualpén, “constituyó antiguamente —al decir de Poeppig, que recorrió la zona hacia 1830— un archipiélago, que se transformó en continente en una época no muy lejana de la nuestra, debido a un retroceso del mar¹¹⁸.”

La exactitud de tales suposiciones, agrega, puede ser comprobada por medio de documentos, salvados de guerras e incendios, que llaman islas a algunas de las actuales penínsulas, ejemplo de lo cual es Tumbes.

Tal fenómeno aún se producía durante las crecidas del Bío-Bío, en Hualpén, según contaba don Pedro: “Ha subido el río, coincidiendo la avenida con las grandes mareas en las vegas en varios puntos, uniéndose con los brazos del mar o bahía de San Vicente”, formando un “gran canal¹¹⁹.”

A mayor abundamiento, Poeppig encuentra por doquier capas de animales marinos, situadas cerca de la superficie, incluso en el promontorio de doble cumbre de Hualpén, “otra isla del pasado”, según el viajero.

Ejemplares de moluscos fósiles de la formación cretácea, provenientes de los cerros Antiñil y del Conejo, ambos de Hualpén, se hallan en el museo; entre éstos, el *Cardium auca*, la *trigonia hanetiana*, etc.¹²⁰.

¹¹⁵Carlos Oliver S., confirmando la interpretación del padre Rosales, señala que *Gualpén*, o como fonéticamente sería más correcto, *Gualpen*, significa “mirar alrededor” en lengua mapuche; y agrega que un vocablo parecido, “*Hualpén*”, significa centinela (*Libro de Oro de la Historia de Concepción*, obra citada, p. 461). Mariano José Campos Menchaca, S.J., coincide con estas interpretaciones, añadiendo: “Mirar alrededor, ésos son, en realidad, los cerros de Hualpén, un mirador hacia Concepción, hacia la vega de Talcahuano y hacia la desembocadura del Bío-Bío” (*Nahuelbuta*, Editorial Francisco de Aguirre S.A., Santiago, 1972, pp. 530 y 531). En el mismo sentido, cfr., Recart Novión, Alberto, *El Laja, un río creador*, Editorial Jerónimo de Vivar, Santiago, 1971, p. 316.

¹¹⁶Padre Diego de Rosales. *Historia general de el Reyno de Chile. Flandes Indiano*. Imprenta El Mercurio, Valparaíso, 1877, tomo I, p. 267.

¹¹⁷En carta a *El Sur*, de 9 de agosto de 1896, don Pedro contaba: “Por acá ha pasado con el temporal lo que no había visto antes; ha abierto el Bío-Bío gran boca en mi propiedad, al norte del cerro Pompon, de manera que es ahora ésta una isla”.

¹¹⁸Poeppig, Eduardo, obra citada, pp. 302 y 303.

¹¹⁹Carta a *El Sur*, de 9 de agosto de 1896.

¹²⁰Oliver S., Carlos, *Guía Catálogo del Museo de Gualpén*, ya citado.

A medida que se avanza hacia Concepción, bordeando el Bío-Bío, el terreno es ocupado frecuentemente por vegas y salpicado de abundantes lagunas. En 1890, con ocasión de la partición de bienes de doña Francisca Zañartu de Del Río, debió practicarse la mensura y tasación de las tierras de Hualpén. Esta se efectuó por el agrimensor don Pascual Binimelis y Campos, el gran Director de Obras Municipales, a quien la ciudad debe buena parte de su progreso en el siglo XIX. Así describe éste una de las hijuelas formadas:

“(La hijuela) tiene una extensión de 179,63 cuadras cuadradas. De éstas, 50,36 cuadras son de vegas de cultivo en partes, otras invadidas por las aguas saladas de las altas mareas i otras un tanto arenosas...; 5,85 cuadras ocupadas por el pajonal i laguna de Guachagüe...; i 123,32 cuadras, terreno de loma...”¹²¹. Entre estas vegas, en 1902 –a los 62 años–, dio caza don Pedro del Río a un lobo marino atacado de hidrofobia, que luego integró disecado a su Museo¹²².

Administrativamente, los terrenos de Hualpén, en la época de don Pedro, quedaban comprendidos en la cuarta subdelegación –llamada “Vegas de Talcahuano”– del Departamento de Talcahuano. Dependían, asimismo, de la Municipalidad del puerto.

Las tierras situadas entre el Cerro Verde –límite departamental– y la ciudad de Concepción pertenecían al departamento homónimo y dependían de la Municipalidad penquista. Ambos departamentos formaban parte de la Provincia de Concepción, integrada, además, por los Departamentos de Coelemu, Rere, Lautaro (Coronel) y Puchacay¹²³.

Por fin, acercándonos ya a Concepción, nos encontramos con “el cabezo granítico de Chepe, nítida elevación de roca cristalina que brota poderosa de la tierra”¹²⁴, orillando siempre el río que, recordemos, era entonces navegable.

En efecto, en Chepe, precisamente, se situaba el puerto homónimo, donde se reunían las lanchas y los vaporcitos que hacían el comercio con la Frontera. Por último, en Chepe se halla hasta hoy, y desde hace cosa de siglo y medio, el Cementerio de Concepción; pero eso ya pertenece a la Historia, y a ella nos referiremos enseguida.

¹²¹Escritura de constitución de la hijuela número 2 de Hualpén, de 26 de diciembre de 1910, N° 766, otorgada en la Notaría Larenas. Archivo Notarial de Concepción.

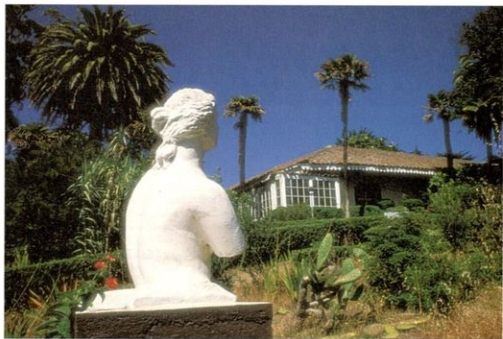
¹²²Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 117.

¹²³Espinoza, Enrique. *Geografía descriptiva de la República de Chile*. Imprenta Barcelona, Santiago, 1903 (quinta edición), pp. 388, 389, 391 y 406.

¹²⁴Solar Manzano, Víctor, en prólogo del libro de Margarita Fernández S. *Historia del Cementerio de Concepción*, ya citado, p. 9. Cfr. Mützel de Berner, Edith. *La Casa Gleisner cuenta su historia*. Litografía Concepción S.A., Concepción, 1955.



Galería oriente de la Casa-Museo.



Vista del parque circundante.



Frontis de la Casa-Museo.



Escritorio de don Pedro del Río en Hualpén.



Toma de posesión de la Bahía de Concepción, por Juan Bautista Pastene, frente a las costas de Hualpén, 1544. (Diorama existente en la Galería de la Historia, Concepción).

16. EL FUNDO HUALPÉN EN LA HISTORIA

Numerosos hechos de significación regional o nacional han tenido lugar en la que fuera estancia de don Pedro del Río, o en sus inmediaciones. Sobre ellos –por no corresponder a nuestra historia– sólo daremos breve noticia.

A bordo del buque “San Pedro”, por impedir hacerlo de otra forma el temporal reinante, en nombre del Emperador Carlos V y del Gobernador Pedro de Valdivia, Juan Bautista Pastene, nombrado por el Gobernador su Capitán y Teniente General de la Mar, toma posesión de la “Provincia de Arauco”, frente a la desembocadura del Bío-Bío. Pastene, con su adarga embrazada y su espada desnuda, ejecutó el solemne acto, del cual dejó constancia el notario: he aquí el comienzo de la Historia de Concepción¹²⁵.

¹²⁵Campos H., Fernando. “Las fundaciones de Concepción”, en: “Serie de estudios y documentos para la historia de las ciudades del reino de Chile, que publica la Academia Chilena de la Historia en conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América”. Academia Chilena de la Historia, Editorial Universitaria, Santiago, 1966, p. 47.

Era el 27 de septiembre de 1544 y Pastene, ya de regreso de la expedición de reconocimiento por mar del sur del país, encargada por Valdivia, efectuaba la toma de posesión referida. Así, "antes de nacer, apunta Campos Harriet, Concepción ya tiene señalada su ubicación geográfica y su destino histórico"¹²⁶; y ello ocurre, precisamente, frente a la futura estancia de Hualpén.

Cuando esto ocurría, la zona de la desembocadura del Bío-Bío se encontraba ya desde antiguo habitada. Existen en ella claros vestigios de asentamientos humanos. En el Museo pueden apreciarse puntas de flecha de Hualpén, halladas en un conchal de pescadores neolíticos, que testimonian esta presencia primitiva¹²⁷.

Durante los años de la Conquista, Hualpén es escenario de diversas escaramuzas entre españoles y araucanos. Los caciques y señores de la "provincia de Gualpén", según relata Diego Arias de Saavedra en su magno poema épico *Purén Indómito*, compuesto a principios del siglo XVII, concurrían a las juntas de los mapuches de la Frontera. El Bío-Bío, el río histórico por excelencia, es el eje en torno al cual se desarrolla la guerra, desde los tiempos de Pedro de Valdivia, primer dueño de las tierras de Hualpén. "El que a conservado el dominio desde río —dice el padre Diego de Rosales— se a hecho señor de la tierra; y assi los españoles an procurado siempre enseñorearse dél y an puesto todo su conato en señirle de fuertes y torreones..."¹²⁸.

En efecto, el gobernador Alonso de Ribera, en ejecución de la estrategia de guerra defensiva, funda numerosos fuertes a orillas del Bío-Bío, límite natural con los araucanos, a fin de establecer una línea fortificada que contenga su avance.

Entre estos fuertes interesa mencionar el de Chepe, erigido en 1603 por el gobernador Ribera, "como defensa del paso del río y como baluarte de la ciudad"¹²⁹. Posteriormente, hacia 1659, el gobernador Porter y Casanate hizo construir allí un nuevo fuerte¹³⁰.

El privilegio de navegación se otorgó, por Decreto Supremo de 23 de febrero de 1855, a don Carlos Mittiane. En 1856, dos embarcaciones a vapor, con ruedas de paleta y fondo plano, llamadas Sotomayor y Bío-Bío, hacían el trayecto entre Nacimiento y Concepción. Se sumaban a unas 200 embarcaciones a vela y remo, que cubrían la misma ruta, en un intenso tráfico permanente.

¹²⁶Campos H., Fernando, "Visión Histórica de Concepción", en: *Galería de la Historia*. Imprenta Renacimiento, Concepción, p. 2.

¹²⁷Oliver S., Carlos, "Guía Catálogo del Museo de Gualpén", ya citado, sin indicación de página.

¹²⁸Padre Diego de Rosales, obra citada, tomo I, p. 265. Arias de Saavedra, Diego, *Purén Indómito*, Biblioteca Antigua Chilena, Universidad de Concepción, 1984, p. 191.

¹²⁹Campos Harriet, Fernando. *Leyendas y tradiciones penquista*. Editorial Orbe, Santiago, 1974, p. 19. Véase, además, del mismo autor: *Alonso de Ribera, Gobernador de Chile*. Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1973, ps. 35-50. Cfr., además, Rosales, op. cit., Tomo I, p. 267.

¹³⁰"Concepción en el Centenario Nacional", obra citada, p. 50. Cfr., además, Guarda, Gabriel, O.S.B. *Flandes Indiano, Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1990, p. 209.

En cuanto al origen del nombre Chepe, un anónimo historiador señala: "En las diligencias practicadas en Santiago para acreditar que esas tierras eran vacuas, i deslindándose, se expresa que limitan con terrenos del cacique Chepe. Como los nombres de los ulmenes o caciques eran los de los levos o parcialidades que mandaban, es verosímil que el del paraje de Chepe fuese el del cacique que se llamaba así"¹³¹.

Muchos años después, en los albores de nuestra independencia política, los terrenos de Hualpén serán testigos de los primeros combates. En las playas de Lengua, estancia de la familia Manzano, y en tierras de Hualpén, desembarcó la expedición del brigadier Antonio Pareja, compuesta de 1.400 soldados adiestrados en Chiloé, enviada por el virrey Abascal a aplastar la naciente revolución chilena. Campos Harriet relata así este episodio:

"La Bahía de San Vicente, en el atardecer del 26 de marzo de 1813, vio surcar por sus aguas violáceas una flotilla fantasmagórica, por el número de las naves y lo desusado del acontecimiento. Era una expedición realista que comandaba el brigadier don Antonio Pareja... La caleta de San Vicente, en la paz de la tarde, arrebujó en sus sombras la flotilla que traía la guerra"¹³². Don Pedro del Río, rememorando este suceso, señala haber encontrado en su fundo balas y pesos cortados realistas¹³³.

En septiembre de 1816, durante los sombríos días de la Reconquista, asume la Intendencia de Concepción el coronel español José Ordóñez. Este, dando muestras de mayor severidad que su antecesor, hizo apresar a todos los sospechosos de sentimientos patriotas—entre ellos al futuro Presidente don Manuel Bulnes, entonces de escasos 17 años—y en número cercano a 400 los confinó a la isla Quiriquina¹³⁴.

Luego de grandes padecimientos, abandonados a su suerte, pudieron escapar. Para ello se valieron de un bote que los primeros fugados encontraron oculto en Hualpén, cuyo dueño, don Pedro Zañartu, se hallaba preso en la isla. En la Quiriquina estuvo confinado, también, recordemos, don Pedro José del Río, padre del filántropo (Capítulo Segundo)¹³⁵.

¹³¹Ibidem, p. 50, Carlos Oliver S., en *El Libro de Oro...*, traduce Chepe como proveniente de la voz mapuche "che", que significa gente y también rico. Esta segunda aceptación la estima la correcta, agregando que "pe" es una partícula interrogativa de duda, que en este caso sólo sirve de adorno. En la misma obra estudia la toponimia de otros lugares de Hualpén; ellos son "Cullinto", "Lilemo", "Llaihue", "Reque" y "Antihuil" (ps. 461, 465, 466 y 467).

¹³²Campos H., Fernando. *Los defensores del Rey*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1958, p. 15.

¹³³Diario *La Unión*, de Concepción, de 31 de enero de 1907.

¹³⁴Encina, Francisco A., *Historia de Chile*, obra citada, tomo XIII, p. 110. Sobre este episodio, don Pedro del Río relata: "(Los patriotas) más notables (fueron) confinados a las islas de Juan Fernández i Quiriquina, repartidos entre ellos mis antepasados, que fueron liberales i estuvieron siempre por la independencia" (*Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, tomo II, p. 531).

¹³⁵En una roca situada en las cercanías de la desembocadura del Bío-Bío se hallaba una placa con la siguiente leyenda: "Desde estas playas, en una noche de abril de 1817, salió el bote de propiedad de don Pedro Zañartu y que tripulado por don Ramón Somoza permitió la fuga de los patriotas prisioneros en la isla Quiriquina" (*El Libro de Oro de la Historia de Concepción*, p. 197).

Ya en la República tuvo lugar el combate de Chepe, el 5 de mayo de 1817, en que las fuerzas patriotas, comandadas por el general Las Heras, derrotan a los realistas, obligándolos a replegarse a Talcahuano.

Al norte de la ciudad, junto al cerro Chepe, se sitúa el Cementerio de Concepción. La determinación de su emplazamiento fue encomendada por el Intendente penquista don Juan de Dios Rivera a don Pedro José del Río y a don Pedro Bernardo Vergara. Designado el lugar, comenzó de inmediato la inhumación de cadáveres.

Esto ocurría en septiembre de 1823, siendo ésta —y no 1846, como señalan numerosos textos— la fecha de fundación de nuestro camposanto, lo que demuestra fehacientemente Margarita Fernández, en su *Historia del Cementerio de Concepción*. Prologando la misma obra, señala Víctor Solar Manzano que “en Chepe se conservan cosas de antigua estirpe pencoplita, que ya no están en ninguna otra parte... Es un hecho palpable y real para todos que si bien la antigua ciudad desapareció, su antiguo cementerio sigue en pie”¹³⁶.

Fernando Campos, en feliz metáfora, escribía: “En la bitácora de la ciudad marina, Chepe era el puerto final”¹³⁷. Don Pedro del Río, tal si conociera la expresión del historiador, concluía así las memorias de su tercer viaje en torno al mundo: “Ya fatigado, cargado de años, habré de emprender siempre el cuarto y último, no ya en torno a este mundo que habitamos —sino todavía más largo y sin regreso— a ‘Chepe’... de donde no se vuelve”¹³⁸.

Durante la fallida revolución de 1859, colmada de pequeñas incidencias, hubo, también, un episodio que se desarrolló en tierras de Hualpén¹³⁹. El 8 de febrero de 1859 tuvo lugar el frustrado asalto a Concepción, encabezado por Juan Alemparte, jefe revolucionario.

Dos días después, a las 7.30 de la mañana, una mujer del pueblo llegaba a la casa de don Pascual Binimelis, voluntario líder gobiernista, comunicándole que había tropas revolucionarias en San Pedro, y que se aprestaban a atravesar el Bío-Bío, en dirección al fundo Hualpén. Binimelis, con veinte soldados de caballería armados de carabinas y sables, salió al encuentro de la columna.

El enfrentamiento se produjo a la altura del fundo “La Higuera”; en éste triunfaron ampliamente los defensores de Concepción, produciéndose el desbande de los revolucionarios. Tras esta derrota, los atacantes se replegaron, para luego disolverse, perdida toda esperanza de volver sobre la ciudad.

Corriendo ya el siglo XX, el fundo fue testigo de una de las acciones más pintores-

¹³⁶Fernández, Margarita, obra citada, pp. 10, 31, 32 y 34.

¹³⁷Campos H., Fernando. *Leyendas y tradiciones penquistas*, obra citada, p. 21.

¹³⁸Diario *La Unión*, de Concepción, de 31 de enero de 1907.

¹³⁹Los antecedentes sobre estos hechos han sido extraídos, fundamentalmente, de *El libro de Oro de la Historia de Concepción* (pp. 270-274), la obra de don Carlos Oliver S., quien, a su vez, se basa en una carta inédita, de 12 de diciembre de 1899, dirigida a don Luis Montt por don Pascual Binimelis, protagonista de los sucesos.

cas de cuantas tuvieron lugar en contra del gobierno del general Ibáñez. A las 9 de la mañana del 20 de septiembre de 1930 salió de Morón, Argentina, una pequeña avioneta, con destino a Concepción. En ella viajaban los hombres que asumirían la responsabilidad del levantamiento contra Ibáñez. Entre ellos, el coronel Marmaduke Grove, el general Enrique Bravo y Carlos Vicuña Fuentes.

Era el llamado "Complot del Avión Rojo", que fracasaría debido al atraso con que los revolucionarios aterrizaron en Concepción, motivado por la tensa situación política argentina. El aterrizaje se produjo, precisamente, en el sector del Club Hípico, en terrenos que habían pertenecido antiguamente al fundo Hualpén. Los complotados fueron detenidos —con la sola excepción de Pedro León Ugalde, quien logró huir— y luego trasladados a la Isla de Pascua, de donde más tarde se fugarían¹⁴⁰.

Por último, daremos cuenta de un fenómeno que, no por tener origen natural, es menos relevante. Relata Oliver Schneider: "A las 4.20 de la madrugada del domingo 27 de mayo de 1934, un vasto sector de la ciudad de Concepción fue azotado por un violento huracán que causó varias víctimas personales y daños materiales cuantiosísimos"¹⁴¹.

El tornado, que atravesó la ciudad en dirección sureste, recorriendo más de 20 cuadras, arrancó de cuajo 30 tilos de la Plaza de Armas y destrozó numerosas casas; entre los sectores más afectados se hallaron el centro comercial y el barrio de La Toma, actual Ciudad Universitaria.

El huracán, dictaminaron los expertos, tuvo su origen en la desembocadura del río Bío-Bío. Desde ahí inició su lenta marcha hacia Concepción (su velocidad fue de 15 kilómetros por hora), por tierras que eran o habían sido de Hualpén. De la desolación que el fenómeno provocara no escapó el Cementerio; éste perdió numerosos árboles y sufrió la destrucción de varias tumbas.

17. LA FORMACIÓN DEL FUNDO HUALPÉN

17.1. DURANTE LA COLONIA

La historia de la propiedad de la estancia de Hualpén se inicia muy poco después de la fundación de Concepción. El 26 de octubre de 1550, don Pedro de Valdivia se autoconcede las tierras de Talcahuano y Andalién, tomando para sí en encomienda los indios en ellas situados. El Rey de España, en documento firmado en Toledo a 27 de agosto de 1560, que enumera los lebos que Valdivia se dejó en encomienda en la "provincia de Arauco", ratifica tales concesiones.

¹⁴⁰Dinamarca, Manuel. *La República Socialista*. Ediciones Documentas, Santiago, 1987, p. 139.

¹⁴¹Oliver S., Carlos, obra citada, pp. 359-361.

A mayor abundamiento, el cronista Pedro de Córdoba y Figueroa, quien tuvo acceso a las Actas del Cabildo de Concepción, nos refiere que dentro del campo de veinte leguas que Valdivia dejó para sí en el “retorno” de Concepción, se hallaban comprendidas las tierras de Hualpén¹⁴².

Aludiendo a esta circunstancia y a las dimensiones —ya reseñadas— que la estancia una vez alcanzó, un historiador anónimo (no sin errores, veremos), señala: “Esta hacienda se extendía antes desde el mar hasta la estación de Chepe y no ha tenido más poseedores desde Pedro de Valdivia, a quien se la obsequió el Rey de España para su caballada como particular, que los ascendientes de la familia Zañartu”¹⁴³.

Dos siglos más tarde, en 1767, al producirse la expulsión de los jesuitas de los dominios de España, durante el reinado de Carlos III, en poder de éstos se hallaban, entre otras muchas posesiones, las tierras de Hualpén. Con ocasión del destierro de los religiosos, sus temporalidades fueron confiscadas por la Corona, siendo más tarde, en general, rematadas.

No fue ésta, sin embargo, el destino de la estancia que nos ocupa. Esta fue entregada directamente —“a fuerza de reclamar haberes insolutos”, al decir de Oliver Schneider¹⁴⁴— a don Antonio Narciso de Santa María y Escobedo, entonces Teniente Coronel de Infantería, quien, en razón de su grado, participó, según dijimos (Capítulo Primero), en la notificación del decreto expulsatorio. De esta manera, en la persona de su tatarabuelo, ingresa a poder de la familia de don Pedro del Río el fundo Hualpén.

Más cerca de Concepción, en el sector del cerro Chepe, se hallaban las tierras del cacique de Chepe. Este cacique, señala Oliver Schneider, “muy amigo de los españoles, disfrutó de título real y parece que fue hombre de influencia en las relaciones que sostenían los españoles con la gente de Arauco”¹⁴⁵. Hacia la ciudad, colindantes con las tierras de Chepe, tenía las suyas el Comisario General don Francisco de Tejada; éstas pasaron después a formar parte de las tierras comunales —el Egido— del actual Concepción¹⁴⁶.

Posteriormente, el 7 de noviembre de 1794, doña María de las Nieves Carlier y Rojas, soltera y sin herederos, hizo donación ante notario público de la Chacra Chepe al Hospital San Juan de Dios¹⁴⁷. De ahí en adelante los terrenos, de 16 cuadras de vega y loma, serán arrendados sucesivamente a diversas personas, como ocurría usualmente con las propiedades que recibían los conventos en herencia o donación.

¹⁴²Valdés Urrutia, Mario. *El patrimonio de Valdivia en Chile*. Tesis de Grado en Historia y Geografía, Universidad de Concepción, Concepción, 1985, pp. 57 y 58.

¹⁴³*Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, p. 154.

¹⁴⁴En el remate de las temporalidades de los jesuitas fue adquirida por don Lorenzo de Arrau, yerno de don Antonio de Santa María, en 1776, la estancia de Cato, en Chillán, de 37.500 hectáreas.

¹⁴⁵Oliver S., obra citada, p. 460.

¹⁴⁶Campos H., Fernando. *Leyendas y tradiciones penquistas*, obra citada, p. 20.

¹⁴⁷Fernández S., Margarita, obra citada, p. 33.

En aquella época, huelga recordarlo, y durante mucho tiempo aún, el fundo era considerado zona rural y se hallaba escasamente habitado. El Cementerio de Chepe se encontraba a no menos de diez cuadras de la ciudad. Los terrenos estaban jalonados de numerosos pantanos y pajonales; el Bío-Bío experimentaba frecuentes crecidas y las Vegas de Talcahuano eran, por entonces, más extensas y húmedas que hoy. Los inviernos, en fin, en Concepción —y en todo el Sur, cubierto aún de bosques naturales— eran mucho más lluviosos.

Pero volvamos ahora hacia el poniente, hacia el mar, siguiendo el curso del río, hacia las tierras que recibió don Antonio de Santa María. Este, según sabemos, casó con doña Isabel Baeza Torquemada. Su hija Tomasa heredó íntegramente el fundo Hualpén. Sobre éste, dice Luis Roa y Ursúa, fundó una Capellanía que debía pagar de su estancia 25 arrobas de vino al año¹⁴⁸.

A doña Tomasa de Santa María alude, en su obra *Leyendas y tradiciones penquistas*, don Fernando Campos Harriet, al explicar el origen de la expresión del hablar castizo “las tetas de doña Tomasa”, para referirse a los dos cerros iguales que coronan la península de Hualpén. Comenta, con simpatía, el historiador:

“A lo mejor, por acortar palabras, en vez de decir las tetas ‘de la estancia de doña Tomasa’, sin ánimo de hipérbole alguna, los nombrasen como ‘las tetas de doña Tomasa’, sin que existiere relación de proporcionalidad entre el nombre dado a los famosos morros y los femeniles atributos de su opulenta dueña”¹⁴⁹.

17.2. EVOLUCIÓN POSTERIOR

Doña Tomasa contrajo matrimonio con don Ramón de Zañartu y Barrenechea. Su hijo, Pedro José, recibiría en herencia la mayor parte del fundo. Un hermano de éste, Manuel, hereda la franja oriental del antiguo fundo de Hualpén, llamada Cerro Verde, ubicada entre el cerro Chepe y el actual Club Hípico.

Cerro Verde pasaría después a don Ignacio Zañartu Arrau, hijo de don Manuel y de una prima de éste, doña Clara Arrau Santa María (Capítulo Primero). En 1855, Cerro Verde le producía a don Ignacio una renta anual de 350 pesos.

Don Pedro José Zañartu Santa María, heredero principal de Hualpén, casa con su sobrina Petronila Trujillo Zañartu. A sus hijas Josefa y Francisca legará —en testamento otorgado en 1847— las tierras de Hualpén.

Doña Josefa hereda “Hualpén Peñuelas” y el sector de Ramuntcho, llamado entonces “playa blanca”. Casada con el ilustre General don José María de la Cruz, tendrán una única hija: doña Delfina de la Cruz Zañartu, la “Princesita del Sur”,

¹⁴⁸Roa y Ursúa, Luis, obra citada, p. 860.

¹⁴⁹Campos H., Fernando. *Leyendas y tradiciones penquistas*, obra citada, pp. 18 y 19.

riquísima heredera de Hualpén, entre otros fundos. La hacienda de Hualpén Peñuelas, solamente, estaba avaluada en 1902 en la alta suma de 89.982 pesos de la época¹⁵⁰.

Doña Delfina, según hemos dicho, contrajo matrimonio con don Aníbal Pinto G., quien más tarde sería Presidente de la República. Navegando de regreso a Concepción, a fines de 1905, tras el tercero de sus largos viajes, don Pedro comentaba nostálgicamente:

“¡Con qué gusto divisamos, en ruta a Talcahuano, nuestro pedazo de tierra y cerros altos y centinelas de ‘Hualpén’ o Bío-Bío! Pero con pena el que perteneció a mi fenecida prima señora Delfina Cruz Zañartu, viuda del inolvidable Presidente don Aníbal Pinto, a quien dejamos en completa salud: ‘such is life’. Casi siempre el regreso es mezcla de alegrías y penas”¹⁵¹.

Doña Francisca, casada con don Pedro José del Río Cruz, padres de los hermanos Del Río Zañartu, hereda Hualpén “alto” (sector de la desembocadura del Bío-Bío) y “Hualpencillo”.

Don Pedro del Río Cruz amplía los terrenos heredados por su mujer al adquirir, en 1821, en remate al Cabildo de Concepción, los terrenos adyacentes al cerro de Chepe hacia la ciudad, entre el río y la actual avenida Arturo Prat, hasta calle Los Carrera y su prolongación calle Zañartu¹⁵².

De esta manera, comprendidos los sectores que heredara doña Josefa y don Manuel Zañartu, el fundo alcanza su máxima extensión: desde la calle Los Carrera hasta el mar por Ramuntcho, Lengua y la Boca del Bío-Bío.

Retomando la historia de los terrenos de Chepe, recordemos que éstos, en manos por entonces del Hospital San Juan de Dios, eran arrendados para obtener, de esta forma, los recursos necesarios para las obras sociales que administraba la Junta de Beneficencia.

En 1834, persuadido el Tesorero Recaudador de Fondos de Beneficencia de que la Chacra Chepe se hallaba “arrendada de modo informal y precio despreciable”, decide, previa aceptación de la Intendencia, sacarla a pregón y remate por cinco años. Esta gestión fracasa por ausencia de interesados.

En 1836, la Junta renueva su interés por enajenar los terrenos, para lo cual decide mensurarlos previamente. La gestión, ejecutada en presencia de los circunvecinos, da por resultado una dimensión de 19 cuadras 128 y media varas, tasadas a 12 pesos cada una, entre loma y vega¹⁵³. El nuevo intento de enajenación resulta igualmente infructuoso.

¹⁵⁰Espinoza, Enrique, obra citada, p. 409.

¹⁵¹Diario *La Unión*, de Concepción, de 31 de enero de 1907.

¹⁵²Del Río S., Guillermo. *Un poco de historia sobre los diversos fundos Hualpén*, 1955, Inédito.

¹⁵³Fernández, Margarita, obra citada, p. 42.

Algunos años después, en 1843, don Ignacio Zañartu Arrau, dueño del sector de Cerro Verde, se apersona a la Junta de Beneficencia alegando ser propietario de las tierras del Panteón, circunstancia que demostrará fehacientemente¹⁵⁴. El Cementerio penquista se hallaba ubicado, entonces, en terrenos de don Ignacio Zañartu y no del Hospital de Hombres, como antes se pensaba.

En 1857, la Chacarrilla de Chepe, perteneciente al Hospital, es tasada nuevamente a razón de 70 pesos la cuadra cuadrada, lo que dio un valor total de 1.343,17 pesos. Entre otras consideraciones, el agrimensor, Joaquín Villarino, tuvo en vista las siguientes:

“1ª. Que la Chacarrilla expresada se encuentra como a ocho o diez cuadas de esta ciudad i a inmediaciones del camino de esta a Talcahuano; 2ª Que los terrenos situados en esta parte aumentan progresivamente en importancia i valor; 3ª Que en terrenos de la Chacarrilla se encuentra el puerto de ‘Chepe’ del Biobío, lugar donde se reúnen las lanchas que hacen el comercio con la frontera, todo lo cual da mucho precio a esa localidad...”¹⁵⁵.

Luego de varios intentos infructuosos de enajenarla, la Chacra es finalmente adquirida por don Artemio del Río, en nombre de la sucesión de don Pedro del Río y Cruz, gestión en la que actúa afianzado por don Manuel Prieto y Cruz, su cuñado. En escritura pública se señala:

“D. Artemio Río remató en cuatro mil doscientos pesos al contado la Chacarrilla Chepe, según la acta de remate, que se extendió en esta fecha, Concepción, Mayo veinte i siete de mil ochocientos sesenta i cuatro. Firmado: José de los Dolores García, Secr.”¹⁵⁶.

Un año antes, en 1863, la sucesión Pedro del Río Cruz había comprado el fundo “radical Cerro Verde”, que don Ignacio Zañartu resolvió vender al trasladar su residencia a Santiago.

La anexión de ambos terrenos deja al segundo —que rodeaba al Cementerio por tres costados— con puerto al Bío-Bío, a través de Chepe. De esta manera, además, volvía a reunirse, en la sucesión Del Río Cruz, un extenso pedazo del antiguo Hualpén.

17.3. DON PEDRO DEL RÍO ADQUIERE LOS PRIMEROS TERRENOS EN HUALPÉN

Al efectuarse la partición de bienes de don Pedro José del Río Cruz entre sus herederos, en 1868, Pedro del Río pasa a ser dueño, entre otros bienes, de algunas hectáreas de terreno al oriente del cerro Chepe.

¹⁵⁴Los documentos que acreditan tal aserto se hallan en la obra citada de Margarita Fernández, p. 49, quien, a su vez, los extrajo de las Actas de la Tesorería de la Beneficencia de Concepción.

¹⁵⁵Ibidem, p. 50.

¹⁵⁶Actas de la Tesorería de la Beneficencia. Volumen de notas correspondientes a los años 1838-1859.

Al año siguiente, compra a su madre, doña Francisca Zañartu, por escritura otorgada en Concepción con fecha 12 de marzo de 1869, “una casa i sitio hubicada en el varrío de los puquíos de esta ciudad, con todo lo edificado i plantado, compuesto de ciento quince metros de frente i de fondo hasta el río Bío-Bío i que deslinda por el Norte con terrenos de doña Francisca Zañartu; Sur, calle de por medio, con terrenos del comprador; Oriente, calle de por medio, con terrenos también del comprador; por el Poniente con el río Bío Bío, en el precio de mil trece pesos...”¹⁵⁷.

A ambos terrenos, a aquellos que hereda y a los que luego adquirió de su madre, se refiere en su testamento, de 8 de noviembre de 1917, cuando señala, entre los bienes que aportara a su segundo matrimonio (1883), el siguiente: “un retazo de terreno, más o menos como de tres cuadras de extensión, situado en la Estación de Ferrocarriles del Estado de Concepción, desde el establecimiento del señor Bunster hasta el río Bío-Bío”¹⁵⁸.

Con anterioridad, por escritura pública de 29 de agosto de 1873, don Pedro había vendido un sitio en la calle Carrera, por la suma de 7.000 pesos. Casado ya por segunda vez, construye conventillos en sus propiedades urbanas de Concepción, los que posteriormente arrienda.

Así, v. gr., por escritura pública de 19 de junio de 1886, conviene en dar en arrendamiento a don Antonio Millán “una manzana de conventillos que de su propiedad posee a inmediaciones del Ferrocarril de esta ciudad, y que deslinda: al Norte con la calle de Las Heras; al Oriente con la calle Avenida Arturo Prat; al Sur con la Estación del Ferrocarril, calle de Carrera por medio; y al Poniente con propiedad de don Enrique Bunster y del arrendador”. El término del arriendo era de cuatro años y el canon de 250 pesos mensuales¹⁵⁹.

Diez años más tarde, aludido por una información de prensa que señalaba que conventillos de su propiedad se hallaban infectados, produciéndose incluso algunas muertes, en comunicación a *El Sur*, el filántropo rectificaba:

“Hace muchos años que los terrenos con conventillos que tenía los vendí a los señores Gleisner, E. Bunster, Williamson Balfour i David Fuentes; me quedan en calle Carrera 9 casitas diseminadas en 18 sitios completos que he dado en arriendo por largo término; i todos los cuales hace 9 años legué por testamento hasta hoy vijente al cabildo de Concepción, a fin de que trabajen allí habitaciones hijiénicas para obreros”¹⁶⁰.

¹⁵⁷Escritura de venta de terrenos en calle Zañartu, de 12 de marzo de 1869; n. 249. Archivo Nacional; Fondo Notarios de Concepción, Volumen 161.

¹⁵⁸Testamento de don Pedro del Río Zañartu, de 8 de noviembre de 1917, n. 424. Notaría de Talcahuano.

¹⁵⁹Arrendamiento de sitio en calle Zañartu, de 9 de junio de 1886, n. 60. Archivo Nacional, Fondo Notarios de Concepción, Volumen 161.

¹⁶⁰Recorte de *El Sur*, de Concepción, de junio de 1896 (sin fecha de día). Archivo del Museo de Hualpén.

17.4. FORMACIÓN DEL BARRIO “PEDRO DEL RÍO ZAÑARTU”

A las propiedades heredadas de su padre pertenecían, también, los terrenos que don Pedro venderá, en 1910 y 1911, a la Sociedad Cooperativa de Habitaciones para Obreros “Primer Centenario de Chile” y a la Comunidad Obrera de Habitaciones “Pedro del Río Z.”, respectivamente. Sólo nos referiremos, en esta parte, a la situación de los terrenos que dieron origen al Barrio Pedro del Río, incorporado a la ciudad por resolución municipal del 4 de junio de 1914.

El 5 de septiembre de 1910, la Sociedad Cooperativa de Habitaciones para Obreros “Primer Centenario de Chile”, sociedad anónima constituida el 22 de julio del mismo año para este objeto, representada por su Presidente don Vicente Ossa F., compraba a don Pedro del Río una extensión de terreno compuesta de 17.920 metros cuadrados de superficie, que éste poseía en el “título Chepe” de la ciudad¹⁶¹.

Dicho predio debía ser destinado, en el plazo máximo de ocho años, bajo condición resolutoria, a la construcción de habitaciones para obreros. Se hallaba dividida en dos secciones o manzanas, cuyos deslindes eran los siguientes:

“Una limita por el Oriente con la primera calle que corre desde la calle de Las Heras hacia el cerro Chepe, desde el Bío-Bío; por el Sur, la línea de la calle que debe quedar entre la propiedad del señor Del Río y la de don Aristides del Río; por el Norte, con una calle que correrá paralela a esta última a ochenta metros de distancia; y por el Poniente, una calle paralela a la calle principal, o sea, a la que sirve de límite oriente, y que corre a ciento doce metros de ella”. Esta manzana se compone de ciento doce metros por un lado y ochenta por otra.

La otra manzana tiene la misma extensión y está situada a continuación de la deslindada anteriormente, hacia el lado Oriente, calle por medio. Deslinda, “al Oriente, con la segunda calle contando desde el Bío-Bío, que corre desde Las Heras hacia Chepe una parte, y hacia el Poniente la otra parte, pues dicha manzana es formada por dos medias manzanas que quedan a los costados de la número uno”. El precio se fijó en la suma de 40.300 pesos, caucionados por hipoteca constituida sobre el predio.

El título agrega que debía formarse una plaza de cuarenta metros por lado, para lo cual la Sociedad y el señor Del Río se obligaban, por partes iguales, a ceder el terreno necesario. En ella se colocaría el molino de viento que se hallaba entonces en uso en la propiedad, y que don Pedro obsequiaría, para este efecto, a la sociedad obrera.

Motivada, probablemente, por el éxito de las gestiones reseñadas, se constituye en Concepción, el 30 de diciembre de 1911, la Comunidad Obrera de Habitaciones “Pedro del Río Z.”.

¹⁶¹Escritura de venta de terrenos en Chepe, 5 de septiembre de 1910, n. 608. Archivo notarial de Concepción.

El mismo día, la comunidad, representada por don Santiago Zárate, adquiere una extensión igual de terreno –17.920 metros cuadrados–, con el objeto, señala la escritura de constitución, “de dividirlos en cincuenta y dos sitios iguales en dimensiones para destinarlos a pequeñas propiedades que se distribuirán entre los cincuenta y dos miembros de la comunidad”¹⁶².

El predio, situado inmediatamente al norte del adquirido por la Sociedad “Primer Centenario de Chile”, se hallaba igualmente dividido en dos manzanas o secciones y compartía con ésta la plaza a que nos hemos referido.

Por último, en la escritura de venta (cláusula octava) don Pedro autoriza a los compradores “para sacar del Cabezo de Chepe, en la parte a que tiene derecho, el ripio o cascajo necesario para dar al terreno comprado el nivel fijado por la Dirección de Obras Municipales, todo sin gravamen para los compradores y durante el plazo de cuatro años”¹⁶³.

El precio acordado es la suma de 53.760 pesos –tres pesos por metro cuadrado–, para cuyo pago se acuerdan amplias facilidades. En lo demás, las condiciones y limitaciones pactadas en ambas negociaciones son prácticamente las mismas.

17.5. LOS TERRENOS DE CALLE ZAÑARTU

Algunos años más tarde y meses antes de su muerte, don Pedro del Río, en escritura pública suscrita en Hualpén, con fecha 8 de noviembre de 1817, vendía a sus nietas Isabel García, viuda de Perry, y Sabina García del Río –hijas de doña María Isabel del Río de García, hija natural del filántropo (Capítulo Quinto)–, en común y por iguales partes, un sitio de su propiedad, con lo edificado y plantado, ubicado entre las calles Zañartu y la prolongación de la calle Las Heras, en Concepción.

Dicho sitio, de 15 metros de frente por 115 metros de fondo más o menos, deslindaba “al Sur, con la calle Zañartu; al Oriente, con propiedad de los señores Köster y Winecker; al Norte, con prolongación de la calle Las Heras; y al Poniente con propiedad del vendedor”¹⁶⁴. Se comprendía en esta venta una casa como de doce metros de frente a la calle Las Heras, de madera forrada y con techo de tejas.

Este predio, por el que las hermanas García del Río pagaron doce mil pesos –de que don Pedro se confesó recibido– era parte de aquel que éste comprara en 1869, casi medio siglo antes, a su madre; los mismos terrenos que su padre, hacía exactamente otros 48 años, había adquirido al Cabildo de Concepción.

¹⁶²Escritura de Constitución de la Comunidad Obrera de Habitaciones “Pedro del Río Z.”, de 30 de diciembre de 1911, n. 384. Archivo notarial de Concepción.

¹⁶³Escritura de venta de terrenos en Chepe, 30 de diciembre de 1911, n. 385. Archivo Notarial de Concepción.

¹⁶⁴Escritura de venta de sitio en calle Zañartu, 8 de noviembre de 1917, n. 425. Notaría de Talcahuano.

Al morir don Pedro, en mayo de 1918, aún conservaba parte de sus terrenos en calle Zañartu, cuyos deslindes, según su partición de bienes, eran los siguientes: "Al norte, con prolongación de calle Las Heras y Williamson Balfour y Compañía; al sur, calle Zañartu; al oriente, con Isabel García, viuda de Perry, y Sabina García, y con Köster y Wienecker; y al poniente con Williamson Balfour y Compañía y el río Biobío". Fueron tasados en 52.000 pesos¹⁶⁵.

La mayor parte de estos terrenos, sin embargo, por valor de 143.426 pesos, habían sido vendidos durante el segundo matrimonio de su propietario.

En su testamento de 1917, que hemos citado, legó los terrenos de la calle Zañartu, a fin de que con su valor o producido se hiciese "una segunda edición corregida, ilustrada i aumentada de mis cuatro viajes alrededor del mundo". En la partición de bienes se encomienda a doña Carmen Urrejola, segunda esposa del filántropo, la ejecución de este legado, para cuyo efecto se le adjudica dicha propiedad.

Tal legado, no obstante, estaba sujeto a un plazo suspensivo. Señala el testamento: "Todos los legados que instituyo en este testamento sólo tendrán efecto después del fallecimiento de mi esposa doña Carmen Urrejola, pudiendo ella cumplir durante su vida los que le parecieren convenientes" (cláusula vigésimo séptima).

De esta manera se instituyó un usufructo sobre los bienes legados, al que doña Carmen renunció "con el propósito —señaló en la partición— de dar pronto cumplimiento a las disposiciones de su difunto esposo y con el fin de que los legatarios y herederos del remanente puedan disfrutar cuanto antes del beneficio con que él los ha favorecido". Retuvo, sin embargo, el usufructo del fundo Hualpén y el de los terrenos de calle Zañartu, entre otros bienes.

El 8 de marzo de 1932, en Concepción, se protocoliza el testamento cerrado que doña Carmen Urrejola otorgara, el 30 de enero de 1930, en su casa habitación de calle Castellón N° 481¹⁶⁶. En este documento dispone: "Dejo la propiedad en la calle Zañartu de esta ciudad, que me fue adjudicada en la partición de bienes de mi esposo, para que su valor se agregue al Censo por él constituido en favor de las escuelas públicas, denominado "Premio Pedro del Río Zañartu", debiendo intacto el valor que se obtenga por dicha propiedad como lo que yo haya percibido por las partes que de ella haya vendido". Este fue el destino que, en definitiva, tuvieron aquellos terrenos.

¹⁶⁵Partición de bienes de don Pedro del Río Zañartu, 4 de septiembre de 1918, n. 425. Notaría de Talcahuano.

¹⁶⁶Protocolización del testamento cerrado de doña Carmen Urrejola, 8 de marzo de 1932, n. 32. Archivo Notarial de Concepción.

17.6. LA DIVISIÓN DEL FUNDO. CHEPE Y CERRO VERDE

El 16 de junio de 1889, a los 72 años de edad, fallecía doña Francisca Zañartu Trujillo, madre de los hermanos Del Río Zañartu. En la partición de sus bienes, efectuada al año siguiente, se adjudicaron a sus hijos —cinco varones y una mujer, Parmenia— hijuelas en los sectores de Chepe y de Hualpén. Nos referimos, en primer término, a los terrenos de Chepe.

Diez años antes de la muerte de doña Francisca, en 1879, don Arístides del Río Zañartu había pasado a administrar los bienes de su madre, incluidos en éstos los terrenos de Hualpén que a ella pertenecían. De dicha administración quedó constancia en los libros de contabilidad agrícola que llevaba don Arístides.

En los registros correspondientes al año 1887 aparece la expropiación de un sector, ubicado en las proximidades de Concepción, efectuada para dar cabida a la estación “Chepe” del Ferrocarril a Curanilahue, por la que se recibió de Tesorería la suma de 32.539 pesos¹⁶⁷.

Al efectuarse la partición, en el comparendo de 25 de septiembre de 1890 —a fojas seis, punto tercero, cláusula octava— se adjudicó a don Pedro del Río la hijuela número cinco de Chepe, tasada en 6.643,40 pesos.

De acuerdo a la mensura, efectuada por Binimelis, tenía una superficie de cinco hectáreas cuarenta y siete centésimos; y eran sus deslindes: Por el Norte y Oriente con la línea del Ferrocarril de Curanilahue y Arauco; al sureste con la hijuela número cuatro, de propiedad del mismo Pedro del Río; y al suroeste con el río Bío-Bío.

En el comparendo y punto citado se adjudicó también a don Pedro la Bodega de Chepe, tasada en 5.189,90 pesos, que se hallaba situada en la misma hijuela y a cuya importancia comercial nos referiremos en el capítulo siguiente.

Por este acto, el señor Del Río recibió, asimismo, el Cabezo del cerro de Chepe, cuyo importe se fijó en apenas 84 pesos; y que se hallaba ubicado, entonces, en la primera subdelegación del departamento de Concepción. El Cabezo deslindaba, al norte y al oriente, con tierras de don Manuel Prieto y Cruz; al poniente con el Bío-Bío y al sur con la línea férrea.

Esta hijuela fue reducida a escritura pública recién el 22 de diciembre de 1910, en Concepción, por don Pedro del Río Serrano, sobrino del filántropo (hijo de su hermano Arístides), que ya entonces actuaba como su mandatario general¹⁶⁸.

El 26 de diciembre de 1910, el mismo mandatario reduce a escritura pública la hijuela que cupo a don Artemio del Río Z. en la partición de los bienes quedados al fallecimiento de su madre¹⁶⁹. Dicha gestión la realiza en nombre de don Pedro, pues

¹⁶⁷Del Río S., Guillermo. “Notas de los tiempos viejos”, artículo citado, pp. 222 y 225. Este artículo es una versión más completa de aquel que, bajo el mismo epígrafe, había publicado su autor en el suplemento dominical del diario *El Sur*, de Concepción, con fecha 27 de noviembre de 1960.

¹⁶⁸Escritura de 22 de diciembre de 1910, n. 740. Archivo Notarial de Concepción.

¹⁶⁹Escritura de 26 de diciembre de 1910, n. 766, Archivo Notarial de Concepción.

éste había comprado, según se expresa en la cláusula novena del referido laudo, todos los bienes tanto raíces como muebles comprendidos en esta hijuela, mediante la adquisición de las acciones y derechos de don Artemio en los bienes hereditarios. En consecuencia, todas las adjudicaciones, que en conjunto alcanzaron la suma de 53.277,55 pesos, se radicaron en don Pedro del Río Z.

Entre los bienes que integraban la adquisición hecha en esta oportunidad se hallaba la hijuela número cuatro de Chepe, evaluada en 6.200 pesos, con una extensión de cinco hectáreas y doce centésimos.

Situada "a orillas de la población", sus deslindes eran: por el noreste, con la Estación de Ferrocarril de Arauco; por el noroeste, con la hijuela número cinco de don Pedro del Río; por el suroeste, con el río Bío-Bío y por el sureste, la hijuela número tres de don Aristides del Río.

En 1918, al morir don Pedro, aún conservaba un extenso sitio en Chepe, de 52.023 metros cuadrados; de éstos, expresaba la partición citada, 39.874 metros fueron aportados por el señor Del Río a su matrimonio, y el resto— 12.149 metros—corresponde a lo adquirido durante la sociedad.

Estos terrenos fueron evaluados, en el mismo instrumento, a razón de dos pesos cincuenta centavos el metro cuadrado, lo que dio un total, para la extensión referida, de 130.057,50 pesos. En la propiedad de Chepe se encontraba, recordemos, la bodega de Chepe, evaluada ahora en 5.700 pesos.

En su testamento definitivo, el filántropo legó a su sobrino Pedro del Río Serrano el valor de los terrenos que ya había vendido en Chepe, el que según declaró, alcanzaba la suma de 94.060 pesos (cláusula decimoquinta). En la partición de bienes se precisó, sin embargo, que el precio total de lo vendido en Chepe, considerando sólo lo aportado al matrimonio por don Pedro, era de 33.600 pesos.

Los 52 mil metros cuadrados de Chepe deslindaban, por el norte, con la línea del ferrocarril de la Compañía de Arauco y terrenos de la Sociedad Explotadora de Cerro Verde "Manuel Prieto y Cruz"; al sur, con terrenos de don Aristides del Río, de la Comunidad Obrera de Habitaciones y de la Sociedad Cooperativa de Habitaciones para Obreros de la Población "Pedro del Río Zañartu"; al este, con la Estación del Ferrocarril de Arauco; y al poniente con el río Bío-Bío.

Fueron adjudicadas, en común y por iguales partes, y comprendiendo los derechos que como vendedor correspondieron a don Pedro del Río en las ventas hechas a las sociedades obreras, a sus tres nietas: doña Carmela García de Coveña, doña Isabel García, viuda de Perry, y doña Sabina García del Río.

Al oeste de los terrenos de Chepe, rodeando el Cementerio penquista por los cuatro costados, se hallaba el fundo Cerro Verde. Este fue adjudicado, en 1868, a don Néstor del Río Zañartu.

En aquel año, como sabemos, Cerro Verde se componía de dos porciones de terreno: aquélla adquirida al Hospital de Hombres, incorporada al fundo según acuerdo dieciséis, del acta de fojas cuatro del laudo y ordenata, aprobado por el Juzgado de Letras de Concepción, el 15 de diciembre de 1868; y la parte que formaba el propio

fundo radical Cerro Verde, adquirida también por la sucesión del señor Del Río y su viuda en común, el 26 de agosto de 1863¹⁷⁰.

Esta propiedad, adjudicada por la suma de 13.986,46 pesos y desde entonces mencionada como “Hijuela Néstor del Río”, fue vendida íntegramente a don Manuel Prieto y Cruz, en 1877, en 19.000 pesos.

Don Manuel Prieto pasó, con esta adquisición, a ser el colindante único del Cementerio de Concepción, por lo que las ampliaciones de éste —en 1893 y 1905— se efectuaron mediante la compra a aquél de los terrenos necesarios.

Posteriormente, por escritura otorgada en Santiago, el 2 de mayo de 1912, la Sociedad Explotadora del Cerro Verde “Manuel Prieto y Cruz” compró a los herederos de éste el mismo fundo, en un millón de pesos.

El fundo se hallaba ubicado en el departamento de Talcahuano y en el de Concepción. Sus deslindes eran: por el norte, con terrenos que fueron de la señora Tránsito Zañartu y con terrenos de la sucesión de doña Zacarías Urrutia; por el sureste, con terrenos de la quinta de Chepe, de la señora Francisca Zañartu; por el sur, con el río Bío-Bío; por el oeste, con la estancia Hualpencillo de la señora Parmenia del Río de Prieto; y por el norte, con las Vegas de Talcahuano. Los límites referidos, como se observa, exactos al momento en que don Manuel Prieto compró la hijuela (1877), para 1912 ya habían perdido vigencia.

Doña Delfina de la Cruz Zañartu, mujer del Presidente Aníbal Pinto G., hereda de su madre el fundo Hualpén Peñuelas. En la liquidación de la comunidad Pinto Cruz, efectuada en 1914, don Alejandro Segundo Galaz —quien, por lo demás, arrendaba el fundo desde el 10 de abril de 1912¹⁷¹— compró en remate público, de 5 de junio de 1914, dichas tierras, en la suma de 498.000 pesos. El fundo medía entonces “una superficie de unas seiscientas treinta i una hectáreas, o sea más de cuatrocientas una cuerdas cuadradas”¹⁷².

La segunda mitad del fundo Hualpén, en que se comprenden “Hualpencillo” y Hualpén “alto” —dentro del cual se halla el parque— fue heredada por doña Francisca Zañartu Trujillo, madre de filántropo. A su muerte, según señalamos, se forman hijuelas con sus tierras para cada uno de sus seis hijos: doña Parmenia, don Pedro, don Celedonio, don Artemio, don Aristides y don Néstor.

Los tres primeros, sin embargo, compraron a los segundos sus partes en Hualpén, en la suma total de 100.000 pesos, pasando luego a subdividirse entre ellos los terre-

¹⁷⁰Estos antecedentes han sido extraídos de una copia de la inscripción de la “Hijuela Néstor del Río”, hecha a nombre de don Manuel Prieto y Cruz, de 21 de julio de 1877, N° 7, en el Conservador de Bienes Raíces de Talcahuano. Título existente en poder del Cementerio de Concepción.

¹⁷¹Escritura de arrendamiento del fundo “Hualpén Peñuelas” a favor de don Alejandro Galaz, de 10 de abril de 1912. Título en poder de don Sergio Galaz U.

¹⁷²Inscripción del fundo “Hualpén Peñuelas” a nombre de don Alejandro Galaz, de 19 de junio de 1914, n. 173. Conservador de Bienes Raíces de Talcahuano.

nos. Don Arístides, que había administrado el fundo hasta la partición, en 1890, recibe, además, 1.600 pesos por este concepto¹⁷³.

Doña Parmenia del Río Zañartu era casada con don Manuel Prieto y Cruz, quien era sobrino del General don José María de la Cruz y del Presidente de la República don Joaquín Prieto V. Doña Parmenia heredó "Hualpencillo", hoy extensamente urbanizado y ubicación del Club Hípico, "Lenga" y "Cerro Verde".

Estos tres sectores fueron adquiridos en remate, en 1921, por don Samuel Price. Por el primero, "Hualpencillo", de 615 hectáreas, pagó 420.000 pesos; por "Lenga", de 435 hectáreas, 120.000 pesos; y por "Cerro Verde", entonces de 330 hectáreas, 250.000 pesos¹⁷⁴.

17.7: LOS TERRENOS DEL FUTURO PARQUE "PEDRO DEL RÍO ZAÑARTU"

Don Pedro del Río, por su parte, como uno de los seis herederos abintestato, recibe la suma total de 53.277,055 pesos. De ellos, 34.550,60 pesos corresponden al importe de tasación de la hijuela número uno de Hualpén, que le fue adjudicada en el artículo octavo del laudo citado.

De acuerdo a la tasación y mensura practicada por don Pascual Binimelis, en 1890, la hijuela medía 125,69 cuerdas cuadradas y eran sus deslindes: por el sureste, el río Bío-Bío; por el suroeste, la playa del mar; por el noreste, la hijuela número dos, perteneciente al mismo Pedro del Río; y por el noroeste, con tierras de la señora Josefa Zañartu de Cruz¹⁷⁵.

Esta hijuela, sumada a la número dos, que adquirió en la misma oportunidad, constituye la base del legado que el filántropo haría a la ciudad de Concepción. En esta parte nos proponemos estudiar dicho legado en su dimensión territorial, rele-gando el análisis de la donación del Museo y Parque, sus motivaciones y circunstancias, al capítulo correspondiente.

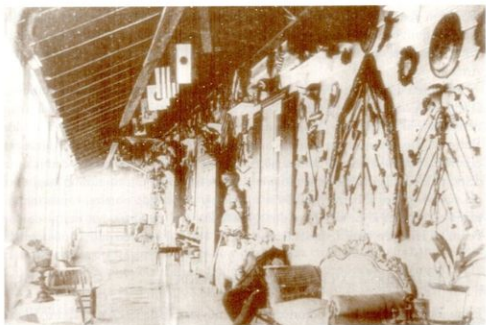
Como señalamos al estudiar las posesiones de don Pedro en Chepe, éste adquirió, en la partición de bienes de su madre, todas las acciones y derechos de su hermano Artemio en los bienes hereditarios. Dicha adquisición, sin embargo, admite un matiz distintivo en el caso de Hualpén:

"Por lo que hace a la hijuela de terreno que pertenece a don Artemio del Río en el fundo Hualpén, la compra la hizo don Pedro del Río en común con su hermano don Celedonio, por escritura de nueve de julio de 1890, ante el Notario de esta ciudad don José de los Dolores García, pero en la división que de esta comunidad se hizo por escritura de vientiuno de noviembre de 1890, ante el mismo notario, correspon-

¹⁷³Del Río S., Guillermo. "Notas de los tiempos viejos", artículo citado, p. 226.

¹⁷⁴Ibidem, p. 227.

¹⁷⁵Ver supra número 169.



Pedro del Río, junto a sus colecciones.



Cláusula Octava del testamento definitivo de don Pedro del Río Z., que contiene el legado del Parque a la ciudad de Concepción.

dió a don Pedro del Río toda la hijuela número dos de Hualpén, que se había adjudicado a don Artemio”. Agrega el documento que por otra escritura, de 9 de junio de 1890, adquirió don Pedro los demás bienes hereditarios correspondientes a don Artemio¹⁷⁶.

La hijuela número dos de Hualpén, cuya descripción hicimos, citando a Binimelis, al tratar la geografía del fundo, tenía una extensión de 179,63 cuadras cuadradas y deslindaba: al sureste, con la hijuela número uno del mismo fundo Hualpén de don Pedro del Río, separada por la recta común con rumbo del sur 55 grados al oeste; por el suroeste, la playa del mar; por el noroeste, con la hijuela número tres de Hualpén de don Celedonio del Río separado por la recta que lleva el mismo rumbo magnético del sur, 55 grados al oeste, paralelo al anterior; y por el lado noreste, con la sección plana de propiedad de la señora doña Josefa Zañartu de Cruz. Las tierras de don Pedro en Hualpén tenían, de acuerdo al rol de 1902, un avalúo de 75.566 pesos¹⁷⁷.

17.8. EL LEGADO A LA CIUDAD DE CONCEPCIÓN

En su testamento definitivo, otorgado el 8 de noviembre de 1917, don Pedro del Río lega su fundo de Hualpén a la ciudad de Concepción, representada por una Junta Administrativa que designa por el mismo instrumento.

En la cláusula octava dispone y fundamenta la donación del Parque y del Museo; es su texto corolario adecuado a lo que hemos expresado sobre el profundo afecto que sentía don Pedro por la heredad de sus mayores. En efecto, dispone la mencionada cláusula:

“Poseo desde hace muchos años el fundo Hualpén, en el departamento de Talcahuano, que en parte heredé de mi madre doña Francisca Zañartu Trujillo i que casi desde la Conquista ha pertenecido a mis familias Santa María, Zañartu i Del Río. Por su situación a orillas del mar en la desembocadura misma del Bío-Bío, por su terreno accidentado sembrado de bosques naturales, es éste uno de los paisajes más pintorescos del mundo, i sin duda alguna, el más bello de los alrededores de Concepción. Es constantemente visitado por personas de todas clases sociales, que van a gozar de los encantos del mar i del río, unidos a una naturaleza virgen. Allí resido desde hace largos años, allí he pasado mis días más felices i soportado las mayores desgracias de la vida. Me ligan tantos recuerdos a este fundo que quiero que sus campos, las casas donde he vivido tantos años i todo lo que contiene, menaje, pinturas, museos, colecciones de monedas, continúen siempre proporcionando estos ratos de placer a los visitantes i sean con el tiempo el paseo favorito de la ciudad de Concepción”.

¹⁷⁶Ver supra 169.

¹⁷⁷Espinoza, Enrique, obra citada, p. 408.

“Lego, pues, a la ciudad de Concepción, o sea a la entidad jurídica que la represente, mi fundo Hualpén, con sus bosques, cierros, casas i todo lo que contiene, i para perpetuar el nombre de mi padre i el mío propio, se llamará desde mi muerte ‘Parque Pedro del Río Zañartu’”.

Una extensión de terreno, que no bajará de cien hectáreas, agrega más adelante, debía destinarse a Parque, con libre acceso del público. El resto podía ser arrendado o dedicarse al cultivo que se creyere conveniente, destinándose el producto exclusivamente al sostenimiento y mejora del fundo.

“Es mi deseo que en la parte destinada a cultivos o arrendamientos se dé preferencia a la formación de quintas, verjeles i juegos a fin de que vaya adquiriendo mayor importancia i todo el fundo llegue a ser un inmenso paseo”.

Las significativas expresiones del filántropo han alcanzado cierta difusión gracias al artístico cuadro, caligrafiado por el artista italiano J. Pelegri, que reproduce la cláusula octava del testamento referido y que se halla en el vestíbulo de entrada de la Casa Museo. Fue puesto allí en cumplimiento de una disposición testamentaria de doña Carmen Urrejola, quien cumplió fielmente todo lo pertinente a destacar la voluntad de don Pedro del Río.

En su participación de bienes, el fundo Hualpén —cuya extensión, según declaró éste en su testamento, era de 480 hectáreas más o menos— fue tasado en 310 mil pesos; el museo y otros enseres, por su parte, efectuadas las deducciones señaladas en otros legados, fue avaluado en 17.975 pesos.

En el mismo acto, el fundo fue adjudicado a la ciudad de Concepción, sin perjuicio del derecho de usufructo que el testamento establecía en favor de doña Carmen Urrejola. Este derecho, recordemos, fue renunciado por doña Carmen, excepción hecha de algunos bienes, entre ellos, Hualpén.

Debido a esta circunstancia, sólo en 1934, fallecida ya doña Carmen, se hizo entrega del fundo a la ciudad. En efecto, el 21 de abril de ese año, en presencia de los herederos del señor Del Río, de don Pedro del Río Serrano, en su carácter de albacea de las sucesiones de don Pedro del Río Z. y de doña Carmen Urrejola de del Río, y de los miembros de la Comisión Administrativa —cuya personalidad jurídica había sido ya conferida por Ley N° 5248— se dio cumplimiento al legado.

Este fue aumentado con las especies que doña Carmen donara, a su vez, en su última voluntad: “cuatro yuntas de bueyes, dos carretas, dos pipas para acarrear el agua diariamente, un caballo ensillado para el uso (y) el “Victoria”, coche de que nos servíamos allí, con su tiro de tres caballos con sus arneses”, destinados todos al servicio del fundo y que fueron entregados en la misma oportunidad.

El fundo, como sabemos, se hallaba inscrito —a nombre del testador— por parcialidades, correspondientes a las hijuelas uno y dos, cuyos deslindes ya conocemos. Tras la entrega del legado, fueron inscritas ambas a nombre de la ciudad de Concepción, en el Registro de Propiedad del Conservador de Bienes Raíces de Talcahuano correspondiente al año 1934, el día 25 de marzo, bajo los números 139, fojas 78 y 140, fojas 79 v., respectivamente.

En el acta de entrega se estableció, además, que el albacea don Pedro del Río Serrano, en cumplimiento de la condición impuesta por el testamento del benefactor y ratificada en su partición de bienes, inscribiría "la prohibición de enajenar y gravar que se impone a la ciudad legataria respecto del fundo asignado en su favor, prohibición que se tendrá como una limitación del dominio de la ciudad sobre la heredad".

De esta manera, hemos bosquejado el fundo Hualpén desde diversos ángulos. Dos enfoques, sin embargo, están aún pendientes: el comercial, referido a las actividades empresariales de don Pedro del Río en el predio; y el filantrópico, esto es, de cómo los sentimientos humanitarios, los viajes y el afán de trascender, entre otros factores, se combinan en su espíritu, inspirándole su mayor munificencia.



CAPITULO IV

Pedro del Rio, Empresario



"NO ERA HOMBRE PARA HACER NADA A MEDIAS. SI SEMBRABA TRIGO NO HABÍA DE SER EN UN POTRERO, SINO EN UNA COMARCA... SI PONÍA LECHERÍA EN EL CAMPO PASTOSO DE GUALPÉN, HABÍA DE TENER POR PROPÓSITO EXPORTAR LA MANTEQUILLA POR TONELADAS AL EXTRANJERO..."

18. ACTIVIDAD EMPRESARIAL, ÉXITOS Y FRACASOS

Entre los rasgos más sobresalientes de la personalidad de don Pedro del Río se hallan, sin duda, su filantropía, su acendrado patriotismo —que motivó, veremos, generosas erogaciones— y su afición a los viajes. Existe un cuarto aspecto, sin embargo, que aunque poco conocido, no es menos relevante que los anteriores, cual es la fortuna y las actividades empresariales desarrolladas por el benefactor.

Estas revisten un doble interés que justifica su tratamiento separado. Por una parte, constituyen el sustento material que permitió la expresión de sus nobles virtudes; y por otra, dichas actividades, en las que concentrará sus energías hasta sus últimos días, merecen por su diversidad, la audacia y el tesón desplegados, ser estudiadas en sí mismas.

Caracterizando al empresario decimonónico, enuncia Gonzalo Vial ciertas cualidades que, en su mayor parte, se hallan presentes en el espíritu de don Pedro, motivando su accionar. A saber: “Orden en los negocios, simbolizado en la contabilidad; ahorro que se reinvierte dentro de la empresa; parsimonia del gasto personal y empresarial; prudente progresismo en lo técnico y también tocante al crecimiento de la actividad acometida;... vida cómoda, incluso lujosa, pero nunca ostentosa;... educación práctica; sociabilidad y matrimonios inter pares de la burguesía; ideas políticas de derecha, pero sin ‘fanatismos ni’ ‘antiguallas’ (y) apatía religiosa”¹⁷⁸.

Para entender cabalmente su personalidad nos parece necesario, sin embargo, adelantar un elemento que modificó profundamente su carácter, reflejándose, en consecuencia, en su actividad empresarial: la tragedia.

La muerte casi simultánea de su mujer, Ana Rosa Serrano, y de sus dos pequeños hijos, ocurrida en la mitad de su vida, altera hondamente sus intereses y sus motivaciones. A partir de entonces, comenzará a viajar, primero en busca de consuelo y luego estimulado por la “fiebre de lo desconocido”; se tornará filántropo y, en lo que nos ocupa, disminuirá el ritmo febril de su actividad, manifestado en sus primeros años, época en que forjara la base de su fortuna.

Así, las características comunes al hombre de negocios del siglo pasado, unidas a las circunstancias particulares de su vida —origen vasco, fortuna familiar, la tragedia, etc.— modelan el perfil psicológico del empresario y progresista que fue don Pedro del Río.

¹⁷⁸Vial, Gonzalo, “Ser empresario en Chile, una aventura difícil”, en *Exportar, un gran desafío para Chile*. Editorial Universitaria, Santiago, 1988, p. 31.

Hemos referido cómo, con escasos diez años, un incidente escolar induce a su padre a enviarlo a Valparaíso a completar su educación. Ya se insinuaba en él el carácter independiente y voluntarioso —“lo Zañartu”, según decía— que, sumado a la formación comercial que recibiera en aquel puerto, lo llevarían a desarrollar empresas novedosas para su edad y su época.

“Su carácter activo i emprendedor —señala un apunte biográfico que cita Vicuña Mackenna— no se avenía a esa vida de campo, en que los trabajos se mudan como las estaciones, i en que, sobre todo en el Sur, hai que someterse a la lei ineludible del tiempo”¹⁷⁹.

En efecto, aun cuando la explotación agrícola de las tierras heredadas de sus padres le habrían proporcionado haberes más que suficientes para una existencia digna, lo veremos acometer variadas iniciativas, ya desde la mocedad.

Así, tenía poco más de veinte años cuando resuelve hacer competencia a las carnes norteamericanas importadas por Talcahuano, instalando saladerías en sus tierras. El éxito más completo coronó esta primera aventura comercial.

Por esos mismos años, invirtiendo grandes capitales, diversifica sus intereses hacia el comercio marítimo, para lo cual arma una flotilla de naves mercantes para las costas de Chile y los Estados Unidos, respondiendo de esta manera a la explosión de la demanda provocada por los descubrimientos auríferos en California.

En estas actividades —y en otras que luego abordaremos— dio siempre muestra de su pujanza a toda prueba. Señala Vicuña Mackenna:

“No era hombre para hacer nada a medias”.

“Si sembraba trigo no había de ser en un potrero, sino en una comarca”.

“Si criaba vacas habría de emprenderlo al estilo de los estancieros de la pampa de Buenos Aires, para marcar en cada primavera millares de terneros”.

“Si ponía lechería en el campo pastoso de Gualpén había de tener por propósito exportar la mantequilla por toneladas al extranjero”¹⁸⁰.

De sus bríos fueron testigos no sólo las tierras de Hualpén, sino también las sureñas de Villarrica, Nueva Imperial y La Unión, que don Pedro recorrió infatigable en su mocedad, pues en ellas tenía negocios de animales. A caballo entre bosques inmensos, cruzados por escasos caminos, o atravesando en canoas araucanas el correntoso Toltén, acarrea sus animales desde los fundos que, para estos objetos, tomaba en arriendo. Rememorando aquellos afanes, cuenta en sus crónicas:

“En estos viajes inolvidables de juventud i perfecta salud, fui casi siempre en compañía de mi amigo Daniel Urrejola (primo de doña Carmen), gozando con todo, a pesar de que ambos éramos incansables para el trabajo i nos ocupábamos en el mismo negocio”¹⁸¹.

¹⁷⁹Vicuña Mackenna, Benjamín, prólogo a la obra de don Pedro del Río Z., *Viajes en torno al mundo por un chileno*, obra citada, pp. XIII y XIV.

¹⁸⁰Ibidem, p. XII.

¹⁸¹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, tomo II, p. 504.

No todos fueron éxitos, sin embargo. Su audacia, rayana en la temeridad, lo llevó a acometer empresas innovadoras que, tal vez por esta misma causa —o por otras que él en cada caso invocará—, se tradujeron en fracasos comerciales.

El primero de estos proyectos fallidos, puesto en práctica a fines de la década de los sesenta, consistió en una empresa de caza de ballenas. Con este objeto, Pedro del Río y otros socios formaron en Talcahuano una sociedad, la que dotaron de nueve excelentes buques. Además, trajeron de Estados Unidos materiales y trabajadores expertos para la construcción de embarcaciones menores.

La empresa, no obstante, no prosperó. Relata don Pedro: “Hubimos de liquidar la Sociedad por la ninguna protección del gobierno, costándome a mí, uno de los socios, 30 mil pesos oro de 48 peniques, como también fuertes sumas a mis ya fenecidos amigos Burton, Trumbull, Fuentes, García, Mathieu y Brañas”¹⁸².

De un inventario manuscrito de los papeles “que hay en los estantes grandes de vidrio en el Salón del Billar”, fechado en febrero de 1918, obtuvimos los nombres de dos de esas naves: los bergantines balleneros “Tumbes” y “Bío Bío”.

Don Pedro, asimismo, probó suerte en explotaciones salitreras en Tarapacá y en diversas concesiones mineras, mas sin resultado. Frente a la fundición de las minas de Huanchaca, en Antofagasta, durante su tercer viaje (1904), recordaba estas desafortunadas experiencias:

“¿Cómo caemos en estas especulaciones los incautos! En la “Fraternidad de Colquechaca” ¡aun en salitreras, lleva ya perdidos el menos tentado ¡ que esto escribe... muchos miles de pesos”¹⁸³.

La tercera aventura comercial fallida del señor Del Río que mencionaremos se orientó a la refinación de azúcar. Con otras personas funda en Penco una refinería, con la cual, recordará amargamente después, “se quedó una casa rica, dándonos apenas los intereses del capital”¹⁸⁴. Se trata de la firma M. Gleisner y Cía. Posteriormente, la fábrica dio origen a la Compañía de Refinería de Azúcar de Penco, que abastecía el mercado de Talca al sur. En 1924 la fábrica de Penco fue adquirida por la Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar, controlada por el grupo Edwards.

Con tales altibajos perdió y ganó el resuelto penquista, señala Vicuña M., “más de una fortuna cuando no habían pasado para él los días de creadora mocedad”¹⁸⁵. Ninguna de estas experiencias negativas, sin embargo, hizo mella en su espíritu empresarial o en su vehemente voluntad.

¹⁸²Ibidem, tomo II, p. 448, y tomo I, p. 52.

¹⁸³Ibidem, tomo I, p. 9.

¹⁸⁴Ibidem, tomo II, p. 111. Cfr. Mazzei de Gracia, Leonardo, “Sociedades Comerciales e Industriales y Economía de Concepción 1920-1939”, Editorial Universitaria, Santiago, 1991, pág. 53. En cuanto a las razones de la venta de la compañía penquista, sostiene el Acta de la Junta de Accionistas respectiva: “en primer lugar se hace necesaria la disminución de competencias entre las fábricas, que pueden ser ruinosas... El ejemplo de lo que ha pasado en otros géneros de negocios hace ver la ventaja de formar grandes sociedades con muchos recursos que reúnan en su seno las distintas fábricas que estaban disputándose el mercado”.

¹⁸⁵Vicuña Mackenna, Benjamín, obra citada, p. XIII.

Así, frisando los cincuenta años y entusiasmado por la fértil naturaleza, del Paraguay, exclamaba convencido: “yo joven i con un pequeño capital, me habría venido acá, con la seguridad de formar en pocos años una buena fortuna”¹⁸⁶.

Quince años más tarde, animado aún por el mismo espíritu y luego de examinar las muestras de las minas y lavaderos de oro de las compañías auríferas en formación, a su paso por Punta Arenas, de regreso de su tercer viaje, no trepida en suscribir acciones por varios cientos de libras esterlinas, tras lo cual apunta, alegre y sorprendido de su propia audacia: “¿En qué pararán estas misas?”¹⁸⁷.

Pero aún resta mencionar una larga nómina de inversiones. Hacia 1870 funda en Concepción una casa expendedora de cereales. Esta funcionaba en su bodega de Chepe y su actividad consistía en almacenar los productos —principalmente el trigo— que, a través del Bío-Bío, eran conducidos desde la Frontera, entonces granero del Sur.

Una vez recibidos, se entregaba un comprobante por las especies depositadas, que su dueño mantenía allí en espera de mejores precios; o bien los productos eran adquiridos directamente por el depositario, quien llegó a controlar así buena parte de la producción de trigo de la zona. Hay antecedentes de que esta bodega —sólida construcción de 51 metros de largo por 16 de ancho— funcionaba activamente todavía a principios de siglo.

19. POSESIONES AGRÍCOLAS. “SANTA FE” Y LA FRONTERA

En 1872, don Pedro adquirió el fundo “Santa Fe del Río”, ubicado entonces en la subdelegación de Santa Fe, en el departamento de la Laja. En este fundo, de aproximadamente trescientas cuadras, criaba animales y tenía viñedos de secano —más de un millón de plantas— que dedicaba a la producción de vino y aguardiente.

A fines de la misma década, el país se vio afectado por una fuerte crisis económica. Esta se manifestó, tras el breve intervalo de la producción argentífera de Caracoles, en la caída de los precios nacionales e internacionales y, paralelamente, de nuestra moneda; en 1878, como es sabido, se decretaría su inconvertibilidad¹⁸⁸.

De la estagnación que la depresión produjera en la industria fabril, la agricultura y la ganadería, don Pedro no logró salir indemne: “Cuando después de siete años de esforzada lucha contra el rédito de los capitales, iba a sucumbir, liquidó su situación con tanta honra como inteligencia, i salvó así del naufragio”¹⁸⁹. En efecto, en 1879

¹⁸⁶Del Río Z., Pedro. *Nuevos Viajes*, obra citada, p. 49.

¹⁸⁷Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, tomo II, p. 91.

¹⁸⁸Cfr. Encina, Francisco A. *Historia de Chile*, obra citada, tomo 30, Capítulos XVII y XVIII, pp. 133 a 173.

¹⁸⁹Vicuña M., Benjamín, obra citada, pp. XIV y XV.

debió vender a don Arturo Aninat, en la suma de veinte mil pesos, una fracción del fundo "Santa Fe".

Luego de este revés, sin embargo, el fundo ya no dejaría de prosperar. El 24 de mayo de 1884 el señor Del Río compra a don Diego José Benavente cien cuerdas de terreno, en la cantidad de cinco mil pesos¹⁹⁰.

Se construyen nuevos edificios, cierros, planteles y se adquieren nuevos animales. Al morir su dueño tenía una extensión aproximada de 600 cuerdas. Tasado en 300 mil pesos —incluidos los enseres y útiles inventariados en él—, fue adjudicado, en la partición de bienes, a doña María Isabel del Río, hija del filántropo.

En ausencia de su dueño, lo relativo al fundo, así como todo otro asunto que éste tuviese en Los Angeles —v. gr., oposición a inscripciones lesivas a sus derechos, representación en particiones por compra de derechos hereditarios, cobro de deudas, etc.¹⁹¹— era atendido por don Miguel Sagardía, dueño del fundo "San Miguel", colindante con "Santa Fe del Río". El filántropo tenía gran confianza y estima por aquél, manifestación de lo cual es el legado que a éste hace, en su testamento, de su escopeta de uso particular con incrustaciones de plata.

Don Pedro del Río tuvo, también, propiedades en Angol, Nacimiento y en la Frontera. En esta región remató algunas hijuelas fiscales en Freire —"El Carmen"— y a orillas del lago Villarrica, que intentó explotar sin resultado. La desidia fiscal, el bandolerismo y la carencia de vías de comunicación, entre otras causas que observara, frustraron sus esfuerzos, dejando en su ánimo profunda huella.

De ésta y otras amargas experiencias surgirá su visión radicalmente crítica del régimen de concesión de tierras a sociedades, como mecanismo para efectuar la colonización de la zona sur; conceptos que analizaremos al tratar su pensamiento económico (Capítulo Octavo).

Pero dejemos que él mismo nos relate estos sucesos: "...compré algunas hijuelas fiscales a las orillas del lago Villarrica, donde he hecho bastantes trabajos, invirtiendo fuertes capitales, i nunca he podido conseguir un solo centavo para caminos, ni puentes, ni un policial que fuese allí una vez al mes para evitar en parte los numerosos crímenes i robo de animales. Ofrecí construir un edificio para retén de policía de mi cuenta i lo mismo otro para escuela, pues me apena ver allí indios vecinos por centenares que no reciben la menor instrucción; obtener un correo una vez por semana para llevar i traer la correspondencia de los numerosos colonos desde Freire a Villarrica... qué esperanzas!".

"Para impedir tantos robos solicité con otros se sacara en subasta o en arriendo unas mil hectáreas, inútilmente,; pero sí se le concedieron a una sociedad desde allí mismo doscientas mil hectáreas i después de años no hai ni un solo colono; en edifi-

¹⁹⁰ Archivo Nacional, Fondo Notarios de Concepción. Volumen 155.

¹⁹¹ Archivo Nacional, Fondo Notarios de Concepción, Volúmenes 157 y 160.

cios, nada, pues quemaron el de mi poblador; en trabajos no existe sino un largo cierro que había hecho yo trabajar para dar alguna seguridad a lo mío”¹⁹².

Estos terrenos en Villarrica, así como el fundo “El Carmen”, en Freire, fueron vendidos más tarde a don Juan Schleyer¹⁹³.

20. EMPRESARIO PROGRESISTA

Hemos hecho referencia a la audacia –tal vez excesiva– de que da muestra don Pedro en la gestión de sus negocios. Un tercer rasgo surge al analizar en conjunto tales actividades: su progresismo. Este abarca numerosos aspectos; entre ellos, los rubros abordados, las técnicas empleadas, las ideas sustentados, etc. Veamos algunos ejemplos.

En toda ocasión se ocupaba de fomentar nuevas especies –como las vacas holandesas que introdujo en sus propiedades– y nuevos cultivos (tales como el té, el algodón y, con especial énfasis, la remolacha azucarera).

Promovía, asimismo, la elaboración de productos para la exportación –él mismo, recordemos, fue un gran exportador a los mercados norteamericanos–; entre otros de champaña: “¿Cómo es que con excelentes viñedos en nuestro país, sostenía, cuyos propietarios son millonarios, no se produce este champagne para librarnos de la gran importación de esta bebida de puro lujo, siendo que nuestros vinos blancos son excelentes para ello...?”¹⁹⁴.

Sus cuatro viajes, que tanta influencia ejercieron en su vida en diversos aspectos, le ponen en contacto con los últimos adelantos de la ciencia agrícola. Describe en sus crónicas cada lugar con mucho acento en las actividades comerciales, particularmente cuando recorre las costas chilenas, entregando cifras de producción o individualizando a los propietarios.

En Estados Unidos, país que recorre por primera vez a los cuarenta años, es impactado por el progreso técnico que observa y por la producción en cadena. Así, el Capítulo XI de las crónicas de su primer viaje lleva por epígrafe “Chicago y sus colosales degolladeros”; en él, fascinado describe los colosales depósitos de grano, de animales, los degolladeros y frigoríficos. En Buffalo, Estado de Nueva York, visita la fábrica de trilladoras “Pitts”, muy utilizadas en el Chile de la época. Así relata este episodio:

“Se presentó Mr. Pitts, dueño; le dije que éramos de Chile, que usábamos sus máquinas i que no quería irme sin conocer su establecimiento. Nos recibió con el

¹⁹²Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, pp. 479 y 480.

¹⁹³Estos datos fueron extraídos de un inventario manuscrito rotulado “Contenido de la Caja de Fierro, Escritorio de Hualpén”, fechado en marzo 25 de 1915. Archivo del Museo de Hualpén.

¹⁹⁴Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 392.

mayor cariño, nos presentó a su socio, que había estado en Chile; nos mostraron todo, charlamos largo”. Luego se marchó, no sin antes comprometerse a escribir directamente si notaba fallas en las trilladoras¹⁹⁵.

Recorriendo los viñedos del sur de Francia, critica la tecnología anticuada que en éstos se utilizaba (“no usan nuestras máquinas, están a la antigua”), muy inferior a la que él ya había implantado en su hacienda de Santa Fe¹⁹⁶.

Sobre el mismo tema y otros relativos a la agricultura, solía enviar cartas a la prensa, motivado por su espíritu de servicio, relatando sus experiencias fructíferas con nuevos abonos o maquinarias. Así, en comunicación a *El Sur*, con fecha 15 de junio de 1898, efectuaba un estudio de la Antracnosa o carbón de la viña; en éste, luego de analizar la naturaleza de la enfermedad y las variedades de cepas más propensas a contraerlas, señalaba, con detalle, la forma de combatirla.

Para ello se basaba no sólo en sus propias experiencias, sino también en una abundante bibliografía. En la Casa Museo aún pueden apreciarse no menos de 20 textos, en tres idiomas, sobre estas materias, así como numerosos *Boletines de la Sociedad Agrícola del Sur*¹⁹⁷. A mayor abundamiento, don Pedro integró, hacia 1900, la Junta de Vigilancia de la Escuela Práctica de Agricultura de Concepción.

21. LA TRAGEDIA. SUS VIAJES

Hacia 1876, don Pedro del Río casó con doña Ana Rosa Serrano. A este matrimonio aportó, según declaración hecha en su testamento definitivo, los siguientes bienes: “La hacienda de Santa Fe, con una masa de animales; casa i bodega en Talcahuano, casa i sitios en Concepción, casas en Angol i otras propiedades i valores”. Su esposa, por su parte, sólo aportó “como veinte animales que le dio su abuela doña Manuela Puga”¹⁹⁸.

Posteriormente, luego de la trágica muerte de doña Ana Rosa, don Pedro del Río recorre, entre 1880 y 1882, los cinco continentes, en busca de consuelo. Este viaje y los que más tarde realizaría en compañía de su segunda esposa le significaron grandes desembolsos.

En relación a éstos, don Benjamín Vicuña Mackenna, quien comentara extensamente para *El Mercurio* de Valparaíso, en diciembre de 1882, las crónicas de viaje del filántropo —publicadas entonces sólo en la forma de “Cartas Familiares”, en *La Revista del Sur*, de Concepción—, señala en aquel diario:

¹⁹⁵Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo I. p. 136.

¹⁹⁶Ibidem, Tomo II, p. 402.

¹⁹⁷Parra C., Juan. *Inventario de Libros. Parque Pedro del Río*, 1989. Inédito.

¹⁹⁸Sobre el fundo de la familia Serrano en Yungay, “Santa Rita”, se había establecido una capellanía. La señora Rosa Squella Puga, madre de Ana Rosa, había hecho cesión en vida de dicha capellanía a favor de su hija mayor, doña Adela Serrano (Guillermo del Río S., *Notas de los tiempos viejos*, ya citado, p. 222).

“Se ha asegurado que en sus dos años de peregrinación en torno al mundo... el señor Del Río ha invertido, además de su tiempo, su trabajo y su dolor, cincuenta mil pesos de su fortuna”. Más adelante, agrega, en su peculiar estilo:

“... Todo lo que nosotros podríamos decir, haciéndole la imparcial justicia a que es acreedor, es que si los chilenos de caudal emplearan así parte de él, merecerían el aplauso de todos los que en nuestra tierra desean, como nosotros, que la luz que irradia por el ancho mundo penetre por todas las grietas de nuestras montañas, o sea traída en las crestas de las ondas, que a la vez nos acercan y nos alejan del resto del mundo civilizado y civilizador”.

Durante sus largos periplos dejaba sus bienes en administración, para lo cual redactaba minuciosos instructivos detallando los trabajos a realizarse. Debido a la devaluación constante de nuestra moneda, luego de la declaración de inconvertibilidad —el peso valía 44 a 48 peniques oro en 1878; 18 peniques oro en 1895; 6 peniques oro en 1926¹⁹⁹—, los viajes le resultaban cada vez más onerosos.

Para cubrir los gastos que éstos le demandaban utilizaba una carta de crédito, que le permitía obtener fondos, en la medida de sus necesidades, en todos los países del mundo.

Así, con ocasión de su tercer viaje (1904-1905), le fue emitida dicha carta por el Banco Tarapacá y Argentino Ltda., de Concepción, que le concedió facilidades para ir pagando según la fuerza o estado de sus negocios²⁰⁰. Más de una vez, con ánimo festivo, en países exóticos, entregó la carta en vez del pasaporte, al serle requerido este último por el oficial de extranjería.

22. EL MATRIMONIO DEL RÍO URREJOLA. BIENES APORTADOS

A su segundo matrimonio, celebrado en 1883, don Pedro del Río, en el testamento citado, declara haber aportado la Hacienda de Santa Fe, los terrenos situados en el Barrio de la Estación de Ferrocarriles (Capítulo Tercero), acciones del Banco Nacional, Banco Valparaíso y otras sociedades; títulos que valoraba, en conjunto, en 21.205 pesos; menajes, alhajas, caballos y coches por valor de 10.000 pesos; dos sitios y una bodega ubicados en el puerto de Penco, al costado sur del Castillo y un retazo de terreno compuesto de ocho sitios a orilla izquierda del estero de Penco.

¹⁹⁹Vial, Gonzalo. *Ser empresario en Chile, una tarea difícil*, ya citado, p. 35. Para formarnos una idea aproximada de las relaciones de precios en la época de don Pedro, consignaremos algunos datos extraídos por don Guillermo del Río de los libros de contabilidad agrícola de su padre: un buey costaba, en 1852, 50 pesos; en 1902, 100 y en 1919, 200 pesos; un novillo a los mismos años costaba 40, 80 y 130 pesos, respectivamente.

²⁰⁰Del río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, pp. 272, 320 y 402.

En relación a estos últimos, en la partición de sus bienes se rectifica esta afirmación, señalándose que fueron adquiridos durante la sociedad conyugal. Consistían ellos en un parque o manzana rodeada de calles, compuesta de 8 sitios, con frente al río y a una cuadra de la Plaza principal.

Fueron vendidos, en la suma de 16.000 pesos, a don Francisco Raurich. Este valor fue legado a su ahijado y sobrino nieto don Pedro del Río Morel.

La otra propiedad de don Pedro del Río en Penco consistía en dos sitios frente al mar y a la línea férrea, “entre Bodega del señor Lacourt y Estación del Ferrocarril de Penco”. Este predio –vendido, a principios de siglo, en 3.300 pesos– fue durante muchos años su Quinta de recreo en ese puerto.

En efecto, es menester recordar que, desde fines del siglo XIX y hasta la década del '30, Penco fue el balneario de moda de la zona. Allí veranearon, poco antes de su caída, el Presidente Balmaceda y su familia, los Presidentes Pedro Montt y Arturo Alessandri, con sus señoras e hijos y numerosos otros políticos destacados de la época.

“Los paseos en bote, las caminatas a los cerros contiguos, como el de la Virgen del Boldo, eran las entreteniciones preferidas. Las damas se bañaban con amplios faldones sobre ajustados pantalones, mangas largas y blusa cerrada al cuello. En la arena se protegían del sol con quitasoles, a fin de resguardar la blancura de su cutis. Los caballeros se enfundaban en trajes con rayas transversales, de ajustados pantalones y manga corta. En la playa permanecían con bateleras o ‘ayuyas’, sombrero de paja”²⁰¹.

Entre las familias –santiaguinas, chillanejas, penquistas o de la Frontera– que allí pasaban los días estivales se contaba, según dijimos, la del matrimonio Del Río Urrejola, que había construido su chalet junto a la playa. Señala un recorte de prensa fechado en 1901:

“Palpitante está aún el recuerdo del primer paseo ofrecido a las familias que veranean en el puerto de Penco. El ha dejado en los corazones de todos múltiples y delicadas expresiones... El señor don Daniel Urrejola, anticipándose a la serie de paseos en perspectiva, tiene convidadas a sus relaciones para el jueves próximo en la Quinta que el señor Del Río posee en ese puerto... Habrá un lunch, baile y gratas excursiones de recreo”. La nota concluye afirmando: “Cada día se va haciendo más ameno el veraneo en Penco”.

Doña Carmen Urrejola, por su parte, de acuerdo al testamento del señor Del Río –concordante, en esta parte, con su partición de bienes–, aportó a su matrimonio los siguientes bienes: El fundo “San José”, ubicado entonces en la subdelegación de Guariligüe, departamento de Coelemu; una casa ubicada en la esquina de las calles O'Higgins y Colo Colo, en Concepción; seis mil pesos en dinero, que se emplearon

²⁰¹Campos Harriet, Fernando. *Concepción en la primera mitad del siglo XX*. Gráfica Andes, Santiago 1985, pp. 12 y 13.

en adquirir el mobiliario; y dos mil pesos más, todo por herencia de su padre don Gonzalo Urrejola; un medio sitio con frente a la calle O'Higgins, que heredó de su madre, doña Tránsito Unzueta y como catorce mil pesos, en dinero y especies, adquiridos de la misma manera.

Los bienes de doña Carmen, en virtud del régimen de sociedad conyugal en que se hallaban casados, eran administrados por el señor Del Río. De esta manera, a modo de ejemplo, éste arrienda, en representación de su esposa, el 22 de octubre de 1886, a don Antonio Yusseff y por espacio de nueve años, la casa de calle O'Higgins y calle Colo Colo²⁰².

Esta casa, avaluada en la partición del filántropo en 105.000 pesos, fue legada por Doña Carmen —quien hizo, también, importantes munificencias— al Ordinario Eclesiástico de Concepción, “para que se destine a ayudar a la instrucción de la mujer, estableciendo en ella un ‘Pensionado de Niñas’, que puedan seguir instrucción superior o cursos universitarios”, según dispone en su testamento.

23. EL FUNDO “SAN JOSÉ”

Pero la posesión más importante de doña Carmen que don Pedro del Río administrara fue sin duda el fundo “San José”, de Coelemu. En septiembre de 1918, al efectuarse la partición citada, tenía éste una extensión de 1.828,65 hectáreas de superficie y estaba avaluado en 125.000 pesos. Con anterioridad, sin embargo, se había vendido en conjunto, a distintos compradores, una cabida de 1.411 hectáreas más o menos, por un precio total de 45.318,75 pesos.

En efecto, por resolución judicial, dada en Concepción el 9 de agosto de 1884, se autorizó a don Pedro del Río “para que pueda vender las hijuelas primera, segunda, tercera i cuarta del fundo San José... con el fin de que invierta su producto en mejoras del mismo fundo”.

En virtud de tal autorización, éste vende, el 3 de enero de 1885, 54,86 cuabras de terreno a don Manuel Santos, en la suma de 1.810,38 pesos²⁰³. Meses más tarde vende a don Timoteo Neira otros dos retazos de terreno del mismo fundo; el primero, con fecha 23 de marzo de 1885, tenía una extensión de 54,56 cuabras y su precio fue de 1.745,92 pesos²⁰⁴; el segundo, de 13,5 cuabras, avaluadas en 432 pesos, fue enajenado el 24 de noviembre del mismo año²⁰⁵.

²⁰²Archivo Nacional, Fondo Notarios de Concepción. Volumen 161.

²⁰³Idem, Volumen 153.

²⁰⁴Idem, Volumen 153.

²⁰⁵Idem, Volumen 154

Posteriormente, por auto del Primer Juzgado de Letras de Concepción, de 10 de junio de 1886, fue autorizado para vender hasta 340 cuadras del fundo referido, por el mínimo de 22.900 pesos, pero con la condición de dar en hipoteca los sitios de su propiedad ubicados en el barrio de la Estación de Ferrocarriles de Concepción. La garantía exigida se otorgó el 23 de junio de ese año, cubriendo el mínimo y el mayor valor que se obtuviera²⁰⁶.

Las enajenaciones efectuadas en virtud de la autorización referida tuvieron lugar en 1886 y fueron –en orden cronológico– las siguientes²⁰⁷:

FECHA	N. INSC.	COMPRADOR	EXTENSION (en cuadras)	PRECIO
23 de junio	227	Manuel Olivares R.	51	4.080
29 de septiembre	65	Manuel Fuentealba S.	182	12.740
29 de septiembre	66	José María Castillo	35	1.225
27 de octubre	129	Manuel Santos	8,25	272,25
20 de diciembre	219	Manuel Fuentealba S.	25,80	1.806
20 de diciembre	220	José Domínguez	46,20	1.848
20 de diciembre	223	José María Castillo	25,80	903
			374,05	22.874,25

Si bien ambas autorizaciones para enajenar imponían la necesidad de invertir su producto en mejoras del mismo fundo –y aun cuando, en documentos posteriores se declara haberse hecho así–, parte de los fondos obtenidos fueron destinados, presumiblemente, a costear el segundo viaje que don Pedro, esta vez junto a su esposa, realizara entre 1887 y 1889. La oportunidad y la cuantía de tales negociaciones confirman este aserto.

El fundo “San José”, adjudicado a doña Carmen en la partición de bienes de su esposo, fue legado por ésta a su sobrina doña Isabel Menchaca Urrejola, casada con el vecino penquista don Miguel Campos E., “con sus plantaciones, edificios y lo que contenga adherido al suelo”, a lo que agregó algunos animales y veinte mil pesos –en una cuenta corriente– para la explotación del fundo, así como todo lo que contuviera al tiempo de su fallecimiento.

En 1890, como hemos dicho, don Pedro recibe la hijuela que le cupo en la partición de los bienes de su madre, doña Francisca Zañartu y Trujillo. Aquélla asciende, incluida su participación en el cuerpo de frutos, a la suma de 53.277,5 1/2 pesos y

²⁰⁶Idem, Volumen 161.

²⁰⁷Idem, Volumen 161. “Sobre la historia del Banco Concepción”. Cfr. Góngora E., Alvaro. *La Banca en Chile. Reseña histórica del Banco Concepción*, Impresora y Editora Ograma S.A., Santiago, 1990.

comprendía la hijuela número uno de Hualpén, la número cinco de Chepe, la bodega situada en ese predio, el cabezo del cerro de Chepe, muebles y animales.

24. PRESIDENTE DEL BANCO DE CONCEPCIÓN

El 7 de agosto de 1871, un grupo de vecinos, encabezados por el Intendente Aníbal Pinto, concurría a la notaría del señor Peña a reducir a escritura pública los estatutos del Banco de Concepción. Era éste el continuador del Banco del Sur, creado el año anterior, pero que alcanzó corta vida. Su capital suscrito inicial ascendía a un millón de pesos y el capital pagado a cincuenta mil pesos. Comerciantes, agricultores e industriales de la zona, en número de 93, se repartieron las dos mil acciones primitivas. Entre los cinco mayores socios, con cien acciones cada uno, se encontraba don Pedro del Río.

A fines del siglo, el Banco atravesaba un momento difícil. Ciertas irregularidades —hipotecas alzadas y preferencias cedidas a otras instituciones sin autorización del Consejo—, así como la enorme baja que experimentó la propiedad en aquellos años, hacían temer por su salud financiera.

En tales circunstancias, producida la renuncia de don Miguel Ignacio Collao —uno de los fundadores—, don Pedro del Río es elegido, por el Consejo de Administración, para asumir la Presidencia del Banco.

Tras un año de gestión, el mismo Consejo en la 54^o Memoria Semestral, con fecha 1 de julio de 1898, informaba a los accionistas:

“Después de los sucesos de que ya tienen conocimiento los señores Accionistas, toda la atención del Consejo se ha concentrado a solidificar el Banco, examinando con toda escrupulosidad la cartera i revisando las garantías de cada obligación. Dura ha sido la tarea i ha sido preciso cobrar muchos créditos que se consideraban dudosamente garantidos o que por su atraso u otras razones no convenía al Banco conservar”.

Luego de reseñar las medidas adoptadas para paliar la crisis, el Consejo agrega: “Con estos castigos estima el Consejo, después de maduro examen de la cartera de la sección hipotecaria i de la oficina de emisión, que ambas quedan perfectamente garantidas i libres de temores de futuras pérdidas”²⁰⁷.

Presentado el informe citado y luego —al decir de un biógrafo— de haber salvado “a esta institución de crédito de su provincia de la más completa bancarrota”²⁰⁸, el señor Del Río renuncia a la Presidencia, siendo reemplazado por don Ignacio Ibieta.

²⁰⁷Banco de Concepción. 54^o Memoria Semestral, en 1 de julio de 1898. Imprenta El País, Concepción.

²⁰⁸Figueroa, Pedro Pablo. *Diccionario biográfico de Chile*. Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, Santiago, 1901, Tomo III, p. 57.



Primeros billetes del Banco de Concepción, que circularon hacia 1870, magníficamente impresos por el American Bank Note Co., de Nueva York.

El capital social del Banco de Concepción, al 30 de junio de 1898, se hallaba dividido en 2.000 acciones, las que se repartían entre 73 accionistas; sólo 6 de éstos –entre ellos don Pedro, que era titular de esa cantidad exacta– poseían 100 o más acciones²⁰⁹.

Comenzando el nuevo siglo, su participación había disminuido a sólo diez títulos²¹⁰. Al morir, sin embargo, ya poseía 4.036 acciones, valoradas a razón de 80 pesos cada una, que le importaban en total, de acuerdo a su participación de bienes, la cantidad de 322.880 pesos.

25. DOS PROYECTOS NOVEDOSOS

Hacia 1910, un escritor anónimo, que lo entrevistara con ocasión del Centenario, decía del filántropo: “Industrial vigoroso y agricultor progresista, no ha habido en cincuenta años a esta parte ningún esfuerzo, ninguna iniciativa que signifique un paso hacia adelante en materia de industrias o agricultura, que no haya contado al Sr. Del Río entre sus sostenedores o inspiradores más entusiastas”²¹¹.

En efecto, durante la última etapa de su vida propició –imbuido, sin duda, de las experiencias observadas en sus largos viajes– dos novedosos proyectos empresariales. En ellos aparecen confundidos los intereses comerciales con sus afanes filantrópicos al punto de que, en el caso del segundo, tales afanes surgen como motivación casi exclusiva.

²⁰⁹Banco de Concepción. 54° Memoria Semestral, ya citada.

²¹⁰Banco de Concepción. 60° Memoria Semestral, en 1 de julio de 1901, Imprenta Gutenberg, Concepción.

²¹¹*Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, p. 155.

El primero de los proyectos referidos apuntaba a la creación, entre los vitivinicultores de la zona, de una sociedad para la comercialización del vino. En aquella época, como ahora, problema tan delicado como el cultivo mismo de la viña era el encontrar compradores para los vinos, en condiciones medianamente ventajosas.

Para salvar la dificultad mencionada, don Pedro proponía formar una sociedad que se encargase de hallar mercados para los vinos producidos en una determinada sección del territorio, y que pudiesen ser transportados hasta Concepción o alguno de los puntos vecinos por ferrocarril.

De esta manera, la sociedad proyectada tendría por objeto adquirir y reunir en sus bodegas grandes cantidades de vinos, formando tipos especiales para la exportación, así como para la venta dentro del país.

La segunda de las iniciativas que propiciara consistía en la creación de una pesquería modelo en sus tierras de Hualpén. Motivaciones estratégicas, comerciales y de servicio público se hallaban tras esta novedosa propuesta. En carta dirigida al conocido naturalista Edwin C. Reed exponía:

“Tengo siempre los mismos deseos que manifesté a usted hace años: de establecer aquí una pesquería modelo, a fin de que cuente nuestro país con una industria que es tan importante e indispensable para la vida y bienestar de sus habitantes”.

“Yo mismo lo he observado en todas partes del mundo y en grande escala en las Antillas, Estados Unidos, Japón, China, India, ambas costas del Mediterráneo y en el norte, como en Francia, Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Alemania, Suecia, Noruega y Rusia: es éste aún un verdadero tesoro por explotar”.

“Como he dicho a usted, tengo en este fundo uno de los puntos más a propósito y ricos para esta industria, en la misma desembocadura del caudaloso Bío-Bío, y ancho campo en toda la extensa bahía de Arauco”.

“Tengo, además, especial interés en esto, pues como he donado mi propiedad a la vecina ciudad de Concepción, desearía asimismo agregarle esta industria, que ha de ser una escuela de progreso para la localidad y el país, como también una gran fuente de entradas, haciendo así más útil y productivo mi legado”.

Don Pedro concluye su misiva señalando el aporte que el Estado debería hacer a este proyecto y los elementos que deberían traerse desde Europa; “¿Quién sabe si yo mismo me animaría para ir a buscar todo esto!”, señala para ponerlo en práctica²¹².

26. LOS ÚLTIMOS AÑOS

Durante los últimos años de su vida —con seguridad a partir de agosto de 1908— los cuantiosos intereses del señor Del Río eran administrados, en calidad de mandatario

²¹²Carta de don Pedro del Río a don Edwin C. Reed, de 25 de noviembre de 1899. Archivo del Museo de Hualpén.

general, por su sobrino don Pedro del Río Serrano (hijo de su hermano Arístides y de doña Adela Serrano Squella, su cuñada).

Además de los valiosos bienes raíces pertenecientes a la sociedad conyugal –avaluados, en conjunto, en 1918, en 1.027.757,50 pesos–, a que hemos hecho referencia, don Pedro poseía títulos de numerosas sociedades. Entre otras, de la Sociedad Vinícola del Sur, de los bancos de Concepción y de Chile, Compañía de Gas, Teatro Concepción, Compañía Carbonífera Victoria de Lebu, Comunidad Obrera de Habitaciones de la Población “Pedro del Río”, Compañía de Seguros La Mundial, etc.

Hacia 1896, con ocasión de un generoso ofrecimiento, a que luego nos referiremos, su fortuna era calculada en, aproximadamente, un millón de pesos²¹³. Al morir, aquella había aumentado considerablemente. Veamos las cifras²¹⁴.

Aporte de don Pedro del Río a su segundo matrimonio, 717.786,85 pesos,

Bienes aportados por doña Carmen Urrejola, 310.818,75 pesos.

Gananciales habidos durante el matrimonio, 1.825.078,53 pesos.

Haberes totales correspondientes a la sucesión del señor Del Río (bienes aportados + mitad de los gananciales), deducidos honorarios y recompensas, 1.613.762,78 pesos.

De esta importante suma, 327.975 pesos corresponden al legado, en favor de la Municipalidad de Concepción, del fundo y museo de Hualpén. Otros 52.000 pesos fueron legados a las escuelas públicas (Capítulo Décimo). El resto se distribuyó entre los herederos del señor de Hualpén.

Así, hemos pasado revista a las múltiples actividades emprendidas, con más o menos suerte, por don Pedro del Río. Sobre este aspecto de su rica personalidad, decía un diario penquista, al día siguiente de su muerte:

“Tuvo la suerte de vivir acariciado por los halagos de la fortuna, adquirida mediante esfuerzos tesoneros y perseverantes, mediante energías consagradas por entero y con ejemplar constancia al trabajo honrado y virtuoso que enaltece a los hombres”²¹⁵.

27. PREOCUPACIÓN POR EL PROBLEMA SOCIAL

No podemos concluir el presente capítulo sin delinear, al menos brevemente, un último rasgo del agricultor e industrial, que hemos bosquejado. Este elemento no es otro que su sensibilidad social.

Hicimos referencia a la caracterización de nuestro empresario histórico, efectuada por don Gonzalo Vial. Pues bien, este autor agrega aún otro aspecto: la debilidad del sentido social.

²¹³Recorte de *El Sur*, mayo de 1896 (sin fecha de día). Archivo de Hualpén.

²¹⁴Esta información ha sido extraída de la partición de bienes del señor Del Río.

²¹⁵Diario *La Unión*, de Concepción, lunes 6 de mayo de 1918.

En efecto, si bien los hombres de empresa han mostrado preocupación respecto de sus propios trabajadores y han dado, asimismo, numerosas muestras de filantropía, “fueron ciegos, sostiene, durante todo el siglo... a la gravedad del problema social en Chile, como asunto de primerísima importancia patria”²¹⁶. No es éste, veremos, el caso de don Pedro del Río. Adelantaremos aquí algunos conceptos vertidos por éste acerca de la cuestión obrera y otros temas sociales.

Don Pedro, en los diversos ámbitos de su quehacer y de su pensamiento, mostró ideas muy avanzadas para su tiempo, producto —ya lo hemos dicho— de sus largos viajes. Durante éstos entraba en contacto con la realidad profunda de los países que recorría: asistía a las sesiones de las cámaras legislativas, visitaba cárceles, hospitales, asilos, escuelas, museos, factorías, servicios públicos, etc.; recogía cifras de producción o porcentajes de escolaridad, analizaba sistemas políticos, problemas limítrofes y conflictos económicos internacionales.

En sus escritos han quedado plasmadas las reflexiones del infatigable viajero. En ellos está presente, además, el asombro que experimenta al enfrentarse por primera vez, ya en la mitad de su vida, a un mundo en rápida transformación y del que —siendo menos interrelacionado que el actual— había poca noticia. Empapado de estas nuevas concepciones, regresa a su patria, donde sabrá proyectarlas en hechos y palabras.

Del gran amor que sentía por su tierra y por el pueblo surge su preocupación por temas tan vitales como la educación, los efectos del alcoholismo y las instituciones de caridad, entre muchos otros. En lo que ahora nos ocupa, mostró gran sensibilidad ante la miseria, que se tradujo en abundantes munificencias; apoyó las organizaciones obreras y la construcción de habitaciones populares; planteó, asimismo, la necesidad de la dictación de leyes sociales, para mejorar las condiciones de vida y trabajo de las masas obreras.

En cualquier rincón del mundo solía recorrer los barrios pobres, condoliéndose de lo que observaba. Así, en Killarney, Irlanda, durante su primer viaje, anotaba angustiado: “Solamente en Oriente he visto, i no muchas, poblaciones tan inmundas, hasta los mismos callejones tan torcidos y estrechos... ¡Qué miseria tan completa la de estas pobres jentes! Sus habitaciones son chiqueros i andrajos los que cubren sus cuerpos”²¹⁷.

En Egipto, veinte años después, tras visitar una cárcel modelo, criticaba: “Hallé vituperable el que no se dé a los reos participación en los trabajos que hacen en los talleres, pues cuando cumplen su condena salen enteramente desvalidos”²¹⁸.

En la iglesia de la Magdalena, en París, tuvo lugar una anécdota que denota las virtudes a que hemos estado aludiendo. Oigamos el relato que de ella nos hace su protagonista.

²¹⁶Vial, Gonzalo. *Ser empresario en Chile, una aventura difícil*, ya citado, pp. 44 y 45.

²¹⁷Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo II, p. 474.

²¹⁸Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 106.

“Un día nos hallábamos oyendo la misa varias personas, cuando se presentó un artesano aseado, correcto i de buen aspecto, pero con su delantal de trabajo, al que se le ordenó salir en el acto. Esto me sorprendió i fuíme a preguntarle (al guardia) qué razón tenía para obrar así, a lo que me contestó que no estaba bien vestido. Díjele al artesano que no obedeciera, pues le asistía tanto derecho como a los demás para permanecer aquí, i al lujoso “suizo”, que los templos eran para los más humildes, etc. Accedió mirándome con temor... pues no se imaginó que el que así hablaba fuera ciudadano del más apartado rincón del mundo”²¹⁹.

Más decisores aún que sus palabras fueron sus actos. Mencionaremos uno: la población que hoy lleva su nombre. Si bien esta munificencia la trataremos con detalle en el capítulo correspondiente, consignaremos ahora un fragmento del discurso que pronunciara don Teófilo Hinojosa, en representación de las sociedades obreras, en los funerales del filántropo:

“...La población obrera del Centenario buscó por todas partes de la ciudad al hombre que podía proporcionar los medios y facilidades para llenar el objeto que perseguían los obreros y, después de haber fracasado en numerosas tentativas, nos tocó la suerte de encontrar a don Pedro del Río Z., quien, en su afán de servir a los pobres, dio en venta a los obreros los terrenos que hoy llevan su nombre, con facilidades de pago ventajosísimas para ellos y dándoles una manzana para los pobladores, en cuyos terrenos se levantan edificios sencillos, pero cómodos e higiénicos, en donde el obrero mediante un pequeño esfuerzo constituye su hogar propio...” El señor Hinojosa terminó su discurso depositando dos coronas de flores —una por cada serie— “empapadas con el recuerdo, cariño y gratitud de los pobladores”²²⁰.

Durante los primeros años de este siglo, postula don Gonzalo Vial, destruidos ya el consenso doctrinario (la unidad religiosa en torno al catolicismo hispano) y político, debido a la inoperancia del régimen parlamentarista, se quiebra en Chile el último consenso: el social.

En efecto, la ceguera del “establishment” político frente a la gravedad del problema social del país y la inercia consecuente —coadyuvada por otros factores, como la agitación, que escapan a nuestro estudio—, completaron la ruptura de la ya trizada unidad nacional²²¹.

Así, debatiendo el Congreso Nacional los sangrientos sucesos de Valparaíso, ocurridos con ocasión de la huelga declarada en ese puerto en mayo de 1903, declaraba un diputado: “Aquí está pasando un fenómeno singular: nos estamos asustando con la cuestión obrera, con una cuestión que, en realidad, no existe en Chile”²²².

²¹⁹Idem, Tomo II, ps. 396 y 397.

²²⁰Diario *El Sur*, de 7 de mayo de 1918.

²²¹Cfr. Vial, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973)*, obra citada, Volumen I, Tomo II. Cuarta Parte: “La Ruptura del Consenso Social”.

²²²Ibidem, p. 888.

Tales expresiones que, por lo demás, correspondían a la percepción generalizada del tema por la clase política nacional, no eran compartidas por don Pedro del Río. Este, imbuido de las experiencias de las naciones más adelantadas matizadas con su natural sensibilidad, sostenía en 1904:

“... (Los norteamericanos) se irán ocupando pronto de arreglar, reglamentar o legislar sobre la cuestión más delicada del siglo, o sea sobre intereses opuestos entre el capital i el trabajo”.

“Vuelvo sobre este mismo tema porque veo el peligro para Chile si no se legisla algo sobre esto, pronto i con energía, pues, lo que ahora sería relativamente fácil más tarde sería imposible”.

“Los trabajadores tienen pleno derecho para unirse i ver modo de conseguir reducción de horas de trabajo a fin de tener descanso i tiempo para ilustrarse, aumento de salario, buscar algo más de bienestar, etc., pero todo esto por medios pacíficos, no violentos, i sobre todo, para ser consecuentes, permitir continuar trabajando a los que así deseen hacerlo”²²³.

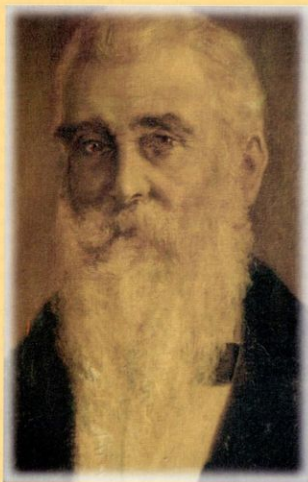
De esta manera, hemos completado el análisis de las diversas facetas del empresario visionario²²⁴; nos corresponde ocuparnos ahora del hombre y de las circunstancias de su vida. A ello destinaremos el capítulo siguiente.

²²³Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, pp. 219 y 220.

²²⁴De Villarrica, v.gr., cuando sólo era un enclave inaccesible y peligroso, decía: “Esa región, por su belleza i dulce clima no tiene rival i está llamada a ser el lugar obligado para veranear...” *Tercer viaje en torno al mundo*, ya citado, Tomo II, p. 94.

CAPITULO V

Vida y Estampa



"...UN CHILENO COMO DE CUARENTA AÑOS QUE HABIENDO VIAJADO MUCHO, DECLARA QUE NO HAY NADA COMO SU PATRIA; ES DE BARBA LARGA I CANA, GRUESO, ETERNO FUMADOR, UN ENIGMA, PUES A VECES ES CASI ALEGRE, HABLA I RÍE, OTRAS SE LE VE TACTURNO I TRISTE, BUSCANDO LA SOLEDAD..."

28. SUBDELEGADO EN TALCAHUANO

Tras su regreso a Concepción, hacia 1863, don Pedro reside junto a sus padres en el solar que éstos tenían en la ciudad. Joven y soltero, durante estos años sus actividades comerciales y los frecuentes viajes a la Frontera colman su tiempo y esfuerzos.

En 1865, cuando contaba con 25 años, es designado subdelegado, por el Gobernador del departamento de Talcahuano, debiendo hacerse cargo de la cuarta subdelegación –“Vegas de Talcahuano”–, dentro de la cual se hallaban, según hemos dicho, las tierras de Hualpén.

Señalaba la Constitución Política de 1833, que creó esta institución: “Las subdelegaciones son regidas por un subdelegado subordinado al Gobernador del Departamento, y nombrado por él. Los subdelegados durarán en este cargo por dos años; pero pueden ser removidos por el Gobernador, dando cuenta motivada al Intendente: pueden también ser nombrados indefinidamente” (artículo 120)²²⁵.

El 30 de abril de 1867, en comunicación dirigida al Gobernador, presenta su renuncia: “Habiendo ya espirado el período de dos años por el cual fui nombrado para desempeñar el cargo de Subdelegado de esta sección i siendo además mi residencia en este Departamento eventual, a Ud. suplico se sirva eximirme de dicho cargo i nombrar en mi lugar a la persona que deba subrogarme”. Firmado: Pedro del Río.

El mismo día, en Talcahuano, el Gobernador le aceptaba la renuncia, “por haber cumplido su período; i se le dan las gracias, agrega, a nombre de la Patria por el tiempo que ha desempeñado dicho cargo”²²⁶.

29. EL CLUB CONCEPCIÓN

En ese mismo año de 1867, el 1 de septiembre, nace el Club Concepción, que cobijaría los ideales progresistas de los hombres del sur. Entre sus miembros más prominentes se contaban varios integrantes de la familia Del Río Zañartu. Don Pedro, don Celedonio, don Artemio –que integró el primer Directorio– y don Arístides figura-

²²⁵Valencia Avaria, Luis. *Anales de la República*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1986, Tomos I y II.

²²⁶Documentos existentes en el Museo de Hualpén.

ron entre los socios fundadores. Este último presidió la institución (1893-1894), al igual que, tres décadas más tarde, lo haría su sobrino Alfredo del Río Serrano.

En 1917, al celebrarse el cincuentenario del club penquista, se efectuó una fastuosa recepción, a la que asistieron los escasos fundadores aún vivos: entre ellos, don Pedro del Río, quien fallecería algunos meses después²²⁸.

30. DESCENDENCIA DE DON PEDRO DEL RÍO ZAÑARTU

Contrariamente a lo que se cree, don Pedro del Río sí dejó descendencia directa que le sobreviviese. Comienza ella en su hija natural –reconocida hacia 1886, en su primer testamento– doña María Isabel del Río, quien casó con don Antonio García López.

Fueron sus hijos doña Isabel García viuda de Perry, fallecida el 6 de junio de 1919; doña Carmela, fallecida el 22 de julio de 1966; y doña Sabina García, viuda de Basaure, fallecida el 6 de julio de 1969. A sus tres nietas las instituyó don Pedro herederas del remanente de sus bienes.

Doña Carmela García, casada con el abogado y diputado don Aurelio Coveña, continuó residiendo en Concepción hasta su muerte. Tuvieron tres hijos. Al primero de éstos, Aurelio Coveña García, su primer biznieto, legó don Pedro, en su testamento, “mi mejor caballo de silla de mi uso, con mi mejor silla inglesa completa, mi mejor poncho, mis espuelas de plata i la medalla de oro de su bautizo”.

El segundo, Antonio, muerto el 4 de octubre de 1976, se halla enterrado, al igual que la hija y nietas del filántropo, en el Mausoleo que éste erigiera en memoria de su familia muerta por la difteria.

A sus dos biznietos y a la hermana de éstos, Raquel, así como a doña María Isabel del Río y sus descendientes, legó doña Carmen Urrejola dinero u objetos que habían pertenecido a su difunto esposo²²⁹.

31. ESTAMPA

Concluyendo el siglo, así era descrito don Pedro por un visitante anónimo: “...es un caballero de hermosa i esbelta figura,... de rostro simpático, ojos vivos i penetrantes, frente ancha, anunciadora de una inteligencia cultivada con esmero. Su barba canosa

²²⁸Muñoz L., Carlos, obra citada, pp. 25, 49, 59, 99 y 100.

²²⁹Comunicación de don Guillermo del Río a don Hernán San Martín, de mayo 3 de 1961. Otros antecedentes se han obtenido del Mausoleo familiar existente en el Cementerio de Concepción.

le da un aspecto patriarcal, que adorna su carácter bondadoso, afable i comunicativo i en jeneral toda su persona revela ese no sé qué de la jente elevada que sabe atraerse las simpatías de los que lo conocen sin la menor afectación²³⁰.

El mismo filántropo, viajando por Noruega, a mediados de 1881, ensombrecido por sus recuerdos, hace su propia semblanza: "...un chileno como de cuarenta años que habiendo viajado mucho, declara que no hai nada como su patria; es de barba larga i cana, grueso, eterno fumador, un enigma, pues a veces es casi alegre, habla i ríe, otras se le ve taciturno i triste buscando la soledad"²³¹.

Era don Pedro, según se declara, un fumador empedernido. Pasaba largas horas en los "smoking rooms" de trenes, hoteles o buques; lo vemos —en Panamá, Jamaica o La Habana— buscando buenos puros o describiéndonos sus bondades; "Mazzantini" y "Rosa Aromática" eran dos de sus marcas preferidas, según se desprende de las facturas que hallamos entre sus papeles.

Hombre activo y lleno de energía, a las seis de la mañana, luego de su baño cotidiano, ya se hallaba en pie, incluso durante sus viajes. Su entusiasmo es desbordante. Así, navegando entre los canales del sur, cerca del Cabo de Hornos —y con 65 años ya cumplidos—, relata: "A las cuatro de la madrugada, ya claro, unos cuantos entusiastas estábamos en pie, con un frío atroz... siberiano, como que dos horas después nevaba abundantemente"²³².

Don Pedro se consideraba a sí mismo un hombre de campo, un "huaso chileno". Amaba la tierra, los caballos, la vegetación exuberante de los bosques naturales. A diferencia de muchos terratenientes de la época, que por entonces ya abandonaban sus campos, para residir en la ciudad, el señor Del Río permanecía largas temporadas en sus fundos, e incluso, durante más de una etapa de su vida, hizo de sus posesiones rurales su residencia casi permanente.

Como hombre de campo, era muy aficionado a la caza. Las hermosas panoplias, existentes en la Sala de Armas (ex Billar) nos hablan de la atracción que sentía por ellas. Al Museo Nacional legó algunas de éstas, entre otros objetos, que se hallaban en el escritorio de su casa en Concepción y que merecen ser descritas:

"Una espada de lo más antiguo, de los califas de Damasco, con vaina incrustada en oro i forrada en cachemira de lo más fino i hoja cubierta de lindas incrustaciones de oro i la empuñadura con pequeñas piedras finas; (y) otra espada de las de más lujo de los nobles húngaros o magyares". Su favorita, que legara a su amigo Miguel Sagardía, era una escopeta con incrustaciones de plata.

Navegando por el Paraguay, durante su segundo viaje, el primero que realizara en compañía de doña Carmen Urrejola, tiene lugar una simpática anécdota de caza:

²³⁰Recorte del periódico *La Nueva República*, de 1899 (sin fecha de día). Archivo del Museo de Hualpén.

²³¹Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo II, p. 103.

²³²Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, pp. 489 y 490.



Don Pedro del Río y Zanartu en sus últimos años.



Doña Ana Rosa Serrano y Squella (1855-1880).



Mausoleo de la familia Del Río Zañartu
(Cementerio de Concepción)



Mausoleo de don Pedro del Río Z. y familia
(Cementerio de Concepción)

“Cuando ya habíamos, con poca previsión, agotado nuestros tiros i solamente le quedaba uno al buen capitán, divisamos entre dos aguas lo que yo tanto deseaba cazar: un carpintero o “Capivará”. Me lo obsequió, pues, en atención a que mi puntería había sido buena”.

“Heme el centro de observación de compañeros y tripulación, i aunque cazador viejo, me sentí nervioso, pues el golpe era difícil por la distancia i movimiento del agua. Hice un esfuerzo para tener el pulso tranquilo, esperé a que después de zambullirse afirmara sus patas en un banco en medio de las olas que formaba la carrera del vapor, i disparé con tan buena fortuna que le dejé ‘patas arriba’, recibiendo como premio las felicitaciones de todos i en especial las de mi compañera, que se encontraba a mi lado”²³².

²³²Del Río Z., Pedro. Nuevos viajes, obra citada, pp. 28 y 29.

32. ORGULLOSO, OSADO, IMPETUOSO

Era don Pedro un hombre orgulloso, consciente de su valer, pero sin envanecerse jamás: su contacto con el mundo, con las obras del progreso humano, con grandes personalidades o grandes fortunas le permitían percibir con claridad las limitaciones de un Chile que, no mucho antes, despertaba del letargo colonial, así como las suyas propias.

Impetuoso y de resoluciones rápidas, reaccionaba apasionadamente —e incluso con violencia— si alguien ponía en entredicho su honor o el de su querida patria, Chile. Numerosas anécdotas de su vida ponen de relieve estos rasgos de su personalidad.

Tales cualidades, que ya se insinuaban en su mocedad, con los años no hacen sino fortalecerse. En sus memorias de viaje han quedado huellas de éstas. Veamos algunas anécdotas: “En el hotel de este pueblo, Shaffhausen (en Suiza), almorzando en la mesa común, se espresó su señor, en inglés, mui mal i de manera insultante de ambas Américas, a lo que contesté, i nos sulfuramos a tal extremo, que llegamos a sacar nuestros revólveres i nos hubiéramos disparado sin la intervención de los demás presentes”.

Entre muchos otros incidentes que podríamos citar, protagonizó don Pedro del Río, en Thorn (Polonia Prusiana), uno que resulta bastante ilustrativo. Habiéndose equivocado de carro, al abordar el ferrocarril, debió éste detenerse para permitirle bajar, con gran molestia para los funcionarios. Cuenta don Pedro: “...vino uno de los empleados i acompañado de un pasajero que hablaba francés, me dijo de la manera más insolente, tomándome del brazo, que pagara una multa”.

“Enfadado i sin poder contenerme con tan brusco trato dile un empujón, tirándolo lejos. Entonces vino la buena, pues querían tomarme a viva fuerza, dando grandes voces que no comprendía; todo esto en medio de un laberinto de pasajeros i curiosos i piteando el tren para partir”.

“Le hice saber por medio del caballero francés... que no pagaría ninguna multa i que me permitieran sacar del wagon mi sombrero, abrigos i maleta de mano donde llevaba mi dinero, a lo que furiosos me contestaron que no me permitían tomar nada, dejándome allí preso si no entregaba la multa”.

“Como buen Zañartu i con el ‘cuero armado’, como dicen los araucanos, les dije que se fueran al diablo e hiciesen lo que les diera la gana”.

“Marchó, pues, el tren, i quedé allí en cabeza, sin equipaje, ni carta de crédito, ni dinero, a excepción de dos napoleones en el bolsillo”²³³.

²³³Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo II, pp. 187, 53 y 54.

En la personalidad del viajero se halla presente también la intrepidez, de que daría siempre muestra. Así, hacia 1870, salvó de las aguas del Bío-Bío, en una noche de tormenta, a nueve náufragos, que sin su auxilio valeroso habrían perecido en pocos instantes.

Esta y otras hazañas semejantes, que sería largo reseñar, llevaron a don Benjamín Vicuña M. a escribir: “Si Pedro del Río fuese hombre de ostenta, debería llevar prendida a su ojal más de una medalla de salvamento”²⁵⁴.

En su primer viaje en torno al mundo, realizado en la plenitud de la vida y animado por la ansiedad –“para aturdirse”, decía– de ver cada día algo nuevo, aparece el rasgo en comento claramente delineado. Desoyendo toda advertencia, llega siempre más lejos. Despreciando los riesgos, lo veremos internarse hacia las zonas más inexploradas de China, la India o el desierto norafricano. En Polonia, escribe:

“Todos me aconsejan, sin excepción, que no me interne actualmente en la Rusia, pues si no me degüellan o envían a Siberia, por lo menos dormiré en la policía muchas largas noches; estos vaticinios no me arredran, al contrario, me incitan”²⁵⁵. Volveremos sobre esto en el capítulo siguiente.

En toda circunstancia exhibe la misma osadía: al defenderse, estoque en mano, de tres árabes, armados con cuchillos curvos, que intentan ultimarlos en Argel; en el cráter del Vesubio, luego que el olor a azufre había ocasionado desmayos entre sus compañeros y una lluvia de piedras hiciera huir a los más prudentes, don Pedro espera entusiasmado que se repita la erupción, gritando: “encore... encore”; o riéndose del temor que demuestran sus compañeros ante la cercanía de los tiburones, que rondan su frágil esquife, en la isla de Santo Tomás, en el Caribe.

Con los años, sin embargo, las fogosas pasiones que lo dominaban en su juventud se van aquietando, su carácter se serena y su espíritu –herido por un cruel golpe del destino– se torna sensible y delicado. La cultura adquirida en sus viajes y sus múltiples lecturas contribuyen a esta evolución, que se manifestará en una vasta labor filantrópica.

Cuesta reconocer a aquel hombre impetuoso –en incluso violento– en el anciano que, al despedirse del balneario de Vichy, para retornar a Chile, escribe: “Dejamos... con pena... una pareja de cisnes que cebábamos diariamente con golosinas en la laguna del Parque. Tanto nos conocían, que a nuestra voz o llamado acudían volando a caer a nuestros pies, dando suaves voces o murmullos acariciadores; ¡lo que puede el cariño!... ¿Son estas puerilidades, verdad?”²⁵⁶.

²⁵⁴Vicuña Mackenna, Benjamín, prólogos a los *Viajes en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo I, p. XIV.

²⁵⁵Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo II, p. 365.

²⁵⁶Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 365.

33. UN CATÓLICO “POCO PRACTICANTE”

Promediando la segunda mitad del siglo XIX, nuestra sociedad como conjunto, particularmente en el aspecto ético religioso, seguía adherida a los valores coloniales. Poco a poco, sin embargo, pero de manera inexorable, tal religiosidad se iba debilitando, hasta tornarse en indiferencia absoluta en parte importante de la masa masculina de nuestra aristocracia.

La influencia europea, los conflictos “doctrinarios” y el apasionamiento partidario; el epicureísmo y las filosofías utilitarias, entre otros factores, contribuyeron a generalizar el “descreimiento” en ese grupo social.

La sociedad penquista no fue ajena a este proceso. Liberales y radicales jugaron un rol predominante en la fundación del Club Concepción. La masonería ganaba nuevos adeptos. Sólo las mujeres —ya lo observaba Domeyko (Introducción)— se mantenían fieles a la piedad de sus mayores.

El señor Del Río fue influenciado, sin duda, por los nuevos vientos. Criado en el seno de una familia devota, aunque liberal y partidaria de la Independencia, sus años en Valparaíso, sus lecturas y amistades fueron entibiando sus convicciones religiosas.

Más tarde, la muerte repentina y casi simultánea de su esposa y de sus pequeños hijos le sumió en una profunda crisis, de la cual, no obstante, salió fortalecido. En efecto, en la fe y en el apoyo familiar halló fuerzas para sobreponerse y seguir adelante.

El mismo nos relata que, hallándose en la Catedral de San Patricio, en Nueva York, sintió la presencia luminosa del Señor tenderse como un manto sobre su alma, ensombrecida por la tragedia.

“...Hacía días que me hallaba en medio de un movimiento vertiginoso, i la transición tan completa a ese lugar tan hermoso, solemne i tranquilo me parecía que me aproximaba a esos seres tan queridos i tan prematuramente perdidos”.

“No pude ni quise desear mis ideas: mi terrible desgracia se presentó tal como es i me derribó como el rayo: caí de rodillas a rogar a Dios por ellos i por que me conservara lo que aún me resta también de muy querido en el mundo!”.

“¡Dulces momentos de recojimiento i de comunicación con ellos! ¡Cuánto consuelo sintió mi pobre destrozado corazón!”.

Durante muchos años existió en Hualpén una capilla, situada cerca de la casa patronal. Asistía el filántropo regularmente, además, a la misa dominical en la parroquia del Sagrario de Concepción, de la que era feligrés y donde se celebraron sus dos matrimonios.

A pesar de su liberalismo militante, mantuvo siempre relaciones cordiales con el clero. De esta manera, contaba entre sus más dilectos amigos al Deán Capitular de la Diócesis penquista, don Domingo Benigno Cruz Quintanilla, y al canónigo don Francisco Urrejola Unzueta, hermano de Daniel, su socio de juventud y primo de su segunda esposa.

Entre los amigos eclesiásticos del filántropo se hallaba, también, don Plácido Labarca. Obispo de Concepción (1890-1905), quien protagonizó una anécdota reveladora de la personalidad de aquél, que no nos resistimos a transcribir.

Cuenta don Guillermo del Río que durante la celebración de un "San Pedro", día en que el señor Del Río era muy visitado, tuvo lugar este incidente, a la hora del almuerzo, en su residencia de Hualpén:

"En esa ocasión hubo cierta confusión en el momento de la entrada al gran comedor y el señor Labarca llegó antes que don Pedro y, llevado tal vez por la fuerza de la costumbre, ocupó el asiento de la cabecera... Cuando a su vez don Pedro llegó (que por algo era pariente del corregidor Zañartu, famoso por su fuerte carácter), no trepidó en decirle: Ilustrísimo señor, su asiento de honor está a mi derecha, y retirándole la silla lo hizo cambiarse de asiento (con la natural sorpresa y conmoción de todos los demás comensales)"²³⁷.

Sus dos "peregrinaciones de cristiano por la Tierra Santa", durante sus primeros y terceros viajes, en que recorrió lo "más sagrado de nuestra Religión", ejercieron en él indeleble influencia. Tras visitar los Santos Lugares, expresa: "Cuando comprendí la vida i lecciones de Jesús i su sublime sacrificio, entonces sentí una amarguísima pena, pero a la vez esperímenté algún consuelo"²³⁸.

Durante su tercer periplo, además, don Pedro y su esposa, a instancias de ésta, asistieron a una audiencia con el Papa, en Roma. El filántropo, con la llaneza acostumbrada, así relata este episodio: "En medio de un silencio profundo fue anunciado i apareció en seguida el Sumo Pontífice Pío X: vestía completamente de blanco i con paso lijero, juvenil i aire sencillo i bondadoso, se dirigió a cada uno, dando a besar la esposa".

"Llegado nuestro turno, yo, como católico 'poco practicante', con sorpresa me di cuenta de que mui apenas podía doblar una rodilla i esto aún afirmando la mano en la silla".

"Así, imposibilitado, no me quedó más que decir a Su Santidad, en ridículo italiano: 'molto vecchio', a lo cual, sonriéndome, me dijo... bene, bene..., palmoteándome la cabeza con cariño, para envidia de los demás, los que creían que era para él... algún personaje conocido"²³⁹.

²³⁷Del Río, Guillermo. *Carta abierta al doctor Hernán San Martín*, diario *El Sur*, 12 de noviembre de 1961. Este artículo corresponde a una versión corregida de una carta dirigida por su autor al Administrador del Museo, con fecha 7 de mayo de 1961.

²³⁸Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo I, p. 402.

²³⁹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, pp. 70 y 71.

34. EL PRIMER MATRIMONIO. LA TRAGEDIA

Hacia 1875, don Pedro del Río contrae matrimonio con doña Ana Rosa Serrano Squella. Nacida en 1855, era hija de don Horacio Serrano Vásquez y de doña Rosa Squella y Puga. Otra hija de éstos, doña Adela, había casado con don Aristides del Río, hermano del filántropo.

Del matrimonio Del Río Serrano habrían de nacer dos hijos: Ana Rosa, el 7 de marzo de 1876, y Pedro, dos años después. Pocos años duraría la felicidad de la joven pareja. La difteria, que asolaba la zona en aquellos días, dio muerte, en forma casi simultánea, a la esposa y a los herederos del señor de Hualpén: el 18, 19 y 20 de febrero de 1880 fueron muriendo, uno tras otro, doña Ana Rosa, su hija homónima y Pedro. La tradición penquista cuenta que, mientras llevaba uno al cementerio, el otro fallecía en su hogar.

Un apunte biográfico, redactado pocos años después, relata así la tragedia: "Arreglados sus negocios, quiso Pedro del Río procurar a su anjelical esposa..., constante compañera de sus inquietudes, i a sus dos preciosos hijitos, delicias de ese hogar, algunos días de distracción i de descanso en medio de los suyos, i a este efecto la trasladó, en los primeros días de febrero de 1880 a Talcahuano, donde a la sazón se encontraba su señora madre doña Francisca Zañartu de Río".

"I allí, en aquellas horas concedidas por la primera vez a blando reposo, sobrevínole horrible catástrofe que en el tiempo de su consumación humedeció todos los ojos i conmovió todos los corazones que viven dentro del hogar i para el hogar. Una mañana, en pocas horas, su hermosa compañera, en toda la plenitud de la vida i de la felicidad, sintióse atacada de mortal congoja i, asida de sus dos tiernos hijos, voló al cielo"²⁴⁰.

Impactado por la inesperada tragedia, don Pedro cae en una profunda depresión, que lo lleva al borde del suicidio. En la casona vacía y silenciosa cada rincón le recuerda a su familia perdida. Buscando mitigar su infinita pena y para no enloquecer, se lanza a recorrer el mundo por primera vez.

"Sintiendo su propio suelo como estrecho a su dolor punzante y perenne,... viudo de toda humana dicha, tomaba en Valparaíso, el 7 de julio de 1880, el primer vapor que zarpaba en dirección al norte..."²⁴¹.

Una semana antes —el 30 de junio—, se le otorgaba pasaporte, en Santiago, "por motivos de salud"²⁴². A los viajes del filántropo —cuatro en total— y a sus crónicas nos referiremos en el capítulo siguiente.

²⁴⁰Vicuña Mackenna, Benjamín, prólogo citado, pp. XV y XVI.

²⁴¹Vicuña M., Benjamín. "La mitad de un viaje alrededor del mundo", en *El Mercurio* de Valparaíso, diciembre de 1882, (sin fecha de día). Archivo del Museo de Hualpén.

²⁴²Documento existente en el Museo de Hualpén.

En sus “Cartas Familiares”, publicadas en la prensa local y reunidas, más tarde, en forma de libro, en dos volúmenes aparecidos en 1883, efectúa numerosas evocaciones, llenas de sentimiento de su familia muerta. En Nebraska, Jerusalem o en el mar de la China; en Holanda o en Egipto; en Cracovia, Bahía o Florencia; en fin, en más de una veintena de lugares, en todos los climas y latitudes, surge de pronto el recuerdo doloroso.

La visión de un matrimonio feliz, un niño pequeño o, simplemente, el desolado aspecto de las estepas nevadas o de las dunas del Sahara —“que tanto se asemejan al estado de mi alma”—, observadas en incontables noches de insomnio, a bordo de trenes o barcos, hacían aflorar las amargas añoranzas.

Algunas de éstas, que transcribiremos, resultan enternecedoras, a pesar del estilo lacónico —en ocasiones casi telegráfico— en que se hallan redactadas. Así, en Montevideo: “Compañero de viaje, un alemán con dos hijitos... ¡Cómo no sufrir i pasar malas noches con ellos a la vista!”²⁴³. O en Bahía, Brasil, tras hacer un regalo a una niña de cuatro años, a quien halla algún parecido con su hija perdida:

“¡Dios mío! ¿por qué tanto rigor, tanto lujo de castigo, sin ninguna misericordia para este pobre desgraciado? ¿Por qué no me llevaste a mí i tuviste compasión de esas tiernas flores, de esos seres tan queridos i por quienes habría dado un millón de veces mi vida?...”²⁴⁴.

Navegando de la Martinica a Nueva York, escribe: “Ya nos conocemos los pasajeros; pasamos largos ratos charlando de todo; no puedo leer mucho, así es que los busco para desear por momentos mis negras penas; me hallan simpático, i no sería extraño que también me creyeran feliz!”.

“En estos últimos días el crepúsculo en las tardes ha sido espléndido... Nunca pierdo yo este espectáculo, pues me parece ver a mis tres ánjeles queridos que me sonríen i me llaman!”²⁴⁵.

Recorriendo las Montañas Rocallosas, no eran sus reflexiones menos amargas: “La noche fue espléndida, todo nevado, el tren despacio; la luna brillantísima; yo no pude dormir, i, acostado, por la vidriera, veo esa inmensidad nevada que me parecía un sudario; a veces trepábamos cordilleras, pasando profundas quebradas i correntosos arroyos”.

“¡Qué noche i qué recuerdos!”.

“¡Cuánto habría dado por un rato de reposo, de olvido!”²⁴⁶.

En Egipto, los desolados médanos le despertaban emociones parecidas: “¡Qué tristes recuerdos los de esta noche de luna, sin poder dormir, navegando i encerrado entre cerros de arena del desierto, imagen en parte de mi pobre alma!”²⁴⁷.

²⁴³Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo I, p. 28.

²⁴⁴Ibidem, Tomo I, pp. 51 y 52.

²⁴⁵Ibidem, Tomo I, p. 63.

²⁴⁶Ibidem, Tomo I, p. 163.

²⁴⁷Ibidem, Tomo I, p. 396.

Así, viajaba incansablemente, sin detenerse jamás, por no quedar a solas con su pena, que lo acosaba tenazmente. "...necesito aturdirme, ver algo nuevo todos los días, para no perder el juicio, recordando mi eterna i terrible pesadilla!"²⁴⁸.

Por último, un recuerdo especialmente aciago, escrito a más de un año de distancia de la tragedia que motivara su primer viaje. En Polonia: "Hace dos años en Santa Fe, rodeado de mi adorada i preciosa esposa, mis idolatrados hijitos, ella mi primojénita i él heredero de mi nombre, felices, contentos i llenos de vida i porvenir! I unos cuantos meses más tarde me fueron arrebatados sin misericordia, a un mismo tiempo, viéndolos desaparecer, cerrando sus ojos i recibiendo sus últimos besos!".

"¿Cómo soporté este inmenso dolor? ¿Cómo tuve valor para no suicidarme i condenarme a llevar en mi alma mi eterna, infinita pena?"²⁴⁹.

35. EL MAUSOLEO DE DON PEDRO DEL RÍO ZAÑARTU Y SU FAMILIA

Testimonio del dolor del filántropo, el Mausoleo existente en el Cementerio de Concepción, restaurado hace unos años, es probablemente uno de los más hermosos que éste alberga. En él se observa, sobre un pedestal, a doña Ana Rosa Serrano y a sus dos hijos; a sus pies, junto a ellos —como quería ser recordado—, don Pedro, en actitud desconsolada. La inscripción, breve y dramática, señala: "Los tres a la vez".

En los funerales del señor Del Río, al reunirse sus restos con los de aquéllos tan tempranamente perdidos, expresaba don Abraham Romero, en representación de la I. Municipalidad, en parte de su discurso:

"El dolor colectivo de un hogar desmoronado súbitamente quiso corporizarse en un mármol imperecedero, que expresara que los afectos destruidos materialmente debían durar mucho más que las cenizas augustas en que se resolviera la hermosura física arrebatada por la muerte"²⁵⁰.

El hermoso conjunto es obra del artista italiano F. Moratilla, a quien el inconsolable viajero lo encargara, en Roma, durante su primer viaje. Este monumento, sostenía don Guillermo del Río, en 1961, "es lugar de homenaje de las escuelas públicas, de romería del pueblo, quien lo ha rodeado ya de ingenuas tradiciones y leyendas, que son manifestaciones claras de cariño y veneración por él"²⁵¹.

²⁴⁸Ibidem, Tomo I, p. 194.

²⁴⁹Ibidem, Tomo II, p. 12.

²⁵⁰Diario *El Sur*, 7 de mayo de 1918.

²⁵¹Comunicación dirigida por don Guillermo del Río a don Hernán San Martín, de 3 de mayo de 1961. Archivo del Museo de Hualpén.

En julio de 1882, tras dos años de viaje por Europa, Asia, África y las Américas, regresa a su patria. Aunque más aliviado, la tragedia, no obstante, habría de tener profundas consecuencias, que se proyectarían sobre la dimensión política, patriótica y filantrópica de su vida.

36. CONCEPCIÓN AL REGRESO DE DON PEDRO

El Concepción que el señor Del Río reencuentra a su regreso es una ciudad que se encamina, con paso decidido, por la senda del progreso. Contaba, hacia 1884, “con una extensión de 20 cuadras de suroeste a noreste, de 10 a 12 de noroeste a sureste, con cerca de 200 manzanas”²⁵². Alumbrada a gas desde 1871, importantes obras se habían sucedido desde entonces: el ferrocarril a Talcahuano, en 1873; la fundación del Banco de Concepción (1871); del diario *El Sur* y del Teatro Concepción, en 1882, y de la Primera Compañía de Bomberos penquista, al año siguiente.

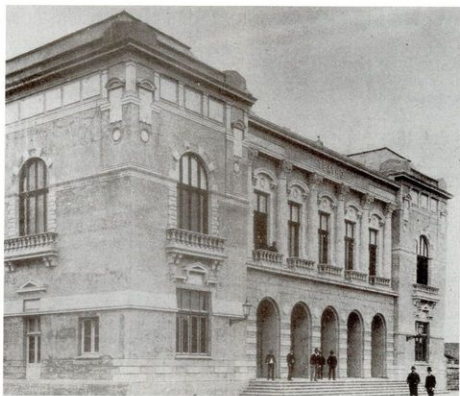
Grandes casas y sucursales, así como cuatro bancos daban vida al comercio penquista. En los años siguientes, la construcción del puente ferroviario sobre el Bío Bío (1889) y del ferrocarril a Penco (1891) se suman a las obras anteriores.

En 1895, la ciudad de Concepción, capital del Departamento homónimo –por la que ya circulaban, hacía diez años, tranvías tirados por caballos o “carros de sangre”– tenía una población de 39.837 habitantes, de acuerdo al Censo General practicado aquel año.



Calle Comercio, actual Barros Arana, a principios del siglo. Al fondo, la antigua estación de Ferrocarriles, destruida por el terremoto de 1939.

²⁵² *Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, p. 58.



Teatro Concepción.



Titulo de la Sociedad Teatro de Concepción.

37. EL SEGUNDO MATRIMONIO. DOÑA CARMEN URREJOLA

Transcurrido algo más de un año desde su retorno, don Pedro contrae matrimonio por segunda vez. Expresa la partida correspondiente: "En la Iglesia Parroquial de Concepción, a dieciséis de agosto de mil ochocientos ochenta i tres, practicadas las diligencias de estilo, dispensadas las proclamas de derecho por el señor Vicario Titular de la Diócesis Deán don Domingo Benigno Cruz, en auto fecha siete del presente mes, i no habiendo resultado impedimento, con autorización del mismo señor Vicario Capitular, el presbítero don José Agustín Corbalán, casó, según el orden de nuestra Santa Madre Iglesia, a don Pedro del Río, natural i domiciliario de esta parroquia, hijo lejítimo del finado don Pedro José del Río i de doña Francisca Zañartu, i viudo en primeras nupcias de doña Ana Rosa Serrano, con doña Carmen Urrejola, natural i domiciliaria de esta misma parroquia, hija lejítima del finado don Gonzalo Urrejola i de doña Tránsito Unzueta"²⁵³.

Pertenecía doña Carmen a una respetable y acomodada familia penquista, que había aportado a la sociedad local numerosos miembros destacados. El fundador de la familia en Concepción fue don Alejandro Urrejola, venido de Santiago del Estero, quien se avendó en la ciudad tras casarse con doña Isabel Leclerc de Vicourt, distinguida dama de la zona.

Don Alejandro –bisabuelo de doña Carmen Urrejola– ejerció, en diversas oportunidades, el cargo de Alcalde de Concepción. Hacia 1767, en el remate de las temporalidades de los jesuitas, adquirió las estancias de Pomuyeto y Cucha-Cucha. En esta última, uno de sus hijos, don Luis Urrejola, "realista irreducible", al decir de don Fernando Campos H., presentó batalla a las fuerzas patriotas, en una de las primeras acciones de la Independencia²⁵⁴.

Hermano de doña Carmen fue don Gonzalo Urrejola y Unzueta, tres veces diputado y más tarde senador por la provincia de Ñuble. A su iniciativa se debe la construcción del ramal, inaugurado en 1916, que unió a Chillán y Concepción por la costa²⁵⁵.

Doña Carmen acompañaría al filántropo por casi 35 años. Juntos recorrerían el mundo en tres ocasiones, puesto que ella compartía su "fiebre por lo desconocido". Así, don Luis Barros Méndez, quien encontrara en París a la inseparable pareja, escribía:

²⁵³Documento existente en el Museo de Hualpén.

²⁵⁴Campos H., Fernando. *Los defensores del Rey*, obra citada, pp. 27 y 28.

²⁵⁵Campos H., Fernando. *Historia de Concepción*, obra citada, p. 229. Sobre los Urrejola, véase, además, de Ramón Araya Novoa, "La familia Urrejola", en: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, año VI, tomo XVII, primer trimestre de 1916, N° 21, pp. 112 y ss.; Raúl Silva Castro, *Don Gonzalo Urrejola. Anotaciones*. Imprenta Universitaria, 1939; Gustavo Opazo M., *Familias del Antiguo Obispado de Concepción*, obra citada, pp. 247 y 248; *Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, pp. 138 y 139; Pedro Javier Fernández-Pradel, *Linajes vascos y montañeses en Chile*, ya citado, p. 460.



Carmen Urrejola, julio 1848 - febrero 1932, a los 15 años (Gentileza de Daniel Campos Menchaca).



Carmen Urrejola, en 1877 (Gentileza de Daniel Campos Menchaca).

“...En su segundo viaje, unida su suerte a la de la señora Carmen Urrejola, hermosa i graciosa penquista de las que nacen i crecen a la marjen del Bío Bío, ha ido tranquila i alegremente recojiendo en sus apuntes las flores que encuentra al paso, es decir, las ideas que le suministra la observación i las reflexiones que le despiertan los sucesos”²⁵⁶.

En efecto, ligero se le hacía el camino junto a su infatigable compañera. En Jerusalem, durante su tercer viaje, entrando ya en la senectud, exclamaba: “¿Qué diferencia de mi pasado viaje! Entonces, aún con juventud i sol vivificador, i ahora con frío i en el invierno de la vida... pero, gracias a Dios, bien acompañado!”²⁵⁷.

Tradicionalmente se conoce –y así lo declara don Pedro del Río en su testamento– que el matrimonio Del Río Urrejola tuvo un hijo, al cual pusieron por nombre Pedro y que –trágico sino!– sólo sobrevivió algunos momentos. De él se conservan, en la Casa Museo, certificado de defunción y obituario, aparecidos en la prensa local.

²⁵⁶Barros M., Luis, prólogo a los *Nuevos viajes* de Pedro del Río Zañartu, ya citado, p. VI.

²⁵⁷Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 290.

Una única fuente, pero de veracidad indubitable, sin embargo, nos da testimonio de una realidad diferente: doña Carmen, en su testamento, declara: "Fui casada con don Pedro del Río Zañartu, de cuyo matrimonio tuve tres niños que murieron al nacer".

De esta manera, a través de las escuetas líneas que hemos transcrito, nos enteramos de los desesperados esfuerzos de la pareja por concebir un primogénito que continuara su estirpe, los que a la postre resultaron infructuosos.

Sentía doña Carmen, asimismo, gran amor y veneración por su cónyuge, a quien sobrevivió largos años. Desde la muerte de éste llevó, en su recuerdo, una pulsera de oro —la cadena del reloj del filántropo, probablemente— que no se quitó jamás.

En su testamento legó la suma de cinco mil pesos "para que se mande hacer un busto o retrato al óleo de mi esposo don Pedro del Río Z., que se colocará en algún salón de esta ciudad como benefactor".

Incrementó, además, el censo constituido por aquél en favor de las escuelas públicas y el del propio fundo Hualpén, según hemos visto. En homenaje a su "recordado esposo", legó a la Sociedad de Fleteros y Embaladores Pedro del Río Zañartu dos mil pesos, "por haber sido la primera que se creó con ese nombre".

Tras su segundo matrimonio, el penquista reside por algunos años en "Santa Fe del Río". Posteriormente, en 1887, emprende su segundo viaje, que se prolonga por algo más de dos años. Su regreso se vio apresurado por el fallecimiento de su madre, doña Francisca Zañartu, acaecido el 16 de junio de 1889, que le sorprendió en París.

38. LOS AÑOS FINALES

Al volver a Concepción se radica en sus tierras de Hualpén en forma definitiva. Desde allí realiza frecuentes viajes, de negocios ó de recreo, a Santiago y Los Angeles. La pareja solía pasar, además, algunas temporadas en la ciudad, durante las cuales se alojaban en el antiguo Hotel Harán, frente a la Plaza de Armas. Recuerda don Guillermo del Río, su sobrino:

"Cuando don Pedro y la señora Carmelita venían a pasar esas temporadas a Concepción, su victoria, con su magnífico tronco de yeguas coloradas, que constituía su insignia, estaba de firme frente al hotel, con su cochero de gorra y leva azul abotonada. Nosotros, los chiquillos de aquellos tiempos, nos deleitábamos observándola y soñando con subirnos a ella"²⁵⁸. En esa misma victoria venía al Banco de Concepción, cuando ocupaba la Presidencia de éste.

²⁵⁸Diario *El Sur*, 12 de noviembre de 1961.

En otro de sus coches, un landó –victoria grande con asientos dobles enfrentados–, que doña Carmen había heredado de su padre, el matrimonio solía pasear lentamente, al caer la tarde, por sus hermosos campos, para lo cual le hacía poner bueyes y bajar la capota.

Además de estos coches, tenía don Pedro un *handsom-cab* (con asiento del cochero atrás y en alto, que manejaba el caballo por encima de los pasajeros), traído por éste desde Inglaterra, con ocasión de su segundo viaje, y al que la prensa penquista calificaba, según él mismo cuenta, “de vejestorio i la jente del pueblo de... ganso”²⁵⁹; un *buggy* americano y un coche cerrado americano, que utilizaba en los días de lluvia. De todos éstos, sólo se conserva un par en Hualpén, que esperan ser restaurados.

Con el nuevo siglo llega la senectud. Completados ya sesenta años de vida, el ajetreo incesante, los largos viajes, pero también los sinsabores y la tragedia, van haciendo mella en su ánimo y en su cuerpo aún vigoroso.

Por otra parte, se había aficionado a los placeres de la buena mesa, lo que se manifestaba en su barriga prominente, que no dejaría de causarle problemas. Adolecía de diabetes y de reumatismo crónico, afecciones que intenta aliviar con prolongados baños termales.

Hallándose pronto a iniciar una excursión a México, desde Saint Louis, escribía angustiado: “...me siento tan mal de salud, que se revela en la espresión de las fisonomías de mis acompañantes el temor o convicción de que la fatiga me será fatal!”²⁶⁰. Recordemos, además, que era gran fumador de cigarros puros, más fuertes –y dañinos– que los modernos cigarrillos.

Durante sus últimos años, a medida que su salud se deterioraba, se fue marginando cada vez más de las actividades sociales, confinado en sus posesiones campestres. La fiesta del cincuentenario del Club Concepción, en septiembre de 1917, a meses de su fallecimiento, constituyó, probablemente, su última aparición pública.

39. LA MANSIÓN DE DOÑA CARMEN URREJOLA

Debido al precario estado de su salud, decide trasladarse a Concepción, donde reside en una casa, probablemente arrendada, ubicada en calle Tucapel número 317 (esquina de San Martín).

Buscando proporcionar a su esposa y a sí mismo una residencia más confortable, encarga al arquitecto don Onofre Montané Urrejola la construcción de una hermosa

²⁵⁹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 290.

²⁶⁰Ibidem, Tomo I, pp. 111 y 112.



Mansión de doña Carmen Urrejola, declarada Monumento Histórico.

mansión, en la esquina que forman las calles Castellón y Barros Arana. La muerte, sin embargo, le sorprende hallándose la casa inconclusa, por lo que no alcanzaría a ocuparla.

Don René Louvel la describe: “La casa habitación, que nunca se terminó, ocupaba el segundo piso por Barros Arana, con su entrada por esta calle. Por Castellón tenía dos casas de arriendo y en la planta baja, por Barros, estuvo durante mucho tiempo la peletería Leizgold, la Casa Villa y otros importantes negocios”²⁶¹.

Es un edificio de estilo neoclásico, de lograda arquitectura, con elementos del Art Nouveau en su decoración y volumetría.

A esta casa doña Carmen, quien se radicó definitivamente en Concepción tras la muerte de don Pedro, trajo gran parte de los muebles de la casona de Hualpén que, como sabemos, le pertenecían.

Hasta su fallecimiento, ocurrido en 1932, la casa acogió una tertulia que reunió lo más destacado de la vida cultural de la ciudad.

En nuestra ciudad, devastada por sucesivos terremotos, es esta casa uno de los pocos testimonios del pasado penquista que se halla, aún hoy, en buen estado de conservación; ¿cómo, entonces, no hacernos eco de las palabras del doctor Louvel? Expresaba éste que, “a pesar de los años transcurridos desde 1917, la mansión que

²⁶¹Louvel Bert, René. *Crónicas y semblanzas de Concepción*, obra citada, p. 81.

fuera de doña Carmen Urrejola de Del Río tiene un aire de distinción y señorío de principios de siglo, y estimamos que sería una gran obra poder readecuarla de acuerdo a su estilo, como un recuerdo del esplendor del viejo pencopolitanismo...²⁶².

Como acogiendo el llamado del Sr. Louvel, ya se han dado pasos en este sentido. Por Decreto Exento N° 531 del Ministerio de Educación, de 20 de septiembre de 1995, la casa fue declarada Monumento Histórico. La decisión se basó, entre otras consideraciones, "por cuanto permite, en pleno centro de la ciudad, comunicar a la ciudadanía penquista con parte de su tradición". Los propietarios, por fortuna, han reaccionado positivamente. Es así como hoy la casa luce parcialmente restaurada y se le han devuelto los colores originales.

40. LOS ÚLTIMOS DÍAS. FUNERALES

En los primeros días de mayo de 1918, la prensa local publicaba frecuentes notas, dando cuenta de la enfermedad del filántropo. Finalmente, el cinco de aquel mes, un domingo, a las dos y media de la madrugada, en su residencia de calle Tucapel, éste dejaba de existir.

Su fallecimiento conmocionó a la comunidad penquista y a todos aquellos que, a lo largo del país, le conocían y estimaban. Informaba *El Sur*: "Todos los diarios deploran, en términos sentidísimos, el fallecimiento de don Pedro del Río Z., a quien presentan como el prototipo del filántropo en toda la amplia acepción de esta palabra. Dicen que el duelo no afecta a Concepción, sino al país entero"²⁶³.

La Municipalidad penquista no fue ajena al sentimiento generalizado de gratitud y dolor. En su sesión del 5 de mayo, el señor Desiderio Guzmán pronunció un sentido discurso en su homenaje, tras lo cual, "unánimemente se resolvió dejar constancia especial de que la ciudad, representada por el municipio, lamentaba dolorosamente la falta del distinguido vecino y filántropo"²⁶⁴. A continuación, se comisionó a don Abraham Romero, primer Alcalde, para que hiciese uso de la palabra en el Cementerio. Expresó éste en dicha oportunidad:

"Hoy, la ciudad, representada por sus elementos más selectos y valiosos, en actitud de apoteosis doliente, envía a este asilo sagrado los restos mortales de uno de sus hijos preclaros, un benefactor suyo, a un servidor a quien la muerte ha sorprendido en plena ebullición de su cerebro de pensador, de artista y de patriota..."²⁶⁵.

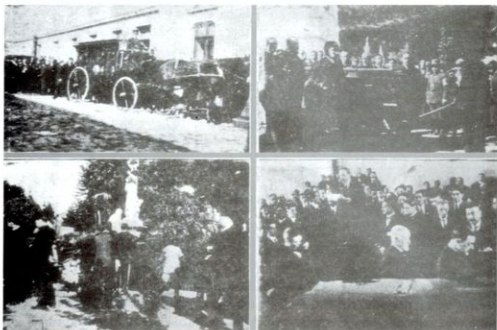
En efecto, de una larga lista de más de doscientos asistentes, cuyos nombres con-

²⁶²Ibídem, p. 81.

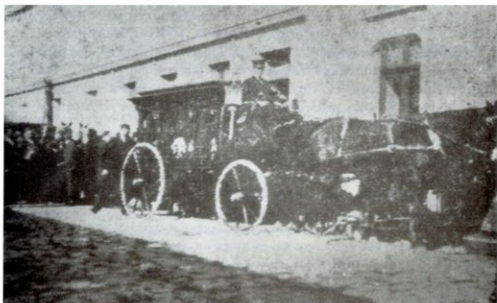
²⁶³Diario *El Sur*, 7 de mayo de 1918.

²⁶⁴Municipalidad de Concepción. Libro de Actas correspondientes a los años 1916 a 1918, Sesión Ordinaria celebrada el 10 de mayo de 1918.

²⁶⁵Diario *El Sur*, 7 de mayo de 1918.



Funerales de don Pedro del Río.



Salida del cortejo de su casa habitación (Tucapel Nº 317).

signan los diarios de la época, extraemos algunos, tal vez los más significativos: don Virgilio Gómez, don Juan Antonio Ríos M., don Alberto Coddou, don Enrique Molina G., don Antonio Aninat, don Julio Parada Benavente, don Zenón Urrutia Manzano y don Edmundo Larenas, entre muchos otros.

Las escuelas de la ciudad se hicieron representar, a su vez, por veinte maestros y doscientos alumnos, "como un homenaje a su más generoso benefactor". En nombre de aquellas, hizo uso de la palabra don Eliseo Salas Maturana, visitador de Escuelas de la Provincia.

En los funerales pronunciaron discursos –además de los representantes del municipio y de las escuelas– don Teófilo Hinojosa, a nombre de la población "Pedro del Río"; don Pedro Villa Novoa, a nombre del Partido Liberal Democrático; don Arístides Aguilera, a nombre de los alumnos del Liceo de Hombres; don Floridor Malagüeño, a nombre del "Círculo de Suboficiales Retirados", de Talcahuano; don Samuel Guzmán, a nombre del Comité pro Universidad y Hospital Clínico; don Luis Ramos, por el Cuerpo de Reservistas N° 1, y algunos otros.

Entre los asistentes se hallaban, además, en pleno, los Directores del Club Concepción y del Centro Artístico "Pedro del Río Zañartu". Este último, en sesión extraordinaria, había adoptado, entre otros acuerdos, los siguientes: "... 3° Colectar entre los socios una suma de dinero y obsequiarla al Comité pro Universidad, en recuerdo del señor Pedro del Río Z.; 4° Colocar en el Salón de Honor de sesiones del Centro el retrato del señor Del Río..."²⁶⁶.

Su Presidente, don Nicanor Aguayo Evans, compuso un poema en homenaje a su benefactor, que declamó en sus funerales:

¡Adiós, Oh Gran Anciano!
 La muerte os tendió sus brazos,
 La tierra, desgarróse el pecho y tierno regazo
 Conmovida os ofrece en los
 Mundos de su arcano,
 Mas tu vida no limita

 En esta tumba, porque ella es infinita.
 Y si la muerte ha herido el cuerpo
 ¡Oh, noble anciano!
 Ha sido en vano,
 Porque tu alma en nuestras almas resucita!²⁶⁷.

²⁶⁶Diario *El Sur*, 6 de mayo de 1918.

²⁶⁷Diario *La Unión*, 7 de mayo de 1918. El mismo diario había publicado, el día anterior, en primera página, una elogiosa semblanza del señor de Hualpén, en parte de la cual expresaba: "Pocos hombres, en realidad, de los que han cruzado el escenario de las actividades penquistas, en los últimos tiempos, han alcanzado una popularidad más vasta, un prestigio social más acentuado y un afecto más profundo en el espíritu de sus convecinos, que este dignísimo, esclarecido filántropo..."

De esta manera, rodeado del cariño y la admiración públicos, concluye la vida del filántropo. En el mes de su fallecimiento, aparecía el primer número de *Perfiles*, la Revista del Liceo de Hombres de Concepción. En ella, un ilustre ex alumno, don Carlos Oliver Schneider, entonces de escasos 19 años, publicaba –bajo el seudónimo “Polybio”– una hermosa semblanza de don Pedro del Río, con la que pondremos fin al presente capítulo:

“La frente ancha esteriorizaba el sentimiento magno y la pureza espiritual. Los ojos tenues mostraban la dulzura del alma al par que las líneas labiales, dibujando una sonrisa, iluminaban aquella buena cabeza patriarcal”.

“Era nuestro patricio de poca estatura y bien distribuido. En la mocedad bastante era su vigor, y ya viejo, con muchos inviernos sobre sus hombros, conservaba aún la misma intrepidez física”.

.....
 “Patriota el primero, superior al momento, cultivador del valor, nata y protector de los desheredados, su sombra augusta, límpida y resplandeciente morará, sin duda, largamente entre las frondas de Hualpén”.

CAPITULO VI

*Pedro del Rio,
Viajero Universal*



"CUANDO LA ANGUSTIA DE MUERTES SUCESIVAS HIZO EL SILENCIO EN SU HOGAR...
EL SEÑOR DEL RÍO CRUZÓ EL MAR Y FUE A EUROPA, AL ASIA Y AL AFRICA Y VISITÓ
TODA LA AMÉRICA PARA MITIGAR SIQUIERA SUS DOLORES INFINITOS".

PEDRO DEL RIO VISTO POR LA REVISTA CHANTECLER (GENTILEZA BIBLIOTECA NACIONAL)

41. SU AFICIÓN POR LOS VIAJES

A casi ochenta años de su muerte, son dos los rasgos de Pedro del Río que han logrado vencer al olvido, al punto de que, a pesar del tiempo transcurrido, su nombre sigue siendo, en la frágil memoria colectiva, símbolo de tales virtudes: nos referimos, por supuesto a la filantropía y a su afición por los viajes.

En el presente capítulo nos proponemos referirnos a esta última y sus relaciones con el altruismo, que justifican el calificativo de virtud que hemos dado a su afición.

No tendrían sus viajes más que un valor anecdótico en la vida de no ser por sus importantes consecuencias. De una parte, contribuyeron éstos a modelar su carácter, estimulando en él la tolerancia y el progresismo; enriqueciendo su espíritu –al contacto con las manifestaciones de la cultura universal– y poniendo a prueba, al mismo tiempo, su fortaleza y resistencia física. Por otro lado, las especies adquiridas en estos largos periplos “a costa de grandes esfuerzos y de ingentes gastos”, constituyeron la base de su interesante museo de “variedades universales”.

Por último, y no menos relevante que los aspectos ya mencionados, sus crónicas de viaje constituyen un valioso testimonio de una época ya ida, de la que fue don Pedro espectador privilegiado.

Asimismo, ellas nos han permitido adentrarnos en su personalidad y conocer su evolución, de ahí que las hayamos citado –y continuaremos haciéndolo– con frecuencia.

Ambas virtudes, sin embargo, reconocen un origen común: la tragedia. “Cuando la angustia de muertes sucesivas hizo el silencio en su hogar... el señor Del Río cruzó el mar y fue a Europa, el Asia y al Africa y visitó toda la América para mitigar siquiera sus dolores infinitos...”

Más tarde, su curiosidad insaciable, despertada en aquel primer peregrinaje doloroso, lo llevaría a recorrer el mundo, en busca de nuevas emociones –la “fiebre de lo desconocido”, a que nos hemos referido–, así como de objetos interesantes con que enriquecer sus colecciones.

Su afición se mantendría intacta hasta el fin de sus días. Entrevistado en 1910, con setenta años cumplidos, expresaba: “Si no estuviera, como estoy, con un pie en el sepulcro, daría la vuelta al mundo por cuarta vez”²⁶⁸... ¡y lo hizo!

²⁶⁸ *Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, p. 156.

42. LOS VIAJES EN LA ÉPOCA DE DON PEDRO DEL RÍO

En la época de don Pedro, en que ferrocarriles y vapores desplazaban rápidamente a las viejas diligencias y veleros, los viajes a Europa no eran infrecuentes. Afirmaba Vicuña Mackenna, exagerando un tanto: "... hoi día, 'ir a París', hase convertido en cosa tan liviana i trivial casi como el pan de cada día, i ya nadie hace su testamento, sino que simplemente hace sus maletas"²⁶⁹. No ocurría lo mismo, sin embargo, con los viajes de circunvalación, arriesgada empresa en la que muy pocos le habían precedido.

Como si esto fuese poco, el intrépido chileno llegaba siempre más lejos, a pesar del riesgo o de las dificultades. Escribía Vicuña M., comentando sus viajes para *El Mercurio* de Valparaíso:

"... a diferencia de la mayor parte de nuestros compatriotas, que sólo se asoman a los países que visitan desde sus ventanas, el viajero penquista... acostumbraba internarse hacia dentro de las tierras cálidas, a pesar del calor".

Más adelante agregaba: "La mayor parte de los viajeros de la Tierra Santa no pasan más allá del Santo Sepulcro, especialmente si son chilenos y santiaguinos. Pero los pencones, concluía, se atreven siempre más, en particular cuando se trata de dar una lección a los últimos"²⁷⁰.

Era don Pedro —¿qué duda cabe!— un hombre de fortuna. Esta le permitía costear sus largas estadas europeas y sus viajes a otras regiones más apartadas. Solía alojarse en los mejores hoteles, viajando siempre, en trenes o barcos, en primera clase. Tales viajes, no obstante, ya sea por el clima riguroso, los riesgos, los contratiempos o, simplemente, las trabas burocráticas, no se hallaban exentos de dificultades.

Hace un siglo, además, el mundo era menos homogéneo y se hallaba menos integrado que en nuestros días, lo que si bien hacía sus experiencias más interesantes —al permitirle observar tradiciones y diferencias regionales más acentuadas—, no las hacía más sencillas: más de una vez, en tierras extrañas, los tres idiomas que dominaba fueron insuficientes para darse a entender. Los medios de comunicación y de transporte de que pudo valerse, por su parte, eran en general —y como es obvio— más lentos, incómodos e inseguros que los actuales.

Decía Benjamín Subarcaseaux, en 1961, sobre los viajes del filántropo en torno al mundo: "...él lo recorrió con todas las comodidades que da la riqueza y las no menores que daban los viajes de otros tiempos. Porque quien crea que ahora hemos avanzado en este sentido, está en grave error. Antes se viajaba sin pasaportes, sin límites en

²⁶⁹Vicuña Mackenna, Benjamín, prólogo al *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, p. viii.

²⁷⁰Vicuña M., Benjamín. "La mitad de un viaje alrededor del mundo", ya citado.

las divisas, sin certificado de impuestos internos, sin pedirle permiso al papá Fisco y a la mamá Policía. Si usted tenía dinero, se mandaba mudar a donde le parecía mejor²⁷¹. La realidad, veremos, era algo diferente.

Iniciado el viaje —tras obtener no uno, sino dos pasaportes (en Santiago y Valparaíso)—, debían transcurrir largos días, a veces semanas, antes de arribar al puerto de destino. En el mar, debía soportar una desagradable compañía: los animales destinados a proveer de carne a la población y a las explotaciones salitreras del norte y que, en número no inferior a 400, compartían el transporte. Escribía don Pedro:

“¡Por fin desembarcaron los últimos animales; ya podremos respirar!... los pasajeros vienen a bordo espuestos a todas las epidemias, absorbiendo este aire corrompido. Casi siempre se acumula el estiércol de estos animales hasta media vara de espesor; los camarotes van precisamente sobre estas inmundicias²⁷².”

A ello debe añadirse la sucia, pero indispensable, operación de cargar carbón. En Pisagua: “Doce horas sin interrupción funcionando los cuatro ‘donkeys’ con un ruido infernal. ¡Dormir, qué esperanza! Se cubre además todo, aun los camarotes, con una gruesa capa de polvo negro... tomamos 400 i tantas toneladas, o sea 20 lanchadas²⁷³.”

Más molestas aún eran las continuas cuarentenas a que debían someterse. En Guayaquil: “Aquí, desde su bote, nos habló un doctor i... declaró que quedábamos por tres días en cuarentena ¡i va una! ¿Cuántas más tendremos que soportar en nuestro largo viaje?” O navegando por el Mississippi, en ruta a Nueva Orleans, tras sufrir, en tierra, la desinfección de sus ropas y enterarse que deberían soportar cinco días de cuarentena:

“Regresamos mustios i desalentados, encontrando el vapor con fuerte olor a azufre; con poderosas máquinas... se fumigó no solamente la bodega i carga, sino también los camarotes, el comedor i cuanto había, en medio de estornudos i juramentos de la tripulación...”.

“Desde hace días traemos un pasajero bien enfermo de malaria i tememos que pase a fiebre amarilla. La cuarentena sería entonces de cinco semanas... ya se puede suponer el temor que nos asiste²⁷⁴.”

Y si lo anterior no fuere suficiente para desalentar a alguno menos animoso que él, durante su viaje de regreso a Chile, en 1905, que pagó carísimo para obtener el mejor camarote, debió soportar el “ruido infernal” de un asador eléctrico, los “sofocantes y nada agradable olores” que emanaban de la cocina cercana y, tal vez lo más molesto, una plaga de baratas:

²⁷¹Subercaseaux, Benjamín. “Un museo en el campo”, en: *Revista Zig-Zag*, del 19 de mayo de 1961.

²⁷²Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, tomo I, p. 28.

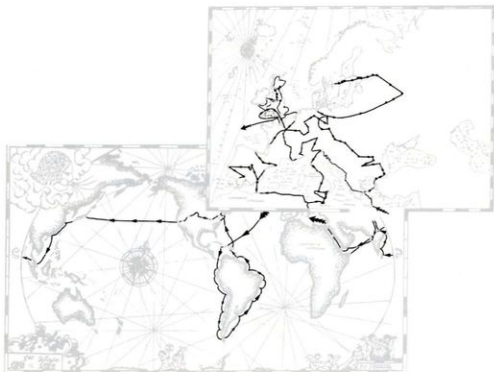
²⁷³Ibidem, tomo I, pp. 15 y 16.

²⁷⁴Ibidem, tomo I, pp. 36 y 83.

“Se han desarrollado los bichos o baratas en número tan formidable, que apenas se apaga la luz se abalanzan por centenares a pasearse por todo el cuerpo, enredándose en la cabeza y espesa patilla; aunque no pican es su contacto repugnante y desagradable”²⁷⁵.

Calores sofocantes, largas marchas a lomo de mula o a pie, robos y extravíos, choques de carros, en fin, numerosas dificultades que el penquista debió enfrentar y que, en aras de la brevedad, sólo enumeramos. Oigámosle, por último, relatar una tormenta, que lo sorprendió en el mar, durante su tercer viaje, y que encaró con la energía acostumbrada.

“Se nos vino de improviso, ya de noche, i con tal violencia, que volaban las sillas como plumas i con éstas algunos de nosotros, yendo el que esto escribe... a estrellarse, después de feroces golpes y vueltas, en la baranda, de donde nos alzaron, sintiéndonos extremadamente doloridos y magullados. Sin embargo, no me di por vencido, quedándome sobre cubierta, admirando este imponente espectáculo que me atrae y me agrada”²⁷⁶.



Ruta del Primer Viaje de don Pedro del Río, 1880-1882 (Gentileza Luciano Pérez F.).

²⁷⁵Ibídem. Tomo II, p. 441.

²⁷⁶Ibídem. Tomo II, p. 458.

43. PRIMER VIAJE EN TORNO AL MUNDO. ITINERARIO

43.1. LA PARTIDA. DEL ESTRECHO DE MAGALLANES AL CANADÁ

Buscando algún alivio para su pena infinita, emprendió el benefactor su primer viaje. El 7 de julio de 1880, acompañado de Emiliano Fuentes Ríos, joven abogado y sobrino suyo —quien más tarde presidiera la Comisión Radicadora de Indígenas, designada por Decreto Supremo de 20 de diciembre de 1883, cargo que abandona al ser nombrado Juez de Letras de Temuco, en 1887²⁷⁷—, a bordo del “Coquimbo”, dejaba la rada de Valparaíso para dirigirse rumbo al norte.

Tras recorrer las costas chilenas hasta Arica, a donde llega algunos días después de la toma del Morro, debe volver al Sur. “En Arica, el capitán del vapor, habiéndome repetido por la centésima vez que los peruanos nos sacarían de a bordo en Chimbote, i rehusándonos el pedido de armar doce hombres de la tripulación con los rifles que tenía para hacernos fuertes, resolvimos volvernos a tomar la vía del Estrecho”²⁷⁸.

Así, muy luego lo encontramos entre los canales del Sur, describiéndonos el hermoso y agreste paisaje que se abre ante sus ojos. Punta Arenas, comenta, cuenta “como con mil habitantes, entre éstos bastantes extranjeros”; los fueguinos, en tanto, “no pasan de diez mil”²⁷⁹.

Después de conocer Montevideo, los penquistas se dirigen a la capital argentina. Mientras su sobrino descansa, don Pedro, infatigable, realiza algunas excursiones al interior, tras lo cual se dirigen al Brasil. Una vez allí, recorre Petrópolis, Pernambuco y Río de Janeiro, maravillándose con la riqueza y variedad de la flora y fauna tropical, que veía por vez primera. Luego de navegar por el Amazonas, aborda un vapor hacia la Martinica, acompañado siempre por su sobrino Emiliano.

Octubre los sorprende entrando a la bahía de Nueva York, tras una navegación que el calor hiciese larga y penosa. En la gran metrópolis de la costa Este tiene ocasión de admirar el rápido progreso de la joven república, que le provoca elogiosos comentarios.

Desde ahí continúa viaje por la costa: Filadelfia, Baltimore, Washington y Boston desfilan raudos ante sus ojos, junto a un sinnúmero de localidades más pequeñas. Con el otoño (boreal), se dirige al Canadá: allí conoce Montreal, Toronto y otras ciudades situadas a orillas del lago Ontario; para luego retornar a los Estados Unidos, por la vía del Niágara, a donde llega en coche. Buffalo, Chicago y hacia el sur, por las Rocallosas, hasta su destino último en Norteamérica: California.

²⁷⁷Ferrando Keun, Ricardo. *Y así nació la frontera...*, Editorial Antártica S.A., Santiago, 1986, pp. 503, 520 y 550.

²⁷⁸Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo I, pp. 11 y 12.

²⁷⁹Ibidem, Tomo I, p. 13.

Para llegar allá debe atravesar previamente el medio Oeste Omaha, Saint Louis y Kansas City van quedando rápidamente atrás, a bordo del ferrocarril, que ya entonces unía ambas costas del país del Norte. En esta última ciudad escribía:

“Los bichos de todas clases i formas no me dejaron pegar los ojos, principalmente los de cabeza negra, que llegaban a cada momento borrachos como cuero, cantando, bailando o llorando; pero ¿qué otra cosa se puede esperar si ya estamos entre los ‘roughs del Far West’?...”²⁸⁰.

Desde ahí se dirigió a Salt Lake City –capital del territorio de Utah, no incorporado aún a la Unión–, sede del Estado Mormón, que tenía gran interés en conocer.

Una vez allí, describe con detalle la arquitectura mormona, así como su origen y sus doctrinas; asiste a sus ceremonias y habla con los fieles. Por entonces –y hasta 1890– practicaban éstos la poligamia, lo que despierta, como tantas cosas, la curiosidad del filántropo.

Pero nada lo detiene por mucho tiempo y pronto vuelve a emprender la marcha. Reno, Sacramento y finalmente, California. De esta manera, don Pedro del Río contempla la región que, años atrás y mientras duró la fiebre del oro, fue el principal destino de sus actividad exportadora.

43.2. RUMBO A ORIENTE

Luego de recorrer –y describir– prolijamente el Estado, se embarca, a principios de diciembre, en el vapor “City of Tokio”, con destino a Yokohama. Temeroso de las posibles infecciones que pudiese contraer en las desconocidas regiones a que se dirigía, se despidió de su sobrino Emiliano y continúa solo su larguísimo periplo.

Japón lo impresiona gratamente, por lo que dedica largas jornadas a conocerlo. No sólo es impactado por las formas de vida y las tradiciones que observa –tan distintas de cuanto había visto hasta entonces–, sino también por el progresismo y la capacidad empresarial nipona. Así, en sus apuntes de enero de 1881 leemos con sorpresa: “Los japoneses están imitando varios artículos que importaban, i una vez que los fabrican nadie les puede hacer competencia”²⁸¹.

Después de una prolongada estada en el país del sol naciente, atraviesa el mar de la China, para abocarse a estudiar este último país. Infatigable y por espantar sus recuerdos, que lo han seguido hasta acá, recorre Shangai, Hong Kong y Cantón, buscando “ver algo nuevo todos los días, para no perder el juicio”.

En China es impresionado desfavorablemente por la suciedad y la miseria que observa por doquier. Asimismo, le impacta la violencia, común entre los pueblos de Oriente por aquellos días. Escribe: “Aquí se habla mucho, i como cosa mui natural, i no es estraño en esa inmensa multitud, de degüellos en masa”.

²⁸⁰Ibidem, Tomo I, p. 154.

²⁸¹Ibidem, Tomo I, p. 21

“A bordo conocí i estuve hablando con un célebre jeneral chino, Jong, que fue mandado a apaciguar algunos descontentos en Puato, i lo consiguió con gran sorpresa i con gusto del gobierno, matando solamente cuarenta i tantos mil; se reía de esto como de una gracia que pudiera haber hecho”²⁸².

Tras referirse a la historia, tradiciones y creencias de las regiones visitadas, así como a sus costumbres —algunas sumamente extravagantes—, continúa viaje hacia la India. Allí, previa escala en Singapore, conoce Delhi, Benares, Bombay, Madras y muchísimas localidades más pequeñas.

Don Pedro, que bien sabía compenetrarse de la realidad de los países que visitaba, no dejará la India sin antes probar sus comidas típicas, bañarse en el Ganges o recorrer las estrechas callejuelas a lomo de elefante. Del mismo modo, su viaje al interior de la isla de Ceilán (actual Sri Lanka) es calificado de “único” por Vicuña Mackenna, puesto que casi con certeza, asevera, era la primera vez que un chileno lo realizaba.

A bordo del vapor “Brindisi” cruza el mar Arábigo y, tras breve escala en Aden, enfila, vía Mar Rojo, a El Cairo. Luego de las consabidas excursiones por el Nilo —incluyendo, por cierto, una ascensión a la cima de la pirámide de Cheops— continúa hacia la Tierra Santa.

En ambas regiones, y en general en todo el Oriente y en Africa, hace frecuentes referencias a la presencia colonialista de las potencias europeas. A ratos, lo oímos alabar el progreso material alcanzado al amparo de tales naciones; en otros casos, levanta su voz para condenar los abusos cometidos por los ocupantes, así como el ahogamiento de la cultura nativa. Ello se manifiesta aún en los detalles más nimios. Así, en Egipto, comenta: “El gobierno no da ningún empleo si no saben hablar i escribir el francés”²⁸³.

En Grecia constata una situación parecida: “Aún se ven algunas señoras con su pintoresco traje nacional i el gorro lacre que tan bien les sienta, pero no son sino excepciones. La mayor parte de los hombres —concluye— visten a la francesa”²⁸⁴.

Port Said y Alejandría han quedado atrás y, promediando mayo, encontramos al filántropo en Jaffa, “donde Noé construyó el Arca, donde Hiram, rei de Tyro, trajo los magníficos cedros del Líbano para el templo de Salomón; donde San Pedro resucitó a Aabiha, i donde aún existe la casa de Simón, el tonelero, que también visité...”²⁸⁵. Comenzaba así su “peregrinación de cristiano” por los Santos Lugares, que lo llevaría, a lomo de caballo por las arenas ardientes, hasta los rincones más apartados.

Y luego... Creta, el Pireo, Atenas y, por supuesto, la Acrópolis. En todos estos lugares don Pedro nos irá entregando, sin afectaciones, desde la cuna de la civiliza-

²⁸²Ibidem, Tomo I, p. 308.

²⁸³Ibidem, Tomo I, p. 398.

²⁸⁴Ibidem, Tomo I, p. 418.

²⁸⁵Ibidem, Tomo I, p. 400.

ción occidental, nociones de historia antigua y contemporánea, indispensables para dar a tales localidades una valoración adecuada.

Días después abandona Grecia, navegando entre sus islas. Tras pasar por Tenedos –“isla donde se fueron los sitiadores de Troya, para hacer creer que abandonaban el sitio”–, ingresa a los Dardanelos, con Europa y Asia a uno y otro costado; cruza el mar de Mármara y llega a Constantinopla (Estambul).

Luego de visitar la Sublime Puerta, la mezquita de Solimán el Magnífico, el templo de Santa Sofía y otros lugares de interés, continúa por el Mar Negro hasta Varna, principal puerto del –entonces– principado de Bulgaria: don Pedro se halla, por fin, a un año de su partida, a las puertas de Europa.

43.3. POR EUROPA Y AFRICA

Bulgaria, Rumania y Hungría formaron parte del itinerario del infatigable viajero. En Transilvania le sorprende el liberal estilo de los bailarines de vals: “Es la primera vez que veo bailar en Europa –comenta– i encuentro que los hijos de Asia tienen razón cuando se escandalizan de estas danzas occidentales, pues los bailarines se estrechan, juntan i enlazan tanto, que de ello no hai idea en nuestro país”²⁸⁶.

Su larga travesía por el viejo continente prosigue en Polonia, de ahí pasa a Praga, capital de la antigua Bohemia; Servia, Sajonia, Prusia, y luego la Rusia zarista son testigos de las andanzas del señor Del Río. En estos países tiene oportunidad de avistar a numerosos monarcas europeos de la época. Entre ellos el zar, durante su estada en Moscú:

“Observé que casi sin excepción aman de veras al zar, pues lo vitorean con todo gusto cuando pasa, ajitando sus gorras con expresión de alegría; sin embargo, noté algunos pocos que lo hacían como gruñendo...”²⁸⁷.

Tras conocer San Petersburgo, abandona Rusia, no sin antes constatar la fuerte religiosidad, rayana en el fanatismo, de su pueblo. A la luz de los acontecimientos políticos actuales y del resurgimiento religioso que se observa en los países del este europeo, sus observaciones adquieren hoy una inesperada vigencia.

Antes de internarse en los países nórdicos –Finlandia, Noruega, Suiza y Dinamarca–, recorre Viena, en el imperio austro-húngaro, Berlín y Dresden, percibiendo el ambiente militarizado de la Europa Central de la época. En su gira decimonónica pudo admirar, además, numerosas catedrales y palacios preciosos, que después arrasaría la guerra, lo que aumenta el valor de sus observaciones.

De regreso a Alemania, conoce Hamburgo, Frankfort, Coblentz y muchas otras

²⁸⁶Ibidem, Tomo I, p. 440.

²⁸⁷Ibidem, Tomo II, p. 61.

ciudades germanas. De Estrasburgo se dirige a Niza, durante una breve estada en Francia, que incluye, entre otros puntos, Orleans, Vichy, Marsella y, por supuesto, París.

Siguiendo la línea de la costa, continúa viaje desde Niza a Milán, por Génova, y en seguida a Suiza por Turín. A su paso por Montecarlo no resiste la tentación de probar suerte en el casino, a pesar de su aversión por los juegos de azar.

Una mañana de invierno de 1881, a bordo de un tren italiano, llega a Ginebra, capital del cantón del mismo nombre. En Berna, asistiendo a las sesiones de las Cámaras legislativas, tuvo oportunidad de departir con el Presidente de la Confederación Suiza, y con otras personalidades.

En seguida, luego de una breve estada en Munich e Innsbruck, pasó a Italia, país que recorrió de norte a sur. De Nápoles (recordemos su ascensión al Vesubio), siguió a Sicilia y después a la isla de Malta.

Comenzando 1882 se encuentra ya “en plena berbería”, visitando Túnez y Argel, entonces posesiones francesas. En Túnez expresaba optimista: “Es cosa particular lo que me pasa con estos países tropicales, de fiebres, epidemias i fuertes calores: todo esto lo olvido al cabo de algún tiempo i deseo volver a admirar sus raras costumbres, pintorescos trajes i espléndida naturaleza”²⁸⁸. En sus excursiones por el desierto, además, no olvida incluir en su itinerario aquellos lugares de mayor interés histórico, como las ruinas de la antigua Cartago.

Tras cruzar el Mediterráneo, lo vemos entrando a España, por Cartagena, de donde continúa a Madrid, atravesando Murcia y la región de la Mancha. La madre patria, a que tantos vínculos lo unían, es descrita con gran cariño por el viajero, quien visitará Madrid, Sevilla, Córdoba y decenas de otros pueblos.

Después de una corta excursión al Portugal, se embarca en Gibraltar con destino a Marruecos. En Tánger asiste con pena a un remate de esclavos negros, que describe con sorpresa. En estas excursiones por el norte de Africa y en su regreso al continente, es acompañado por el príncipe Wilhelm de Gratz, “uno de los personajes más grandes de Austria”.

Luego de recorrer Granada, Valencia y el norte de España —donde, según hemos visto, encontró algunos parientes— pasa al sur de Francia. Aún en la madre patria, narra una de las antiguas costumbres que observa: “Aquí (Barcelona), como en casi todo este hermoso país, la leche que se usa es la de cabra, i se encuentran a cada momento, de día i de noche i por los barrios más concurridos, partidas de estos animales con su andar reposado, llevando grandes cencerros el cuello los que ordeñan a la puerta de los domicilios”²⁸⁹.

A fines de mayo, don Pedro se encuentra navegando hacia Inglaterra, Francia,

²⁸⁸Ibidem, Tomo II, p. 269.

²⁸⁹Ibidem, Tomo II, p. 382.

Bélgica y Holanda ya han quedado atrás y pronto, atravesando la isla, llega hasta Escocia, donde visita fábricas y centros mineros. Estos últimos los califica de "horribles", al compararlos con los establecimientos de Lota, Schwager, Lebu y Puchoco.

En Irlanda le impacta la pobreza que observa por doquier; las hambrunas, las epidemias y la violencia política —comenta— han diezariado la población, alentando una fuerte corriente emigratoria, que amenazaba con dejar al país deshabitado.

43.4. EL REGRESO

A partir de este momento empieza a prepararse para el largo viaje de regreso. Luego de permanecer algún tiempo en Londres y París, se embarca en Southhampton con rumbo al Caribe. Santo Tomás, nuevamente, Puerto Rico, Santo Domingo y Puerto Príncipe, en Haití, son algunas de sus escalas más interesantes.

Tras ellas lo encontramos, en julio de 1882, recorriendo las calles de Panamá. Pertenecía entonces, dicha ciudad, a los Estados Unidos de Colombia. Por esos mismos días se hallaban iniciados, con grandes dificultades, los trabajos del canal. Por fin, tras una breve escala en Lima, se embarca con destino a Chile.

"Al fin, para mi dicha, llegó la hora de partir i dejar este infortunado suelo en busca del amado e incomparable mío. El sábado 12 de agosto me embarqué en el hermoso vapor "Mendoza"... i ocho días después desembarqué en Valparaíso, si no feliz, tranquilizado el corazón i reanimadas las esperanzas, después de dos años cumplidos de continuo andar por el mundo, como infeliz peregrino que persigue sombra amada sin hallarla..."²⁹⁰.

De esta manera, hemos reseñado brevemente el primer viaje de don Pedro del Río. De los cuatro que realizó, es éste el único que merece efectivamente ser calificado de viaje en torno al mundo o de circunvalación. Durante él, visitó 298 ciudades, villas y villorrios, en las más diversas latitudes.

Su itinerario ha podido ser reconstruido no sólo gracias a la abundante información contenida en sus crónicas sino a que don Pedro, en su meticulosidad, conservó cuentas de hoteles, menús de éstos y de buques, y periódicos de cada ciudad que visitaba, con los cuales formó una colección, la que se haya expuesta, en ínfima proporción, en el Museo²⁹¹.

²⁹⁰Ibidem, Tomo II, p. 551.

²⁹¹Parra Cataldo, Juan. *Antecedentes de viaje de don Pedro del Río Zañartu* (Recopilación), 1989. Inédito. Archivo del Museo de Hualpén.

44. SUS CRÓNICAS DE VIAJE

El viajero, motivado por el deseo de mantener algún contacto con la patria lejana y, animado, además, por sus afanes filantrópicos, va consignando diariamente sus impresiones, las que reúne en forma de "Cartas Familiares", que luego enviaba a su ciudad natal. Allí eran recogidas y publicadas prestamente por *La Revista del Sur*, a partir de la primera, fechada en julio 19 de 1880.

Escribía don Pedro con sencillez y naturalidad suma, única forma en que podía hacerlo, según él mismo expresaba, dada su formación comercial y "las tareas de labranza a que he consagrado la mejor parte de mi vida". Por lo demás, el estado de su ánimo atribulado sólo se prestaba para trazar cuadros a la pluma y no para intentar una obra más elaborada, que habría excedido sus fuerzas.

En todo momento recordaba a sus "bondadosos, aunque quizás escasos lectores" las limitaciones de su estilo y las motivaciones que lo impulsaban, no obstante, a perseverar en su empeño. Sus escritos, señala, no constituyen una "obra literaria, sino una modesta colección de modestas cartas familiares escritas al correr de la pluma o del lápiz bajo los diversos climas a que en época muy diversa de la que hoy recorro en el sendero de la vida, arrastré mis pasos y mi alma una aflicción íntima o intensa"²⁹².

Testimonio irrefutable de la resolución de su carácter, no abandonó jamás la pesada tarea que se había impuesto. Ni los calores sofocantes, el océano agitado o las fatigas del camino le hicieron desistir. Tampoco la enfermedad:

"¡Qué triste es hallarse enfermo fuera de su tierra!... En Nueva Orleans me sentí mal y aquí —escribía en Saint Louis, en 1904— peor; pero es mi sistema no guardar cama y no dejar de escribir estos borriones, día a día más que todo por promesa que hice a gran número de conciudadanos y artesanos que me fueron a saludar con cariño antes de emprender éste mi tercer viaje: los escribo al correr de la pluma, no teniendo fuerza ni aun para revisarlos"²⁹³.

Sus apuntes, pletóricos de datos curiosos, anécdotas chispeantes, pero también de reflexiones y de antecedentes históricos cuidadosamente recopilados, sirvieron, sin duda, como era su "único interés y esperanza... de alguna ilustración y solaz al pueblo, a mis conciudadanos que, luchando por la vida, no hayan tenido tiempo ni ocasión de estudios ni viajes"²⁹⁴.

Sobre los esfuerzos desplegados por don Pedro para reunir el acervo de antecedentes que luego volcaría en sus crónicas, nos relata don Luis Barros M., quien prologara sus *Nuevos Viajes*.

"Tuvimos ocasión de vernos frecuentemente en París con el señor Del Río y de

²⁹²Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, tomo I, p. XX.

²⁹³Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, tomo I, p. 109.

²⁹⁴Ibidem, tomo II, p. 125.

observar por nuestros propios ojos su desvelo i su empeño en recojer los datos más fidedignos, su constancia infatigable por consignar diariamente sus impresiones i observaciones i cuanto pudiera contribuir, como dato importante, a ilustrar sus apuntes, que posteriormente redactaba i guardaba con cuidadoso esmero²⁹⁵.

El mismo viajero, en diversas ocasiones, da cuenta del trabajo que le cuesta obtener algunos datos, debido a la carencia de fuentes accesibles e inequívocas a que recurrir.

Si escribía, a pesar de las dificultades, era para llenar un vacío: si bien otros chilenos habían efectuado antes viajes de la misma envergadura, “nadie le había precedido –sostenía Vicuña Mackenna– en el patriótico afán de transmitir sus impresiones, para el bien común”²⁹⁶. En efecto, el propio viajero, hallándose en México, aludía a esta circunstancia, al preguntarse:

“¿No es extraño que tenga yo que ocuparme de esto, pudiendo apenas darle jiro a mis ideas i observaciones, lo que han podido hacer con todo brillo, talento e ilustración tantos de nuestros prohombres bien preparados que lo han visitado últimamente?”²⁹⁷.

45. PUBLICACIÓN Y DISTRIBUCIÓN

Tras su regreso a Concepción, en agosto de 1882, don Pedro recibe múltiples congratulaciones por sus interesantes escritos, así como estímulos para reunirlos en forma de libro, a lo que finalmente accede. De esta manera, en 1883, en los talleres de la Imprenta Cervantes, de Santiago, ven la luz los dos gruesos volúmenes empastados, con algo más de mil páginas en total, que conforman el *Viaje en torno al mundo por un chileno*, a cuyas páginas hemos recurrido reiteradamente.

Esta primera obra del señor de Hualpén fue prologada, como ya hemos dicho, por don Benjamín Vicuña Mackenna. El brillante escritor –quien, a su vez, había realizado un largo periplo por Norteamérica y el viejo continente, tras abandonar Chile, forzado por las circunstancias políticas– no podía dejar pasar inadvertidas las crónicas del penquista, que por entonces se publicaban en las columnas de un diario de provincia.

De esta manera, aun antes del regreso de don Pedro, don Benjamín solicitaba a *La Revista del Sur* una colección completa de las “Cartas Familiares”, con el fin de documentarse adecuadamente para un libro, ambientado en el Lejano Oriente, en el que trabajaba por aquellos días.

²⁹⁵ Barros M., Luis, prólogo a los *Nuevos Viajes* de don Pedro del Río Z., ya citado. pp. VI y VII.

²⁹⁶ Vicuña M., Benjamín, obra citada. p. XVII.

²⁹⁷ Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, p. 143.

Posteriormente, en diciembre de 1882, el mismo historiador comentaría extensamente para *El Mercurio* de Valparaíso las experiencias del penquista. Así, al solicitarle éste que prologase sus crónicas, don Benjamín Vicuña M. accedió de inmediato, redactando, en su estilo característico, un exordio pletórico de valiosos antecedentes biográficos, así como de expresiones elogiosas sobre la vida y el carácter del viajero.

La distribución que don Pedro del Río hace de los ejemplares así prologados es demostrativa de su inspiración altruista. Entrevistado en 1910, expresaba: "Jamás he vendido un ejemplar de mis obras. Todas las ediciones las he repartido entre mis amigos y las instituciones a que he creído puedan servir"²⁹⁸.

Y no se crea que no pudo haber optado por un camino distinto. Sostenía Ignacio Ibieta, en *El Sur*, en enero de 1904, que por los volúmenes del filántropo "ha habido tal demanda que si el autor se hubiera resuelto a autorizar su venta a alguno de los tantos librerías que se lo solicitaron, habríale ésta producido pingüe ganancia".

Numerosas fueron las instituciones beneficiadas. Así, a modo de ejemplo, en representación del Círculo de Suboficiales y Clases Retiradas del Ejército y la Armada "General José María Bari", de Talcahuano, don Floridor Malagüeño afirmaba, en los funerales del benefactor: "A raíz de nuestra fundación, en marzo de 1912, nos envié varias obras de sus viajes, que constituyen la base de nuestra biblioteca social, habiendo merecido por esto la distinción de miembro honorario..."²⁹⁹.

Algunas de las entidades favorecidas conservan aún estos valiosos ejemplares, autografiados por su autor; ello ocurre, v. gr., en el Liceo de Hombres de Concepción.

En su testamento definitivo, legó don Pedro sus propiedades del barrio de la Estación de Ferrocarriles (Capítulo Tercero), "a fin de que con su valor o producido se haga una segunda edición corregida, ilustrada i aumentada de mis cuatro viajes alrededor del mundo, debiendo darse, agrega, un ejemplar empastado a cada uno de mis parientes i amigos, a cada uno de los diarios i publicaciones del país, como asimismo a bibliotecas, sociedades de obreros, a cada uno de los buques de nuestra escuadra i cuerpos de ejército. La propiedad de la edición la dejo a beneficio de las escuelas primarias de la comuna de Concepción"³⁰⁰.

46. SUS ESCRITOS Y LA CRÍTICA

Los libros del viajero penquista, tan calurosamente acogidos en su tiempo, por un público ávido de acceder a un mundo del que había entonces poca noticia, recibieron, posteriormente, juicios contradictorios.

²⁹⁸ *Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, p. 156.

²⁹⁹ *Diario El Sur*, 7 de mayo de 1918.

³⁰⁰ Testamento de don Pedro del Río Z., de 8 noviembre de 1917, ya citado.

Don Benjamín Subercaseaux —entonces futuro Premio Nacional de Literatura y también gran viajero—, conocido por sus juicios vehementes y honestos, decía en la revista *Zig-Zag*, en 1961: “Los libros que escribió este buen señor —de quien, por lo demás, era pariente— son más aburridos que una guía telefónica”³⁰¹.

Concordando con tales expresiones, sostenía don Guillermo del Río, que “yo nunca he podido ir más adelante de las primeras páginas, quien sabe si no sería mejor ‘esconderlos’ un poco”³⁰².

Como anticipando la dureza excesiva de estos juicios, escribía don Pedro, en la “Explicación Necesaria” que, a guisa de proemio, precede sus primeros escritos: “Soy el primero en reconocer los numerosos vacíos de forma i fondo que una crítica poco indulgente hallaría en estas páginas, hojas arrancadas al pasar i esparcidas en seguida por el viento en todos los lugares por donde mi estrella en días de acerbo dolor me condujo”³⁰³.

Veinte años después, prologando ahora las crónicas de sus terceros viajes, añadía en el mismo tenor: “... allá van esas notas al correr de la pluma para tormento de los eruditos i solaz quizá de los no letrados i que saben las escribo sin pretensiones de ninguna especie”³⁰⁴.

Por nuestra parte, estimamos que respecto de sus apuntes de viajes —pues eso, ni más ni menos, es lo que son—, no es pertinente efectuar una crítica propiamente literaria. Las motivaciones de su autor, las circunstancias —ánimicas y materiales— de su redacción, así como los criterios de distribución elegidos, aconsejan un tratamiento diferente.

Ya lo hacía notar don Luis Barros M., en 1897, comentando los *Nuevos viajes*, pero cuyas palabras son aplicables a toda la obra de aquél: “(sus escritos) sin pretensiones literarias i sólo con la modesta aspiración de una descripción clara i sincera de cuanto ha observado en sus viajes, no puede(n) dar motivo a críticas ardientes i apasionadas en su pro, ni a apreciaciones malévolas o injustas en su contra”.

Continúa el mismo autor: “...la crítica sería i fecunda, que olvida las palabras para buscar las ideas, que no se cura de los acentos sino de las verdades, que desdeña los pequeños detalles para buscar las grandes bellezas, hallará en la narración de estos viajes un manantial de observaciones curiosas, de relaciones interesantes i de acertadas apreciaciones”³⁰⁵.

En efecto, el carácter inquisitivo del filántropo se manifestaba en la diversidad de sus intereses, que lo llevaban a incursionar en profundidad en la realidad de los países visitados, de todo lo cual ha quedado registro en sus crónicas.

³⁰¹ *Revista Zig-Zag*, de 19 de mayo de 1961, ya citada.

³⁰² Comunicación dirigida por don Guillermo del Río a don Hernán San Martín, Administrador del Museo, de 23 de mayo de 1961. Archivo del Museo de Hualpén.

³⁰³ Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo I, p. XIX.

³⁰⁴ Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, p. XIV.

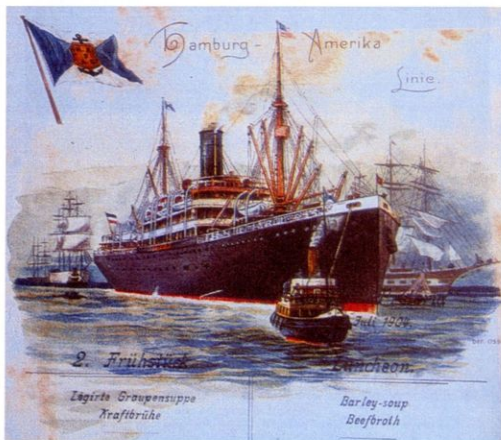
³⁰⁵ Barros M., Luis, prólogo a los *Nuevos Viajes*, obra citada, p. VII.

47. SEGUNDO VIAJE EN TORNO AL MUNDO

Acompañado de su segunda esposa, doña Carmen Urrejola, don Pedro del Río emprende, en 1887, su segundo viaje. Luego de cruzar la Cordillera de los Andes y de recorrer las pampas argentinas, navega por los ríos del Paraguay, "penetrando hasta el corazón de la América del Sur".

Más tarde se embarca rumbo a Europa, visitando en el camino la isla de Cabo Verde, las Canarias, Madera, Cerdeña y Corfú. Ya en el viejo continente recorre Bosnia, las provincias del Rhin, Leipzig, Dresden, París, Luxemburgo y muchas otras regiones y ciudades.

En este nuevo viaje, que debió interrumpir, según hemos visto, por la muerte de su madre, llevaba la comisión del Gobierno de Chile de estudiar el financiamiento y operación, en los países visitados, de los asilos de caridad.



Vapor trasatlántico de la ruta Hamburgo-América.

48. LAS CRÓNICAS DE SU SEGUNDO VIAJE

En esta ocasión redactó con gran esmero los apuntes de su nuevo periplo, los que, sin embargo, no verían jamás la luz pública en su forma original: el naufragio del vapor "Cotopaxi" en el Estrecho de Magallanes dio con ellos en el fondo del mar. Quince años después —jironías de la vida!— reencontraría don Pedro, regresando a Chile, al capitán del hundido "Cotopaxi", ahora al mando del vapor "Orita"³⁰⁷.

Sin amilanarse, rehace primero las crónicas de sus viajes por Europa, las que son publicadas en la *Revista de Artes y Letras*, de Santiago, en 1889, a partir de un capítulo titulado "Al través de Francia".

Algunos años después, en 1897, basándose también en los borradores que conservaba, la Imprenta Barcelona publicaba, en un folleto de 60 páginas, los *Nuevos viajes* del señor Del Río. Esta obra se hallaba precedida, a guisa de prólogo, de un artículo de don Luis Barros Méndez, aparecido con ocasión de la publicación de los apuntes europeos en la Revista mencionada.

Los *Nuevos viajes* comprende aquellos que don Pedro y su esposa realizaron por los ríos de La Plata y Paraguay, así como su travesía por las extensas provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. Incluyen, además, la relación de su paso por los territorios del Chaco, Asunción y la villa de Concepción, en el Paraguay.

En estos escritos se vislumbra ya el estilo de sus terceros viajes: un estudio en profundidad de la realidad económico-social de los países visitados; un comentario acerca del régimen político, una descripción de la geografía, de la fauna y un panorama histórico; todo ello salpicado de simpáticas anécdotas y de recuerdos que alivianan la lectura. De esta manera logra entretener y educar, sus objetivos primordiales.

Por último, en relación a este segundo viaje, le ocurrió, en Dresden, una halagadora anécdota, que es interesante consignar. En el mismo hotel que don Pedro, se hospedaba, por aquellos días, el príncipe Víctor Manuel, de Italia —quien, con la denominación de Víctor Manuel III, ocuparía, en 1900, el trono de su país—. Nos relata aquél:

"...habiéndome el propietario (del hotel) pedido mis apuntes de viaje para el príncipe que buscaba algo que leer, se los llevó, devolviéndome los a los cuantos días, con su Edecán, dándome las gracias i diciéndome algo de ellos... que me fue mui grato"³⁰⁸.

³⁰⁷El vapor de línea inglesa "Cotopaxi", de tan triste memoria para el filántropo, fue por muchos años, para una generación de chilenos, motivo de más dulces añoranzas: en él, tras abordarlo en Montevideo, vendría a Chile, por primera y única vez, en 1886, la gran Sara Bernhardt. En su homenaje el capitán enarbolaría en el cangrejo un gallardete rojo con su nombre, honor jamás concedido a nadie; (Cf., de Enrique Bunster. "Sara Bernhardt a la sombra del Huelén", en *Bombardeo de Valparaíso y otros relatos*, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1948, pp. 177 a 188).

³⁰⁸Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 176.

49. TERCER VIAJE EN TORNO AL MUNDO. ITINERARIO

El 27 de febrero de 1904, a las cuatro de la tarde, se embarcaban en el vapor "Guatemala", en Talcahuano, con rumbo a América del Norte, Europa y Medio Oriente, don Pedro del Río y su señora, acompañados de su sobrino, don Pedro del Río Serrano. Iniciaba así su tercer viaje, que habría de prolongarse por casi dos años.

Luego de recorrer los puertos principales de las costas de Chile, Perú, Ecuador y Colombia, siguiendo la ruta del Pacífico, visita la nueva República de Panamá —constituida en 1903, tras escindirse de Colombia— y diversos países de las Antillas y Centroamérica.

Después de una prolongada permanencia en el México prerrevolucionario, que describe con gran detalle, continúa hacia Estados Unidos. En este país, que recorre extensamente y por segunda vez, asiste a la inauguración de la Exposición Universal de Saint Louis, de cuya grandiosidad hace entusiastas recuerdos.

En Nueva York los viajeros penquisistas abordan el vapor transatlántico "Pretoria", que los conduciría a Europa, vía Hamburgo. Tras separarse en Dresden de su sobrino Pedro, visitan sucesivamente Austria, Alemania —en cuyos baños termales permanecerían largo tiempo—, Hungría, Serbia, Bulgaria, Rumania, Turquía y Grecia. Desde ahí navegan hacia el Oriente, con breves escalas en Esmirna, la isla de Rodas y Chipre. Beirut, Damasco y, nuevamente, accediendo a los deseos de doña Carmen, Tierra Santa, son los puntos siguientes de su itinerario.

Tras recorrer largamente Egipto, donde navegan por el Nilo, hasta la frontera de Sudán, visitando Menfis, Luxor, Tebas y otros parajes de interés arqueológico, regresan a Europa, a través de Sicilia. En dicha isla inician un nuevo periplo por el continente, que los llevará, a través de Italia y Francia, hasta Inglaterra. Ya en viaje de regreso permanecen algunos días en Portugal, para cruzar luego el Atlántico, rumbo al Brasil.

En Río de Janeiro se embarcan hacia Montevideo, de ahí prosiguen a las islas Malvinas y, en noviembre de 1905, luego de atravesar el Estrecho, se hallan, por fin, en el sur de Chile. En Puerto Montt arriendan caballos, con los que marchan hasta Puerto Varas. Tras cruzar el Llanquihue, hasta Puerto Octay, continúan a lomo de caballo a Osorno y luego a Trumag, donde fletan un barco que los conduce a Valdivia. Allí se embarcan nuevamente y tras breve escala en Lebu, arriban finalmente, una tarde de diciembre de 1905, a Talcahuano, lugar de su partida.

En este viaje, a diferencia de los anteriores y dada su edad avanzada, permanece largo tiempo en algunas ciudades. Así ocurre, v. gr., en México, Saint Louis, Karlsbad, Roma, Londres o París. Sus notas, asimismo, se vuelven más minuciosas.

De la última ciudad mencionada, París, por ejemplo, describe arquitectura, climas, servicios públicos (locomoción, agua potable, servicio postal, teléfonos), sistema educacional, infraestructura sanitaria, etc. Todo ello en su estilo ligero, poblado de anglicismos y galicismos —producto de sus largas estadas europeas—, que logra divertir y educar, como se lo propone su autor.

50. EN CONTACTO CON UN MUNDO CAMBIANTE

Su tercer periplo pone en contacto al viajero con un mundo que, comenzando el nuevo siglo, se adentraba de lleno en la modernidad. En el Far West o en los Santos Lugares el ferrocarril se abría paso, trayendo consigo el progreso a los hasta entonces remotos parajes. Los rascacielos de Nueva York o los carros eléctricos en Montevideo simbolizan los nuevos tiempos que, inexorablemente, van suprimiendo las antiguas formas de vida.

Don Pedro del Río, observador agudo, no es indiferente a este proceso. En sus crónicas ha quedado registro no sólo del asombro que provocan en él los logros de la ciencia o de la técnica, sino también de los intensos cambios sociales que éstos —y otros factores— traen aparejados.

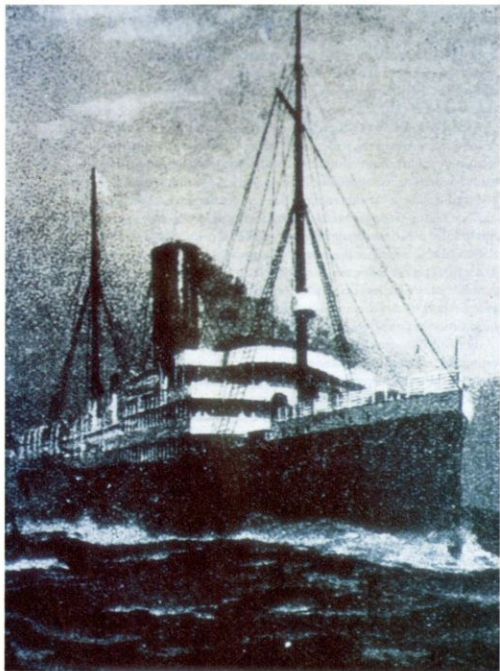
Así, nos da cuenta de la migración campo ciudad, fenómeno común a diversas naciones europeas de la época; de la expansión de las modas —“que pronto lo invadirán todo”—, con el consiguiente deterioro de las culturas autóctonas; del crecimiento del socialismo y del anarquismo; del auge económico del Japón y otros países del Oriente; de la contaminación atmosférica que afecta a las grandes ciudades y a los centros industriales; en fin, las conquistas y éxitos, pero también los bemoles de una era que, para bien o para mal, se auguraba muy distinta de cuanto se había conocido hasta entonces.

El filántropo, cuya existencia había transcurrido casi íntegramente en el siglo anterior, se hallaba ahora en la ancianidad. Muchos de estos cambios se le presentaban como hostiles y, sin embargo, inevitables. Así ocurre, a modo de ejemplo, con la introducción del automóvil. En Londres escribe:

“Ignoro el número de automóviles, pero son numerosos, i los que los aborrecen, como yo, forman ‘lejión’. En estos días se presentó ante la justicia un noble Lord mui conocido pidiendo se le permitiera cargar rifle, pues en los alrededores, en un camino próximo a su domicilio, estaba en peligro continuo su vida i la de toda su familia, por la rápida marcha i ningún cuidado con que manejaban los nuevos bichos; pero el prudente juez no tuvo a bien acceder a lo pedido”.

“Sin embargo, precisa darse a la evidencia: esta clase de locomoción lo invade todo i las futuras generaciones no tolerarán otra hasta que consigan la aérea”³⁰⁹.

³⁰⁹Ibidem, Tomo II, pp. 290 y 291.



Vapor Correo "Orita".



Don Pedro y señora en ruta de Baalbeck a Damasco (3^{er} viaje).

51. LAS CRÓNICAS DEL TERCER VIAJE

Los apuntes del tercer viaje aparecieron primero en forma de cartas a la prensa. Desde el exterior, enviaba sus crónicas a diversos medios del país. Hay constancia de que fueron publicados, al menos, en el diario *El Sur*, a partir del 1 de abril de 1904, y en *La Unión*, ambos de Concepción.

Posteriormente fueron, a su vez, reunidos en dos volúmenes, algo más extensos que los del primer viaje, que con el título de *Tercer viaje en torno al mundo* publicó la Imprenta y Litografía Concepción, de J.V. Soulodre, en Concepción, en 1912.

Tres años antes, en 1909, la misma imprenta había dado a la luz pública una segunda edición de los primeros viajes. Esta, al igual que la del *Tercer viaje...*, se hallaba ilustrada con postales, que el autor adquiría, para este efecto, durante sus periplos; o con láminas diversas, que personalmente recortaba de las numerosas publicaciones extranjeras a que se hallaba suscrito.

Por último, cabe consignar que tuvimos oportunidad de examinar comparativamente, en el Museo, los textos publicados por *El Sur*, con las correcciones y adiciones manuscritas que el filántropo le introdujo, para su publicación, y los dos volúmenes que, en definitiva, fueron impresos. La conclusión que de ello obtuvimos fue que, salvo escasas excepciones, los cambios se refieren a cuestiones formales, que no alteran sustantivamente la redacción original.

52. EL CUARTO VIAJE: EUROPA Y AFRICA DEL NORTE

Luego de su regreso a Concepción, ya anciano y con la salud quebrantada, don Pedro parece resignado a no volver a abandonar su patria. Al zarpar rumbo a Europa, durante su tercer viaje, se despide de Estados Unidos "para no visitarlo más", y en diversas ocasiones declara su voluntad —o más bien, su imposibilidad— de iniciar una cuarta travesía.

Ya lo hemos oído, recordemos, anunciar que su siguiente viaje, "más largo i sin regreso", será a "Chepe... de donde no se vuelve". Aún en 1910, repetía amargamente estas ideas. El destino, no obstante, y su espíritu —más animoso e infatigable que su cuerpo— le deparaban algo diferente.

Sin conformarse, lo veremos emprender aún un cuarto viaje, en compañía de su esposa. Ya sin fuerzas para redactar nuevos apuntes, sólo tenemos noticias de los lugares visitados gracias a los menús y facturas que recolectara en esta ocasión, pensando siempre en enriquecer sus colecciones.

De esta manera, sabemos que abandonó Chile, probablemente a fines de abril o a comienzos de mayo de 1912, para regresar hacia septiembre del año siguiente³¹⁰. En su itinerario incluyó, al menos, en orden sucesivo, París, Vichy, La Rochelle, Karlsbad y sus baños termales, Budapest y, luego de una breve estada en París, la Costa Azul, desde donde se embarca hacia Argelia.

Tras su regreso al continente, vía Marsella, permanece algún tiempo en París, donde adquiere los boletos para su viaje de retorno. Luego de cruzar el Atlántico —con una breve escala en el Brasil— lo encontramos, en agosto de 1913, en el Estrecho, desde donde se dirige, sin más demora, a Talcahuano. Allí, familiares y amigos esperaban ansiosos al anciano matrimonio³¹¹.

Si hemos dedicado largas páginas a este rasgo de don Pedro del Río, que alguno considerará meramente anecdótico, es por las fecundas huellas que sus periplos dejaban en su espíritu, de lo cual sus memorias y colecciones son notable testimonio.

En este punto, cuando ya conocemos las circunstancias de su vida, nos parece oportuno introducirnos en su pensamiento.

³¹⁰Diario *El Sur*, 4 de abril de 1912.

³¹¹Parra C., Juan. *Antecedentes de viaje de don Pedro del Río Zanartu*, ya citado.

CONTENIDO

SEGUNDA PARTE

PENSAMIENTO

CAPITULO VII

Patriotismo



"¡PATRIA QUERIDA, QUÉ CARAS SON, SIN EMBARGO, TUS VICTORIAS! ¡CUÁNTOS DE TUS MEJORES HIJOS HABRÁN SUCUMBIDO, AUNQUE PARA VIVIR ETERNAMENTE EN LA MEMORIA DE TODO UN PUEBLO AGRADECIDO!...¿POR QUÉ EN VEZ DE VIAJAR NO FUI ÚTIL A MI BELLO PAÍS, DANDO SIQUERA MI POBRE I CANSADA VIDA POR ÉL?"

SOCIEDAD DE VETERANOS DEL 79, DE CONCEPCIÓN, A PRINCIPIOS DE SIGLO
(ARCHIVO ARMANDO CARTES M.)

53. UN SENTIMIENTO INTEGRAL Y CONCRETO

Mientras don Pedro vivía, estos rasgos de su personalidad era ampliamente reconocidos por sus conciudadanos. Con frecuencia era llamado “el patriota” por la prensa o por las propias autoridades. A la hora de su muerte, asimismo, en su epitafio, quedó consignada su calidad de “gran patriota”.

El patriotismo que animaba su espíritu era un sentimiento muy concreto, que se manifestaba en todos los ámbitos de su quehacer y que fue, según veremos, una constante en su vida.

Amaba integralmente a Chile: su historia y su pasado glorioso, sus paisajes, su clima y, sobre todo, su pueblo, del que se sentía orgulloso. Tras sus múltiples acciones en pro de la infancia, de la educación, de las masas trabajadoras o de la ciudad en general, motivándolas, se hallaban patriotismo y filantropía confundidos.

El rasgo en comento, además, inspira su pensamiento internacional que trataremos en el presente capítulo, y su pensamiento económico, fuertemente nacionalista, al que nos referiremos en el siguiente. Su actividad política e incluso su gestión empresarial —recordemos su proyecto de pesquería modelo— fueron influenciadas por este rasgo de su personalidad.

54. LEJOS DE LA PATRIA

Aun sus viajes, por paradójal que pueda parecer, y las crónicas a que aquéllos dieron origen, se hallan imbuidos de poderosos sentimientos de amor patrio. En efecto, el viajero concluye los apuntes de sus primeros viajes señalando que fueron redactados “sin más propósitos que el de tributar a mi patria un modesto homenaje de mis recuerdos, de mi amor y de mi veneración por ella”³¹².

De la misma forma, en los volúmenes que recogen las experiencias de sus terceros viajes, destina un capítulo a su país. Este, llamado “Resumen de informaciones y datos sobre Chile”, es incluido a instancias de los extranjeros que habían leído sus apuntes, pero también —y así lo expresa el propio autor— por considerarlo un deber.

Con la distancia, estos sentimientos solían acrecentarse. En Nueva York, durante

³¹²Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo II, p. 551.

su primer viaje, escribía: "¡Qué nuevo mundo es éste para mí! I, sin embargo, a medida que más se ve, más amor se siente por tu propio suelo ¡Oh, carísima patria!"³¹³.

Bien decía un biógrafo que, para don Pedro, el patriotismo era casi una religión. A cada momento surge el recuerdo cariñoso. Así, en Egipto, en vano espera oír los acordes de la Canción Nacional; o en Nápoles, donde afanosamente busca el pabellón patrio, entre los barcos surtos en la bahía.

Durante su primer periplo, no obstante el asombro que sentía al contacto de un mundo hasta entonces desconocido para él, no reniega jamás de su país. Al contrario, con frecuencia le oímos hacer comparaciones que denotan un abierto chauvinismo. Así ocurre, por ejemplo el confrontar olivares, caballos o frutas con sus similares de nuestro país; la Opera de Viena con la de Santiago; el ejército mexicano con el chileno o el volcán Llaima con el Fujiyama: invariablemente en estos casos —y en muchos otros que podríamos citar— no duda en afirmar, hasta la exageración, la superioridad de lo nacional.

Terminando el siglo, la aristocracia chilena se había extranjerizado fuertemente. El enriquecimiento y la mayor facilidad para viajar habían contribuido a ese proceso, que tuvo amargas consecuencias³¹⁴. Muchos de los viajeros se desnacionalizaban y frivolisaban fuertemente —los "trasplantados" a que se refiere Blest Gana—, mostrando gran desprecio por lo chileno. No fue éste el caso de don Pedro del Río.

En efecto, si bien pasó largas temporadas en París, donde la aristocracia local le abría sus puertas, supo evitar la superficialidad y el arribismo de muchos de sus connacionales. En sus crónicas, hace a éstos frecuentes exhortaciones, incitándolos a visitar los museos y empaparse de la cultura europea, mas sin olvidar la patria lejana. Critica, asimismo, la preferencia por los productos extranjeros, motivada sólo por la vanidad.

En sus apuntes, redactados en París, advertía: "No aconsejo a los padres de familia que manden aquí a sus hijos a pasear ni menos a educarse, pues he conocido a numerosos paisanos i sudamericanos que no tienen otra ambición que volver i permanecer en esta atractiva Babilonia, recordando a su país sólo para burlarse de él".

"Dejenerados, sin patria!..."³¹⁵.

³¹³Ibidem, Tomo I, p. 75.

³¹⁴Vial, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973)*, obra citada, Tomo I, Volumen II, pp. 651-668.

³¹⁵Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo II, p. 551. Sobre este tema, decía un trasplantado en la novela de Alberto Blest Gana: "Nosotros, los trasplantados de Hispanoamérica, no tenemos otra función en este organismo de la vida parisiense que la de gastar plata... y divertirnos, si podemos. Somos los seres sin patria". Más adelante, agregaba otro personaje: "Los que regresan a su tierra, aun después de una corta residencia por acá, quedan con la vista vuelta hacia París, indiferentes a los intereses locales, al progreso de su patria, suspirando por París, y si tratan de hacer dinero, es para volver a gastarlo en París", (Alberto Blest. *Los trasplantados*, Editora Zig-Zag, Santiago, 1961, pp. 118 y 206).

55. LA PRENSA EXTRANJERA

En ocasiones, en sus viajes por el mundo, era entrevistado por la prensa local. En tales oportunidades se exhibía sobre su país en términos muy positivos, para contribuir a darlo a conocer. Con este mismo fin propugnaba que nuestras embajadas encararan tal labor en forma sistemática. Se ocupaba, además, de difundir la posición internacional de Chile en materias limítrofes o comerciales, o de defender los intereses latinoamericanos, frente a eventuales agresiones o amenazas de las potencias europeas.

Hombre de conceptos claros, si bien era un gran crítico de diversos aspectos de nuestra realidad política o económica, hallándose en el extranjero no dudaba en ensalzar los aspectos positivos de esa misma realidad. Así, entrevistado por *The Washington Post*, encomiaba la situación financiera de Chile, su estabilidad política, su diversidad geográfica y su unidad racial, describiendo a los araucanos como una "raza honesta, virtuosa e inteligente" y sosteniendo, además, que nuestro salitre "es suficiente para fertilizar las tierras agrícolas de todo el mundo"³¹⁶.

La más grande manifestación del patriotismo del señor Del Río, de entre las que tuvieron lugar a través de la prensa, fue, sin duda, la rectificación que hizo de opiniones sobre los países sudamericanos, vertidas por conocidos periodistas franceses en *Le Figaro* y *Le Matin*, en tono abiertamente peyorativo.

Frente a tales injuriosos conceptos, el filántropo —que se hallaba por entonces en París, durante su segundo viaje— envió una respetuosa carta rectificatoria, solicitando se publicase y ofreciendo pagar lo necesario. Sin respuesta, luego de reiterada insistencia, publica su réplica en *Le Gaulois*, que le exige una elevada suma por la misma. Vale la pena consignar algunos párrafos de esta interesante misiva, dirigida a M.J. Lemoine, director y redactor de *Le Matin*:

"He visto con pena que en repetidas ocasiones la prensa de París ha hecho el ridículo i tratado con el más soberano desprecio a todos los países sudamericanos. No sucedería esto si se tomaran ustedes la molestia de indagar algo sobre esas jóvenes naciones, como Chile, Argentina, Brasil i otras".

.....
 "No citaré sino a Chile, mi patria, que con sólo ochenta años de vida propia, con territorio más extenso i tan rico i hermoso como el de Francia, con apenas dos millones i medio de habitantes, cuenta ya con mil quinientos establecimientos de educación gratuita: con cuatro mil kilómetros de líneas férreas en explotación i construcción, quince mil telegráficas, mui poca deuda i con crédito ilimitado en Inglaterra..."

³¹⁶ *The Washington Post*, 4 de julio de 1904.

“Tenemos un bravo ejército i marina, pero el militarismo no existe; allí no impera el sable; aun los ministros de la guerra son civiles, i de sus ocho últimos presidentes no ha sido ninguno de ellos militar”.

“Chile es un país bien constituido; tiene libertad, pero no licencia. Hace cuarenta años cesaron las guerras civiles, i nuestros presidentes i congresos han venido sucediéndose con el mayor orden, hasta terminar sus períodos legales o constitucionales. ¿Se puede decir otro tanto de la Francia?”³¹⁷.

56. SU PATRIOTISMO DESAFIADO

Su patriotismo fue puesto a prueba en muchas otras ocasiones durante sus largos periplos. Viajando de Guayaquil a Panamá, frizando ya los 65 años, ocurrió que un inglés, quien había hecho su fortuna en Chile, se refería en términos soeces a nuestro país. Relata don Pedro: “...es tan insolente que delante del mismo Capitán lo hube de hacer callar, amenazándolo con lanzarlo al mar... Apurado me habría visto para realizarlo!”³¹⁸.

Pero la anécdota más interesante, en cuanto al tema que nos ocupa, tuvo lugar navegando por el río Paraná, durante sus primeros viajes. Oigamos a su protagonista:

“Bajando esa noche del puente a la cámara, donde se hallaban más de cien pasajeros, conversando i jugando, en un grupo cuyo centro lo formaban un capitán argentino, oí que en alta voz lanzaban los insulto más groseros i cobardes a nuestro país i sus habitantes”.

“Sin duda me hirvió súbitamente la sangre, pues me lancé en medio de ellos, i en voz alta les dije que mentían, que no sabían lo que decían, que yo tenía a alto honor ser chileno; que era el último de ellos; i que delante de los presentes, les declaraba que no toleraría un solo insulto a mi país”.

“Después de una grito espantosa, en que creí que me iban a despedazar o alguno de ellos a desafiar, todos callaron, viniendo un francés viejo a apretarme la mano i a decirme que si todos sus hijos eran lo mismo admiraba a mi país, etc.” “¡Qué satisfacción tan grande experimenté! ¡Me sentí hombre! Luego me preguntaron sobre la guerra; me oyeron i concluimos por ser amigos, i ya no oí un solo insulto más durante el viaje de ida i vuelta”³¹⁹.

Y si tales sentimientos fueron poderosos en intensidad, no lo fueron menos en extensión. Encendidos en su mocedad, no se extinguirían sino con su muerte.

³¹⁷Del Río Z., Pedro. *Nuevos viajes*, obra citada, pp. IX-XIII.

³¹⁸Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, p. 55.

³¹⁹Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo I, pp. 24 y 25.

57. CAPITÁN DEL BATALLÓN CÍVICO DE CONCEPCIÓN

En efecto, el ambiente militarizado del Concepción de su infancia, que hemos descrito, y las influencias familiares –“mis antepasados... fueron liberales (decía el filántropo), i estuvieron siempre por la independencia”– despertaron tempranamente en él un acendrado patriotismo.

Este se manifestaría, por vez primera, con ocasión de la guerra con España, que tuvo lugar en 1865, cuando don Pedro tenía 25 años de edad.

Durante el infortunado conflicto que Vicuña Mackenna llamara “campana de proyectos e irresoluciones”, se organizaron en Concepción cuatro compañías, que formaron el Batallón Cívico³²⁰. Don Pedro del Río que había sido nombrado Ayudante Mayor del Batallón, el 3 de junio de 1864, fue ascendido, por decreto del Presidente de la República don José Joaquín Pérez, de 9 de mayo de 1865, al grado de Capitán de la 2ª Compañía del Batallón Cívico de Concepción³²¹.

En tal carácter encabeza la lista de los voluntarios dispuestos al asalto de la fragata española “Resolución”, que por esos días bloqueaba el puerto de Talcahuano. El abordaje, sin embargo, no llegaría a realizarse. En nuestra zona, por lo demás, sólo hubo pequeñas incidencias.

Sintió don Pedro, durante toda su vida, gran cariño y orgullo por nuestras Fuerzas Armadas y sus glorias. En toda ocasión recordaba su gallardía, su marcialidad y sus victorias –“Oh, nuestras incomparables tropas”, decía–. Le preocupaba, asimismo, la mantención de su poderío, necesario para hacer frente a las amenazas externas. Estimaba muy conveniente el sistema de conscripción obligatoria. Así, viajando por el sur de Chile, escribió:

“El sistema de servicio forzoso o conscriptos es indispensable i utilísimo, pues sirve de excelente escuela para nuestro pueblo, i podemos en cualquier caso o emergencia contar con 150 mil soldados i, sin exajeración, como los mejores del mundo”³²².

En el párrafo destinado a Chile de sus apuntes de viaje se refiere latamente a nuestro Ejército y a la “Marina de Guerra”. Testimonio de su preocupación, el filántropo y su señora son designados, hacia 1910, padrinos del buque “Condell”.

Por esa época, recordemos, fue designado miembro honorario del Círculo de Suboficiales Retirados de Talcahuano; a partir de entonces, pagó “su cuota como los demás socios, eso sí, con creces –sostenía un representante del Círculo, en sus funerales–, mereciéndole por este capítulo una nueva distinción, la de reconocerlo como

³²⁰Diario *El Sur*, 18 de septiembre de 1960.

³²¹Documento existente en el Museo de Hualpén.

³²²Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 510.

³²³Diario *El Sur*, 7 de mayo de 1918.

nuestro benefactor"³²³. Aun sintiendo próxima la muerte, no olvida su amor a Chile, ofreciendo generosas erogaciones en su favor, en caso de ser ésta agredida. Volvemos sobre esto.

58. EL PATRIOTA Y LA INFANCIA

Si bien era un patriota fervoroso, no participó directamente en acciones bélicas, por razones que veremos. No obstante su carácter intrépido, sus energías y sus sentimientos de amor a su país se volcaron en el servicio de sus semejantes. Expresaba doña María Pereira, dos años después de su muerte, hablando en su homenaje:

"...No sólo entre el humo de los cañones y entre el fragor del combate se manifiesta el patriotismo, no. También en las luchas calladas del progreso se exterioriza el amor a la patria y es así como hemos visto surgir campeones que no han ceñido jamás la espada guerrera y que, no obstante, el alma nacional no olvida y eterniza en el bronce de su memoria"³²⁴.

Es así como el filántropo, convencido de la grandeza futura de su patria y del papel que le cabía a la educación en la edificación de ésta, estableció numerosos premios y estímulos para la infancia educanda, instituidos de manera que continuarán sirviendo sus propósitos aun después de sus días. Añadía la oradora citada: "...premió al que ya en la escuela se demuestra un hombre, un patriota, al soldado escolar que con la pluma y el libro va a vencer la ignorancia y el vicio"³²⁵. Tales premios (Capítulo Décimo) eran entregados simbólicamente, el 18 de septiembre de cada año.

59. LA GUERRA DEL PACÍFICO

En los días en que la tragedia desolaba el alma del señor Del Río, llevándolo al borde del suicidio, Chile se hallaba comprometido en la Guerra del Pacífico. Durante su peregrinaje, que lo lleva primero rumbo al norte, reencuentra, en Arica, algunos amigos entre las tropas allí acantonadas.

Este encuentro y el deseo de servir a su patria le hacen pensar en unírseles, pero luego desecha la idea. "Deseos tuve de quedarme con ellos, pero me decía: buscar la muerte en el estado de ánimo en que me encuentro, es casi cobardía i por otra parte, no poseo ningún conocimiento militar para ser de algún provecho a mi patria"³²⁶.

³²³Diario *La Unión* de Concepción, 18 de septiembre de 1920.

³²⁴Ibíd.

³²⁶Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, p. 11.

Algunos meses más tarde, en Shangai, experimenta “una alegría casi loca”, al enterarse de las victorias chilenas de Chorrillos y Miraflores; tras lo cual, escribe: “¡Patria querida, qué caras son, sin embargo, tus victorias! ¡Cuántos de tus mejores hijos habrán sucumbido, aunque para vivir eternamente en la memoria de todo un pueblo agradecido!”. Luego agrega, con un marcado dejo de amargura: “¿Por qué en vez de viajar no fui útil a mi bello país, dando siquiera mi pobre i cansada vida por él?”³²⁷.

Tras embarcarse en Valparaíso, a comienzos de julio de 1880, don Pedro recorre los puertos chilenos hasta llegar al escenario de la guerra. A medida que los lugares van quedando atrás, relata los episodios bélicos que en ellos han tenido lugar. En Arica, a donde llega a un mes escaso del asalto al Morro, visita éste, hallándolo sembrado de cadáveres insepultos.

Posteriormente, se dirige en ferrocarril a Tacna. A dos meses de la cruenta batalla del 26 de mayo, describe el dantesco espectáculo: “Recorrimos sus alrededores i muy particularmente el campo de batalla, sembrado aún de millares de cadáveres cubiertos a la lijera con una capa de tierra; el olor era insoportable”.

“¡Allí, como en Arica i Pisagua, admiramos entusiasmados el coraje de nuestros bravos rotos i lamentamos a la vez la penosa necesidad de la guerra, pues el corazón se conmueve profundamente al contemplar esta hecatombe!”³²⁸.

Durante largos años, la soberanía de las provincias de Tacna y Arica, ocupadas por Chile en 1880, se mantuvo en entredicho. Don Pedro del Río, quien moriría antes que tal litigio alcanzara solución definitiva, tuvo a su respecto una posición muy clara. En efecto, sostenía éste:

“Debemos de una vez por todas, con un plan fijo, sin vacilaciones ni debilidades, solucionar las cuestiones pendientes con los dos vecinos... Estamos convencidos de que este puerto (Arica) ha de formar parte de nuestro territorio... debiéramos castigar con mano firme sus insultos i atropellos, haciéndoles comprender sin el menor lugar a duda que retendremos a Tacna i Arica, siendo consecuentes con nuestro lema: ‘Por la razón o la fuerza...’³²⁹. Estos conceptos, vertidos en 1904, eran reiterados con frecuencia en sus apuntes de viaje, pero también en sus cartas a la prensa y en comunicaciones con las autoridades.

60. UN GENEROSO ESTÍMULO AL BATALLÓN PENQUISTA

Si bien don Pedro no participó personalmente en los combates de la guerra, colaboró generosamente con el esfuerzo bélico penquista, estimulando el valor de soldados y oficiales. Ello a través de una cuantiosa erogación, a cuya larga historia nos referiremos.

³²⁷Ibidem, Tomo I, pp. 305 y 306.

³²⁸Ibidem, Tomo I, p. 11.

³²⁹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, pp. 16 y 17; Tomo II, p. 526.

Al declararse la guerra, se organiza en la zona el Batallón Cívico Concepción –llamado, a partir de la Campaña de Tacna, Batallón Cívico Movilizado Concepción– con los numerosos voluntarios que acudían a alistarse al antiguo cuartel de calle Chacabuco.

Tras un año de preparación, el Batallón, formado por 665 hombres, se integra al ejército en campaña a partir de Chorrillos y Miraflores, en enero de 1880. Entró, entonces, a formar parte de la III División, al mando del coronel don Pedro Lagos e integrando la II Brigada, comandada por el coronel don Francisco Barceló.

El arrojo de las huestes penquistas se manifiesta con gran fuerza en la campaña de la sierra, particularmente en su punto culminante, la batalla de Huamachuco, el 10 de junio de 1884, que consolidó el triunfo chileno en la guerra. Tras esta resonante victoria, las tropas condecoradas regresan a sus provincias, donde son recibidas con indescriptible entusiasmo³³⁰.

El 14 de marzo de 1880, desde su hacienda de Santa Fe, el filántropo enviaba al Intendente penquista, don Víctor Lamas Miranda, una misiva que, en lo pertinente, señalaba:

“El estado de mi salud me obliga a ausentarme por algún tiempo del país, y no pudiendo por este motivo servir personalmente en la guerra en que nuestra querida patria está empeñada, incluyo a Ud. la cantidad de mil pesos, a fin que se aplique al objeto que paso a expresar: cien pesos a cada uno de los cuatro soldados del Batallón Concepción, que por un hecho de armas o acto de abnegación se hagan acreedores a esta recompensa”.

“Doseientos pesos al cabo o sarjento que tengan igual mérito; y por último los cuatrocientos restantes e intereses que este capital de mil pesos pueda producir hasta que se llene su objeto, en la compra de una espada para regalar a aquel de los jefes u oficiales que más se hayan distinguido durante la presente guerra”.

Continuaba la epístola señalando la forma en que debería hacerse la selección de los galardonados³³¹. El Intendente penquista, por su parte, en comunicación de fecha 7 de abril del mismo año, acusaba recibo de la suma mencionada, agregando:

“La jenerosidad del donativo, el elevado i patriótico espíritu que lo motiva i la delicadeza del objeto de su destino, imprimen a la ofrenda de Ud. un carácter especialísimo, que los abnegados hijos de Concepción que forman el batallón de su

³³⁰Diario *El Sur* de Concepción, de 21 de julio de 1963, artículo de don Osvaldo Rioseco Bezanilla. En el Batallón penquista, que se hallaba al mando del coronel don José Seguel, se distinguieron los capitanes Luis dell 'Orto, Mrco Antonio Otero, Emilio Rioseco Cuevas, el teniente Pedro A. Mendoza, el capitán Alejandro Binimelis y Argomedo, Ignacio Urrutia y Rozas, ayudante del General Baquedano; el Coronel Herminio González Burgos, quien mandó el batallón Concepción en Huamachuco; el Pbro. José Domingo Pradenas Larenas, Capellán del Batallón, Marcos Serrano Squella; Miguel Angel y Rafael Benavente y Benavente, ayudantes del General Gorostiaga en Huamachuco; Demetrio Zañartu Arrau, médico, y su hermano Belisario Zañartu Arrau, muerto gloriosamente en Chorrillos.

³³¹Recorte sin fecha de *La Revista del Sur*, Archivo del Museo.

nombre sabrán estimar en su justo valor...” Don Víctor Lamas concluía afirmando a don Pedro que, algunos días antes, había puesto en conocimiento del Comandante del Batallón el contenido de su comunicación y colocado en depósito en un banco la suma erogada³³².

Pasaron raudos los años de la guerra y las tropas volvieron a casa. Desde antes de su regreso, la prensa se ocupaba de hacer presente el donativo y la necesidad de su distribución, lo que reiteró, sin resultado hasta la disolución del Batallón Concepción.

Posteriormente, en la sesión de la Municipalidad, de 20 de septiembre de 1886, se dio cuenta de una solicitud de don Pedro del Río, en que expresaba, entre otras cuestiones, que cedía a la Corporación “los 1.000 pesos que había asignado al militar del Batallón Concepción que más se hubiera destacado en la guerra con el Perú y Bolivia, con el fin de que, invertidos en cédulas, se den anualmente los intereses a la viuda vergonzante que tenga mayor número de hijos legítimos, con el bien entendido de que la viuda favorecida una vez no podrá serlo en lo sucesivo”. Esta nueva gestión, sin embargo, por razones que ignoramos, tampoco dio resultado.

Algunos años después, vuelve a dirigirse a las autoridades, para referirse a éste y otros temas de servicio público. Es así como, en comunicación dirigida a don Guillermo Matta Goyenechea, Intendente penquista, en abril 19 de 1891 —en plena revolución—, le sugiere la construcción de un parque público y dentro de él, un teatro popular, un zoológico y un museo, en la Alameda, para todo lo cual ofrece cooperar generosamente, destinando, entre otros fondos, los mil pesos —con sus intereses— de la donación que nos ocupa.

El Intendente, por su parte, responde la misiva en términos elogiosos, comprometiéndose a buscar su rápida aprobación en el cuerpo edilicio³³³.

Concluyendo el siglo, no obstante, el objeto asignado a la erogación aún no se materializaba. Es por ello que, en 1898, el patriota, que veía a su país enfrentado a la inminencia de una guerra, se dirigía nuevamente a la Municipalidad. Tras hacer un recuento de lo ocurrido con su donativo, proponía para éste un nuevo destino.

En efecto, en parte de su comunicación señalaba que, “estimando que hoy más que nunca, en vista de la grave situación internacional de la República, es deber nuestro estimular el patriotismo de nuestros conciudadanos, y que a ello se contribuiría proporcionando medios para la adquisición de un instrumental para una banda que deseo se organice en el Batallón Escolar de esta ciudad, rogaría a esa I. Municipalidad acordare solicitar a la Dirección del Tesoro la entrega de la referida suma... y que ella se invirtiera en el objeto ya indicado”³³⁴.

³³²Documento existente en el Museo de Hualpén.

³³³Comunicación de 27 de abril de 1891. Archivo del Museo de Hualpén.

³³⁴Actas de la Municipalidad de Concepción, “Solicitudes y Varios”, Volumen Cuarto, 1898, p. 131.

¿Recordaba, acaso, las bandas de su infancia, que hacían su delicia “hasta perderlas de vista en sus cuarteles”? No lo sabemos. Lo cierto es que jamás vería cumplidos sus deseos. En 1904, hallándose en Egipto, escribía: “...nada de gracia me hace recordar que el Fisco ha guardado los cuantos miles de pesos que obsequié hace años i que destiné después para una banda de escuela en Concepción... cosas de mi tierra!”³³⁵.

Años después, en su testamento, reiteraría, una vez más, su voluntad de destinar aquellos fondos a adquirir ese instrumental. Finalmente, meses después de su muerte, sus albaceas intentarían llevar a efecto tal disposición con resultados igualmente infructuosos.

61. LAS RELACIONES CON ARGENTINA

Uno de los temas que apasionó con más fuerza al señor Del Río, hasta el fin de sus días, fue el de las difíciles relaciones con la República Argentina, a consecuencia de divergencias comerciales y limítrofes. Las últimas, como se sabe, llevaron a ambos países, en diversas ocasiones, al borde de la guerra.

Don Pedro, aun cuando se manifestaba convencido, por razones que veremos, del triunfo de las armas chilenas, era contrario a la idea de una conflagración. Así, en 1895, sostenía que de producirse ésta, “tendremos una segunda edición de la Guerra Perú-Boliviana entre estas dos naciones hermanas colocadas por Dios frente a frente, una hacia el Pacífico, y al Atlántico la otra, no para ensangrentarse en fratricidas luchas, sino para marchar tomadas de la mano, por la senda de un hermoso porvenir”³³⁶.

No por ello era menos celoso de los intereses chilenos, ni se hallaba menos dispuesto al sacrificio por defenderlos. Ya en su primer viaje, en 1880, a su paso por el Estrecho, escribía, en su lacónico estilo: “Punta Arenas fue lo último que vi de Chile. Pienso que si se llegase a ceder a los arjentinos, lo que no creo, renegaría de mi nacionalidad”³³⁷.

Sin embargo, respecto de la Patagonia –ilustrativo del sentimiento dominante en el Chile de la época–, su opinión es muy diferente: “...lo que alcancé a vislumbrar de las costas de la Patagonia no es de codiciar..., creo que lo más cuerdo sería entregarlas a los hermanos arjentinos”³³⁸.

El señor Del Río no perdía oportunidad de hacer sentir sus aprensiones en torno

³³⁵Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 106.

³³⁶Diario *El Sur*, 21 de mayo de 1909. En esta fecha publicó don Pedro del Río en el diario mencionado párrafos extraídos de cartas escritas en épocas diversas, sobre temas de interés nacional, acompañadas de un comentario de actualidad. La comunicación citada fue redactada el 6 de mayo de 1895.

³³⁷Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo I, p. 14.

³³⁸Ibidem, pp. 14 y 15.

al conflicto, advirtiendo contra el armamentismo de nuestros vecinos, estimulando el patriotismo de sus connacionales, o reafirmando la posición internacional de Chile a través de la prensa, dentro del país como en el extranjero.

Recurrió, asimismo, a la comunicación directa con los encargados de la política exterior de ambos países. En efecto, navegando de regreso de Montevideo a Chile, en 1889, en compañía de don José de Uruburu, entonces Embajador argentino en Santiago y que más tarde sería Presidente de su país, decía a éste.

“Juzgue Ud. lo que somos los chilenos: aun cuando estábamos en los malos días de nuestra expedición contra Perú i Bolivia, Uds. aprovecharon esa circunstancia para amenazarnos si no cedíamos a sus exigencias. Nosotros, sin manifestaciones públicas i aparatosas, estuvimos dispuestos a hacerles la guerra a Uds. también, todos, sin escepción de edad ni condiciones sociales, los tres a la vez!”³³⁹.

Años después, cuando el señor Uruburu asume la Presidencia, don Pedro del Río le escribe, felicitándolo. En su epístola le hace ver, además, que como él mismo habrá podido percibir, durante su larga estada entre nosotros, “que si bien es cierto que Chile no teme la guerra, no la desea tampoco, en manera alguna”³⁴⁰.

Dirigió, asimismo, diversas comunicaciones a los Ministros de Relaciones Exteriores de la época, conteniendo valiosas observaciones y sugerencias, pero también críticas, que le motivaban los acontecimientos del momento.

Era el señor Del Río un conocedor del vecino país. En sus viajes había tenido oportunidad de recorrerlo casi íntegramente, desde la Patagonia, en el extremo sur, hasta las regiones tropicales de la frontera con el Paraguay; atravesó, en dos ocasiones, las pampas trigueras y ganaderas, permaneciendo largas temporadas en Buenos Aires, su capital.

Simpatizaba, asimismo, con el carácter “alegre, franco y expansivo” de sus habitantes y admiraba su espíritu progresista. Así, por ejemplo, había constatado cómo la producción triguera argentina, que encontrara “en pañales” durante su primer viaje, había crecido enormemente, llegando a convertirse en uno de los principales productores del mundo.

Pero en sus viajes, además, había podido percibir la creciente virulencia antichilena de la prensa trasandina y su exaltación militarista —“hablan con énfasis ridículo del ejército argentino, del cañón argentino, del fusil argentino...”—, que nada bueno podía auspiciar. Don Pedro, sin embargo, se hallaba plenamente convencido de la victoria chilena, en caso de declararse el conflicto.

Basaba sus apreciaciones no sólo en factores estratégicos o puramente militares, sino en un elemento adicional, que sus dotes de agudo observador le habían permitido entrever y al cual asignaba importancia decisiva: se trata de la “homogeneidad

³³⁹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 538.

³⁴⁰Citado en comunicación de 6 de mayo de 1895. *Diario El Sur*, 21 de mayo de 1909.

de la raza” y la unidad nacional que ostentaba Chile, en comparación a sus “belicosos” vecinos.

En efecto, tal unidad —que subsistió en Chile, aunque con trizaduras, si seguimos a don Gonzalo Vial, hasta los años 20— no existía en Argentina, a juicio del penquista. La proporción extraordinaria de población extranjera —“en Buenos Aires, la última vez que la visité (1889), el elemento italiano alcanzaba hasta el sesenta y cinco por ciento de su población total, siendo de advertir que muchos otros extranjeros... abundan en crecida proporción...”— privaba a ese país de cualquier ventaja que quisiese derivar de su mayor población.

De su patria, en cambio, tenía una idea diferente: Escribía, en 1895, estas hermosas palabras, rebosantes de amor a Chile: “La uniformidad del idioma, de las creencias y de los intereses; la homogeneidad de las tradiciones y de los recuerdos gloriosos del pasado; la unidad del espíritu nacional, en una palabra, constituye la gran fuerza de las naciones; ¡ Chile, gracias a Dios ¡ a la Jeografía ¡ a pesar de sus disidencias intestinas, ¡ quizá por causa de ellas mismas, se siente hoy, como nunca, animado por el soplo del espíritu patrio, único e indivisible, potente y orgulloso”³⁴¹.

62. PLANTEAMIENTOS EN MATERIA DE DEFENSA

Preocupaba sobremanera a don Pedro del Río la defensa nacional. En este sentido, asignaba especial importancia a la mantención de una escuadra poderosa, que disuadiera a eventuales agresores. “Es lamentable, por cierto —decía— pero indispensable que todos los países con estensas costas ¡ grandes riquezas que proteger, como Chile, tengan que hacer sacrificios, aunque sean penosos, para mantener en buen pie una escuadra respetable”.

Esta necesidad se hacía más urgente, agregaba, debido a la loca carrera armamentista en que, a su juicio, se hallaban empeñados nuestros vecinos, forzando a Chile —que atravesaba por entonces serias dificultades financieras— a hacer otro tanto.

En 1903, enviaba a *El Sur* una carta que llevaba por epígrafe “Guardemos nuestros acorazados”. En ella, instaba a sus conciudadanos a pedir por la prensa al Gobierno, “sin cesar, como indispensable precaución, que conserve a cualquier precio estos dos magníficos buques, considerados como de los más poderosos del mundo”³⁴².

Lo veremos insistir una y otra vez sobre este punto. Sus advertencias, sin embar-

³⁴¹Comunicación de 6 de mayo de 1895. Diario *El Sur*, 21 de mayo de 1909.

³⁴²Comunicación de 25 de enero de 1903. Diario *El Sur*, 21 de mayo de 1909.

go, no serán escuchadas, pues los acorazados “Constitución” y “Libertad”, de 12.000 toneladas, fueron vendidos finalmente a Gran Bretaña, una vez firmados los Pactos de mayo de 1902 con Argentina, arrancando de don Pedro amargos comentarios.

Sus desvelos patrióticos no cesarían sino con la muerte. El 21 de mayo de 1909 le pareció fecha propicia para dirigir una nueva comunicación a la prensa, en la que expone sus planteamientos en materia de defensa, que encabeza con las líneas siguientes: “Resido en este querido rincón ‘Hualpén’, a fin de vivir tranquilo los últimos días de mi accidentada vida, mas apenas diviso algún peligro para mi país, ya no soy dueño de mi propósito, i me es indispensable decir, aunque con ruda franqueza y pobre pluma, siquiera lo que siento”.

Tras esta nueva declaración de afecto patrio, expresaba en la epístola citada: “...lo más importante: formar, sin pérdida de tiempo, una escuadra respetable, presupuestando lo necesario para un dique de más capacidad en Talcahuano y un millón de pesos anuales..., a fin de principiar a establecer un astillero propio que con el tiempo construyera todo lo que necesitaríamos”.

A continuación, dando muestra de su progresismo –recordemos que escribía en 1909–, agregaba: “...aprontémonos para defendernos... aprovechando los últimos inventos, armas de los débiles, pero no menos terrible, contra los ‘Dreadnoughts’, es decir torpederos, submarinos, globos dirigibles i aún aeroplanos”³⁴³.

Aún en 1911, en un “arranque de patriotismo de un anciano que ya no tiene bríos, decía, sino tratándose de la patria en peligro”, copiaba para *El Sur* párrafos de diversas cartas que dirigiera al Ministro de Relaciones Exteriores de la época.

En ellas, con su vehemencia acostumbrada, que no apaciguaba la edad, formula fuertes críticas a la política de defensa, particularmente a la gestión del Director General de la Armada, don Jorge Montt A. Sostenía don Pedro:

“Don Jorje Montt, dueño y señor de nuestra Armada –ocupó la Dirección General durante 15 años, a partir de 1898–, nos ha mantenido completamente desarmados y a merced de nuestros enemigos y, como consecuencia, amenazados continuamente por ellos”. “Lo mismo hizo don Pedro Montt –agrega–, de modo que pelagra en el día hasta Tarapacá”.

No se limitaba, sin embargo, a dar a conocer sus críticas. Por el contrario, en la misma carta proponía, como medidas indispensables, “adquirir sin demora dos rapidísimos cruceros, fortificar nuestras costas i mandar sin dilaciones un cuerpo de ejército a nuestras indefensas provincias de Tacna y Arica”.

³⁴³Diario *El Sur*, 21 de mayo de 1909.

63. UN NOBLE OFRECIMIENTO

Durante los largos años por los que se prolongara la difícil situación externa, el país se halló varias veces al borde de la guerra. Ya en 1889, navegando por el río de la Plata, escribía el penquista:

“Si se empeñan (los argentinos) en que tengamos guerra que, por desgracia, tarde o temprano tendrá ésta que estallar, pues en jeneral nos aborrecen (es la palabra) i pretenden adquirir la preponderancia que nos pertenece en el Pacífico, esto no lo consentiremos ni lo conseguirán jamás, aunque su población i riqueza sea diez veces más que la nuestra”³⁴⁴.

Comenzando 1896, el conflicto estuvo nuevamente a punto de estallar. Don Pedro del Río, en un gesto que la prensa de la época calificara de noble y patriótico, escribe al Intendente de la Provincia de Concepción, don Belisario Prats Bello, señalándole que, “aunque espero entrar en campaña, a pesar de mis 55 años”, deseaba, por su conducto, ofrecer al Gobierno, para ayudar a sufragar los gastos de la guerra, la cuarta parte de todas sus entradas o rentas, “desde el día en que se declare hasta su terminación”.

Algunos días después, el Intendente respondía, en términos muy elogiosos, aceptando el generoso ofrecimiento. Le contaba, además, que al día siguiente de recibirlo, había llegado a la ciudad el Ministro de la Guerra, circunstancia que aprovechara para poner en su conocimiento la misiva del filántropo:

“Gratamente impresionado el señor Ministro en presencia de la alta demostración de civismo que ella encierra —señalaba el Intendente—, me encargó manifestar a Ud. en nombre de S.E. el Presidente de la República i en el suyo propio sus agradecimientos por tan jenerosa oferta, a la vez que la verdadera complacencia con que el Supremo Gobierno se imponía de actos de tan elevado patriotismo como el realizado por Ud.”³⁴⁵.

En su testamento, redactado por aquellos mismos días, repetiría su ofrecimiento. Posteriormente, en su testamento definitivo, de noviembre de 1917, que dejó sin efecto el anterior, amplió aún más los términos de la disposición referida.

En efecto, dispone la cláusula décima del instrumento mencionado: “Ruego a mi esposa doña Carmen Urrejola i a mis herederos que después de mis días cumplan el ofrecimiento que tengo hecho de dar a mi país la cuarta parte de mis rentas en caso de guerra con un país extranjero, desde que se declare hasta su terminación”.

³⁴⁴Del Río Z., Pedro. *Nuevos viajes*, obra citada, p. 56.

³⁴⁵Comunicaciones de 20 y 29 de abril, respectivamente.

64. EL AMERICANISMO

Si bien su primera lealtad era, sin duda, para su patria, sentíase igualmente ligado a los destinos del continente americano y, particularmente, a los de Sudamérica.

Ya lo hemos oído protestar contra el desprecio y la ignorancia de la opinión pública europea por nuestros países. Sudamérica, “la tierra del porvenir”, sostenía don Pedro, debía unirse para alcanzar así el sitio que le corresponde y ser reconocida y respetada. En México escribía: “Ojalá principiáramos ya a trabajar con el objeto de precavernos las razas latinoamericanas de las naciones poderosas que tanto nos codician”³⁴⁶.

Con frecuencia, agregaba en carta a *El Sur*, los países de Centro y Sudamérica habían debido ceder a las exigencias y presiones de las potencias europeas que, por lo demás, eran cada vez mayores, debido al fuerte comercio e inmigración de esas naciones. Si bien algunos de esos reclamos eran justos, expresaba, “¿por qué no esperar siquiera hacerlos efectivos cuando estos países se encuentren constituidos y no en guerra civil o en plena anarquía o llevar, que sería lo justo, estos reclamos al arbitraje?”³⁴⁷.

Peor aún, “en caso de trastornos o guerra civil –apuntaba en México–, un solo ciudadano... o sus intereses que sufrieran en lo menor, como pretexto, mandarían tropas para protegerlos o ampararlos i se quedaría aquí como lo hicieron los ingleses en Egipto i los franceses en Túnez... per séculam”³⁴⁸.

Para hacer frente unidos a tales contingencias, proponía don Pedro del Río, Chile, Argentina y Brasil debían contar con escuadras equivalentes, a costa de cualquier sacrificio. Si bien con ellas, concluía, “no podríamos vencer a estos colosos... no tentarían estas aventuras con corazón lijero, porque les costaría demasiado caro”³⁴⁹.

Como acogiendo sus palabras, algunos años más tarde los países mencionados, a iniciativa de Chile, suscriben en 1915 el pacto del ABC. Aunque de breve vigencia, la firma de este Pacto constituyó, efectivamente, “una garantía para la estabilidad del Cono Sur durante los años de la guerra”³⁵⁰.

Recelos semejantes sentía don Pedro del creciente expansionismo norteamericano. Aun cuando admiraba sus logros en todos los campos –“¿Cómo van llenando el mundo los yankees con su nombre, riquezas e industrias!”, exclamaba–, no era me-

³⁴⁶Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada. Tomo I, p. 179.

³⁴⁷Comunicación de 25 de enero de 1903. Diario *El Sur*, 21 de mayo de 1909.

³⁴⁸Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada. Tomo I, p. 174.

³⁴⁹Comunicación de 25 de enero de 1903. Diario *El Sur*, de 21 de mayo de 1909.

³⁵⁰Meneses C., Emilio. *El factor naval en las relaciones entre Chile y los Estados Unidos (1881-1951)*, Editorial Universitaria, Santiago, 1989, p. 139.

nor la desconfianza y el rechazo que sentía por sus afanes hegemónicos, al menos –durante aquellos años– en el concierto latinoamericano.

En este ámbito había tenido ocasión de observar personalmente, durante sus viajes, la presencia imperialista del país del norte en México y Panamá. En el primero de ellos, que recorrió extensamente durante su tercer periplo, encontró por doquier signos de aquel fenómeno. De regreso en su capital escribía:

“Me voi convenciendo con bastante pena... de lo que no podía creer antes de visitar este país: que los yankees vienen con paso seguro e inevitable a la conquista ‘pacífica’ de México”. “Son ellos los dueños –agrega– de las tres cuartas partes de los injentes millones invertidos en el país”³⁵¹. Más adelante, concluye: “Camina, pues, esto, a ser la absorción, en tiempo no lejano, pacífica e inevitable”³⁵².

La eventualidad de una intervención militar, con cualquier pretexto, que no veía muy lejana, no le dejaba, tampoco, indiferente. “Lo peor del caso –apuntaba– i lo más triste es que esta posibilidad o peligro la miran ya con indiferencia i casi con gusto una buena parte de los mexicanos, i yo, simplemente un estraño, pero de raza latina, les voi teniendo hasta odio por estas ideas”³⁵³.

65. EL CASO PANAMEÑO

Más ilustrativo aún de la vocación americanista del señor Del Río es su parecer en torno al caso panameño. Este pequeño país obtuvo en 1903, tras una sangrienta guerra civil, su independencia de la república de Colombia. Contó para ello con el apoyo norteamericano, que obtuvo a cambio de la cesión virtual –previo pago de una indemnización– de la zona del canal³⁵⁴.

Don Pedro, quien había visitado el país por primera vez en 1882, lo recorrió nuevamente en marzo de 1904, a meses de su independencia. En el tren que lo llevara de Ciudad de Panamá a Colón –el canal sólo se inauguró diez años después–, donde se embarcaría rumbo a Jamaica, escribía:

“Ya se ve la bandera norteamericana izada no solamente en las ciudades de término, sino en todas las de tránsito, lo mismo en la ciudad de Colón, que cuenta ya con 6 mil habitantes. En el trayecto se ven también en las estaciones algunos soldados yankees con apostura marcial, llevando cinturones atestados de balas de rifle”³⁵⁵.

³⁵¹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, p. 149.

³⁵²Ibidem, Tomo I, p. 173.

³⁵³Ibidem, Tomo I, p. 174.

³⁵⁴Sales, Nuria. “Panamá: nacimiento de una nación”, en: *Historia mundial del siglo XX*, Editorial Vergara, Barcelona, España, 1972, pp. 90 y 91.

³⁵⁵Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, p. 68.

En Colón, añade: “Ya se nota lo yankee en todo... Hai ciudadanos i marinos norteamericanos en todas partes... ‘toda’ la ciudad de Colón pertenece a la Compañía del Ferrocarril de Panamá”, que “se encuentra hace años en poder de yankees”³⁵⁶.

Meses más tarde, entrevistado en Saint Louis por un periódico norteamericano, exponía su pensamiento en torno al caso panameño. “Nosotros, los sudamericanos –sostenía el penquista– hubiésemos preferido que los Estados Unidos respetasen el tratado de 1846 (Pacto Bidlock-Mallarino) suscrito con Colombia. Pensamos que los Estados Unidos de América, que en los años 1861 a 1865 pelearon tan fieramente contra la secesión de los estados sureños, no debieron haber abandonado sus doctrinas y anunciado al mundo que el derecho de secesión era inherente a todo estado”.

La actuación norteamericana, agregaba, había producido desconfianza en los sudamericanos. “Que una nación tan rica y poderosa como los Estados Unidos procediera como lo hizo contra la débil y convulsionada nación colombiana –concluye– constituye un acto injustificado de abuso de poder”³⁵⁷.

66. CHILE Y ESTADOS UNIDOS. LA DOCTRINA MONROE

Aprensiones parecidas sentía el filántropo respecto del rol tutelar que se había autoasignado el coloso del norte. En efecto, estimaba éste que, si bien la Doctrina Monroe (“América para los americanos”) había sido útil en un tiempo para frenar el expansionismo europeo, se había transformado también, a su vez, en un peligro, debido a la creciente influencia de aquel país, oculta tras las banderas del panamericanismo.

Ya don Diego Portales, en 1822, en el mismo tenor, había advertido: “Cuidado con salir de una dominación para caer en otra”. Las intenciones de Estados Unidos, según el estadista, no eran otras que las de “hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda esfera”³⁵⁸.

Ello fue particularmente claro luego de la guerra hispano-norteamericana, de 1898. “Después de la derrota española –sostiene Emilio Meneses–, ningún poder europeo pareció dispuesto a disputar la hegemonía estadounidense en los asuntos del hemisferio americano. Fue cuestión de tiempo para que Chile y otras naciones sudamericanas vieran que el poder norteamericano no sólo era avasallador, sino que también omnipresente”³⁵⁹.

³⁵⁶Ibidem, Tomo I, pp. 64 y 69.

³⁵⁷Entrevista concedida a un periódico norteamericano, en Saint Louis, en julio de 1904 (sin fecha de día). Recorte existente en el Museo de Hualpén.

³⁵⁸Carta de don Diego Portales a J. M. Cea, Lima, marzo de 1822. Citado en: Silva Castro, Raúl, *Ideas y confesiones de Portales*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1954, p. 61.

³⁵⁹Meneses, Emilio, obra citada, p. 89.

Compartiendo esta visión de la situación internacional, pero desde una perspectiva coetánea con tales acontecimientos, escribía don Pedro, en 1905:

“¿Es gracias a la verdadera Doctrina Monroe o respeto a los yankees, porque nos vemos libres de las pretensiones i codicias europeas? Sin duda alguna que ha sido así en estos últimos diez años, escapándose quizá Colombia, Venezuela i especialmente el sur del Brasil; pero ya esos tiempos pasaron, no necesitando ahora de esa doctrina ni tutelaje yankee, pues bien conocen que estos niños (las repúblicas latinoamericanas) son ya adolescentes y se defenderán con éxito”³⁶⁰.

La innecesidad del paternalismo norteamericano era especialmente evidente, a su juicio, tratándose de Chile. En efecto, su estabilidad política y la solidez de su economía, sostenía, colocaban a nuestro país en una situación de predominio, en el concierto de las naciones sudamericanas.

Es por ello que reaccionará airadamente frente a las reclamaciones norteamericanas en el asunto Baltimore³⁶¹, o frente a la negativa –inicial– de ese país a reconocer la eventual cesión por Perú a Chile de parte alguna de los territorios ocupados durante la Guerra del Pacífico.

Al tema del desmembramiento territorial de Bolivia y Perú –percibido entonces por Estados Unidos como un atentado a la unidad panamericana y como una amenaza latente a su liderazgo– se agregó, más tarde, “el entendimiento estrecho de Chile con Colombia y Ecuador, que complotaba contra las ambiciones estadounidenses de un canal soberano en el Istmo y de una base en las islas Galápagos”³⁶².

Todos estos puntos de fricción son comentados, con patriótico fervor, por Pedro del Río. Ni aun hallándose lejos se desentiende de los acontecimientos chilenos. Así, en Egipto, escribe con recelo: “Hoi e visto sin sorpresa, pero sí con pena, en un diario de Chile, la visita allí de cuatro buques de guerra yankees i las grandes fiestas i entusiasta recibimiento que se les prepara... ¿Cree nuestro país ganar algo con estas manifestaciones aduladoras? Nada. ¡Solamente el desprecio!”³⁶³.

67. EL APOYO A LA INDEPENDENCIA CUBANA

Un hermoso gesto en favor de la soberanía de un pueblo del continente realizó el filántropo con ocasión de la guerra de independencia cubana (1895-1898). A pesar del cariño que sentía por España, la tierra de sus antepasados, su inspiración americanista y libertaria lo llevó a colaborar pecuniariamente con la causa de la revolución.

³⁶⁰Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 508.

³⁶¹Cfr. Vial, Gonzalo. *Historia de Chile*, ya citado, Volumen II, pp. 53-68 y 158-175; Meneses, Emilio, obra citada, capítulo IV, pp. 55-94.

³⁶²Meneses, Emilio, obra citada, p. 26.

³⁶³Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 88.

En carta dirigida a don Aristides Agüero, Delegado de la República de Cuba en Santiago, el 26 de octubre de 1895 —a escasos meses del grito de Baire, que diera inicio a la guerra— le señalaba, justificando el envío de su óbolo: “Aun cuando, después de Chile, amo a España más que a ninguna otra nación, tratándose de la libertad de nuestra bella i heroica hermana Cuba, veo que le asiste tanto derecho i justicia para emanciparse como la tuvo todo el continente americano”. Esta misiva fue comentada elogiosamente por la prensa de la época.

68. AMERICANISMO Y FILANTROPÍA

Otra manifestación igualmente elocuente del espíritu que animaba a Pedro del Río la hallamos en una carta que éste dirigiera a Andrew Carnegie, el famoso filántropo norteamericano.

Sabedor el penquista de que el millonario repartía generosamente su fortuna, especialmente para el establecimiento de bibliotecas, le escribe proponiéndole extender su filantropía “hasta los países de América del Sur —sostenía en una entrevista—, que desean y necesitan estar unidos estrechamente entre sí y vinculados con la América del Norte”. Al mismo tiempo le insinuaba la fundación, “en esta ciudad (Concepción), de una biblioteca pública que llevaría su nombre y que sería un nuevo lazo de unión entre chilenos y norteamericanos”.

Sin obtener respuesta, le escribe nuevamente, e incluso intenta ubicarlo personalmente en Nueva York, durante su tercer periplo, mas sin resultado.

Sin embargo, continúa don Pedro en la entrevista citada. “Carnegie recibió mis cartas, según supe después en Washington. Al poco tiempo de esto el millonario yankee fundaba la Oficina Internacional de las Repúblicas Sudamericanas, que funciona actualmente en Washington”.

“¿Coincidió mi carta con el proyecto de Carnegie o le sugirió las primeras líneas de su grandiosa obra? Quién sabe. Yo sólo dejo establecido el hecho”³⁶⁴.

Fue Pedro del Río, ya lo hemos dicho, un testigo privilegiado de los acontecimientos de su tiempo. Pero lo fue desde una perspectiva especialísima: la de un hombre que, habiendo recorrido el mundo entero, amaba intensamente a su patria y se hallaba dispuesto al sacrificio por servirla; la de un americanista, que había aprendido el amor a América recorriéndola palmo a palmo; la de un hombre, en fin, cuyo patriotismo supo vencer no sólo la distancia, sino también el tiempo —“a veces me pregunto, escribía, ¿por qué siento este amor tan grande a la patria cuando estoy ya con un pie en la sepultura?”—, pues el sentimiento que fuera la constante de su vida se proyectaría, a través de su última voluntad, más allá de su muerte.

³⁶⁴ *Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, p. 154.

DONACION



PARQUE
PEDRO DEL RÍO
ZARZARCU

CAPITULO VIII

Pensamiento Económico



"CADA DÍA CELEBRO MÁS QUE EL FISCO EN CHILE SEA EL DUEÑO DE TODAS LAS LÍNEAS FÉRREAS, I LAS POCAS QUE NO LE PERTENECEN SIRVEN A SUS PROPIOS INTERESES I NO AL PÚBLICO I YA HA HABIDO CON ELLAS BASTANTES DIFICULTADES".

69. PROTECCIONISMO Y LIBRECAMBISMO

En concordancia con su patriotismo, el ideario de Pedro del Río en materia económica se hallaba imbuido de fuertes ribetes nacionalistas. Las consideraciones estratégicas, asimismo, tienen para él gran relevancia.

Por otra parte, reflejo del ambiente intelectual y doctrinario de la época es su pensamiento claramente proteccionista, orientación que estima necesaria para alcanzar el desarrollo industrial de Chile, a que aspiraba fervientemente.

Concluyendo el siglo, la profunda influencia de las doctrinas librecambistas propugnadas por Courcelle-Sencuil, durante los breves años de su estadía en Chile (1855-1862), se había prácticamente disipado. Ya para entonces, los sectores económicos más relevantes propugnaban, con intensidad creciente, el proteccionismo. Las nuevas ideas, de moda en Europa, no podían sino calar hondamente, en un medio intelectual tan extranjerizado como el nuestro.

A mayor abundamiento, apunta Gonzalo Vial, “los movimientos unificadores de Italia y Alemania habían popularizado el nacionalismo, el egoísmo nacional..., y la autarquía económica, condición y protección (se afirmaba) de la independencia patria”³⁶⁵. Graficando el clima ideológico de los nuevos tiempos, señalaba el *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, en su edición de 15 de diciembre de 1910:

“No sabemos si todavía quedan algunos de aquellos teóricos, aficionados a los silogismos... a los juegos de palabras, y amigos decididos del “libre cambio”. Lo que sabemos es que esa fantasía ha sido ya proscrita absolutamente de las relaciones comerciales entre naciones, y que hasta Inglaterra, el único país que en el nombre fue alguna vez librecambista —precisamente porque en los hechos era el más intransigente proteccionista de todos— ha dejado de serlo hasta la palabra”.

Don Pedro del Río, aunque sin caer en dogmatismos, se hacía eco de estas palabras. En comunicación dirigida a don Arturo Spoerer, desde su fundo de Santa Fe, el 31 de octubre de 1902, sostenía: “No soi partidario del libre cambio absoluto, y que tantos males a traído ha nuestro país, pues hasta su campeón —Inglaterra— principia a reaccionar; pero sí (lo soy) con los países de producciones distintas a las nuestras, y no similares, como aquellos que nos pueden importar trigos, harinas, legumbres, vinos y ganados”³⁶⁶.

³⁶⁵Vial, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973)*, obra citada, Volumen I, Tomo II, p. 479.

³⁶⁶Diario *El Sur*, 21 de mayo de 1909.

El ideal proteccionista, asimismo, se hallaba vinculado a una estrategia de desarrollo, cuyo objetivo final no era otro que el de hacer de Chile un "país industrial".

"Es la industria fabril—afirmaba, en 1909, Tancredo Pinochet, uno de los artífices de la nueva política—la llamada a hacer de Chile una verdadera potencia financiera. I no podremos jamás levantar talleres i fábricas si éstas tienen que estar en abierta competencia con los ricos i experimentados industriales de civilizaciones superiores. La protección a la industria chilena, concluye, debe ser tal que no haya forma posible de comprar en el extranjero lo que puede hacerse en el país"³⁶⁷.

Cinco años antes expresaba el filántropo conceptos semejantes. En las páginas finales del "Resumen de informaciones y datos sobre Chile", contenido en los volúmenes de sus terceros viajes, tras reseñar diversos aspectos de nuestra realidad de entonces, apunta: "Vemos que Chile es país minero, comercial i agrícola, mas su porvenir está en la industria, que ya principia a surjir, contando para ello con las materias primas, combustible i la enorme fuerza motriz de sus caídas de agua"³⁶⁸.

70. EL APOYO A LA INDUSTRIA NACIONAL

De esta manera, en consonancia con estos planteamientos, don Pedro promoverá decididamente variadas industrias y cultivos: la remolacha ("pues nos haría libres de las importaciones del Perú, que en cambio impone a nuestros productos derechos escandalosamente prohibitivos"); la producción y exportación de champaña; de ser posible, algodón y té; la pesca—recordemos su proyecto de pesquería modelo (Capítulo Cuarto)—y la marina mercante; así como otras iniciativas igualmente novedosas que personalmente desarrollara, con más o menos éxito, y a que ya nos hemos referido.

Consideraciones económicas, pero también estratégicas, se hallan tras el resuelto apoyo que—según don Pedro—debía prestarse a nuestra marina mercante, tanto internacional—"¿Por qué no habríamos de formar pronto (una) línea propia a Europa?"—como nacional, a través de una política de fomento y de la reserva de cabotaje.

Esta flota, estimaba, además, podía ser muy útil en caso de guerra, aportando no sólo sus elementos materiales, sino también—y al igual que la pesca—avezados marinos para las naves de la escuadra.

Así, refiriéndose a la Compañía Sudamericana de Vapores, sostiene que ésta "debiera ser aún más protegida por Chile, para que no le hicieran tanta competencia los ingleses i alemanes (hacia 1899 la bandera chilena amparaba sólo un 50% del cabo-

³⁶⁷Pinochet, Tancredo. *La conquista de Chile en el siglo XX*, Imprenta La Ilustración, Santiago, 1909, pp. 230 y 231.

³⁶⁸Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 557.

taje: el resto estaba en manos de un cartel, integrado por varias empresas extranjeras), pues sus excelentes vapores nos servirían en caso de guerra"³⁶⁹.

La protección propiciada por el señor Del Río a la Compañía Sudamericana tuvo efectivamente lugar, aunque con magros resultados. Adoptó la forma de importantes subvenciones, mas sin relación, con la eficiencia y el crecimiento naval de quien las recibía, asegurando a esta Compañía —apunta Gonzalo Vial— “un cuasi monopolio frente a las navieras nacionales, pero sin robustecerla frente a la competencia extranjera”³⁷⁰.

Razones de índole comercial y militar se entremezclan, nuevamente, en los ambiciosos proyectos de diques y astilleros, cuya construcción el penquista promueve, en el puerto de Talcahuano. “Con nuestros abundantes recursos y necesidades marítimas —sostiene—, debería el Fisco ir invirtiendo, para principiar, unos dos millones de pesos anuales en formar, no sólo un astillero para reparaciones serias de nuestra armada, sino también a fin de construir las naves que fuéramos necesitando, dejando así en el país gran parte de lo que gastaríamos en el extranjero”.

“El dique actual, agrega, no sería ya suficiente para las necesidades de los acorazados que hemos de adquirir —recordemos sus planteamientos estratégicos— i se necesitaría construir otro para moles de veinte mil toneladas. También es indispensable, concluye, uno flotante para carenar los buques mercantes i los más pequeños”³⁷¹.

Si bien simpatizaba con las políticas proteccionistas de fomento industrial, no aceptaba que se perjudicase al país entero en perjuicio de aquéllas. De esta manera, es un duro crítico de las conductas monopólicas en todo género de actividades, particularmente en materia de transportes.

Especialmente ilustrativo es el caso de la Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar. Esta empresa, que en 1903 ocupaba 500 operarios, merced a un impuesto aduanero que gravaba el artículo ya refinado, había llegado a ser un virtual monopolio.

En razón de esto, agrega ahora el penquista, producía “enormes beneficios a sus accionistas millonarios en perjuicio del erario nacional i de los consumidores. Mucho se ha tratado este asunto en la prensa i aun en las Cámaras; pero, signo de los tiempos, las reformas propuestas no pasarán, a causa de las poderosas influencias de esos señores políticos que todo lo pueden”³⁷².

El Estado —planteaba dos años antes en carta a Arturo Spoerer, que hemos citado— debía recurrir a mecanismos alternativos de protección no lesivos a los intereses nacionales, tales como las primas de exportación. Conceptos semejantes sustentaba respecto de la Refinería de Penco, que participaba del mismo carácter monopólico.

³⁶⁹Ibidem, Tomo II, p. 550.

³⁷⁰Vial, Gonzalo, obra citada, Volumen I, Tomo II, p. 468.

³⁷¹Diario *La Unión*, de Concepción, de 31 de enero de 1907.

³⁷²Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, p. 4.

71. EL ROL DEL ESTADO EN LA ECONOMÍA. EL CASO DEL FERROCARRIL

Era don Pedro, asimismo, partidario de la propiedad —o al menos el control— estatal sobre algunas actividades económicas, proporcionando, de esta manera, abundantes recursos al Fisco. Se apartaba en este punto su pensamiento de un rasgo tradicional del proteccionismo criollo: su carácter no-estatista.

Influenciado, sin duda, por las experiencias observadas durante sus largos viajes, propiciaba el estanco del tabaco y del aguardiente, “tanto para tener pingües rentas como para mejorarlo, encarecerlo, disminuyendo así el consumo i embriaguez”. Aprobaba entusiastamente, además, la propiedad estatal de los Ferrocarriles:

“Cada día celebro más que el Fisco en Chile sea el dueño de todas las líneas férreas, i las pocas que no le pertenecen sirven a sus propios intereses i no al público i ya ha habido con ellas bastantes dificultades...” Se oponía, incluso, a que los ferrocarriles fuesen entregados en arriendos o concesiones a particulares, pues las tres líneas que entonces se hallaban en manos privadas eran doblemente caras, sostiene, perjudicando con el valor de los fletes a la agricultura y a la industria.

Durante aquellos años, el ferrocarril cumplió un rol fundamental en la política de transportes del Estado. Se le asignaba un triple papel estratégico, nacionalizador y económico que, merced a la iniciativa progresista del régimen parlamentario —tan escasa en otros ámbitos—, supo cumplir a cabalidad.

Graficando su importancia, escribía don Pedro, en 1905, que el puerto de Tomé, entonces emporio de vinos y fábrica de paños “se hallaba comunicado con el interior por caminos traficables solamente cuatro meses al año. Se conseguirá línea férrea... para las calendas griegas, pues hace treinta años que se estudia”³⁷³. El ramal costero a que alude, dicho sea de paso, sólo sería inaugurado en 1916 gracias a la iniciativa del parlamentario penquista don Gonzalo Urrejola.

Consciente del triple rol que el ferrocarril estaba llamado a cumplir, don Pedro propiciaba la extensión de las líneas hasta las provincias de Tarapacá y Tacna, por el norte, y Puerto Montt, por el sur. A ellas debían sumárseles, sostenía, líneas laterales de trocha angosta que se uniesen con la longitudinal.

Con el país así comunicado, pensaba, se fortalecería la unidad nacional, se facilitarían la defensa —mediante el rápido envío de tropas que el ferrocarril haría posible— y se acercarían los centros de producción a los mercados o a los puertos de embarque, estimulando el desarrollo económico.

³⁷³Ibidem, Tomo II, p. 518.

72. EL IMPUESTO AL GANADO ARGENTINO

Otro tema que preocupaba intensamente al señor de Hualpén y que refleja su fervor proteccionista es el de la importación de ganado argentino y el impuesto que la gravaba. El abastecimiento de carne —el ítem individual más importante en el aumento de las importaciones agropecuarias durante gran parte del régimen parlamentario— devino en problema político, cuya escasez o precio excesivo podía desatar violentas manifestaciones populares, como ocurrió en octubre de 1905, durante el llamado “mitin de la carne”³⁷⁴.

Si bien el monto del impuesto era bajo y su valor permaneció fijo a partir de 1901, por lo que no parece haber frenado la exportación de ganado argentino ni afectado excesivamente el precio de su venta al detalle en Chile, según demuestra Gonzalo Vial, su derogación se transformó en bandera de lucha política: “Impuesto, alto precio de la carne, carestía general de la vida... todo se confundió y devino una sola, sostenida y violenta campaña contra el gravamen. Sólo estaban ausentes —concluye el historiador— las consideraciones económicas, que un ingenuo hubiese pensado eran las primordiales”³⁷⁵.

Don Pedro del Río se refería a este tópico en forma recurrente. Ya en 1902 suscribía, en conjunto con otros prohombres de la zona, una misiva dirigida al ministro del ramo, felicitándolo por su actitud respecto de la mantención del gravamen. Algunos años más tarde, en Bucarest, la capital rumana, escribía:

“Me viene aquí a la memoria el triste estado en que se encuentra la ganadería en Chile... Sin embargo, gracias al impuesto con que se grava la internación del ganado argentino, han aumentado las cranzas estos últimos años i si la grita de empleados i consumidores no consigue suprimirlo, se habrá aumentado el número de animales, dentro de algunos años, en la misma proporción que en todos los demás países del mundo, consiguiéndose entonces no solamente tener lo suficiente para nuestro consumo, sino también para esportar, a precios bajos i de excelente calidad, no como la carne argentina que se consume, en gran parte dura, fea i desabrida”³⁷⁶.

Criticaba, asimismo, la falta de reciprocidad de nuestros vecinos frente a las generosas concesiones chilenas. No sólo eran muchísimo más altas las tasas que imponían a nuestros productos, sino que, habiendo suprimido Chile el mentado gravamen, Argentina mantuvo invariables los suyos.

Quieren suprimir el impuesto, se quejaba, pero “¿qué nos darán a cambio? Ni vino ni maderas... En buenas palabras, la lei del embudo; nos hablan de que seremos un país industrial i que mientras tanto podremos enviarles porotos, nueces i garbanzos... i esto mientras ellos no lo produzcan”³⁷⁷.

³⁷⁴Cfr. Vial, Gonzalo, obra citada, Volumen I, Tomo II, pp. 451-468 y 891-897.

³⁷⁵Ibidem, Volumen I, Tomo II, p. 459.

³⁷⁶Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, p. 434.

³⁷⁷Ibidem, Tomo II, p. 411

El tema de la carne, devenido en consigna política, fue objeto de duras polémicas, en las que no se hallaba ausente una cierta dosis de inconsecuencia. Fue el caso del Partido Democrático, encabezado por el parlamentario y líder popular Malaquías Concha, que propiciaba un fuerte proteccionismo en beneficio de la industria nacional... a excepción de la ganadera.

“Ya los empleados (públicos), las exigencias de los demócratas, la propaganda i aun dinero de nuestros vecinos conseguirán la abolición (del impuesto) i con ello la ruina de nuestra principal industria”. En relación al partido de Malaquías Concha añadía: “Es cosa digna de notarse que los demócratas piden únicamente carne barata, olvidando hacer otro tanto con el arroz, yerba mate, té i café, etc.”³⁷⁸.

En 1907, sus aprensiones se hicieron realidad. Ese año el impuesto al ganado fue derogado, lo que se tradujo –escribía amargamente en 1909– en la introducción de ganado trasandino “sólo en esta temporada por valor de una veintena de millones de pesos, que se llevan fuera del país nuestros amables vecinos, más lo que deja de percibir el Fisco por derechos”.

Ello era agravado, añade, “por la ninguna vijilancia en la cordillera para podernos precaver de las numerosas plagas o epidemias que allá tienen –la introducción de ganado enfermo produjo en Chile una epidemia de aftosa que costó al país, según calcula Encina, entre 20 y 25 millones de pesos³⁷⁹–, amén de la completa ruina de nuestra ya floreciente e importante industria ganadera”.

“Vino la consiguiente enorme baja de los animales..., consiguiendo con esto hacer sólo el negocio de los que los benefician, pues espenden la carne al mismo precio de antes y de peor calidad”³⁸⁰. Dos años más tarde, en 1911, el impuesto sería repuesto, con gran contento del señor Del Río.

73. LA INCONVERTIBILIDAD DE LA MONEDA

En 1878, según hemos dicho, el país abandonaba, acuciado por la crisis, su sistema monetario bimetálico, decretando la inconvertibilidad del billete fiscal; al año siguiente la medida se ampliaba también al billete bancario. Aun cuando la inconvertibilidad se presentaba como “provisoria”, entre 1878 y el presente, sólo conoceríamos nuevamente la moneda metálica durante dos breves lapsos (1895-1898 y 1925-1931).

Conspiraban contra la ansiada conversión una balanza de pagos deficitaria, las emisiones incontroladas con que se solía hacer frente a las dificultades financieras y

³⁷⁸Ibidem, Tomo II, pp. 411 y 327.

³⁷⁹Encina, Francisco A. *Nuestra inferioridad económica*, Editorial Universitaria, Santiago, 1990, p. 24.

³⁸⁰Diario *El Sur*, 21 de mayo de 1909.

el espíritu general frente al tema en la época, que Gonzalo Vial define como de “conformidad teórica y renuencia práctica”³⁸¹.

Pedro del Río, orgulloso de la solidez de las finanzas de su patria, asignaba gran importancia a la conversión. Esta era la única manera, estimaba, de detener la constante caída del cambio, a cuyos perniciosos efectos se hallaba expuesto, por lo demás, con especial intensidad, durante sus largos viajes. El tema en comento, por otra parte, lo vinculaba a la imagen y al crédito externo de Chile:

“Los intereses i amortización de la deuda exterior –sostenía– se han servido siempre sin un día de atraso, ni aún en guerras o revoluciones”, tras lo cual agregaba: “Verdad que si aun no nos vemos libres del papel moneda, podemos contar ya para su conversión con sesenta millones oro de 18 peniques depositados en el Tesoro i Bancos de Europa i Estados Unidos, los que se aumentan con rapidez, mas –se preguntaba–, ¿permitirán esto los papeleros?”³⁸².

74. LA “PENETRACIÓN DEL CAPITAL EXTRANJERO”

Un nuevo factor que estimuló el proteccionismo finisecular, así como el adormecido sentimiento nacionalista, lo constituyó la creciente penetración del capital extranjero, con la consiguiente desnacionalización de nuestras riquezas. Graficando el rechazo existente en algunos sectores frente a esta situación, Tancredo Pinochet, cuyo exaltado nacionalismo rayaba en la xenofobia, escribía hacia el Centenario:

“De nada nos sirve que lleguen capitales exóticos, establezcan industrias, ocupen a nuestro obrero i se lleven en seguida todo el producto de la industria establecida i casi todo el salario que nuestros obreros dejan en la taberna italiana. No aumenta así la riqueza del país –concluía con vehemencia–, sino su embrutecimiento”³⁸³.

El menoscabo de los intereses nacionales no podía menos que azuzar el ardoroso patriotismo de don Pedro del Río. A pesar de la admiración que sentía frente a los logros extranjeros en todos los planos y de sus cordiales relaciones con las colonias residentes, no trepidaba en dar a conocer sus puntos de vista, con el apasionamiento que ya le conocemos.

Así, de regreso de su tercer viaje, a su paso por Punta Arenas, comenta:

“Hacen falta las líneas de vapores directos a los puertos de Chile, pues los fletes de las dos que hai son estremadamente subidos, trayendo del extranjero nuestros mismos productos... ¡es un colmo!”. Luego agrega que el movimiento comercial del territorio es de veinte millones, “de los cuales lo percibido por Chile es casi nada.

³⁸¹Vial, Gonzalo. *Historia de Chile*, op. cit., Volumen I, Tomo I, pp. 408-420.

³⁸²Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 509.

³⁸³Pinochet, Tancredo, obra citada, p. 228.

¿No sería ya tiempo de terminar con este estado de cosas, que no beneficia sino a unos cuantos extranjeros?"³⁸⁴.

Opiniones parecidas le suscitaba la situación de los establecimientos salitreros del norte, que por entonces se hallaban mayoritariamente en manos inglesas.

Estas prevenciones, llevado por sus sentimientos de solidaridad americana, las hace extensivas, también, a los países que recorre. De esta manera, aludiendo a la riqueza minera mexicana —durante su estada en esa nación—, comenta con amargura que "debe ocurrir lo que a nuestros países sudamericanos, donde las enormes rentas que producen van al extranjero..., dejándonos una utilidad nominal"³⁸⁵.

75. INMIGRACIÓN Y COLONIZACIÓN

Uno de los temas que apasionaba con más fuerza a los nacionalistas criollos comenzando el siglo es el relativo al problema de la inmigración y la colonización. Don Pedro del Río, que no era ajeno a estas preocupaciones, alude a ellas en forma recurrente en sus apuntes y cartas, hasta sus últimos días.

Adelantándose en el tiempo a los ensayistas chilenos Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet, Luis Ross y otros —que por esos años publicaban sonados libros, desatando fuertes polémicas—, el filántropo comparte su diagnóstico y actitud crítica acerca de este aspecto de nuestra realidad de entonces³⁸⁶.

Concluyendo el siglo XIX, la supremacía cultural, económica y política que Chile mantenía en el concierto hispanoamericano se había ido desvaneciendo. Conspiraban contra ella, entre otros factores, las tendencias expansionistas y el veloz crecimiento demográfico argentino, estimulado por la inmigración masiva.

Los sucesivos gobiernos chilenos intentaron remediar nuestra situación desmedrada a través del fomento de la inmigración europea, para lo cual se asignaron ingentes recursos. Estos esfuerzos contrastaban, sin embargo, señala el sociólogo Hernán Godoy, "con el desamparo en que se mantenía a los obreros y campesinos chilenos, excluidos de los programas de colonización que tan generosamente se brindaba a los extranjeros"³⁸⁷.

³⁸⁴Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 486.

³⁸⁵Ibidem, Tomo I, p. 156.

³⁸⁶Cfr. Palacios, Nicolás. *"Raza chilena"*. Ediciones Colchagua, Santiago, 1987, parte VII, pp. 523 y ss.; Pinochet, Tancredo. *"La conquista de Chile en el siglo XX"*, obra citada.

³⁸⁷Godoy, Hernán. "El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX", en: *Pensamiento Nacionalista*, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1974, p. 147.

75.1. INMIGRACIÓN Y FILANTROPÍA

“¿Qué hace nuestro Fisco con los millares de millones de hectáreas de buenas tierras desocupadas –se preguntaba, ya en 1882, el señor Del Río–, que no da una buena parte a sus hijos que nada tienen para que formen buenos hogares i evitar así que emigren?”³⁸⁸. Año tras año, más y más chilenos sin trabajo emigraban hacia Neuquén, Mendoza o San Luis, en busca de mejores oportunidades.

Veinte años después volvía sobre el mismo tema. Así, en carta a don Arturo Spoerer sostenía: “¿Por qué no repartimos también la mitad de esas tierras disponibles a nuestros necesitados compatriotas, llámense rotos o artesanos, pero vigorosos trabajadores y valientes soldados?”.

“Sería ésta la mejor manera de aliviarles su triste situación, retenerlos en su patria, transformándolos por amor al trabajo en lo propio en ciudadanos tranquilos, sobrios, probos y felices”³⁸⁹.

El abandono en que se hallaban las clases populares se hacía aún más patente a la luz de las cifras de mortalidad infantil del Chile de la época –siempre cercana a un 30% (el doble de la Argentina)– y que, todavía más grave, desde los años 80 no habían hecho sino aumentar.

“Abundan los millones para llevar la escasa i ficticia inmigración (sostenía el filántropo, aludiendo a este punto)..., escaseando para arrebatar de la muerte anualmente a miles de individuos de nuestra varonil i pura raza”... “¿De qué nos sirve llevar una inmigración nada selecta... si dejamos que los hijos de nuestro pueblo mueran más que en ninguna otra parte del mundo?”³⁹⁰.

Le molestaba sobremanera, asimismo, la actitud despreciativa e ingrata de los extranjeros, particularmente de los sajones, hacia la raza latina y, en especial, hacia el país que los había acogido y en el que forjaron su fortuna.

Criticaba, además, la escasa integración de muchos de los colonos a la vida nacional, formando “quistes” o enclaves foráneos. Es el caso del llamado “sur alemán”, que don Pedro comenta con tristeza, pues celebraba también su reconocida laboriosidad. En Valdivia, a fines de 1905, escribía:

“Desde que se unificó la Alemania, sus hijos i descendientes, en su mayoría, no

³⁸⁸Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo II, p. 480.

³⁸⁹Comunicación de 31 de enero de 1902, en *El Sur*, de 21 de mayo de 1909, “Si a detenerlos ofreciéndoles un lote de tierras baldías se destinara siquiera la mitad de lo que se gasta en traer extranjeros –sostenía Nicolás Palacios, en conferencia dictada en la Universidad de Chile, el 2 de agosto de 1908–, el país se poblaría totalmente de chilenos en menos de una generación...”. (“Decadencia del espíritu de nacionalidad”, en: *Pensamiento nacionalista*, obra citada, pp. 163-181).

³⁹⁰Del Río Z., Pedro. *ercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, pp. 210 y 98. Sobre este punto, sostiene Tancredino Pinochet: “Al hijo del pueblo chileno lo tratamos con desprecio, lo dejamos morir en los conventillos, o lo desterramos para dar cabida en nuestro suelo al inmigrante europeo para quien reservamos todos nuestros favores”. (*La conquista de Chile...*, obra citada, p. 126).

quieren ser chilenos: se titulan siempre jermanos i aun en su prensa, tratando del norte del país, las encabezan "Noticias de Chile". En las tres veces que he estado allí, he notado con pena que hacen vida enteramente aparte de los chilenos en sociedad, clubs i familias"³⁹¹.

75.2. OBJETIVOS DE LA POLÍTICA DE INMIGRACIÓN

La política de inmigración que se hallaba tras la fundación de la Agencia General de Colonización, en 1882, junto a la aminoración del desequilibrio demográfico con Argentina, perseguía dos objetivos generales: obtener obreros especializados para Chile Central y sus ciudades y explotar agrícolamente la región de la Araucanía.

Este último objetivo, pensaba don Pedro, podía satisfacerse a cabalidad repartiendo el Estado las tierras fiscales "entre sus hijos desvalidos o menesterosos i ambulantes, radicándolos i evitando así la emigración cada día más numerosa a los países vecinos". A lo anterior debía sumarse, estimaba, una decidida acción tendiente a disminuir la mortalidad infantil³⁹².

Por lo demás, a diferencia de los países con vastos y desiertos territorios, como la Argentina, que requieren de inmigrantes, "nuestro Chile, agregaba, no los necesita, por su extensión relativamente pequeña i otras fundadas razones"³⁹³.

En cuanto a la primera de las finalidades de la política de inmigración, esto es, la de proporcionar operarios especializados para la naciente industria, sí contó con su apoyo, aunque con restricciones. "Si necesitamos, como es natural –pues nadie nace sabiendo–, profesores, mecánicos i hombres de ciencia o especialistas, traigámosles i bien remunerados, hasta que sepamos pasarnos sin ellos"³⁹⁴.

Del texto transcrito se desprende que el señor Del Río concebía la asesoría extranjera como transitoria. En efecto, ilustrativa en cuanto a este aspecto de su pensamiento resulta la carta que enviara a don Edwin Reed, relativa a su proyecto de pesquería modelo en las costas de Hualpén, que ya hemos analizado (Capítulo Cuarto).

En ella, le comenta que ha solicitado a su amigo J. Krauss le enviase pescadores de Holanda para que enseñaran su oficio a los aprendices de la naciente empresa; tras lo cual agrega: "Cuento ya con excelente jente de mar nacida en estas mismas costas, que no solamente serían un auxilio para los extranjeros, sino que en algunos años sabrían hacer su negocio tan bien como ellos".

Ahora bien, muchos de estos inmigrantes "industriales", reclutados para labores

³⁹¹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, pp. 511 y 512.

³⁹²Ibidem, Tomo II, p. 326.

³⁹³Del Río Z., Pedro. *Nuevos viajes*, obra citada, p. 54.

³⁹⁴Ibidem, p. 54.

especializadas, pronto las abandonan para dirigirse a los centros urbanos. Una vez en éstos, coparán rápidamente actividades reservadas antes a los artesanos y a la clase media chilena, suscitando una reacción xenofóbica. Algo similar ocurre con los colonos extranjeros que, en proporción significativa, dejarán los terrenos asignados para su explotación, para instalarse en las ciudades. Frente a esta realidad, escribía don Pedro: “La inmigración no nos ha traído brazos para la agricultura, ninguno trabaja manualmente, se valen de los nuestros o monopolizan los despachos o pequeños negocios en que antes ganaban su vida los del país”³⁹⁵.

75.3. LA INMIGRACIÓN ESPONTÁNEA

La inmigración en Chile, durante esta segunda etapa —la primera había tenido lugar a mediados del siglo XIX, dando origen al “sur alemán”—, admitió dos formas: la libre y la alentada oficialmente.

La primera de éstas estaba representada por individuos de diversas nacionalidades, particularmente ingleses, franceses, italianos, españoles y alemanes, que venían por razones comerciales (desde el alto comercio al menudeo), técnicas o artísticas; muchos, además, eran contratados por el Fisco para la realización de obras públicas o para colaborar con la educación y el Ejército.

Pedro del Río, según se desprende de los textos ya citados, apoyaba este tipo de inmigración. A mayor abundamiento, él mismo se encargará de precisarlo en diversas oportunidades. Así, en sus crónicas, apunta:

“Lo que nos conviene es la emigración espontánea i libre: ayúdesele i tendremos jente excelente que se radicará a firme en el país. Para atraerlos debe dárselos algunas ventajas i enviar ajentes inteligentes i bien rentados i que no ocupen su tiempo sólo en pasear i divertirse”³⁹⁶. Con la fogosidad que solía emplear al referirse a lo temas que le apasionaban, escribe a *El Sur*, en enero de 1903, reiterando sus conceptos sobre la inmigración:

“Siempre he creído que ésta es conveniente —pero espontánea y mui selecta— aunque no fuese numerosa; la que ha contratado nuestro país hace algunos años, malbaratando millones, así como Brasil y Arjentina, ha sido en su mayor parte la hez o lo más inútil de Europa (la “hez humana europea” le llamará, unos años después, Tancredo Pinochet), trayendo vicios, descrédito con sus quejas en el estranjero y el anarquismo que aún no conocíamos”³⁹⁷.

³⁹⁵Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 548.

³⁹⁶Ibidem, Tomo II, p. 548.

³⁹⁷Comunicación fechada en Hualpén, el 25 de enero de 1903, publicada en *El Sur*, de 21 de mayo de 1909.

75.4. LAS SOCIEDADES DE COLONIZACIÓN

Respecto de la inmigración alentada oficialmente, que llevó adelante la Agencia General de Colonización, ya hemos visto cómo don Pedro aborrecía de ella. Este segundo tipo, empero —y cuando la Agencia ya languidecía— revistió una modalidad diferente, a que era especialmente contrario.

Se trató, en efecto, del sistema de las “concesiones” a sociedades de colonización, que asumían la obligación de poblar con extranjeros. A este sistema era el Fisco particularmente afecto, pues le ahorraba los gastos de la colonización, comprometiéndolo a capitalistas particulares en ésta.

Estas concesiones, que comprendían grandes extensiones de terreno, fueron, en general —con la notable excepción de la Sociedad Industrial del Aisén (SIA)—, un fracaso económico. Esta política era criticada duramente por el penquista, quien sostenía que “prefiere el Gobierno no ya subastar las tierras, sino hacer concesiones por cientos de miles i aun millones de hectáreas, a fin de enriquecer a unos cuantos, so pretexto de traer inmigrantes, los que brillan por su ausencia..., quedándose ellos en algunos años dueños i señores de todo”³⁹⁸.

Con renovado énfasis, concluyendo sus apuntes de viaje, retoma este tema: “Vuelvo a repetir: los enormes negociados que se hacen con concesiones de suelo son un escándalo. Desposeen para esos señores a los nacionales que ocupan en su mayor parte esos suelos, amén de muchos ricos de la provincia de Valdivia que han ido apoderándose sin razón de estensiones inverosímiles de tierras fiscales”³⁹⁹.

Don Pedro del Río, recordemos, conocía estos temas por propia experiencia. Años antes había adquirido algunas hijuelas fiscales en Villarrica, de las que finalmente debió desprenderse, frustrado por el abandono y el escaso apoyo que obtuvo de las autoridades (Capítulo Cuarto).

Intentó, sin éxito, que se subastaran unas mil hectáreas, para dar cabida a nuevos colonos nacionales. En vez de ello, el Fisco otorgó a una sociedad, desde allí mismo, una concesión de 200 mil hectáreas, según cuenta, sin que hasta ese momento ésta hubiese cumplido su obligación de instalar colonos.

“Como esta concesión —concluye— hai muchas i de cientos de miles (de hectáreas) i luego será por millones, pues ya se les irá abriendo el apetito”⁴⁰⁰.

De esta manera, hemos conocido el pensamiento del señor Del Río sobre diversos temas de relevancia económica, que preocuparon a los hombres de su tiempo. Sus opiniones no son más que el reflejo de las circunstancias y experiencias de su propia vida, así como de los nuevos aires que soplaban en esos años.

³⁹⁸Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 327.

³⁹⁹Ibidem, Tomo II, p. 548.

⁴⁰⁰Ibidem, Tomo II, pp. 479 y 480.

CAPITULO IX

Pensamiento Político



*"FUI BALMACEDISTA POR AMOR AL ORDEN Y PORQUE EL TAN DECANTADO GOBIERNO
PARLAMENTARIO ME HA PARECIDO FUNESTÍSIMO EN NUESTRA REPÚBLICA..."*

JOSÉ MANUEL BALMACEDA, PRESIDENTE DE CHILE 1886-1891

(RETRATO EXISTENTE EN EL MUSEO DE HUALPÉN)

76. PEDRO DEL RÍO Y LA POLÍTICA

En el amplio campo de los intereses de Pedro del Río no podía estar ausente la preocupación por la cosa pública. Procedente de una familia de la que numerosos miembros habían tomado parte activa en política, su carácter inquieto lo llevaría a involucrarse más y más en los acontecimientos de su tiempo.

Por otro lado, contribuyeron, sin duda, a despertar sus inquietudes las complejas circunstancias políticas del Chile de la época, muchas de las cuales tuvieron a Concepción por epicentro. En efecto, dos revoluciones —en 1851 y 1859— y las largas disputas “doctrinarias” dividieron profundamente a nuestra sociedad decimonónica, proceso que se vio acentuado, aunque con matices diversos, por la guerra civil de 1891.

Si bien don Pedro era ya, hacia 1880, un hombre de gran ascendiente en la zona, por su fortuna y condiciones, sólo participará activamente en política tras la muerte del Presidente Balmaceda y el triunfo de la Revolución, hechos que le conmoverán profundamente.

Pero aún entonces, por su carácter independiente y desprovisto de ambiciones —y a pesar de diversos ofrecimientos de senadurías y diputaciones—, elegirá siempre hacerlo como “simple soldado”, según solía repetir, y no desde las Cámaras.

Reafirmaría su opción de marginarse de éstas, al menos durante los primeros años, la tragedia que lo privara de su familia. Por último —y en esto no concordaban muchos de sus conciudadanos ni la prensa de la época—, no se estimaba a sí mismo con méritos suficientes para desempeñar esos altos puestos.

Como ya habíamos adelantado, el pensamiento del filántropo es de raigambre nítidamente liberal (Capítulo Quinto). Aun cuando tenía una posición clara respecto a ciertos temas “doctrinarios”, v. gr., la educación laica o la intervención del clero en política, a que nos referiremos, al desarrollar su acción política principalmente con posterioridad a la revolución, centrará sus esfuerzos en una crítica permanente al régimen político implantado con el triunfo de ésta.

Se ocupará, asimismo, de promover numerosos proyectos de adelanto y de exponer, como hemos visto, sus puntos de vista sobre temas como la colonización del sur, la política de defensa o las relaciones internacionales. En muchos casos, sin embargo, tales planteamientos no guardan relación con su filiación partidaria, correspondiendo, en cambio, a criterios propios —en algunos casos, personalísimos— de don Pedro del Río.

En efecto, antes de referirnos a su pensamiento, conviene detenernos un momento en este peculiar aspecto de la política partidista criolla en el cambio de siglo.

En aquel tiempo, los problemas básicos (económico-sociales, de relaciones exteriores o de organización política) fueron transformándose en "cuestiones abiertas". "Respecto a semejantes problemas, luego, sostiene Gonzalo Vial, se podía tener cualquier opinión, o ninguna, sin perder el color partidista"⁴⁰¹.

El electorado, a su vez, no renegaba mayormente de este estado de cosas. Dice Alberto Edwards: "La parte activa y pensante del electorado no pedía a los candidatos que fuesen autoritarios o liberales, proteccionistas o librecambistas, presidenciales o parlamentarios, oreros o papeleros, sino que fuesen católicos o 'liberales' al estilo espiritual"⁴⁰². Con el tiempo, incluso la pugnas "doctrinarias" se fueron desperfilando, lo que acentuaría aún más las carencias programáticas de los partidos que entonces se alternaban en el poder.

La desvinculación del ideario de don Pedro del Río frente a los temas verdaderamente relevantes de su filiación partidista justifica, además, el tratamiento separado que hemos hecho de los diversos aspectos de su pensamiento. Ello no significa, no obstante, que éste no diese la prioridad debida a tales cuestiones. En efecto, en carta a su amigo Rodolfo Briceño, fechada en 1900, luego de rechazar una nueva candidatura que su partido, el liberal democrático, le ofreciera, sostiene:

"Permítanme aconsejarles ser prácticos en su elección; lleven al Congreso alguno que, en vez de hacer bellos discursos, trabaje tenazmente por que nuestra política internacional sea digna, valiente y levantada; protección franca y decidida a la industria y a nuestra marina mercante nacional; colonización, pero mui selecta; perseguir con mano de hierro la ebriedad, la usura y el juego, aun en la forma simpática de loterías y apuestas mutuas; y, por fin, aunque se construyan menos líneas férreas, que se gaste a manos llenas en caminos, escuelas prácticas y policías".

77. LOS AÑOS PREVIOS A LA REVOLUCIÓN

Durante los años previos a la administración Balmaceda, su actuación política es más bien marginal. Los apuntes de su primer viaje, redactados entre 1880 y 1882, reflejan su escaso interés de entonces por los asuntos públicos: sólo el auge del anarquismo o los atentados magnicidas de los nihilistas parecen ameritarle un comentario.

⁴⁰¹Vial, Gonzalo, obra citada, volumen II, Tomo I, p. 583.

⁴⁰²Edwards V., Alberto. *La fronda aristocrática*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1952, p. 204.

77.1. LA EDUCACIÓN RELIGIOSA

En aquellos años, por otra parte, uno de los temas “doctrinarios” que más apasionadamente dividían a la opinión nacional era el de la educación. Se discutía con fervor acerca del rol que le cabía al Estado y a la Iglesia en su gestión. Don Pedro, que como buen liberal militaba en el bando laico a pesar de su fe nunca abandonada, era contrario a la enseñanza religiosa en liceos y escuelas.

Con el tiempo, sin embargo, su espíritu abierto y las experiencias observadas en sus viajes le harían modificar sustancialmente sus planteamientos. Así, en París, en 1905, escribía:

“Yo había creído hasta ahora que la enseñanza religiosa en las escuelas era por muchos motivos perniciosa i sin embargo, la experiencia ha demostrado aquí que la falta de toda creencia es peor aún, pues con el sistema laico o ateísmo se han duplicado los crímenes, alcanzando hoy a treinta mil, siendo de este número las dos terceras partes de sus autores... menores de 20 años”⁴⁰³.

77.2. EL “CLERICALISMO”

Una posición igualmente crítica había sustentado inicialmente respecto del “clericalismo”, esto es, de la intervención eclesiástica directa en política contingente.

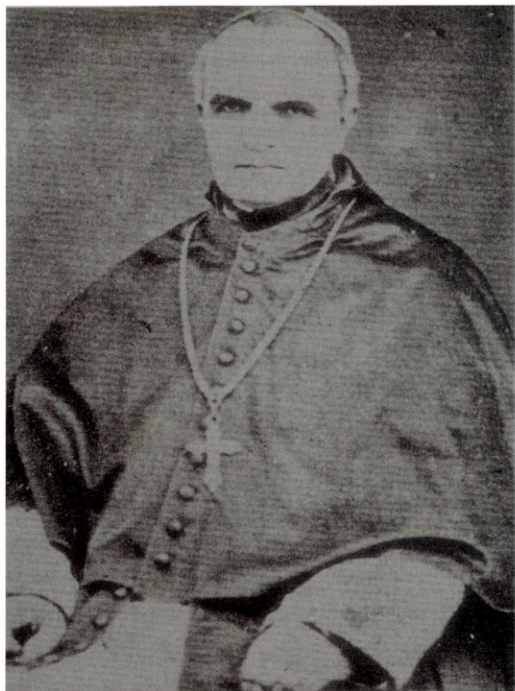
Este fenómeno, particularmente grave durante los años de las luchas teológicas, se prolongaría aún por largo tiempo. Así, por ejemplo, cuenta don Domingo Benigno Cruz Q., biógrafo del gran Obispo de la diócesis penquista don José Hipólito Salas (1854-1883), que éste trabajó activamente por el triunfo de don Federico Errázuriz Z., candidato de la fusión liberal conservadora.

El Partido Conservador, por lo demás, se había organizado años antes, en Concepción, merced también a sus esfuerzos. Con este fin, el Obispo comenzó a reunir, “en su propia casa, a los principales sujetos católicos, hablándoles de la necesidad de constituirse en Partido francamente católico, como calidad fundamental, y de trabajar en las elecciones políticas”. El señor Salas, añade su biógrafo, tomó, asimismo, gran parte en las elecciones de Senadores y Diputados de marzo de 1873 “y sus esfuerzos fueron coronados por el éxito”⁴⁰⁴.

Ideas parecidas sobre el rol político que le cabía cumplir a la Iglesia sustentaría, años más tarde, don Gilberto Fuenzalida, Obispo de la diócesis penquista entre 1918 y 1938. Fiel soldado conservador —había integrado el Directorio del Partido siendo

⁴⁰³Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 407.

⁴⁰⁴Cruz Quintanilla, Domingo B. *El ilustrísimo señor don José Hipólito Salas*. Imprenta Cervantes, Santiago, 1922, pp. 319, 328, 329 y 337.



José Hipólito Salas, Obispo de Concepción, 1854-1883.

sólo presbítero—, “no sólo creía lícito, sino indispensable tener esa filiación política”⁴⁰⁵.

Si bien don Pedro, como liberal, era partidario de la abstención del clero en materias políticas, su temperamento tolerante y sus numerosas relaciones inhibieron en él todo asomo de sectarismo. Entre sus amigos se contaban muchos clérigos, como el Obispo penquista don Plácido Labarca (que lo visitara, recordemos, para el día de San Pedro) y don Domingo Benigno Cruz Q.

Por relaciones familiares, además, se hallaba fuertemente vinculado a sectores conservadores: ocurría así, por ejemplo, con los Urrejola, la familia de su segunda esposa, y los Méndez, unidos a éstos, también, por estrechos lazos familiares.

Respecto a estas dos familias penquistas, sostenía Ricardo Cox M., en sus *Recuerdos de 1891*, que “por su fortuna y posición social, por la inteligencia sobresaliente de muchos de ellos, representaron en 1870 a 1890, sin duda alguna, el núcleo conservador y católico más importante de todo el sur de Chile”⁴⁰⁶.

Si tales relaciones contribuían a suavizar su carácter, no atenuaban, en cambio, la firmeza de sus convicciones. Hacia fines de siglo, en testamento que luego derogaría el definitivo, redactado en 1917, donaba al convento Agustino de Concepción la suma de mil pesos, para que se invirtieran en un jardín en la plazuela del convento, con la siguiente declaración:

“Teniendo la profunda convicción de que la intervención del clero en política es un mal para nuestras instituciones y para la religión y habiendo obtenido datos fidedignos de que los religiosos del convento Agustino de esta ciudad no toman parte alguna en política, lego a dicho convento...”⁴⁰⁷.

En su testamento definitivo, otorgado dos décadas más tarde, cuando ya se habían aplacado las pasiones doctrinarias, no reiteraría estos conceptos. Más aún, en el instrumento mencionado, no trepidará en efectuar una generosa erogación en favor de la “útil i simpática” institución de las Hermanitas de los Pobres, con la cual, dicho sea de paso, ya colaboraba durante su vida.

78. LA TOLERANCIA

La virtud que este gesto denota, la tolerancia política y religiosa, quedó de manifiesto en diversas actuaciones de su vida. Su altruismo, motivado por razones patrióticas o simplemente humanitarias, le llevaba a descartar toda consideración sectaria en sus acciones de bien público. Influyeron, sin duda, en la formación de su mentalidad

⁴⁰⁵Vial, Gonzalo, obra citada, volumen I, Tomo I, pp. 72 y 73.

⁴⁰⁶Cox Méndez, Ricardo. *Recuerdos de 1891*, Imprenta Nascimento, Santiago, 1944, p. 35.

⁴⁰⁷Citado en el *Diccionario biográfico de Chile*, de Pedro Pablo Figueroa (obra citada, Tomo III, p. 59).

abierta, sus largos viajes, que le colocaban, de alguna manera, por sobre las pequeñas rencillas de los grupos políticos.

Así, fuese cual fuese la coalición de turno en el gobierno local o nacional, don Pedro, indiferente a tales contingencias, proponía algún proyecto interesante o comprometía una generosa erogación.

Ejemplo de lo anterior lo constituye el ofrecimiento que formula al Municipio penquista, en abril de 1891 –en plena revolución–, de construir un Teatro popular, un museo y zoológicos, canchas y otras diversiones y juegos, en la Alameda de Concepción (actual Parque Ecuador). Para contribuir a la ejecución de estas obras, además, ofrece una importante suma de dinero.

Aceptado en principio, las difíciles circunstancias políticas –y en particular las afinidades balmacedistas del señor Del Río, según él mismo declarará– harán abortar este ambicioso proyecto⁴⁰⁸:

“...Pero como esto fuese –recordará amargamente años después– a raíz de la malhadada revolución del 91, siendo yo balmacedista, a pesar de haberlo aceptado el Intendente de la Provincia, señor (Guillermo) Matta, el primer Alcalde y ediles no lo tomaron en consideración, privando así a la ciudad de mejoras en ese lugar que me habrían hecho desembolsar cincuenta mil pesos. ¿Se hace política todo en mi querida tierra!”⁴⁰⁹.

Otra manifestación de su tolerancia la encontramos en la donación que hace de su fundo y colecciones a la ciudad de Concepción. En su segundo testamento, otorgado a fines de siglo, tras afirmar que Hualpén era el sitio obligado de paseo en los días festivos, procedía a legarlo a fin de que continuara siéndolo después de sus días, para nacionales y extranjeros, “sin distinción de ideas políticas ni religiosas, ni posición social”.

En su testamento definitivo, de 1917, declaraba igualmente que el Parque debía estar abierto a toda persona, “sin distinción de clase ni creencias i especialmente a los desheredados de la fortuna”.

79. EL RECHAZO DE UNA CANDIDATURA

En la segunda mitad del siglo XIX y hasta las primeras décadas del XX, la adhesión a las ideas liberales y radicales era casi unánime en la alta sociedad penquista, con escasas –pero importantes– excepciones. Pues bien, estos sectores mayoritarios vieron en Pedro del Río, en más de una ocasión, la persona apropiada para representar-

⁴⁰⁸Comunicación de don Pedro del Río a don Guillermo Matta G., Intendente provincial, de 20 de abril de 1891; comunicación del Intendente a don Pedro del Río, de 29 de abril de 1891. Archivo de Hualpén.

⁴⁰⁹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, pp. 136 y 137.

los en las Cámaras. Así, la *Revista del Sur*, primer órgano penquista de prensa diaria, de filiación liberal, en su edición de 2 de octubre de 1884, informaba:

“Corre el rumor que varias personas respetables se han acercado últimamente al señor Pedro del Río, a ofrecerle la candidatura a diputado por el departamento de Concepción”... “El señor Del Río en la alta posición que ocupa y sus numerosas relaciones contaría, no hai duda, con un partido respetable”... “Y creemos —concluía la nota de prensa— que no sólo podría desempeñar bien ese honroso puesto, sino que también sería una justa manifestación del pueblo de su cuna”.

Al día siguiente, los rumores se vieron confirmados por una comunicación dirigida por el aludido a la Revista, agradeciendo la alta deferencia que se hacía a su persona, pero manifestando su firme decisión de no acceder a la solicitud planteada, con alguna insistencia, desde su regreso al país.

“Creo que ha llegado el caso de declarar con mi acostumbrada franqueza que no acepto ahora ni aceptaré nunca cargo alguno público ni mandato al Congreso; pues no encontrándome con las suficientes cualidades que se necesitan para desempeñar esos altos puestos nacionales, creo de mi deber dejar que los cumplan otros que puedan desempeñarlos mejor que yo”.

Pesaba en su decisión, además, la sombra, no demasiado lejana de la tragedia. “Deseo pasar el resto de mi borrascosa vida en paz y tranquilidad”.

Concluía su misiva afirmando que serviría “a mi querida patria y a mi pueblo de otra manera y en la medida de mis fuerzas”⁴¹⁰. *El Sur*, entonces órgano radical, se hacía eco, pocos días después, de las elogiosas expresiones de la *Revista del Sur*, deplorando, al igual que ésta, el rechazo de la candidatura ofrecida:

“Si el señor Del Río, sostenía, hubiese honrado a Concepción con su presencia en el Congreso, estamos seguros que habría servido con integridad y desinterés a su pueblo natal en toda ocasión”. Don Pedro, no obstante, mantendría su decisión. No es ésta, veremos, la última vez que deberá rechazar una postulación.

Su negativa a aceptar cargos públicos o de representación popular, sin embargo, no debe interpretarse como una manifestación de desinterés en tales materias. Por el contrario, en sus apuntes de viaje describe, entre tantos otros aspectos de la realidad de los países que visitara, el sistema electoral argentino o el régimen político uruguayo; asiste a las sesiones de las Cámaras legislativas mexicanas y de varias naciones europeas y lanza mordaces dardos a la dictadura militarista de Porfirio Díaz o contra los avances del socialismo y del anarquismo.

En la Casa Museo, además, se conservan volúmenes de la sesiones de las Cámaras y recopilaciones de leyes constitucionales chilenas, todo lo cual da cuenta de su inquietud en este campo⁴¹¹.

⁴¹⁰*Revista del Sur*, 3 de octubre de 1884.

⁴¹¹Parra C., Juan. *Inventario de Libros, Parque Pedro del Río*, 1989. Inédito. Archivo de Hualpén.

Así, poco a poco, sus lecturas, sus viajes, pero sobre todo las circunstancias difícilísimas que atravesara el país, al punto de conducirlo a la guerra civil, van perfilando su pensamiento.

En términos generales, por conceptos vertidos en diversas ocasiones, cabe sostener que era partidario del sistema republicano y democrático de gobierno y del Estado unitario, elementos que, entonces como ahora, se hallaban presentes en el régimen político chileno.

En cuanto a lo último, la estructura unitaria del Estado chileno, estimaba que en ella radicaba la fuerza política y administrativa del país, con la desventaja, eso sí, de la excesiva centralización, en perjuicio de las provincias.

80. RÉGIMEN POLÍTICO. PARTIDARIO DEL PRESIDENCIALISMO

Aun antes de la crisis del 91, propiciaba algunas reformas que, según afirmaba, contribuirían a perfeccionar el sistema político. Entre ellas, la elección conjunta de Presidente de la República y de diputados, cada 5 años, favoreciéndose así la formación de mayorías estables.

Los miembros de las Cámaras, sostenía, además debían ser remunerados por el Estado: "¿no es en una República democrática la mayor de las injusticias hacer de la Representación Nacional un privilegio exclusivo para los favorecidos de la fortuna? Los que no necesiten la renta, añadía, i tengan patriotismo, no la admitan o la cedan a establecimientos de beneficencia de su simpatía". Igualmente rentados debían ser, agrega, los jueces de menor cuantía, "para que pudieran administrar justicia rápida"⁴¹².

Claramente partidario del presidencialismo, del orden y el gobierno fuerte, calificaba a Portales como "hombre de juicio, carácter e inteligencia superiores, quien logró asegurar el orden i la moralidad administrativa". Todo ello, sin embargo, dentro de un clima de tolerancia política y religiosa y de la ansiada libertad electoral (según se la entendía entonces, esto es, como la no intervención del Ejecutivo en las elecciones políticas).

Estas ideas, unidas a un marcado nacionalismo económico, que ya hemos analizado, lo llevarán a acercarse cada vez más al ideario del Presidente mártir, Balmaceda. Tras la muerte de éste, sus convicciones no harían sino fortalecerse.

⁴¹²Del Río Z. *Nuevos viajes*, obra citada, p. 46; *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 542.

81. EL BALMACEDISMO

"Fui balmacedista por amor al orden —dirá, más tarde, en carta a su amigo Rodolfo Briceño—, y porque el tan decantado gobierno parlamentario me ha parecido funestísimo en nuestra República, como en todo país, a excepción de la Gran Bretaña".

De su adhesión han quedado numerosos testimonios: un gran óleo del Presidente Balmaceda, en el escritorio de don Pedro, en Hualpén; un medallón en alto relieve con el busto del Mandatario; un álbum de Obras Públicas, que data del gobierno de éste; un ejemplar de la obra de reivindicación histórica, que don Julio Bañados Espinoza escribiera por encargo de Balmaceda; un facsímil del testamento político de éste, obra del litógrafo Leblanc, etc. Por último, el potrero más grande del fundo "San José" fue bautizado "Balmaceda", en su honor⁴¹³.

Por si todo lo anterior no fuese bastante para acreditar su fervoroso balmacedismo, Pedro del Río legó, en su testamento de fines de siglo, una fuerte suma para honrar su memoria. Señala la disposición mencionada:

"Habiendo sido siempre enemigo de las guerras civiles, especialmente de la última, y encarnando el nombre de don José Manuel Balmaceda, el partido del orden y del sistema antiparlamentario en Chile, lego la modesta suma de dos mil pesos para que con ella se ayude a levantar un monumento a la memoria de ese Presidente mártir, ya sea que ese monumento se levante con fondos del Estado o por suscripciones populares".

Ese legado, concluía la disposición, debía cumplirse en cualquier tiempo, "sin que se pueda alegar para no cumplirlo prescripción ni plazo alguno"⁴¹⁴.

Testimonio de la veneración que sentía por la figura del mártir, don Pedro mantendría la disposición referida en su testamento definitivo, sólo incrementando la cuantía del aporte ofrecido. Demostraba así que, a pesar del tiempo transcurrido, su lealtad hacia el jefe legendario se prolongaba hasta su muerte. Por lo demás, el respeto popular por su figura, con el fracaso del régimen que sucedió a la revolución, no había dejado de crecer.

82. LA REVOLUCIÓN DE 1891

Otros vientos soplaban, sin embargo, en los días previos a la guerra civil. "La oposición al Gobierno de 1890 era la regla en la sociedad chilena; el ambiente social le era visible y palpablemente adverso"⁴¹⁵.

⁴¹³Oliver S., Carlos. *Guía catálogo del Museo de Hualpén*, ya citado.

⁴¹⁴Citado en el *Diccionario biográfico de Chile*, de Pedro Pablo Figueroa, ya citado, Tomo III, p. 58.

⁴¹⁵Cox M., Ricardo. *Recuerdos de 1891*, obra citada, p. 29.

En Concepción, la situación no era diferente. El mismo Balmaceda había tenido oportunidad de percibirlo durante la visita que hiciera a esta ciudad, a fines de ese año, con ocasión de la inauguración de la construcción del dique seco de carena más grande del Pacífico. Los disturbios que provocara su presencia presagiaban ya la revolución⁴¹⁶.

Don Ricardo Cox M., que había estado en la ciudad un par de meses antes, escribiría, recordando aquellos días: "...casi todas las familias conservadoras, liberales y radicales que constituían en 1890 lo que se entiende por 'la sociedad', estaban contra el gobierno del Presidente Balmaceda: Urrejola, Méndez, Unzueta, Del Río, Plummer, Prieto (sólo mencionamos los apellidos de algún interés para nuestro propio relato). Había una excepción: la familia Zañartu, que estaba dividida"⁴¹⁷.

Como se observa, Cox sólo parece equivocarse al mencionar a los Del Río como pertenecientes al bando "constitucional"; tal vez su afirmación sólo sea incorrecta respecto de Pedro del Río. Por otra parte, el narrador no yerra al describir a los Zañartu como una familia dividida por el conflicto.

En efecto, recordemos que don Aníbal y don Manuel Aristides Zañartu, primos del filántropo, fueron ministros de Estado durante la Administración Balmaceda (Capítulo Primero). El segundo, don Manuel Aristides, tras la derrota de Placilla, acompañaría al Presidente, la noche del 28 de agosto de 1891, hasta su último asilo, la Legación Argentina, donde éste se quitaría la vida algunos días después.

Una de las instituciones afectadas por las actuaciones del gobierno derrotado, el Club Concepción, sancionó a los socios vinculados con la "dictadura", en represalia por las vejaciones recibidas, expulsando a 23 de ellos (el Club de la Unión haría lo mismo). Entre los exonerados, no obstante, no figuró Pedro del Río.

Lo anterior se explica, a nuestro parecer, por la circunstancia de no ocupar éste ningún cargo público al momento de desatarse los acontecimientos y por su ascendiente como empresario y servidor público. No corrió la misma suerte su amigo Rodolfo Briceño, quien figuró en la nómina de expulsados⁴¹⁸.

Don Pedro, además, realizó un largo viaje por esos años, sólo interrumpido por la muerte de su madre, a mediados de 1889, que lo obligó a regresar de inmediato.

El señor Del Río, al parecer, no sufrió persecución ni molestia alguna tras el triunfo de la revolución, sólo la angustia de la derrota y su costo en vidas humanas y bienes. En Arica, en 1905, recordando las sangrientas batallas de la Guerra del Pacífico, sus pensamientos derivan hacia la guerra civil:

"De los bravos jefes i soldados que fueron respetados por las balas enemigas en aquellos combates, ¿cuántos han ya desaparecido! La mayor parte o muchos de ellos,

⁴¹⁶Diario *El Sur*, 16 de diciembre de 1890.

⁴¹⁷Cox M., Ricardo, obra citada, pp. 35 y 36.

⁴¹⁸Muñoz L., Carlos. *Club Concepción, 1867-1990*, obra citada, pp. 36 y 37.

tratando de sofocar la lamentable revolución que nos ha traído tanta desmoralización i desgracias!⁴¹⁹.

Como recuerdo de las jornadas de 1891, conserva en su museo un machete de infantería usado por el ejército chileno en ese año y, lo más interesante, la bandera del blindado "Blanco Encalada", hundido en la bahía de Caldera por los torpedos de la Escuadra gobiernista, el día 23 de abril de 1891, a las cuatro de la madrugada.

Fue obsequiada a don Pedro del Río por doña Teresa del Río de Pinto, en cuya presencia fue extraída de las aguas. Rememorando este episodio de la guerra, apunta el filántropo: "Aún debemos recordar sonriendo, pero con gusto, el como le cupo en suerte salvarse asido de la cola de una ternera a uno de los tres jefes de la revolución, don Ramón Barros Luco"⁴²⁰.

83. EL PARTIDO LIBERAL DEMOCRÁTICO

Proféticamente, el párrafo final del testamento político del Presidente Balmaceda (copia facsimilar del cual don Pedro conserva en su museo), auguraba: "Si nuestra bandera, encarnación del gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo, en tiempo no lejano, y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros, flameará un día para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi patria, a la cual he amado sobre todas las cosas de mi vida".

Tras su muerte, su recuerdo fue elevado a la categoría de mito, encarnando progresivamente los reclamos y los ideales de reforma de las clases gobernadas. De esta manera, el balmacedismo devino una importante fuerza pública, incorporando sectores sociales cada vez más amplios.

El Partido Liberal Democrático, que agruparía a las huestes balmacedistas y a sus nuevos seguidores, se constituyó en 1892. Agitando las banderas del presidencialismo, celebró su Gran Convención en Talca, a fines de 1893, con la que dio la partida a la campaña electoral, dirigida a los comicios parlamentarios del año siguiente.

En éstos, paradójicamente aliado con su más duro adversario en la revolución, el radicalismo, alcanzó un éxito resonante, pasando a constituirse en la segunda fuerza política del país, al obtener 26 asientos en la Cámara⁴²¹.

⁴¹⁹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno el mundo*, obra citada, Tomo I, p. 18.

⁴²⁰Ibidem, Tomo I, p. 7.

⁴²¹Edwards, Alberto. *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1976, p. 138.

84. UN POLÍTICO SIN AMBICIONES

Don Pedro se sumaría entusiastamente al nuevo movimiento. En 1895 integraba el Directorio departamental del mismo y hacia 1900, otra vez, el Partido se volvía hacia él para ofrecerle una candidatura, mas ahora a senador. En la carta a Rodolfo Bricieño a que nos hemos referido, expresa:

"En mi ya larga vida, habría podido —como tantos— ocupar un asiento en ambas Cámaras, lo que nunca he pretendido ni deseado, dejando esos puestos a otros mejor preparados que yo; además, agrega, con mi carácter independiente no cedo nunca por simpatías personales, oportunismo —ni por lo que llaman exigencias políticas— de mis arraigadas convicciones y principios". Pesaba, también, en su decisión, la "vergonzosa" división que enfrentaba entonces al balmacedismo.

En 1902 es mencionado nuevamente en un listado de candidatos aparecido en *El Sur*, con ocasión de las cercanas elecciones. El penquista, entonces, consecuente con sus planteamientos de siempre, remite al diario dos cartas: la primera, en que rechaza la nueva postulación ofrecida; y una segunda, firmada por un correligionario, que deploraba, en sentidos términos, la nueva negativa. He aquí la conceptuosa carta, fechada en febrero de 1902:

"Al agrado de conocer a Ud. i señora, agregaba la justa expectativa de que el partido, al cual Ud. i yo pertenecemos tuviera honrosa representación en la persona de Ud., en la próxima renovación senatorial".

"Acariciando ese propósito, escribí a Santiago, i la idea fue acogida con tanta satisfacción, que, con ocasión del fallecimiento de Zañartu, se me insinuó la conveniencia de ubicar a Ud. en Ñuble".

"Así, respetando en lo que vale su voluntad, lamento su determinación de sustraerse a la política activa, como bien lo traduce su estimada que contesto"... "Si bien mis anhelos son frustrados por este capítulo, veo, sin embargo, con satisfacción que las jornadas de mañana habrán de contar con el valioso esfuerzo de su distinguida personalidad".

85. UNA HONROSA COMISIÓN

Si no ocupó, por propia decisión, tales altos puestos, desempeñó, en cambio, honrosas comisiones que denotan la consideración que le dispensaban sus con Ciudadanos.

En efecto, durante la elección presidencial de 1901, que enfrentó a don Pedro Montt M., entonces diputado y vicepresidente del Consejo de Estado, apoyado por conservadores y otros grupos más pequeños, con don Germán Riesco E., candidato del liberalismo unificado —balmacedistas incluidos— en la Alianza Liberal, le tocó a

Pedro del Río integrar la comisión encargada de invitar al señor Riesco a la proclamación de su candidatura en Concepción⁴²².

Don Germán Riesco, a quien el apoyo de liberales doctrinarios y radicales hacía invencible, se hallaba en campaña oficialmente desde el 8 de marzo, fecha de su nominación por la Convención. Al mes siguiente, el liberalismo penquista organiza un gran banquete, con no menos de 500 adherentes, para proclamar al candidato en la provincia de Concepción.

Con este objeto, se designa una comisión encargada de invitarle a la manifestación, integrada por Pedro del Río Z., Pedro Luis Zañartu y Luis Urrutia Rozas. Sobre ellos, la prensa liberal afirma: "No pudo ser más acertada la designación de esta comisión (...) Sus miembros son, sin duda, los más respetables de la provincia".

Los delegados se dirigieron a Santiago en el Expreso de Talcahuano. Sabedor el señor Riesco de su viaje, envió a la estación a esperarles a uno de sus hijos y a un hermano y puso a disposición de aquéllos su carruaje. En la mansión del abanderado aliancista fueron gentilmente atendidos por éste y por su esposa, doña María Errázuriz -hija, hermana y, muy pronto, cónyuge de presidentes⁴²³-, compartiendo una exquisita cena, a la cual asistieron prominentes hombres del liberalismo santiaguino.

En esta ocasión, diría la prensa liberal, tras su regreso, "los comisionados pudieron aquilatar de cerca las dotes que adornan a nuestro candidato. El juicio que mediante el conocimiento personal de él se formaron sobrepusó al honroso que ya tenían". Durante la presidencia de Riesco y después, don Pedro del Río mantendría con éste "amistosas relaciones".

No era Riesco su único amigo en las altas esferas del liberalismo. También lo fue Claudio Vicuña, precandidato en la elección mencionada, pero quien ya había sido "elegido" Presidente en la zona balmacedista, durante la revolución; a Julio Bañados E. y a él dirigió Balmaceda su testamento político.

Los mismos lazos de amistad lo unían a Emilio Bello, Enrique Zañartu, Enrique Salvador S., jefe balmacedista que ocupó, más tarde, la representación diplomática en París; don Pedro Pablo Figueroa, redactor principal de *La República*, el gran diario liberal-democrático, y muchos otros.

En el plano local, tuvo destacada participación, ahora como convocante, en la gran manifestación que lo más selecto de la sociedad penquista le ofreciera, el 18 de julio de 1903, al Intendente penquista don Agustín Vargas Novoa (1888-1890 y 1901-1903), con motivo de la dejación que éste hacía de su cargo. En el evento, que

⁴²²Eyzaguirre, Jaime., *Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren: 1896-1901*, Empresa Editora Zig-Zag S.A., Santiago, 1957, Tercera Parte, párrafo 5º, pp. 378-390.

⁴²³Doña María era hija del ex Presidente don Federico Errázuriz Zañartu (1871-1876), hermana del entonces Presidente don Federico Errázuriz Echaurren y esposa de don Germán Riesco Errázuriz, primo y cuñado del anterior.

contó con una masiva asistencia, no estuvo presente, sin embargo, el señor Del Río, quien se hallaba aquejado de un fuerte resfriado, que le obligaba a guardar cama.

86. CRÍTICA A LOS ABUSOS DEL PARLAMENTARISMO

Como hemos adelantado, era don Pedro muy crítico del régimen político surgido a consecuencia de la revolución. Algunos aspectos de él, intrínsecos o producto de las prácticas políticas, le provocaban especial escozor.

Era éste el caso, v. gr., de la acelerada rotativa ministerial, motivada por las frecuentes –y muchas veces injustificadas– interpelaciones y censuras. Así, sin ir más lejos, don Germán Riesco tuvo 17 ministerios, de los cuales 10, al decir de Julio Zegers, habrían perecido “por litigios de partición de empleos”.

Entrevistado en Saint Louis, Estados Unidos, durante su tercer viaje (1904-1905), criticaba con dureza este vicio de la política chilena –tal vez la única crítica negativa en una entrevista plagada de afirmaciones chauvinistas–, afirmando:

“Hay un solo aspecto en el cual yo creo que vuestra república (E.E.UU.) nos supera, y es el hecho de que el Presidente elige su propio ministerio. En nuestro país, los ministros del gabinete son elegidos, y como hay alrededor de seis partidos, los ministerios están cambiando constantemente”.

En sus apuntes vuelve sobre el mismo tema, criticando ásperamente la frecuencia con que esos cambios se producen, “gracias al parlamentarismo ridículo chileno implantado por los partidos que derrocaron a Balmaceda i que por muchos años –acertadamente auguraba– hará la desgracia del país, pues con él no puede gobernar ningún Presidente, ya que cada congresal desea lograr ser jefe i no soldado de determinado partido político”⁴²⁴.

Le molestaba sobremanera, asimismo, la inoperancia de las Cámaras frente a numerosos proyectos de obras públicas, que eran demorados por años:

“La mayor parte de nuestros hombres, sostenía, no tienen tiempo sino para ocuparse de política, cambiando ministerios; consideran estos asuntos baladíes, i en prueba de ello duermen en las Cámaras el sueño de los justos los importantes proyectos de irrigación, de caminos i líneas férreas de trocha angosta, con los cuales, haciéndolos sistemáticamente por algunos años, se triplicaría pronto la riqueza de nuestro bello i rico país”⁴²⁵. Expresiones parecidas aparecen en forma recurrente en sus escritos de aquellos años.

⁴²⁴Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 334.

⁴²⁵Ibidem, Tomo I, p. 115.

A lo anterior, sumábase su desagrado frente a las obstrucciones, con las que minorías ínfimas solían retardar y hasta paralizar cualquier proyecto de ley; ello era agravado por la carencia de un mecanismo de clausura del debate en el reglamento de las Cámaras, por lo que las discusiones solían prolongarse hasta extremos inauditos (la clausura sólo se establecería, aunque con alcances modestos, en 1912)⁴²⁶.

Hallándose en Viena, donde se enterara de que, en el Parlamento local, un congresal había conservado la palabra por días y noches continuas, escribió: "Sin duda que algo análogo alcanzaremos en Chile si no se consigue reformar nuestro famoso reglamento i no concluimos con las perniciosas i ridículas obstrucciones, casi siempre de los titulados independientes"⁴²⁷.

Las municipalidades, a su vez, desquiciadas por el régimen de comuna autónoma y transformadas en el centro de la corrupción electoral, se convirtieron, en general, en entes muy ineficientes. Lo servicios locales, desfinanciados, fueron prácticamente abandonados.

"(Con) las ridículas leyes comunales –sostenía don Pedro, refiriéndose a ambas Américas– si en algunas no se roba, siempre se desperdicia i malgasta para favorecer a los correligionarios políticos; consecuencia: la bancarrota en los municipios". En relación al caso chileno, añadía: "Las famosas comunas actuales... son detestables... i habrán de reformarse... si lo consienten los demócratas!"⁴²⁸.

Crítica, además, la excesiva injerencia de los partidos en los servicios públicos y en la designación de autoridades, así como el uso inadecuado que se hacía del presupuesto nacional –"jubilaciones y pensiones"– descuidando lo principal, esto es, a su juicio, la educación, las obras públicas y –en tiempos difíciles– la defensa.

Todo ello contrasta, siempre en opinión del señor Del Río, con la situación prevaliente en el Chile "viejo" (prerrevolucionario) y, particularmente, con el gobierno de don José Manuel Balmaceda. De ahí que, motivado por estas reflexiones, escribiera:

"Necesaria se hace una férrea mano que enderece rumbos i con los aún valiosísimos restos de nuestra riqueza salitrera continúe la labor de los últimos Presidentes del Chile Viejo, de aquel que algunos llamaron dictador i nosotros, inteligente estadista, gran ciudadano, patriota i mártir!".

"Ferrocarriles, puentes, viaductos, escuelas, en eso deberían invertirse nuestras cuantiosas rentas, continuando así la obra por él comenzada"⁴²⁹.

⁴²⁶Vial, Gonzalo, obra citada, Volumen I, Tomo II, pp. 560-574.

⁴²⁷Del Río Z., Pedro, *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, pp. 373-374.

⁴²⁸Ibidem, Tomo II, pp. 376 y 55.

⁴²⁹Ibidem, Tomo I, p. 21.

87. CONSECUENCIA POLÍTICA Y DECEPCIÓN DEL PARTIDISMO

Los balmacedistas, aunque doctrinariamente seguían adhiriendo al presidencialismo y a los ideales de Balmaceda, en los hechos, sin embargo, fueron absorbidos por el "establishment" político. En efecto, señala el historiador Gonzalo Vial que, a partir de la elección de 1894, "los liberales democráticos fueron los máximos 'cubileteros' parlamentaristas; los más asiduos promotores de crisis ministeriales...; los tejedores de alianzas más heterogéneas y los más despiadados profítadores del presupuesto y cargos administrativos".

El balmacedismo, agrega en otra parte, "tomaría contra el régimen parlamentario, contra los vencedores de Placilla, la más refinada y paradójica venganza. En efecto, exagerando ese régimen ad absurdum, haciendo del parlamentarismo una caricatura, los balmacedistas lo destruirían para siempre"⁴³⁰.

Don Pedro del Río, que vislumbraba esta realidad, cuando recién comenzaba a esbozarse, escribía a don Rodolfo Briceño —y por su intermedio al Directorio Liberal—, en 1900, unas líneas que trasuntaban su desencanto:

"Ustedes saben que he servido sin ambiciones y como simple soldado al Partido Liberal Democrático; ahora marchó con la Alianza Liberal, aunque completamente desilusionado, pues todos los partidos son lo mismo cuando se trata de lograr los favores presidenciales".

Le molestaba igualmente la incoherencia doctrinaria en que cayó su colectividad, particularmente después que don Juan Luis Sanfuentes tomara el control de ésta: a partir de entonces (noviembre de 1902), se columpiará entre Alianza y Coalición, sin otro motivo que el apetito de poder y puestos.

De esta manera, luego de tres ministerios aliancistas, al comienzo del gobierno de Riesco, Sanfuentes, con miras a las parlamentarias de 1903, rompe la Alianza Liberal, tornándose coalicionista (es decir, uniéndose a los conservadores). Antes que ello ocurriera, don Pedro escribe a la prensa, haciendo públicas sus aprensiones:

"Aunque simple, pero siempre leal soldado del Partido Liberal Democrático o balmacedista i como uno de los comisionados, a nombre de la Alianza Liberal para invitar al señor Riesco a la proclamación de su candidatura a la Presidencia de la República, me parece tener derecho a hacer una pública protesta de este último escándalo político. No creo aún que el Excmo. Presidente se preste a cambiar su actual digno gabinete para gobernar con la coalición; sería suicidarse como político honrado; más valdría renunciar!"⁴³¹.

Sus temores, como hemos dicho, se vieron confirmados por los hechos y, es justo decirlo, contra el parecer del Presidente Riesco, quien poco decidía en estas materias.

⁴³⁰Vial, Gonzalo, obra citada, Volumen I, Tomo II, p. 579, y Volumen II, p. 52.

⁴³¹Carta a *El Sur*, de 9 de noviembre de 1902.

Esta y otras situaciones similares fueron configurando en él un creciente sentimiento de decepción, que abarcaba no sólo a la política de los partidos, sino al régimen político en su conjunto, reafirmando sus convicciones presidencialistas.

Así, durante sus últimos años, comparte el sentimiento generalizado de desprestigio que envolvía a "la política". Luego de un viaje al sur, v. gr., expresa haber encontrado todo en tal estado de abandono, "que uno se persuade que en nuestro país no se hace más que 'política'".

"Todo se vuelve comisiones, numerosos empleados, informes, papeleo y nada práctico; se decretan mejoras antes de elecciones, para abandonarlas en seguida".

No obstante, su desencanto no le impedirá alzar la voz, con su acostumbrada vehemencia, para defender los intereses nacionales, cuando sentía que de algún modo peligraban. Hasta el fin de sus días.

TERCERA PARTE

FILANTROPIA

CAPITULO X

Regionalismo y Filantropía



"ME PREGUNTO CON FRECUENCIA, ¿QUÉ HACEN LOS SEÑORES CONGRESALES QUE REPRESENTAN NUESTRAS PROVINCIAS? SERÍA MÁS ACERTADO PEDIR LA FEDERACIÓN, O DIVIDIR NUESTRO LARGO Y ANGOSTO TERRITORIO EN TRES ZONAS O ESTADOS YA QUE EN EL CENTRO SE GASTA POR MILLONES Y NOSOTROS POR CIENTOS, HACIÉNDONOS, SEGÚN ELLOS, CON ESTO UN SEÑALADO FAVOR!"

FUNDO HUALPÉN, LEGADO A LA CIUDAD DE CONCEPCIÓN EN 1917.

88. EL INFLUJO DE LA TRAGEDIA

Develados ya diversos aspectos, más o menos desconocidos, de la vida y personalidad de Pedro del Río, nos parece oportuno referirnos, finalmente, a aquel rasgo que le valió justamente el cariño de sus conciudadanos, cuyos ecos aún perduran, aportando antecedentes ya casi olvidados que contribuirán a aquilatar adecuadamente las dimensiones de su filantropía.

Este noble sentimiento se entronca al gran amor que alberga por la provincia de su nacimiento, Concepción, la que será, a su vez, el escenario de las manifestaciones de sus desvelos humanitarios.

En los días aciagos de su primer viaje, motivado por la tragedia, estos sentimientos se expresaban ya con gran fuerza. En efecto, lo hemos visto recorrer conventillos, cárceles, hospitales o asilos de caridad (estos últimos, durante su segundo viaje, los estudiará por encargo el gobierno).

En estas visitas se empapará no sólo del funcionamiento de tales instituciones, sino también del espíritu de quienes, animados por nobles sentimientos, se desprenden generosamente de gruesas sumas para colaborar con aquéllas; actitud que él más tarde imitará:

“Cuánto merecen esos hombres caritativos que destinan una parte de sus fortunas –escribía en Nueva York, tras visitar un asilo para ciegos– a fines tan nobles, a hacer de tantos desgraciados seres útiles i aún felices!... Dios los siga colmando de fortuna, si con ella han de hacer tanto bien a la humanidad”⁴³².

Por otra parte, la pérdida cruel y repentina de su familia le sume en un estado de congoja profunda que sólo halla consuelo en el amor a Dios y en el servicio a sus semejantes.

Navegando hacia Japón, en la noche de Navidad de 1880, sumido en sus amargos recuerdos, pide a Dios fe para comprender lo ocurrido a su familia “i la esperanza o consuelo de que más tarde nos hemos de reunir en la otra vida... ¡Guardadme Señor –exclama desolado– lo que aún, por suerte, me resta en ésta, i vuelva a verlos si les he de ser de alguna utilidad a ellos i mis semejantes! Aún me puede quedar la satisfacción de ayudar a otros a ser felices, aunque para mí esto sea imposible”⁴³³.

⁴³²Del Río Z., Pedro. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, obra citada, Tomo I, pp. 74 y 112.

⁴³³Ibídem, Tomo I, p. 201.

De esta manera, su sensibilidad, así cruelmente agudizada, se vuelca en forma creciente hacia los afanes filantrópicos. Estos, que llegaron a ser la constante de su vida, abarcarán un sinnúmero de tópicos.

Así, lo veremos atacar con frecuencia la usura de los montepíos, el alcoholismo ("infernál vicio"), los deportes crueles (boxeo, corridas de toros, riñas de perros y gallos) o la destrucción indiscriminada de los bosques.

89. PLANTEAMIENTOS ECOLOGISTAS

A este último punto, la conservación de nuestros recursos naturales, don Pedro solía referirse con frecuencia. La disminución de los bosques, sostenía, "trae como resultado que los ríos sean torrentes que lavan i empobrecen las praderas. Ojalá en Chile las sabias leyes dictadas a este respecto no fueran letra muerta". Cabalgando hacia el lago Llanquihue, comentaba: "Lo que verdaderamente nos apenó fue ver la infinidad de gigantescos alerces destruidos o quemados, tan enormes que en sus troncos huecos cabían varios grandes árboles".

Estas y otras constataciones le llevarán a proponer, adelantándose a su tiempo, la creación de parques o reservas nacionales para la protección de aquel valioso patrimonio: "¿No habrá en Chile un congresal de buena voluntad que pida se hagan o señalen varias de estas reservas al pie de nuestros incomparables Andes...?"⁴³⁴

Hombre de acción, el mismo plantó grandes bosques en sus posesiones rurales. En su testamento, por fin, en la cláusula en que lega a la ciudad de Concepción sus queridas tierras de Hualpén, ha quedado testimonio de sus inquietudes ecologistas.

Sostiene, en efecto, el filántropo: "Recomiendo que no se corte ningún árbol, que se poden, aumenten i conserven sus lindos bosques como yo lo he hecho hasta aquí; creo que para los usos del fundo basta con los que se sequen o desarraiguen".

En su testamento anterior, de fines de siglo, afirmaba, también, haber cuidado los árboles y arbustos del fundo "con el mayor esmero" y expresaba su deseo de que se siguiesen conservando.

90. SENTIMIENTOS REGIONALISTAS

El afecto que sentía por su país, su preocupación por el bienestar de los más modestos, sus desvelos por la educación y la infancia, su interés en las obras públicas y el progreso, debían concretarse, al menos en cuanto a sus manifestaciones materiales,

⁴³⁴Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, pp. 326 y 500; Tomo I, p. 185.

en un ámbito geográfico determinado, que naturalmente no podía ser otro que la zona sur del país y, particularmente, como hemos adelantado, la provincia de Concepción.

Ya lo hemos oído protestar contra el centralismo, “es decir, el sistema que lo da todo para el centro, i en el que aun los más insignificantes empleos son ocupados por jente de la capital. Que éstos no sean idóneos, no importa, preciso es satisfacer, si quiera en parte, a correligionarios políticos”.

“Me pregunto con frecuencia, agregaba, ¿qué hacen los señores congresales que representan nuestras provincias? Sería más acertado pedir la Federación, o dividir nuestro largo i angosto territorio en tres zonas o Estados ya que en el centro se gasta por millones i nosotros por cientos, haciéndonos, según ellos, con esto un señalado favor!”⁴³⁵.

Criticaba amargamente, además, el estado de abandono en que se hallaba la zona de la Frontera, la falta de caminos y de vigilancia policial, etc. Sus conceptos eran especialmente negativos respecto de la situación de la región del Villarrica, cuyos efectos sufrió en carne propia.

Temuco, capital de la recién incorporada Araucanía, que recorriera infatigable en su mocedad, aspiró también el hálito generoso de su beneficencia. A mediados de enero de 1908, con ocasión de un gran incendio que asolara esa ciudad, se constituyó en Concepción una comisión recolectora de fondos para ir en auxilio de las víctimas, presidida por el Intendente de la Provincia.

Pues bien, el filántropo no sólo contribuyó a este objeto con una generosa erogación, sino que se dirigió a Temuco, a fin de “ayudar personalmente, en lo que pueda –señalaba en comunicación al Intendente–, a los damnificados más pobres...” El Intendente, don Pedro Luis Zañartu, por su parte, respondía a la misiva, unos días después, en elogiosos términos⁴³⁶.

Sentimientos aún más fuertes, sin duda, lo ligaban a Concepción (“donde nací i moriré”), que describía con gran cariño, afirmando que, “aunque olvidada de nuestros gobernantes, merece el nombre de Metrópolis del Sur o Reina del Bío-Bío”⁴³⁷. A este “gran cariño” que sentía por su ciudad natal se refiere un periodista anónimo, que lo entrevistara en 1910:

“Por amor a su tierra natal y a su región nunca ha querido aceptar ni ha ambicionado puesto alguno en las Cámaras, ni menos trasladar su residencia a Santiago donde viven numerosos miembros de su familia. El cariño a la tierra natal –concluye– es para él un culto”⁴³⁸.

⁴³⁵Ibidem, Tomo I, pp. 69 y 84.

⁴³⁶Comunicaciones de don Pedro del Río al Intendente penquista, don Pedro Luis Zañartu, de 23 de enero de 1908. Carta respuesta del Intendente a don Pedro, de 10 de febrero del mismo año. Archivo del Museo de Hualpén.

⁴³⁷Diario *La Unión* de Concepción, 31 de enero de 1907.

⁴³⁸*Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada, p. 156.

A mayor abundamiento, el diario *La Unión* de Concepción, el día siguiente de su muerte, publicaba –en primera página– en su homenaje una reseña de su vida que, en lo pertinente, expresaba:

“Nacido en esta misma ciudad, el señor Del Río se hallaba ligado a ella por estrechos lazos de cariño, por íntimas vinculaciones familiares, que lo habían convertido en un sostenedor infatigable de las honrosas tradiciones de nobleza cívica y social, que se agitan en los ambientes penquista y había puesto al servicio de estos levantados ideales no sólo las fecundas inciativas de su talento preclaro, sino también las manifestaciones ilimitadas de su cooperación económica para impulsar la realización de cuanta obra estuviese encuadrada en el marco del progreso y del resurgimiento material e intelectual de Concepción”⁴³⁹.

91. INQUIETUDES CÍVICAS

La preocupación de Pedro del Río por el progreso de su ciudad, aunque manifestada desde la esfera privada, fue una actitud permanente. En efecto, frente a la grave situación sanitaria de la ciudad, causada, entre otros factores, por su bajo nivel respecto del mar y del río, la falta de acequias de desagüe y la permeabilidad del suelo, escribía hacia 1905: “Precisamos con urjencia la indispensable i abundante agua potable, los desagües, mejoras en higiene (y) obra de defensa en el Bío-Bío...”.

Sobre este tema volvía con frecuencia, sosteniendo que “la canalización del Bío-Bío sería facilísima, especialmente frente a la ciudad de Concepción, para evitar las temidas riadas o avenidas; pero, como siempre, para el gran Mapocho, millones; para Concepción, ni aun diez mil pesos para principiar!”⁴⁴⁰.

Para hacer frente a tales avenidas había propuesto, en 1896, en carta a la prensa, “abrir una o dos bocas más al Bío-Bío, en faja mui angosta de arena, de otro lado que se interna hacia la desembocadura”⁴⁴¹.

En cuanto al agua potable, este servicio era suministrado, hasta 1901, por la firma Mulgrew y Cía. Aquel año, un grave conflicto de intereses, ventilado en los tribunales de justicia, se trabó entre el Municipio y la empresa concesionaria, amenazando el suministro del vital elemento.

Ante la emergencia, el señor Del Río realizó oficiosamente diversas gestiones tendientes a provocar un acuerdo extrajudicial entre las partes en conflicto. Con este objeto, conversó personalmente con todos los ediles, expresándoles que debía posponerse toda consideración a “la suprema necesidad de salvar a los habi-

⁴³⁹Diario *La Unión* de Concepción, 6 de mayo de 1918.

⁴⁴⁰Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 516 y Tomo I, p. 84.

⁴⁴¹Carta a *El Sur*, de 9 de agosto de 1896.

tantes de los peligros de un recrudecimiento de las epidemias que hoi por hoi invaden la ciudad”, según refiere a un periodista que le consultara sobre sus gestiones.

Estas consideraciones llevaron a ambas partes, en definitiva, a la designación de un perito, que fijara las condiciones del traspaso del servicio a la corporación edilicia. A partir de ese momento, agrega Oliver Schneider, “el servicio mencionado significó a la Municipalidad incontables preocupaciones, hasta que, en forma inesperada, el Gobierno lo toma a su cargo”⁴⁴².

La prensa recogió, también, sus inquietudes en torno al tema del alcantarillado, la doble vía del tranvía eléctrico por calle Barros Arana (a la cual era abiertamente contrario)⁴⁴³ y el hermoejamento de la ciudad.

Así, desde Egipto escribía recomendando unos adoquines que, según decía, “serían excelentes en la Avenida Prat de Concepción; son durables i mui bonitos”. O para referirse, desde Nueva York, a las plazas penquistas:

“¿Cómo me vienen a la memoria algunas de las plazas de Concepción, haciendo excepción de la Independencia que es bastante bonita, como la del Jeneral Cruz i otras, que son verdaderos potreros para caballos de la policía, i el parque... que se podría transformar con algún gasto i buena voluntad en un precioso paseo i desahogo hijiénico para esa bella ciudad”⁴⁴⁴.

Sin limitarse a exponer sus críticas, ofrecerá a la Municipalidad penquista, en comunicación de 19 de septiembre de 1907, la suma de 200 pesos anuales, “para que se inviertan en plantas y flores a fin de hermojean las plazas Jeneral Cruz y Condell”, donación que hará efectiva en una nueva comunicación de 1 de enero de 1908. El primer Alcalde, don Federico Soto, agradece el generoso gesto en los términos siguientes:

“Llegue, una vez más, hasta Ud. la expresión de gratitud y de agradecimiento de esta I. Municipalidad y del pueblo todo, especialmente de aquellos que viven cerca de esos paseos, en quienes perdurará el recuerdo de aquellos que, con patriótico desinterés como Ud., han contribuido a proporcionarles un paseo tan hermoso como agradable e hijiénico”⁴⁴⁵.

Animado por propósitos similares, había ofrecido años antes, en los días de la revolución, cuantiosas erogaciones con el objeto de formar, “en el actual y poco frecuentado paseo de la Alameda, estenso, central, con hermosos y casi seculares árboles y resguardado de los fuertes y constantes vientos del sur... un jardín zoológico con su correspondiente museo (para lo cual ofrecía sus incipientes colecciones), Tea-

⁴⁴²Oliver Schneider, Carlos. *El libro de Oro de la Historia de Concepción*, obra citada, p. 309.

⁴⁴³Comunicación a *El Sur*, de 26 de enero de 1909; comunicación al Intendente penquista, don Gregorio Burgos, de 3 de febrero de 1907, reproducida por *El Sur*, respectivamente.

⁴⁴⁴Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, p. 253.

⁴⁴⁵Comunicaciones de don Federico Soto, primer Alcalde, a don Pedro del Río, de 16 de enero 1908. Archivo de Hualpén.

tro popular, diversiones para niños, canchas para juegos higiénicos nacionales y extranjeros, etc.”.

Estos proyectos, como sabemos, aunque aceptados inicialmente, abortaron a causa de las difíciles circunstancias políticas que atravesaba el país (Capítulo Noveno).

Para todo ello proponía se destinaran los dineros que donara con ocasión de la Guerra del Pacífico y ofrecía, además, gravar su fundo Santa Fe con veinte mil pesos anuales, “o si la municipalidad lo prefiere, entregar anualmente dos mil pesos durante mi vida en vez de los mil a perpetuidad”.

Aunque este hermoso proyecto no se concretara, su fundamentación es reveladora del espíritu que animaba a su mentor. En comunicación al Intendente penquista, don Guillermo Matta G., de 19 de abril de 1891, que hemos citado, expresaba:

“Usted, como el que suscribe, habrá notado en el extranjero que las ciudades o centros de población, alcanzando cierto grado de importancia, prosperidad y cultura, hacen esfuerzos y sacrificios para dotarlas de establecimientos públicos, no solamente para pasearse aspirando el aire puro, ejercitarse en juegos o pasatiempos higiénicos, que dan vigor, robustez y salud a niños y adultos, sino también como descanso, muy especialmente para artesanos y trabajadores, a quienes debemos en su mayor parte nuestro bienestar y riqueza y que necesitan de estos establecimientos donde tengan libre acceso para descansar, recrear el ánimo, a la vez que ilustrarse, particularmente los días festivos, en los que con frecuencia ceden a la tentación de la bebida, sufriendo sus tristes y funestas consecuencias”.

Esos proyectos, ya expuestos, por los demás, en la medianía de su vida, durante su primer viaje, los reiterará en su última voluntad: en el legado que hace de sus tierras a la ciudad de Concepción expresa que, con las rentas que se obtuvieran por cualquier causa, “deberá propenderse a la formación de juegos atléticos, jardín botánico, jardín zoológico, museo i en jeneral a todo aquello que contribuya a dar atractivo al Parque Pedro del Río Zañartu”.

Más joven y lleno de energía, don Pedro, junto a su amigo Mr. Lawrence, organizó en Concepción las primeras carreras de caballos a la inglesa, “trabajando en ello con gran firmeza —contará en su vejez—, i me costó amargos días para reunir 800 pesos, eso sí en cóndores de oro, con lo cual hubo para premios i arreglos de cancha donde casi perdí la vida”⁴¹⁶.

Colaboró, asimismo, hacia 1897, con el Club Internacional de Football y con el Cricket and Athletic Club, concediéndoles gratuitamente a ambas instituciones los terrenos necesarios, en sus propiedades de Chepe, para sus prácticas deportivas. Unos años después era ya Presidente Honorario del “Pedro del Río Football Club” (¿el mismo Club Internacional?) y miembro honorario del Cuerpo de Boy-Scouts de Talcahuano.

⁴¹⁶Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, pp. 293 y 294.

A estas y otras instituciones, en fin, las solía agasajar en los frecuentes paseos que se realizaban a su propiedad de Hualpén y que incluían, por cierto, una visita a su museo de variedades universales.

92. UNA EPIDEMIA DE CÓLERA

Era en los momentos difíciles, sin embargo, cuando se manifestaban con más fuerza su altruismo. Así, a comienzos de 1887, cuando una epidemia de cólera puso a prueba el temple de los penquistas, halló ésta en don Pedro del Río un tenaz adversario.

Luego de trasponer la cordillera, a fines de 1886, el cólera hizo estragos en la zona central, especialmente en Santiago —desde donde se propagó hasta Arauco, por el sur—. Sólo comenzaría a ceder corriendo los primeros meses del año siguiente, dejando tras de sí un saldo de entre diez mil y treinta mil víctimas y un pánico colectivo sin paralelo.

Concepción, considerada por entonces una de las ciudades más malsanas del país (entre 1885 y 1910 la cifra de defunciones superaría la de nacimientos), no escaparía al flagelo.

Antes de que éste llegara a la ciudad, don Pedro escribe al Intendente de la Provincia, a la sazón don Leoncio Tagle Plaza de los Reyes, ofreciendo sus servicios para formar parte de las comisiones encargadas de la salubridad pública y de la adopción de las medidas necesarias para combatirlo.

Sólo un día después de recibida esa comunicación, el Intendente la respondía, expresando: "Aceptando su patriótico ofrecimiento i estimándolo de suma importancia en las actuales circunstancias, dados su entusiasmo i buena voluntad en tratándose de alguna obra de utilidad común esta Intendencia ha determinado nombrar a Ud. miembro de la Junta Departamental de Salubridad, nombramiento que oportunamente le será transcrito"⁴⁴⁷.

En efecto, una semana más tarde, el 22 de enero de 1887, la Intendencia penquista decretaba: "Organízase en esta ciudad la Junta Departamental de Salubridad... la cual se compondrá del primer Alcalde de la I. Municipalidad don Miguel I. Collao; del médico de ciudad don Eleodoro Larenas; del señor Vicario Capitular don Domingo Benigno Cruz; de los vecinos Sres. Francisco Masenlli, Pedro del Río y Rafael Urrejola y del infrascrito (el Intendente señor Tagle) que la presidirá"⁴⁴⁸.

⁴⁴⁷Comunicación del Intendente de la Provincia, don Leoncio Tagle P., a don Pedro del Río, de 14 de enero de 1887. Archivo del Museo de Hualpén.

⁴⁴⁸Decreto constitutivo de la Junta Departamental de Salubridad, de 22 de enero de 1887. Archivo del Museo de Hualpén.

Mientras se prolongó la emergencia, la Junta se reunió con frecuencia adoptando útiles medidas. No contento con ello, el filántropo colaboró, también, con la Cruz Roja penquista, facilitándole el espléndido salón de su casa en Concepción para el establecimiento de la Secretaría de esa institución humanitaria. “Este acto generoso i desinteresado —expresaba el Directorio, en nota de agradecimiento— honra i enaltece a Ud. a los ojos del pueblo i demuestra que es una de aquellas personas que más se interesan por contribuir a la salvación pública”⁴⁴⁹.

A comienzos de marzo, superada ya la crisis, presenta su renuncia, decidido a emprender ahora su segundo viaje en torno al mundo, que había retardado con el exclusivo objeto de “ser útil a su pueblo natal”, según afirma el Intendente penquista, al aceptar su renuncia, agregando que “se hace un deber en expresarle tanto lo sensible que le es ver privada a la Junta de la labor constante que a Ud. supo prestarle, animado de noble i humanitario interés, cuanto los agradecimientos de que a Ud. le es deudor por su civismo i por las eficaces i juiciosas medidas tomadas por la Junta Departamental de Salubridad, mediante la iniciativa de Ud.”⁴⁵⁰.

De esta manera, defendiendo la vida y sirviendo a sus semejantes, don Pedro respondía a la muerte que, en forma de otra epidemia, le arrebatara cruelmente, algunos años antes, a su mujer y a sus hijos.

Si bien las preocupaciones filantrópicas del señor Del Río, como hemos visto, fueron sumamente amplias, hubo dos entre éstas que absorbieron en mayor medida sus esfuerzos y que le significaron mayores desembolsos; a saber: el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases populares y la educación, especialmente —mas no en forma exclusiva— de la infancia.

93. DESVELOS POR LAS CLASES POPULARES

Del amor que sentía por el pueblo han quedado numerosas muestras. Sus libros, recordemos, fueron escritos “con el único interés i esperanza de que sirvan de alguna ilustración i solaz al pueblo, a mis conciudadanos que, luchando por la vida, no hayan tenido tiempo ni ocasión de estudios ni viajes”.

A las sociedades obreras, además, donó tales ejemplares en vida y por testamento. Para trabajadores y artesanos, planteaba, debían formarse y mantenerse parques y plazas. Aquéllos, en fin, organizados en sociedades, gremios o mutuales, recibieron su apoyo constante hasta sus últimos días.

⁴⁴⁹Comunicación del Directorio de la Cruz Roja penquista a don Pedro del Río, de 24 de enero de 1887. Archivo de Hualpén.

⁴⁵⁰Comunicación del Intendente de la Provincia de Concepción, don Leoncio Tagle Plaza de los Reyes, a don Pedro del Río, de 24 de enero de 1887. Archivo del Museo de Hualpén.

93.1. APOYO A LAS ORGANIZACIONES OBRERAS

Durante estos años, la organización laboral se extendió ampliamente, generalmente bajo la forma de mutualismo, buscando el perfeccionamiento del obrero. Las sociedades mutuales persiguieron fomentar en los afiliados la previsión, la temperancia, la vida barata, la cultura, la honesta recreación, etc., sumando para ello pequeños aportes individuales y usándolos organizadamente.

Concepción no era ajeno a estos afanes asociativos. Por el contrario, “el elemento obrero penquista –afirmaba un escritor anónimo, hacia el Centenario– está perfectamente organizado. Cada gremio tiene su institución propia y todos ellos constituyen una fuerza efectiva que se impone a la consideración de las clases elevadas”⁴⁵¹.

Las sociedades obreras, en número de 18, habían formado, hacia 1905, la Confederación Obrera, encargada de asumir la representación de sus asociados en caso necesario. De estas sociedades confederadas al menos cinco recibieron alguna vez el apoyo generoso del señor Del Río.

Este, según hemos visto, pensaba sobre el particular que “los trabajadores tienen pleno derecho i justicia para unirse i ver modo de conseguir reducción de horas de trabajo a fin de tener descanso, i tiempo para ilustrarse, aumento de salario, buscar algo más de bienestar, etc., etc.”, siempre que ello fuese, por supuesto, por medios pacíficos. Consecuente con sus planteamientos, haría cuanto estuviese a su alcance para verlos realizados.

Así, el 2 de marzo de 1902, en el velódromo penquista, en presencia de las autoridades, representantes de la prensa, miembros de las distintas sociedades obreras y público en general, la “Sociedad Gremio de Abastos de Concepción y Talcahuano”, (con 120 socios más o menos) procedía a inaugurar su Estandarte. Entre los padrinos de éste figuraban el benefactor y su esposa, que habían aceptado gustosos el honroso ofrecimiento.

Igual calidad invistió respecto del Estandarte social de la “Unión de Carpinteros y Ebanistas”, el mismo año 1902, y de la “Sociedad de Gasfiteros y Hojalateros”, hacia 1910.

En todos estos casos, por supuesto, incluía junto a su aceptación un sustancioso cheque en beneficio de la sociedad obrera, así como ejemplares de sus crónicas de viaje para la formación de las bibliotecas sociales.

93.2. LA SOCIEDAD DE FLETEROS “PEDRO DEL RÍO Z.”

Pero la sociedad que, sin duda, recibió el apoyo más intenso y prolongado de Pedro del Río fue la de Protección Mutua Gremio de Fleteros. En septiembre de 1905, el

⁴⁵¹“Concepción en el Centenario Nacional”, obra citada, p. 110.

gremio de fleteros, tal vez el más modesto de todos, culminaba las gestiones para fundar una sociedad de Socorro y Protección Mutua, para la defensa de sus intereses.

A partir de entonces, el benefactor les invitaba anualmente a un paseo en su fundo, donde les obsequiaba, señala la prensa, con un espléndido banquete. Lo anterior, sumado a generosas contribuciones, llevaron a la Sociedad, “después de algún tiempo y como una prueba de gratitud a los servicios prestados a la institución por el filántropo”, a darle su nombre, pasando a llamarse, en consecuencia, Protección Mutua Gremio de Fleteros “Pedro del Río Z.”⁴⁵².

El gesto, sin embargo, que con mayor fuerza concitaría la gratitud de los obreros tuvo lugar aún tiempo después. Consistió en la donación de un sitio en la población Pedro del Río Zañartu a la Sociedad de Fleteros para la construcción de la sede social.

Los asociados respondieron a esta nueva munificencia con una nota, en que hacían llegar a don Pedro “los mui sinceros e imperecederos agradecimientos por su importante obsequio... dando con ello motivo para admirar, una vez más, el altruismo sin límites que siempre lo ha distinguido y su bondadosa labor en pro de la clase desvalida que busca en el ambiente fortificante de las comunidades el auxilio mutuo para seguir luchando por sus rudas existencias, con verdadera sobriedad y constancia”.

Tras su muerte, su viuda continuaría apoyando a la sociedad obrera. En su testamento, recordemos, doña Carmen Urrejola U. dejó “como recuerdo a la Sociedad de Fleteros y Embaladores Pedro del Río Zañartu dos mil pesos, por haber sido la primera que se fundó con ese nombre...”.

Los obreros, por su parte, tampoco olvidarían a quien tanto los había favorecido: casi cuatro décadas después de su muerte, éstos concurrirían hasta su Mausoleo para depositar una placa, cuya inscripción reza: “En el 50° aniversario de su fundación la Sociedad de Fleteros “Pedro del Río Zañartu” a su ilustre benefactor don Pedro del Río Zañartu. 10 de septiembre de 1905- Concepción, diciembre 1955”.

93.3. PEDRO DEL RÍO Y LAS HABITACIONES PARA OBREROS

Ahora bien, el mutualismo, enlazado con el cooperativismo, buscaba, también, uniendo múltiples y pequeños aportes, hacer asequibles a los trabajadores los beneficios de una economía en gran escala.

Así, con el objeto de proporcionarles viviendas higiénicas y baratas, se constituyó en Concepción, hacia 1910, la Sociedad de “Habitaciones para Obreros”. “El objeto principal de esta Sociedad—escribía su Presidente, don Vicente Ossa E.—, es, como su nombre lo indica, fundar poblaciones para obreros comprando el terreno y edifican-

⁴⁵²Bustos, Juan Bautista y Salinas, J. Joaquín. *Concepción ante el Centenario, 1810-1910*, obra citada, pp. 635 y 636.

Inauguración de la población obrera "Pedro del Río"



Llegada de la comitiva en tren especial.



Terreno destinado a la futura población.



Durante la bendición de la primera piedra.

Fuente: Revista *Chantecler*, N° 27, de 29 de octubre de 1910.

do casitas cuyo valor lo va pagando cada accionista por medio de mensualidades en un plazo determinado hasta llegar a constituirse en propietario, por medio de esa cuota que viene a ser como el canon de arrendamiento⁴⁵³.

Pedro del Río, plenamente consciente de las difíciles condiciones de vida de las clases obreras, apretujadas a menudo en conventillos o en viviendas insalubres, había ya legado —en su primer testamento de 1887, posteriormente dejado sin efecto— los 18 sitios completos que entonces poseía en calle Carrera, para la construcción de habitaciones higiénicas para obreros.

Posteriormente, hacia 1908, junto a sus hermanos Arístides y Celedonio y a don Luis Escobar, ofreció ceder gratuitamente al Municipio penquista el terreno necesario para abrir dos calles, de 13 metros 40 centímetros de ancho cada una, en sus terrenos ubicados entre la prolongación de la calle Las Heras hacia el Bío Bío, la estación y línea de ferrocarriles de Arauco y el río Bío Bío.

Dichas calles correrían desde la prolongación de la calle Las Heras hasta la línea del ferrocarril de Arauco, paralelamente a la avenida Arturo Prat y demás calles de la población que corran en ese sentido⁴⁵⁴. Pocos días después, “por unanimidad de los siete señores municipales”, se aceptaba la donación propuesta, acordándose enviar una nota de agradecimiento a los vecinos donantes⁴⁵⁵.

Por todo ello, luego que el señor Del Río tomó conocimiento de los hasta entonces infructuosos esfuerzos de los miembros de la Sociedad Cooperativa de Habitaciones para Obreros, sólo debieron pasar escasos meses hasta que sus contactos se tradujeran en resultados concretos.

En efecto, el 5 de septiembre de 1910, la Cooperativa de Habitaciones, constituida sólo el 22 de julio del mismo año, compraba al filántropo, en condiciones ventajosísimas, el terreno necesario para constituir la población (Capítulo Cuarto)⁴⁵⁶.

En la misma ocasión, éste donó “una manzana para los pobladores —expresaba en sus funerales, don Teófilo Hinojosa, Vicepresidente de la Cooperativa—, en cuyos terrenos se levantan edificios sencillos, pero cómodos e higiénicos, en donde el obrero, mediante un pequeño esfuerzo, constituye un hogar propio...”⁴⁵⁷.

Semanas más tarde, el domingo 23 de octubre, se llevó a efecto la inauguración de la futura población. Al son de la banda del Chacabuco y ante la presencia de delegaciones de las sociedades obreras y de nutrida concurrencia descendieron del tren especial, que condujera a la comitiva, don Pedro del Río, el Obispo penquista don Luis Enrique Izquierdo y demás autoridades y padrinos.

⁴⁵³ *Concepción en el Centenario Nacional*, obra citada p. 110.

⁴⁵⁴ Acta de Sesiones de la Municipalidad de Concepción. Sesión Ordinaria de 23 de septiembre de 1908, p. 433.

⁴⁵⁵ Acta de Sesiones de la Municipalidad de Concepción. Sesión Extraordinaria de 9 de octubre de 1908, p. 443.

⁴⁵⁶ Escritura de venta de terrenos a la Cooperativa de Habitaciones, de 5 de septiembre de 1910, N° 608. Archivo Notarial de Concepción.

⁴⁵⁷ *Diario El Sur*, 7 de mayo de 1918.

Luego de bendecida la primera piedra y de bautizar, en reconocimiento, a la población con el nombre del benefactor, la ceremonia devino en fiesta popular, animada con bailes y ramadas⁴⁵⁸.

El 30 de diciembre del año siguiente se constituía con el mismo objeto la Comunidad Obrera de Habitaciones "Pedro del Río Zañartu", alentada probablemente, según hemos dicho, por el éxito de la primera⁴⁵⁹. Ambas poblaciones dieron lugar al barrio denominado "Pedro del Río", que fue incorporado a la ciudad por resolución municipal de 4 de junio de 1914.

El barrio se extiende hoy desde la calle Miguel Zañartu, por el este; hasta la línea férrea, por el oeste, al pie del cerro Chepe; la misma línea circunda a la población por el norte; en tanto que por el sur, el río Bío-Bío constituye su límite natural.

Dentro de ella, una plazoleta y una escuela recuerdan el nombre del benefactor, así como una línea de taxis colectivos, cuyo paradero terminal se halla en la calle Guillermo Matta, precisamente frente a la plazoleta mencionada. La denominación misma de la población, en todo caso, constituye el mayor homenaje.

94. EL FILÁNTRORO Y LA EDUCACIÓN

Con la misma fuerza y constancia con que estimulase las sociedades obreras se abocó al fomento de la educación: "Tuvo la visión de la futura grandeza de su patria y comprendió que la escuela era la llamada a realizar esta magna obra, por eso le dedicó sus desvelos"⁴⁶⁰.

En toda ocasión planteaba la necesidad de "duplicar, sino triplicar", los ya elevados gastos en Instrucción Primaria. Imbuido de las experiencias norteamericanas y europeas, además, insistía en la conveniencia de introducir las actividades deportivas al programa escolar, "tanto en colejos como escuelas –sostenía– sin escepción i de ambos sexos". Le preocupaba, asimismo, la mala dicción de los chilenos, que a su juicio sólo podía corregirse a partir de la escuela:

"No hai país, sin escepción, en donde se pronuncia peor el castellano que en el nuestro. ¿No sería ya tiempo de ir reaccionando? Una circular en este sentido a maestros de escuelas, profesores de liceos y aun universidades, estimo que sería lo suficiente; precisa que esto sea desde la niñez, pues ya de adulto es inútil; yo mismo he trabajado por corregirme, sin conseguirlo"⁴⁶¹.

⁴⁵⁸Revista *Chanler*, año 1º, número 27, de 29 de octubre de 1910, pp. 18 y 19.

⁴⁵⁹Escritura de Constitución de la Comunidad Obrera de Habitaciones "Pedro del Río Z.", 30 de diciembre de 1911, N° 384. Escritura de venta a Comunidad "Pedro del Río Z.", 30 de diciembre de 1911, N° 385, Archivo Notarial de Concepción.

⁴⁶⁰Diario *El Sur*, 28 de septiembre de 1922.

⁴⁶¹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo II, p. 177.



Población Pedro del Río: "Dentro de ella, una plazoleta y una escuela recuerdan el nombre del benefactor, así como una línea de taxis colectivos, cuyo paradero terminal se halla en la calle Guillermo Matta, precisamente frente a la plazoleta mencionada. La denominación misma de la población, en todo caso, constituye el mayor homenaje".

Para estimular a los jóvenes educandos, don Pedro solía invitarlos, en grupos numerosos, a su fundo de Hualpén, donde los agasajaba espléndidamente. Oigamos el relato que la prensa de la época hizo de uno de tales paseos, verificado a comienzos de octubre de 1899:

"En número de 200 alumnos, seleccionados de las escuelas superiores N^o 1 y 40 y elementales N^o 6 y 29 de hombres, con su respectivo personal de profesores y algunos padres de familia, invitados especialmente, salieron de (Concepción) poco después de las 8 de la mañana, con dirección al fundo Hualpén, del señor Pedro del Río".

"La recepción hecha por el administrador del fundo fue digna de todo encomio. En una espaciosa galería, que había sido arreglada con guirnaldas y gallardetes, se sirvió un espléndido almuerzo. Poco después, hubo juegos atléticos, torneos gimnásticos, carreras y matches de football. Terminados éstos, se sirvieron las once. Después de haber hecho una detenida visita al Museo que posee el señor Del Río, se efectuó un sencillo acto literario en conmemoración del aniversario de la toma del Huáscar".

En el mismo fundo, así como en la población que hoy lleva su nombre, donó el terreno necesario para levantar sendas escuelas. Considerando lo anterior aún insuficiente, contribuyó a la sustentación de los alumnos de escasos recursos que acudían a sus aulas. En efecto, sostenía don Eliseo Salas Maturana, visitador de escuelas de la provincia, en sus funerales:

"...él sabía que el desarrollo de esas inteligencias infantiles no sería armónico si no se daba una atención preferente al vigor físico del niño, proponiéndose llenar también él esta necesidad. Para llevar a la práctica tan noble idea, estimuló en documentos públicos que la alimentación de los niños indigentes que concurrieran a los establecimientos de educación que se ubicaran dentro de sus propiedades sería costeadada de su propio peculio"⁴⁶².

Le preocupaba, igualmente, la educación técnica o "práctica" —tan despreciada por nuestros educacionistas de principios de siglo—, que apoyaría de diversas formas. Así, según dijimos, integró, hacia 1900, la Junta de Vigilancia de la Escuela Práctica de Agricultura.

Posteriormente, en la carta que dirigiera al millonario y benefactor norteamericano Andrew Carnegie, le solicita la cantidad que éste estime conveniente a fin de dotar a Concepción, expresa, "de una Escuela de Mecánica Práctica con una pequeña biblioteca anexa o la institución útil que sea más de su agrado"⁴⁶³. Sin obtener respuesta, llegará hasta el palacio de Carnegie, en Nueva York, a reiterarle sus proyectos, mas sus esfuerzos fueron esta vez —al parecer— infructuosos (Capítulo Séptimo).

Sin amilanarse, el penquista continuaba su propia labor filantrópica. El 27 de febrero de 1908, el Alcalde de Talcahuano, don Efraín Roa, le enviaba una conceptuosa nota de agradecimiento por el sustancioso cheque con que don Pedro se había suscrito para la formación de la Biblioteca Municipal de ese puerto.

95. EL APORTE AL COMITÉ PRO-UNIVERSIDAD Y HOSPITAL CLÍNICO

Aunque ya anciano y enfermo, el proyecto de Universidad, caro sueño de la sociedad penquista de principios de siglo, encontraría en él uno de sus más decididos impulsores.

Don Pedro, en efecto, destinó la elevada suma de diez mil pesos para este noble objeto. "Su generosa ofrenda —expresaba, en sus funerales, don Samuel Guzmán, a nombre del Comité Pro-Universidad y Hospital Clínico— no sólo tuvo el alcance pecuniario de sentar la primera piedra de la obra futura, sino que llegó al seno del Comité como mensaje moral de incalculables proyecciones, era una palabra de alienato, un voto de buenaventura y lo diré también, era un augurio...".

⁴⁶²Diario *El Sur*, 7 de mayo de 1918.

⁴⁶³Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, pp. 275-277. En Hualpén se conserva el borrador manuscrito de esta carta.

Testimoniando su reconocimiento hacia el “primer benefactor” del proyecto, se hallaban presentes en sus exequias Enrique Molina, Virginio Gómez y Julio Parada Benavente, entre otros prohombres del incipiente centro de estudios superiores.

“Las generaciones del porvenir –concluía el orador– van a sentirse dulcemente emocionadas al pensar en aquel noble anciano, cuyos manes discurrirán por las aulas universitarias como una sombra bienhechora”⁴⁶⁴.

96. EL PREMIO “PEDRO DEL RÍO ZAÑARTU”

Su mayor munificencia orientada a la educación, sin embargo, no fue la anterior. Consistió en una cuantiosa erogación destinada a financiar premios anuales a los mejores alumnos de las Escuelas Primarias de Concepción. Establecidos en 1916, los estímulos siguieron otorgándose aún largos años después de su muerte.

La gestación de este proyecto –y considerados sólo los actos positivos encaminados a su establecimiento–, se remonta tres décadas en el tiempo. En efecto, sus raíces se hallan en un donativo efectuado con el mismo fin y lamentablemente no materializado por razones ajenas al señor Del Río, cuya historia, como antecedente del Premio establecido en definitiva, amerita ser referida.

“Con el fin de estimular en el estudio a los niños pobres de ambos sexos, que se educan e instruyen en las escuelas primarias i públicas de esta ciudad, incluso las sostenidas por la Sociedad de Instrucción Primaria (don Pedro del Río) ha resuelto establecer un premio anual de cien pesos para el alumno que más se distinga por su aplicación, conducta i aprovechamiento i otro premio, también de cien pesos anuales, a nombre de su señora esposa doña Carmen Urrejola de Río (sic), para la alumna que se halle en iguales condiciones”⁴⁶⁵. Así rezaba la escritura, de 25 de agosto de 1886, en que el filántropo instituía aquél premio.

Para financiarlo, constituía por el mismo instrumento “el capital de cinco mil pesos a censo redimible del cuatro por ciento anual”, sobre su fundo Santa Fe del Río, cuyos réditos de doscientos pesos anuales debían entregarse al Municipio penquista para su distribución. Esta tendría lugar –habla aquí el patriota– el 21 de mayo de cada año, a partir de 1887.

La Municipalidad, por su parte, en sesión de 20 de agosto de 1886, había aceptado unánimemente la nueva erogación, lo que le fue comunicado al filántropo en nota de 24 de agosto. Para manifestar su aquiescencia, el Intendente de la Provincia,

⁴⁶⁴Diario *El Sur*, 7 de mayo de 1918.

⁴⁶⁵Escritura de 25 de agosto de 1886, volumen 160, N° 334. Archivo Nacional, Fondo Notarios de Concepción.

don Leoncio Tagle, concurrió a la firma del referido instrumento. Luego de transcrito el acuerdo de la Corporación, el señor Tagle agregó:

“Al comunicar a Ud. el precedente acuerdo de la Ilustre Municipalidad me hago el deber de expresarle la grata complacencia con que la Corporación i el infraescrito han aceptado las jenerosas donaciones establecidas por usted, las que serán poderoso estímulo para el adelanto de la instrucción primaria como así mismo noble ejemplo que deberían imitar todos los que, como usted, se interesan vivamente por el progreso del País i de la Provincia especialmente, dedicando parte de su fortuna a estimular a la juventud estudiosa i a aliviar la situación de los pobres”⁴⁶⁶.

Lamentablemente, como hemos adelantado, por desinterés de las autoridades, según don Pedro, este proyecto no llegó a concretarse, corriendo la suerte de algunas otras de sus iniciativas, frustradas por la misma causa.

A pesar de ello, comenzando 1891, volvería a dirigirse al Intendente penquista, ahora don Guillermo Matta Goyenechea, proponiéndole interesantes mejoras —que hemos analizado— en el sector de la Alameda. Para su ejecución ofrecía, entre otros fondos, gravar nuevamente su fundo Santa Fe, no ya con los cuatro mil pesos del censo de 1886, sino con veinte mil, a fin de aportar con mil pesos mensuales al objeto referido.

Pero hacia 1916, sintiendo ya cercana la muerte, don Pedro del Río, que no olvidara jamás su proyecto de otrora, intentará revivirlo; aunque estudiándolo con mayor detalle para asegurar, de esta forma, su eficacia. Esta vez, el éxito coronará sus esfuerzos.

Aquel año donaría al Fisco la cantidad de 50 mil pesos, a fin de que con sus créditos se concediesen premios anuales a los mejores alumnos de la ciudad de Concepción. Esta donación fue aceptada por el Supremo Gobierno a través del Decreto Supremo N° 4727, de 25 de octubre de 1916, cuyo texto establecía, además, siguiendo las directrices del donante, el mecanismo de su distribución.

Conforme a sus disposiciones, los premios debían ser discernidos por un comité integrado por el Intendente de la Provincia, el primer Alcalde, el tesorero fiscal y el visitador de escuelas. Estos debían adjudicarlos a aquellos niños que, además de los requisitos de aprovechamiento, conducta, orden personal, asistencia, etc., reunieran también otros en relación a la edad, para cuyo efecto hubo necesidad de clasificar las escuelas hasta formar grupos dentro de los cuales se encuadraran los premios.

De esta manera, los 3.500 pesos a repartirse cada año (los 50 mil mencionados al 7% de interés anual) eran distribuidos en los seis grupos siguientes: Escuelas Superiores de Hombres y de Mujeres, Escuelas Elementales de Hombres, de Mujeres y Mixtas y Escuelas Particulares Gratuitas.

La existencia de esta última categoría nos demuestra que no había espacio para el

⁴⁶⁶Idem.

sectarismo en el espíritu del filántropo, puesto que muchas de las escuelas particulares se hallaban en manos de congregaciones religiosas. Así, v. gr., en 1922, tres de los cuatro ganadores de este grupo pertenecían, respectivamente, a la Escuela de los Padres Escolapios, a la de los Padres Salesianos y a la de los Padres Mercedarios⁴⁶⁷.

Estos premios se entregaron por primera vez en 1917, a escasos meses del fallecimiento del señor Del Río. Posteriormente, los miembros del comité decidieron, para dar mayor realce y solemnidad a la ceremonia de premiación, efectuar ésta en algún teatro o sala de espectáculo, permitiendo así que el público pudiera presenciarla. Para recrear esos momentos, volvamos nuevamente a septiembre de 1922 y escuchemos cómo los describió la prensa de entonces:

“Especialmente brillante i educativo resultó el acto de la distribución de Premios ‘Pedro del Río Zañartu’ a los alumnos de las Escuelas Públicas”... “Un inmenso jentío llenaba completamente el amplio local del Teatro Concepción y se veía ocupando los palcos a las más distinguidas familias de la localidad, especialmente invitadas al acto para realzarlo con su presencia y constituir de esta suerte un estímulo más para los educandos”⁴⁶⁸.

Tras diversos números artísticos se efectuó la entrega de los galardones, a lo que siguió un hermoso discurso alusivo a la personalidad del benefactor. Dos años antes, en la misma ocasión y en un discurso igualmente celebrado, doña María Pereira había expresado:

“Don Pedro del Río miraba el más allá, veía al final de dilatados horizontes rosadas auroras y soñaba ver levantarse a su Chile, su patria tan querida, grande, esplendorosa y fuerte. Y en vosotros, alegres niños, en vosotros almas inquietas, cifró el filántropo sus sueños de grandeza, sus santos anhelos de sinigual patriotismo...”⁴⁶⁹.

Quince años después de su institución, el fondo asignado a los premios se veía aumentado por un nuevo legado que doña Carmen Urrejola, viuda del señor Del Río, hiciera con este objeto. En efecto, ésta legó en su testamento la propiedad de calle Zañartu, que le había sido adjudicada en la partición de bienes de su esposo (Capítulo Tercero), para que su valor fuese agregado al Premio “Pedro del Río Zañartu”.

“Con los intereses que produzca este legado, expresaba en su última voluntad, se formarán cinco premios, de los cuales uno será para el alumno más distinguido del colegio que mantienen los Padres Salesianos de esta ciudad, debiendo asignar los otros cuatro, que deben ser para escuelas públicas también, la junta nombrada por mi esposo al constituir el premio que lleva su nombre...”.

Al igual que los obreros, los estudiantes tampoco olvidarían a su benefactor, con-

⁴⁶⁷ Diario *El Sur*, 18 de septiembre de 1922.

⁴⁶⁸ *Ibidem*.

⁴⁶⁹ Diario *El Sur*, 18 de septiembre de 1920.

curriendo cada año, en grupos numerosos, a su mausoleo a rendirle póstumo homenaje⁴⁷⁰. Una placa, recuerdo de aquellas romerías, testimonia también su gratitud: "Los Alumnos de las Escuelas Primarias de Concepción a su ilustre benefactor don Pedro del Río Zañartu. Concepción, 1º de noviembre de 1935".

97. EL PARQUE "PEDRO DEL RÍO ZAÑARTU"

Muchos fueron, sin duda, los elementos que se fundieron en el espíritu del señor Del Río para inspirarle su mayor munificencia: la necesidad de otorgarle un destino trascendente a su vida, luego de la trágica pérdida de su familia; las experiencias de las naciones más adelantadas, observadas durante sus viajes, que lo persuadieran de la importancia de la recreación y de los paseos "higiénicos" y del valor educativo, de museos o zoológicos; el gran cariño que sentía, en fin, por la heredad de sus mayores y también por Concepción, su ciudad natal.

Todo ello fue germinando lentamente hasta alcanzar su formulación definitiva en el último testamento del señor Del Río, otorgado a fines de 1917.

La idea de formar una colección con los objetos recolectados durante sus viajes, complementados más tarde con los adquiridos —por donación, compra o cualquier otro medio— dentro del país, surgió casi con certeza durante su primer periplo. En efecto, apenas abandonara Chile manifiesta su intención de no hacer "sino una colección de monedas y diarios de todos los países que visito", que luego extenderá a todo otro objeto de interés que se hallara al alcance de sus bolsillos.

Ya entonces esbozaba la posibilidad lejana de donar las especies a su país algún día. Así, hallándose en Benares, India, en abril de 1881, le fue ofrecido un alto precio por una antigua moneda de oro que había adquirido en esos días, pero que se negó a vender, aduciendo que "la necesitaba para una colección que formaba para obsequiársela a mi país, Chile".

En todo lugar, no perdía ocasión de hacer alguna adquisición con que enriquecer su Museo: armas, monedas, animales disecados, porcelanas, trajes antiguos, artesanías de países exóticos y todo aquello que despertara su curiosidad. En México, escribía: "El Museo 'me tira', me fascina, como las numerosas tiendas de curiosidades, donde, a pesar de las protestas i bromas de mis dos compañeros, hago buena provisión para aumentar el de Hualpén"⁴⁷¹.

⁴⁷⁰El ex Administrador del Parque de Hualpén, José Andrade Navarrete, recuerda haber participado en diversas ocasiones, siendo niño, en la tradicional ceremonia.

⁴⁷¹Del Río Z., Pedro. *Tercer viaje en torno al mundo*, obra citada, Tomo I, p. 145.

En su primer testamento, otorgado antes de emprender su segundo viaje (1887) y que lamentablemente se ha extraviado, es improbable que contemplara ya la posibilidad de donar Hualpén y su museo a la ciudad, puesto que sus colecciones eran aún muy incipientes.

Más reveladora aún es la circunstancia de que, en 1891, las ofrecía para formar parte de las mejoras propuestas en la Alameda penquista. En la carta que dirigiera al Intendente Guillermo Matta Goyenechea ofrecía, junto a sus aportes en dinero, “un pequeño museo con objetos curiosos que he reunido en mis viajes y además una valiosa e interesante colección de monedas, que entregará tan pronto como haya un local para colocarla”.

Concluyendo el siglo, don Pedro del Río otorgaba un nuevo testamento, que conocemos por las transcripciones que hicieron de él algunas publicaciones de la época. En este documento aparece ya claramente esbozada –y con una redacción similar a la definitiva– su voluntad en orden a legar el fundo y museo para el goce de sus conciudadanos.

Hay un aspecto, no obstante, en el que este proyecto se aleja de su configuración ulterior: sus beneficiarios. En el documento referido el señor Del Río designa como tales a las Municipalidades de Concepción y Talcahuano. La distribución de las rentas que el parque generase correspondería, por lo tanto –expresa la cláusula en comentario–, “durante diez años a cada una de las Municipalidades legatarias, correspondiendo la administración también a cada una durante el mismo tiempo y así sucesiva y perpetuamente...”.

Pesó, probablemente, en su ánimo, llevándole a beneficiar inicialmente a ambas ciudades, la circunstancia de hallarse entonces el sector de Hualpén bajo la dependencia administrativa del Departamento de Talcahuano.

De esta manera, podemos afirmar que su voluntad se habría gestado durante la última década del pasado siglo; época en la que, por lo demás, ya residía casi permanentemente en Hualpén.

En su testamento definitivo, como sabemos, legó “a la ciudad de Concepción, o sea, a la entidad jurídica que la represente, mi fundo Hualpén, con sus bosques, cierros, casas i todo lo que contiene...” En la misma cláusula se encargaría de designar la comisión que, a nombre de la Municipalidad penquista, velaría por el cumplimiento de sus disposiciones.

98. LA COMISIÓN ADMINISTRATIVA

Esta se hallaba compuesta, de acuerdo a la voluntad del testador, por el Intendente de la Provincia, quien la presidiría; por el primer Alcalde de la Municipalidad de Concepción y por el Vicepresidente de la Junta de Beneficencia de la ciudad. Ellos fueron los encargados, tras la muerte de doña Carmen Urrejola, de recibir el legado y de inscribirlo a nombre de la ciudad, el 21 de abril de 1934 (Capítulo Tercero).

Meses antes, la Comisión había obtenido, para el mejor cumplimiento de sus fines, se le confiriese personalidad jurídica. Esta le fue otorgada por ley N° 5.248, de 22 de septiembre de 1933.

El Presidente de la República, en el Mensaje que acompañaba al proyecto de ley, había manifestado al Congreso “la importancia que el referido legado tiene no sólo para la ciudad de Concepción, sino que aun para toda esa provincia y su colectividad y, por lo tanto, la conveniencia y necesidad de arbitrar los medios conducentes, a fin de legalizar la situación de manera que pueda realizar su cometido la Comisión nombrada por el señor Del Río, y consecuencialmente dar forma a los deseos del testador”⁴⁷².

La Comisión de Gobierno Interior de la Cámara de Diputados, por su parte, aprobó casi sin modificaciones el proyecto del Ejecutivo, puesto que éste tiende, sostiene la Comisión en su informe, “a la realización de un bien inspirado propósito, basado en nobilísimos sentimientos de amor a sus conciudadanos y de hombría de bien...”⁴⁷³.

El texto legal mencionado, en síntesis, confiere personalidad jurídica a la Comisión Administrativa; reglamenta lo relativo a sus sesiones y acuerdos; fija sus atribuciones y todo lo concerniente a la inversión y control de sus ingresos y gastos, entre otras materias.

Posteriormente, la ley 5.248 fue modificada para adecuarla a la nueva división administrativa del país. De acuerdo al artículo único del decreto ley 2.835, de 8 de agosto de 1979, las referencias que aquella ley hacía al Intendente de la Provincia y a la Intendencia debían entenderse hechas al Gobernador Provincial y a la Gobernación, respectivamente.

El Vicepresidente de la Junta de Beneficencia, por su parte, fue también sustituido por el Jefe Zonal del Servicio Nacional de Salud y, más tarde, por el Secretario Regional Ministerial de Salud. Por último, por aplicación de los artículos 16 y 17 del Decreto Ley N° 2.763 y Pronunciamiento del Contralor Regional del Bío-Bío, se determinó que le correspondía integrar la Comisión al Director del Servicio de Salud Concepción, dada la calidad de sucesor legal de ese Servicio de la Junta de Beneficencia.

De esta manera, la Comisión Administrativa del Parque “Pedro del Río Zañartu” está integrada actualmente por el Gobernador de la Provincia de Concepción, quien la preside; por el Alcalde de la ciudad y por el Director del Servicio de Salud Concepción. Participa, además, en calidad de invitado permanente, el Alcalde de la ciudad de Talcahuano.

⁴⁷²Mensaje del Presidente de la República al Congreso. Boletines de la Cámara de Diputados, 23ª Sesión Ordinaria, de 5 de julio de 1933.

⁴⁷³Informe de la Comisión de Gobierno Interior. Boletines de la Cámara de Diputados, 28ª Sesión Ordinaria, de 17 de julio de 1933.

99. HUALPÉN TRAS LA MUERTE DEL FILÁNTRORO

En conformidad a sus disposiciones testamentarias, aunque adjudicados a la ciudad de Concepción, el fundo y sus colecciones permanecieron en manos de doña Carmen Urrejola, en calidad de usufructuaria, hasta la muerte de ésta.

Durante este lapso Hualpén fue administrado por su sobrino don Pedro del Río Serrano, puesto que —afirmaba doña Carmen en su propio testamento— “conoce como nadie cuál fue la mente del testador al legársela a su ciudad natal, estando así capacitado para cumplir fielmente su voluntad”. En este período la casa patronal fue regularmente mantenida, no sufriendo mayores transformaciones.

Luego de la entrega del legado, la Comisión Administrativa del Parque designa como administrador ad honorem del Museo al distinguido profesor penquista Carlos Oliver Schneider. Este realizó una esmerada labor de organización hasta que por fin, el 19 de diciembre de 1938, el Museo fue abierto al público.

Hasta su muerte, acaecida en 1949, el señor Oliver S. efectuó un encomiable esfuerzo de conservación, en el que destaca la publicación (póstuma) de su interesante *Guía Catálogo del Museo de Gualpen*. Durante su administración debió hacerse cargo, además, de la reparación de los daños producidos por el terremoto de 1939.

Avanzando la década de los 50, el doctor Hernán San Martín pasaría a ocupar la dirección del Museo. Durante sus gestión, ampliamente celebrada, el Parque experimentó importantes progresos.

Después de un año de trabajo en su restauración, reordenamiento y clasificación de las colecciones, el Museo fue reabierto al público en diciembre de 1959. Gracias a un aporte de 2,5 millones de pesos, provenientes de la Junta y de donaciones de la Universidad de Concepción, Clubes Rotarios y de Leones y de particulares, fue posible efectuar significativas mejoras; se efectuó la recuperación de la parte habitacional de la casona, se remodelaron cielos, abriendo tragaluces, y se transformaron aletros y ventanas⁴⁷⁴. A partir de esa época, ni los caminos y miradores del parque, y ni aun el bosque, serían ya descuidados.

Con ocasión de los terremotos de mayo de 1960, el Museo sufrió graves destrozos, debiendo ser clausurado por varios meses. La restauración se prolongó entre octubre de 1960 y enero de 1961, contándose para ello con el apoyo económico de las Municipalidades de Concepción y Talcahuano, la Universidad de Concepción y varias instituciones e industrias de la zona.

En esta época fueron creadas, además, nuevas Salas (“Culturas Chilenas” “Arte Popular”, “Culturas Americanas”, etc.), que permitían al doctor San Martín calificarlo de “Museo de Antropología Cultural”.

⁴⁷⁴Diario *El Sur*, 20 de diciembre de 1959. Diario *La Patria*, 21 de diciembre de 1959.

Estas salas, sin embargo, así como numerosos objetos incorporados al Museo desde su apertura, se apartan de la línea museológica imprimida por Pedro del Río, desvirtuando el legado original, por lo que su presencia ha sido criticada.

Algo similar ocurre con la "Sala del Folklore", inaugurada hace algunos años y que, con independencia del valor intrínseco que las especies allí exhibidas puedan tener, adolece de la misma disonancia.

Don Benjamín Subercaseaux, que lo visitara a comienzos de 1961, escribiría más tarde, en la *Revista Zig-Zag*: "No, por donde se lo mire, el Museo de Hualpén es un lindo museo, con todas sus riquezas, sus añoranzas, su parque silencioso y su vista (está sobre una colina), que alcanza hasta el mar, el Biobío y unos campos idílicos, sembrados de pequeñas colinas, pastizales y vacas que, en la lejanía, parecen de juguete..."⁴⁷⁵.

Posteriormente, hacia 1969, se remodeló en un 60% el ala norte de la casa, que se hallaba en muy malas condiciones⁴⁷⁶. En 1977, frente al riesgo inminente de derrumbes, se iniciaron trabajos urgentes de reconstrucción y reparación del ala norte del Museo.

Junto a lo anterior, se dotó a éste de dos nuevas salas de exposición de 6 x 6 metros y 6 x 4 metros en el sector reconstruido, más un pórtico en roble siguiendo las dimensiones y líneas del patio interior, "con lo cual se regularizó la estructura arquitectónica del edificio, de acuerdo al esquema más evolucionado del sector donde se encuentran los dormitorios de la familia Zañartu del Río(sic)"⁴⁷⁷.

Estas obras fueron financiadas con aportes de la Gobernación (obtenidos gracias a una redestinación de recursos del Presupuesto del Fondo de Desarrollo Regional, con carácter excepcional) y de la Dirección Regional de Arquitectura⁴⁷⁸.

Sus resultados, sin embargo, a juicio de los arquitectos Reyes y Valenzuela, son insatisfactorios, pues en esta remodelación, afirman, "no se respetó ningún criterio de conservación, tanto en lo referente a los espacios como en lo relacionado con los materiales"⁴⁷⁹.

Desde la muerte de Pedro del Río en adelante, concluyen los mismos profesionales, la Casa Museo ha tenido transformaciones en más de un 50%, en cuanto a materiales y espacios.

Cabe consignar, por último, que las casas patronales de Hualpén y el parque adyacente fueron declarados Monumentos Históricos Nacionales, por Decreto Supremo

⁴⁷⁵Subercaseaux, Benjamín. *Un museo en el campo*, ya citado.

⁴⁷⁶Reyes Vergara, Tomás y Valenzuela Fernández, Rodrigo. *Estudio y Anteproyecto para la restauración de la Casa del Museo Pedro del Río Z.*, Santiago, 1981.

⁴⁷⁷Dirección Regional de Arquitectura. *Memoria explicativa sobre los trabajos contratados para la reconstrucción y reparación del ala norte del Museo Hualpén*, Concepción, abril 25 de 1980. Archivo del Museo de Hualpén.

⁴⁷⁸Diario *El Sur*, de 28 de enero de 1978.

⁴⁷⁹Reyes V., Tomás, y Valenzuela F., Rodrigo. *Estudio y Anteproyecto...* ya citado.

Nº 556, de 18 de junio de 1976, publicado en el *Diario Oficial* de 21 de diciembre del mismo año.

100. LA COLECCIÓN DE MONEDAS

Grandes esfuerzos e ingentes gastos costó al filántropo dar forma a su valiosa colección, que incluye 114 de oro, antiguas y de procedencias diversas, de las cuales sólo aproximadamente un 60% han podido ser identificadas⁴⁸⁰.

En vida de don Pedro, éstas se hallaban expuestas en las galerías de su casa de Hualpén. Tras su muerte, fueron puestas en custodia en el Banco de Chile y más tarde, a partir de 1939, en el Banco Central.

Veinte años más tarde, en 1959, por acuerdo de la Comisión Administrativa, comenzaron a ser exhibidas en el Museo, para lo cual fue habilitada una sala especial. Se daba cumplimiento así a las disposiciones de su antiguo dueño, quien las había donado, junto a sus demás colecciones, "para que continúen proporcionando ratos de placer a los visitantes".

Es probable que consideraciones relativas a la seguridad de las colecciones hayan sido las determinantes, el caso es que éstas fueran puestas nuevamente en custodia, esta vez en la bóveda del Banco Concepción, donde se hallan actualmente.

En 1985, no obstante, bajo la fructífera administración de don Juan Parra Cataldo, la colección de monedas de oro y plata fue inventariada y fotografiada por vez primera. Tales fotografías, adecuadamente archivadas, se encuentran a disposición del público interesado, lo que ha permitido paliar, en alguna medida, la necesaria reclusión de las valiosas especies.

Recientemente, la colección ha sido examinada por don Juan Manuel Martínez, Curador del Gabinete Numismático del Museo Histórico Nacional. Su análisis permitió certificar el valor de las piezas, así como plantear recomendaciones sobre las condiciones de su eventual exhibición.

101. INSTITUCIONES CON SEDE EN EL PARQUE

Cuidando de no desvirtuar el Parque de sus fines propios, instituciones u organismos de diversa naturaleza han pasado a ocupar, por arrendamiento, comodato o cesión, un espacio dentro de éste. Junto a lo anterior, una superficie de más de 300 hectáreas se halla actualmente en manos de particulares, en forma de arrendamientos o medierías, para su explotación.

⁴⁸⁰Diario *El Sur*, 7 de febrero de 1988.

Se cumple así la cláusula octava del testamento del señor Del Río, la cual exige que al menos una superficie de cien hectáreas, en el sector de la desembocadura del Bío-Bío, debía destinarse exclusivamente a objetos de placer.

“El resto del fundo, agregaba la disposición, se podrá arrendar o dedicarse al cultivo que se creyere conveniente i todo su producto se destinará esclusivamente al sostenimiento i mejora del fundo i mui especialmente en la parte a que tendrá el público libre acceso”.

La primera de las instituciones que instaló su sede en el Parque fue el Club de Caza y Pesca. En virtud de una cesión gratuita indefinida de tres hectáreas de terreno, de 23 de agosto de 1938, en las cercanías de la desembocadura, el Club levantó su sede social.

Ello fue posible gracias al esfuerzo personal de sus socios que, “trabajando desde el amanecer hasta que el sol se hundía”, levantaron el edificio. Este fue terminado en 1939 y a un costo de 250 mil pesos de la época⁴⁸¹.

Cinco años más tarde, a comienzos de 1944, se instaló en el lugar, por iniciativa del Intendente de Concepción, don Armando Alarcón del Canto, una “Escuela de Hortelanos Jardineros”.

Dicha Escuela, sostenía, a mediados de 1944, el *Libro de Oro de la provincia de Concepción*, “sirve de hogar a niños desvalidos y sin familia, en donde aprenden el hermoso oficio del cultivo de las flores, árboles forestales y frutales y hortalizas. Con el útil trabajo de estos niños se han formado viveros de árboles forestales para surtir a los agricultores que deseen plantar sus predios, con el objeto de valorizarlos para el futuro”⁴⁸². Por esta misma época, además, la ciudad obtenía por arrendamiento del fundo una entrada de más de cien mil pesos anuales.

En el Parque se halla ubicada, también, una escuela básica dependiente del Sistema Comunal de Educación, a la que asisten los menores del sector.

A partir del 1 de noviembre de 1983, el Club de Aeromodelos de Concepción realiza sus prácticas en terrenos de Hualpén, para lo cual arrienda una superficie de 10 hectáreas.

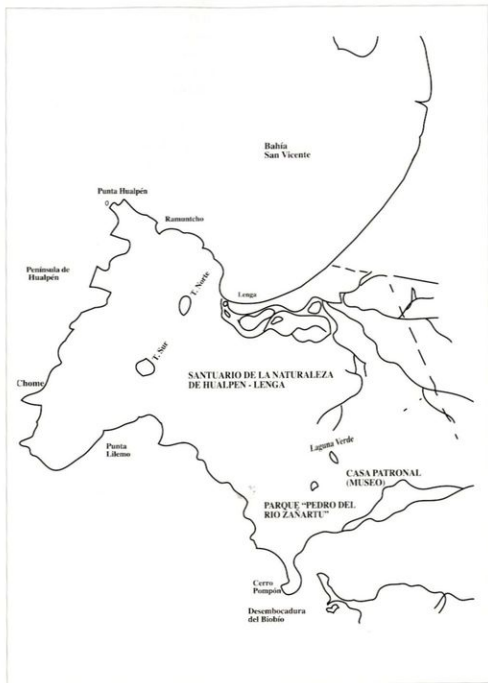
En los antiguos dominios del señor Del Río funciona actualmente una institución de gran utilidad para la ciudad: el Vivero de la Municipalidad de Concepción. En 9 hectáreas arrendadas se produce anualmente entre 60 y 70 mil arbustos y alrededor de 7 mil árboles nativos y exóticos, con los que el Vivero logra responder a las necesidades de renovación constante de las 82 hectáreas de parques y áreas verdes que la ciudad posee hoy en día⁴⁸³.

En el sector se ubica, además, el Parque Botánico Hualpén, que comprende una

⁴⁸¹ *La Patria*, 2 de enero de 1944.

⁴⁸² *El Libro de Oro de la provincia de Concepción*. Sin autor, Talleres Gráficos de El Imparcial, Santiago, 1944, p. 99.

⁴⁸³ *Diario El Sur*, 6 de mayo de 1990.



Península de Hualpén.

superficie de 73 hectáreas (89 a partir de 1985) cedidas en comodato al Departamento de Botánica de la Universidad de Concepción, en 1968. Los términos del comodato señalan un objetivo primario de protección de la vegetación con fines científicos y uno secundario de tipo educacional, sujeto a las restricciones que fije la Universidad.

A la mantención de esta reserva natural la Universidad asigna gran importancia, "pues permite observar la riqueza y peculiaridades florísticas de una vegetación, que se ajustó a las condiciones del lugar mediante procesos adaptativos que se desarrollaron paulatinamente durante cientos de años". De ahí que los especialistas califiquen al Parque de verdadero "laboratorio natural", cuya preservación es prioritaria para el cumplimiento de sus fines específicos⁴⁸⁴.

102. SANTUARIO DE LA NATURALEZA

Consideraciones similares, sin duda, se hallan tras la decisión del Consejo de Monumentos Nacionales, acogiendo una feliz iniciativa de don Víctor Solar Manzano, patrocinada por la Municipalidad de Talcahuano, de declarar Santuario de la Naturaleza a la Península de Hualpén, en virtud del Decreto Supremo N° 556, de 18 de junio de 1976, publicado en el *Diario Oficial* del 21 de diciembre de ese año⁴⁸⁵.

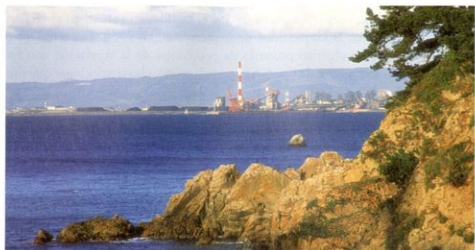
Dicha declaración, señala el decreto, abarca el tramo comprendido entre la bahía "y su intersección con la prolongación en línea recta del límite Este del 'Parque Pedro del Río Zañartu'; Sur, río Biobío y litoral marino del Océano Pacífico; Este, límite divisorio de propiedad del 'Parque Pedro del Río Zañartu', con propiedad de CORFO y su prolongación en línea recta hasta el camino que va de Lengua a Concepción; Oeste, litoral marino del Océano Pacífico".

Posteriormente, la Universidad Católica de Chile presentó al Consejo una moción para incorporar al Santuario su entorno acuático, que fue apoyada unánimemente en las Segundas Jornadas Nacionales de Cultura⁴⁸⁶.

⁴⁸⁴ *El Parque Botánico Hualpén*, Departamento de Botánica, Facultad de Ciencias Biológicas y Recursos Naturales, Universidad de Concepción, Inédito.

⁴⁸⁵ De acuerdo al inciso primero del artículo 31 de la ley 17.288, sobre Monumentos Nacionales, "son santuarios de la naturaleza todos aquellos sitios terrestres o marinos que ofrezcan posibilidades especiales para estudios e investigaciones geológicas, paleontológicas, zoológicas, botánicas o de ecología, o que posean formaciones naturales, cuya conservación sea de interés para la ciencia o para el Estado".

⁴⁸⁶ *Diario El Sur*, 23 de noviembre de 1986. Sobre la flora y fauna de Hualpén existen dos interesantes trabajos, titulados *Flora del Parque Hualpén* (Carrasco, C., 1976. Tesis. Licenciatura en biología. Universidad de Concepción); y el *Catastro de la fauna del Parque Hualpén* (Quezada, A., 1977. Proyecto de Investigación. Universidad de Concepción).



Ramuncho: Coexistencia de naturaleza e industria en la Bahía de San Vicente.



Estero Lengua, al fondo Bahía de San Vicente.



Hongos de los bosques sombríos, cercanos a la Casa Museo.



Monito del monte, único marsupial chileno, habitante de Hualpén.

El Santuario de Hualpén tiene una superficie aproximada de 2.622 hectáreas y comprende toda la península más el sistema formado por el estuario Lenga. Su clima es templado lluvioso, la normal de precipitaciones es de 826 mm., y la temperatura media anual es de 12,3 °C. La humedad relativa promedio oscila alrededor del 80%.

En este entorno se han desarrollado bosques nativos de carácter excepcional, producto de la sobreposición de una zona seca y otra más húmeda. La fauna asociada a los bosques y a la zona costera es igualmente interesante.

Pero sin duda uno de los aspectos principales considerados para la creación del Santuario fue la existencia de sitios de nidificación de aves migratorias, en la zona que comprenden los roqueríos y acantilados del litoral. Sin ir más lejos, la Universidad contabilizó hace años 67 especies de pájaros en el sector, aun cuando falta mucho por investigar.

Entre la rica fauna de Hualpén, ya lamentablemente muy mermada, se encuentra el único marsupial chileno, denominado Monito del Monte (*Dromiciops australis* Philippi). En la Dirección del Museo existe, además, un certificado de un albatros, anillado en Nueva Zelanda, que cruzó el Pacífico rumbo a las costas de Hualpén.

En la cotidiana tarea de preservar estas maravillas naturales también ha habido derrotas. En 1970, las plantas petroquímicas comenzaron a vaciar sus desechos tóxicos, sin tratamiento previo, directamente al estero Lenga.

Como consecuencia de ello éste presenta actualmente concentraciones alarmantes de mercurio y acusa descomposición total de los fondos que sustentan gusanos, moluscos e insectos que sostienen la cadena de la vida. "Lo mismo ocurre en la flora y hay plantas que ya no aparecen"⁴⁸⁷. Hay muchos otros sectores, no obstante, que se hallan en mejores condiciones, por lo que pueden y deben ser preservados. En los últimos años, por fortuna, las empresas del sector han realizado fuertes inversiones en tecnologías limpias, que contribuyen a revertir la situación descrita.

Por lo anterior, se hace indispensable la creación de un servicio de guardaparques y la instalación de una barrera fitosanitaria, así como de un adecuado sistema de protección contra eventuales incendios forestales.

Más importante aún es que el público tome conciencia del carácter único del ecosistema que alberga el Santuario y de la responsabilidad que conlleva la mantención de su delicado equilibrio.

El área peninsular de Hualpén, que comprende 747 hectáreas, fue afectada por la existencia de 82 pertenencias mineras en el lugar, cuyo objeto es la explotación industrial de canteras y que abarcan más del 95% de la superficie mencionada.

⁴⁸⁷Diario *El Sur*, 13 de abril y 23 de noviembre de 1986.

Con razón don Víctor Solar Manzano expresó que, de resolverse favorablemente la petición formulada por las concesionarias ante el Consejo de Monumentos Nacionales, dándose comienzo a las faenas, muy pronto la acción sistemática de la dinamita habrá afectado gravemente la interesantísima conformación geológica de Hualpén, desapareciendo con ella su belleza escénica natural.

Por todo esto, la solicitud referida enfrentó la oposición de personas como el destacado periodista don Víctor Solar M., y de diversas instituciones y organismos, entre las cuales se encuentran la Asociación de Periodistas Científicos y la Sociedad de Historia de Concepción, que tiene como una de sus funciones contribuir a velar por el patrimonio histórico regional. Lamentablemente, el Consejo terminó por autorizar la explotación.

103. LOS ÚLTIMOS AÑOS

A pesar de la estrechez de recursos, durante los últimos años, que coinciden con la gestión administrativa de don Juan Parra Cataldo, el Museo ha sido objeto de sustanciales mejoras.

A contar de abril de 1990 y por espacio de varios años, se desempeñó como Administrador General don José Andrade Navarrete, con iguales exitosos resultados.

Así, entre otros aspectos, se construyó un área de picnic y un módulo destinado a Oficina Administrativa; se habilitó una "Sala de Viajes", con la información extraída de los apuntes de viaje y de las colecciones de periódicos y menús del señor Del Río; se confeccionaron dos folletos informativos del Museo y se instalaron circuitos eléctricos en el lugar.

Durante la misma administración, además, se adquirieron un sistema computacional, motobomba, motosierras y otras especies para los usos del Parque, así como un sistema de comunicaciones por radio de banda ciudadana y un teléfono celular, con lo que se puso fin al aislamiento en que se hallaba el Museo. Se aplicó un plan de reforestación con árboles autóctonos, se construyeron cortafuegos y se instaló un sistema impulsor de agua para regadío en el sector del Museo⁴⁸⁸.

En estos años, por otra parte, fueron legalizados y actualizados los contratos de Medierías, Comodatos y Arriendos que recaen sobre porciones del fundo. Es interesante observar el celo conservativo de que dan cuenta muchas de sus disposiciones. En efecto, en un contrato de arriendo, suscrito a comienzos de 1990, puede leerse:

"El Arrendatario queda obligado a reponer con árboles autóctonos los que por

⁴⁸⁸Acta de Entrega de la Presidencia de la Comisión Administrativa del Parque "Pedro del Río Zañartu", Concepción, 10 de marzo de 1990. Archivo del Museo de Hualpén.

efecto del tiempo se destruyan” (cláusula séptima); “le queda estrictamente prohibido al Arrendatario explotar, talar o derribar, en parte alguna, los árboles en pie..., de acuerdo a lo estipulado en el testamento de don Pedro del Río Zañartu...” (octava). Con el mismo fin, agrega la cláusula undécima: “Expresamente no podrá dedicar este predio a la explotación cunícola, sus derivados o pastoreos de caprinos”.

En 1983, las antropólogas Eliana Falcon y Graciela Abrigo confeccionaron un inventario de los objetos en exhibición; este trabajo es de gran valor, pues es primera vez que se realiza desde la entrega del legado a la Comisión Administrativa.

El mismo año, con la colaboración de la Dirección Nacional de Bibliotecas, Archivos y Museos, a través del Museo de Concepción y de su Director Eduardo Brousse S., quien prestó asesoría técnica, se procedió a la reorganización de las colecciones, de acuerdo a cánones museológicos modernos, con el criterio de reconstituir el legado original de don Pedro del Río, desvirtuado por numerosas donaciones posteriores, muchas de ellas sin valor⁴⁸⁹.

Por último, en cuanto al estado estructural de la Casa Museo y su posible restauración, se efectuaron dos interesantes estudios, los que no han podido ser materializados por razones primordialmente económicas.

El primero, que hemos citado, fue realizado, en 1981, por los arquitectos señores Tomás Reyes V. y Francisco Valenzuela F., y se titula *Estudio y Anteproyecto para la Restauración de la Casa del Museo Pedro del Río Z.* El segundo, rotulado *Informe Preliminar y Recomendaciones de Trabajos Prioritarios, en forma sectorizada*, es obra de los arquitectos señores Marcelo López O. y Karin Ernst, y data de 1989⁴⁹⁰.

104. PRESENTE Y PROYECCIONES DEL PARQUE DE HUALPÉN

Actualmente, en cada temporada de verano, el parque “Pedro del Río Zañartu” recibe visitantes en número aproximado a las 30 mil personas. A su disposición se halla, junto a la maravillosa naturaleza de Hualpén, un Museo con alrededor de cuatro mil objetos, provenientes de cincuenta países, que puede visitarse durante todo el año.

A cargo de este valioso legado se encuentra, a partir del 1 de febrero de 1995, don Héctor Gutiérrez Velásquez, en calidad de Administrador General, designado por la Comisión Administrativa del Parque. Junto a él se desempeñan, con gran mística, otros ocho funcionarios, entre los que destaca don Juan Stuardo S., quien labora en el fundo desde hace más de treinta y cinco años.

⁴⁸⁹Diario *El Sur*, 3 de abril de 1983.

⁴⁹⁰Ambos trabajos, actualmente inéditos, se encuentran en el Archivo del Museo de Hualpén.

La Comisión Administrativa, secundada por el Administrador, se halla empeñada en la recuperación integral del Parque, a fin de transformarlo en un gran centro cultural y recreativo, dando así pleno cumplimiento a las disposiciones de Pedro del Río.

De esta manera, en mayo de 1990 fue suscrito un convenio entre la Comisión Administrativa, la Facultad de Arquitectura, Construcción y diseño de la Universidad del Biobío y la Delegación Regional del Colegio de Arquitectos de Chile, "con el objeto —señala la cláusula primera del referido convenio— de rehabilitar el Parque 'Pedro del Río Zañartu' y lograr el uso adecuado y permanente por parte de la población del Centro metropolitano de Concepción y de la región toda", para lo cual se convocaba a los arquitectos del país a un Plan General de Zonificación y Desarrollo Físico del Parque.

La configuración definitiva del centro, definida en un concurso nacional de anteproyectos, ocuparía una superficie de 50 hectáreas y demandarían una inversión de 600 millones de pesos. Se contempla la construcción de un anfiteatro para espectáculos culturales y musicales; un área para restaurantes; una zona polideportiva y plazas de juegos para niños.

Se aspira, además, a la creación de un museo tecnológico de las actividades económicas características de la Octava Región, así como la instalación de un Parque Zoológico⁴⁹¹.

Por último, el proyecto contempla la zonificación del Parque, con especial énfasis en la protección de la rica vegetación y especies arbóreas autóctonas, para lo cual se efectuará, con el apoyo de las Universidades de la zona, una clasificación de las especies, para conocimiento de los visitantes.

La materialización de estas ideas se halla a cargo de la Comisión Pencopolitana de Desarrollo, a través de la subcomisión de Desarrollo Social, Cultural y Educativo, que preside el diario *El Sur*⁴⁹².

El 19 de diciembre de 1995, con ocasión del Acto Central de Aniversario del Museo Hualpén, por decreto alcaldicio de esa fecha, la I. Municipalidad de Concepción declaró a don Pedro "Personalidad Histórica de Concepción". La distinción se fundó en sus cualidades de patriota, filántropo, regionalista y empresario. El señor Del Río es el primer personaje penquista en recibir esta distinción⁴⁹³.

En los últimos años se han realizado múltiples actividades. Estas tienen por objetivos la protección del patrimonio histórico y ambiental del Parque, el mejoramiento de los servicios al público y la difusión del legado del señor Del Río. Con estos fines, se ha desarrollado la imagen corporativa del Museo, con ayuda de expertos; se exhibe

⁴⁹¹ *El Mercurio*, 21 de mayo de 1990; *El Sur*, 6 de mayo de 1990.

⁴⁹² *El Sur*, 3 de junio de 1990.

⁴⁹³ *El Sur*, 20 de diciembre de 1995.

una muestra fotográfica itinerante en todas las comunas de la Provincia y se han realizado concursos literarios y pictóricos.

De esta manera, las iniciativas reseñadas persiguen que Hualpén llegue a ser, como lo soñaba Pedro del Río, "con el tiempo, el paseo favorito de la ciudad de Concepción". De concretarse éstas, su ciudad natal vería cumplirse por fin, transcurrido un siglo desde la gestación del proyecto, el mayor anhelo del ilustre filántropo.

BIBLIOGRAFÍA

Diego Arias de Saavedra

1. *Purén Indómito*, Biblioteca Antigua Chilena, Universidad de Concepción, Editorial La Noria, 1984.

Diego Barros Arana

2. *Un decenio de la Historia de Chile (1841-1851). Obras Completas de Diego Barros Arana*, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, Santiago, 1913.
3. *Historia Jeneral de Chile*, Rafael Jover Editor, Santiago, 1886.

Alberto Blest Gana

4. *Los trasplantados*, Editorial Zig-Zag, Santiago 1961.

Enrique Bunster

5. *El bombardeo de Valparaíso y otros relatos*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1948.

Juan Bautista Bustos y J. Joaquín Salinas

6. *Concepción ante el Centenario. 1810-1910*, Imprenta Valparaíso, Concepción, 1910.

Fernando Campos Harriet

7. *Los Defensores del Rey*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1958.
8. *Historia de Concepción. 1550-1970*, Editorial Universitaria, Santiago, 1982, tercera edición.
9. *Alonso de Ribera, Gobernador de Chile*, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1973.
10. *Leyendas y tradiciones penquistas*, Editorial Orbe, Santiago, 1974.
11. *Concepción en la primera mitad del siglo XX*, Gráfica Andes, Santiago, 1985.
12. *Las fundaciones de Concepción*, en: "Serie de estudios y documentos para la historia de las ciudades del reino de Chile, que publica la Academia Chilena de la Historia en conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América", Academia Chilena de la Historia, Editorial Universitaria, Santiago, 1986.

Mariano José Campos Menchaca, S.J.

13. *Nahuelbuta*, Editorial Francisco de Aguirre S.A., Santiago, 1972.

Ricardo Cox Méndez

14. *Recuerdos de 1891*, Imprenta Nascimento, Santiago, 1944.

Domingo B. Cruz Quintanilla

15. *El ilustrísimo señor don José Hipólito Salas*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1922.

Carlos Darwin

16. *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Librería El Ateneo, Buenos Aires, 1951.

Abraham del Río Soto Aguilár

17. *El Libro Verde de los Del Río*, Imprenta Zig-Zag, Santiago, 1919.

Pedro del Río Zañartu

18. *Viaje en torno al mundo por un chileno*, Litografía e Imprenta Concepción, Souloudre y Cía., Concepción, 1909, segunda edición.

19. *Tercer viaje en torno al mundo*, Litografía e Imprenta Souldre, Concepción, 1912.
20. *Nuevos Viajes*, Imprenta y Encuadernación Barcelona, Santiago, 1897.

Manuel Dinamarca

21. *La República Socialista*, Ediciones Documentas, Santiago, 1987.

Ignacio Domeyko

22. *Mis viajes*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1978.

Alberto Edwards Vives

23. *La fronda aristocrática*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1972.
24. *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, Santiago, 1976.

Francisco A. Encina

25. *Nuestra inferioridad económica*, Editorial Universitaria, Santiago, 1990.
26. *Historia de Chile*, Editorial Ercilla, Santiago, 1983.

Juan Luis Espejo

27. *Nobiliario de la Capitanía General de Chile*, Editorial Andrés Bello, Imprenta y Litografía Universo, Santiago, 1967.

Enrique Espinoza

28. *Geografía descriptiva de la República de Chile*, Imprenta Barcelona, Santiago, 1903, quinta edición.

Jaime Eyzaguirre

29. *Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren, 1896-1901*, Empresa Editorial Zig-Zag S.A., Santiago, 1957.

Pedro Xavier Fernández Pradel

30. *Linajes vascos y montañeses en Chile*, Talleres Gráficos San Rafael, Santiago, 1930.

Margarita Fernández Sánchez

31. *Historia del Cementerio de Concepción*, Imprenta Renacimiento, Concepción, 1989.

Ricardo Ferrando Keun

32. *Y así nació la frontera...*, Editorial Antártica S.A., Santiago, 1986.

Virgilio Figueroa

33. *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile*, Establecimientos Gráficos Balcells y Cía., Santiago, 1931.

Pedro Pablo Figueroa

34. *Diccionario biográfico de Chile*, Imprenta Barcelona, Santiago, 1901.

Hernán Godoy

35. "El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX", en: *Pensamiento Nacionalista*, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1964.

Alvaro Góngora E.

36. *La Banca en Chile. Reseña Histórica del Banco Concepción*, Impresora y Editora Ograma S.A., Santiago, 1990.

Gabriel Guarda, O.S.B.

37. *Flandes Indiano, las fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1990.

Jorge Inostrosa

38. *El Correidor de Calicanto*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1974.

Leonardo Mazzei de Gracia y Arnoldo Pacheco Silva

39. *Historia del traslado de la ciudad de Concepción*. Editorial de la Universidad de Concepción, Concepción, 1985.

Leonardo Mazzei de Gracia

40. *Sociedades Comerciales e Industriales y Economía de Concepción 1920-1939*, Editorial Universitaria, Santiago, 1991.

Emilio Meneses C.

41. *El Factor Naval en las relaciones entre Chile y los Estados Unidos (1881-1951)*, Editorial Universitaria, Santiago, 1930.

Carlos E. Muñoz Labraña

42. *Club Concepción, 1867-1990*, Editorial Aníbal Pinto, 1990.

René Louvel Bert

43. *Crónicas y semblanzas de Concepción*, Imprenta Renacimiento, Concepción, 1988.

Reinaldo Muñoz Olave

44. *El Instituto Literario de Concepción. 1823-1853*, Imprenta Chile, Santiago, 1922.

Carlos Oliver Schneider

45. *Libro de Oro de la Historia de Concepción* (con Francisco Zapatta S.), Imprenta Litográfica Concepción, Concepción, 1950.

46. *Guía Catálogo del Museo de Gualpén*, V. Rojas, Concepción, 1949.

Gustavo Opazo Maturana

47. *Familias del Antiguo Obispado de Concepción, 1551-1900*, Editorial Zamorano y Caperán, Santiago, 1957.

Vicente Ossa F., Abraham Serrato y Fanor Contardo

48. *Concepción en el Centenario Nacional, 1810-1910*, Litografía e Imprenta Soulodre y Cía., Concepción, 1910.

Nicolás Palacios

49. *Raza Chilena*, Ediciones Colchagua, Santiago, 1987.

Tancredo Pinochet

50. *La conquista de Chile en el siglo XX*, Imprenta La Ilustración, Santiago, 1909.

Eduardo Poeppig

51. *Un testigo en la alborada de Chile*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1960.

Alberto Recart Novión

52. *El Laja, un río creador*, Editorial Jerónimo de Vivar, Santiago, 1971.

Luis Roa y Ursúa

53. *El Reyno de Chile, 1535-1810*, Tipografía Cuesta, Valladolid, España, 1945.

Padre Diego de Rosales

54. *Historia General de el Reyno de Chile, Flandes Indiano*, Imprenta El Mercurio, Valparaíso, 1877.

Julene Salazar González y Roberto Hernández Ponce

55. *Cuatrocientos años de presencia Vasca en Chile*, Arancibia Hnos. y Cía. Ltda., Santiago, 1991.

Raúl Silva Castro

56. *Ideas y confesiones de Portales*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1954.

Sin autor

57. *El Libro de Oro de la Provincia de Concepción*, Talleres Gráficos de El Imparcial, Santiago, 1944.

Carlos Soto Ayala

58. *El Liceo de Concepción*, Imprenta y Litografía Barcelona, Santiago, 1915.

Mario Valdés Urrutia

59. *El patrimonio de Valdivia en Chile*, Tesis de Grado en Historia y Geografía, Universidad de Concepción, Concepción, 1985.

Luis Valencia Avaria

60. *Anales de la República*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1986.

Gonzalo Vial Correa

61. *Historia de Chile (1891-1973)*, Editorial Santillana, Santiago, 1981.

Sergio Villalobos R.

62. *Historia de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1974.

63. *La aventura chilena de Darwin*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1974.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

- Abascal (Virrey): 70
Abrigo, Graciela: 251
Aguayo Evans, Nicanor: 133
Agüero, Aristides: 181
Aguilera, Aristides: 133
Aguirre (Y) Balzategui, María de: 39
Alarcón del Canto, Armando: 145, 245
Alemparte, Juan: 71
Alessandri Palma, Arturo: 99
Andrade Navarrate, José: 250
Aninat, Antonio: 133
Aninat, Arturo: 95
Arcaya (Y) Huendica, Juan Luis de: 37
Arcaya (Y) Varas, María Cruz de: 37
Arechavala (Y) Olavarría, Gertrudis de: 41
Arias de Saavedra, Diego: 69
Arrau, Lorenzo de: 45, 46
Arrau Santa María, María Clara: 43, 44, 46, 74
Arrazola (Y) Araoz, María Juana de: 39
Artigas (Y) Arranz, Nicolasa de las Nieves: 45

B

- Baeza, Francisco Angel de: 45
Baeza Toquemada, Isabel: 45, 74
Balmaceda, Manuel: 43, 99, 199, 200, 206, 207, 208, 209, 211, 212, 213, 214
Balzategui (Y) Gauna, María Antonia de: 39
Baños Espinoza, Julio: 207, 211
Barceló, Francisco: 170
Barrenechea (Y) Carrera, Francisca Javiera: 41
Barros Arana, Diego: 21, 32
Barros Luco, Ramón: 209
Barros Méndez, Luis: 126, 147, 150, 153
Bello, Emilio: 211
Benavente, Diego José: 95
Binimelis Andrade, Domingo: 49
Binimelis Campos, Pascual: 24, 52, 65, 71, 81, 84, 86
Blest Gana, Alberto: 164
Brañas: 93
Bravo, Enrique: 72
Briceño, Rodolfo: 200, 207, 208, 210, 214
Brousse S., Eduardo: 251
Bulnes, Manuel: 21, 70

- Bunster, Enrique: 77
Burton: 93
Bustos, Juan Bautista: 38

C

- Cabrito, Salvador: 46
Campos E., Miguel: 101
Campos Harriet, Fernando: 20, 22, 23, 25, 69, 70, 71, 74, 126
Carlier y Rojas, María de las Nieves: 73
Carlos III: 46, 72
Carlos V: 39, 68
Carnegie, Andrew: 181, 235
Castillo, José María: 101
Caupolicán: 55
Coddou, Alberto: 133
Collao, Miguel Ignacio: 102, 227
Concha, Malaquías: 190
Corbalán, José Agustín: 126
Córdova (Y) Figueroa, Pedro de: 73
Correa, Felipe: 55
Courcelle-Seneuil: 185
Coveña, Aurelio: 112
Coveña García, Antonio: 112
Coveña García, Aurelio: 112
Coveña García, Raquel: 112
Cox Méndez, Ricardo: 203, 208
Cruz (Y) Contreras, Pablo de la: 38
Cruz (Y) Goyeneche, Luis de la: 44
Cruz (Y) Goyeneche, Nieves de la: 38, 44
Cruz Prieto, José María de la: 21, 44, 74, 84
Cruz Quintanilla, Domingo Benigno: 119, 126, 201, 203, 227
Cruz Zañartu, Delfina de la: 44, 74, 75, 83

D

- Darwin, Carlos: 17, 18
Díaz, Porfirio: 205
Domeyko, Ignacio: 18, 19, 20, 25, 63, 119
Dominguez, José: 101

E

- Echavarría, María Mercedes de: 40
Edwards, Alberto: 200

Eguiluz, Catalina de: 33
 Encina, Francisco Antonio: 32, 200
 Ernst, Karin: 251
 Errázuriz, María: 211
 Errázuriz Z., Federico: 201
 Escobar, Luis: 232
 Espejo, Juan Luis: 35

F

Falcon, Eliana: 251
 Fernández Pradel, Pedro Xavier: 39
 Fernández Sánchez, Margarita: 71
 Fernández, Silveria: 43
 Fernando de Aragón: 34
 Figueroa, Pedro Pablo: 211
 Figueroa, Virgilio: 51
 Florent (o Florencia), Inés: 44
 Francisco José de Austria: 54
 Freire, Ramón: 21
 Fuentealba S., Manuel: 101
 Fuentes: 93
 Fuentes, David: 77
 Fuentes Ríos, Emiliano: 141, 142
 Fuenzalida, Gilberto: 201

G

Galaz, Alejandro: 83
 García: 93
 García, José de los Dolores: 76, 84
 García López, Antonio: 112
 García del Río, Carmela: 80, 112
 García del Río, Isabel: 77, 78, 80, 112
 García del Río, Sabina: 79, 80, 82, 112
 García de Zavalla, María: 35
 Garibay: 35
 Gastetua, Diego de: 37
 Gastetua y Ugalde, María Josefa de Gleisner: 37
 Gleisner: 77
 Godoy, Hernán: 192
 Gomendio, Luis: 40
 Gómez, Virginio: 133, 236
 Grove, Marmaduke: 72
 Guerra y Sandoval, Juan Alfonso: 33, 34
 Guill y Gonzaga (Gobernador): 37
 Gutiérrez Velásquez, Héctor: 251
 Guzmán, Desiderio: 131
 Guzmán, Samuel: 133, 151, 235

H

Henestrosa, José: 40
 Hinojosa, Teófilo: 107, 133, 232

I

Ibáñez del Campos, Carlos: 72
 Ibieta, Ignacio: 102, 149
 Inostrosa, Jorge: 40

Iriarte, Antonia de: 40
 Izquierdo, Luis Enrique: 232

J

Jiménez de Goyeneche, Antonia: 38
 Jong (General): 143

K

Köster: 79, 80
 Krauss, J.: 194

L

Labarca, Plácido: 120, 203
 Lacourt: 99
 Lagos, Pedro: 170
 Lamas Miranda, Víctor: 170
 Larenas, Edmundo: 133
 Larenas, Eleodoro: 227
 Las Heras, Juan Gregorio de: 71
 Lawrence: 226
 Leblanc: 207
 Leclerc de Vicourt, Isabel: 126
 Lemoine, M.J.: 165
 López O., Marcelo: 251
 Louvel Bert, René: 130, 131
 Lyon of Glamis, John: 45
 Lyon, Jorge: 45

M

Malagüeño, Floridor: 133, 149
 Manso de Velasco (Gobernador): 45
 Martínez, Juan Manuel: 244
 Martínez Rioseco, Lisandro: 19, 25, 52
 Masenlli, Francisco: 227
 Mathieu: 93
 Matta Goyenechea, Guillermo: 171, 204, 226,
 237, 240
 Menchaca Urrejola, Isabel: 101
 Meneses C., Emilio: 179
 Millán, Antonio: 77
 Mitiane, Carlos: 69
 Molina Garmendia, Enrique: 133, 236
 Monroe: 179, 180
 Montané Urrejola, Onofre: 129
 Montes de Oca, Juana de: 45
 Montt Alvarez, Jorge: 175
 Montt Montt, Pedro: 99, 175, 210
 Moratilla, F.: 123
 Murillo: 51

N

Neira, Timoteo: 100

O

O'Higgins, Ambrosio: 38, 41
 O'Higgins, Bernardo: 21, 43, 45

- Olivares R., Manuel: 101
 Oliver Schneider, Carlos: 19, 38, 50, 55, 56, 72, 73, 134, 225, 242
 Opazo y Estrada, Catalina de: 43
 Opazo Maturana, Gustavo: 44
 Ordóñez, José: 70
 Orueta y Resusta, María de: 40
 Ossa F., Vicente: 78, 230
- P**
 Palacios y Aristegui, Teresa de: 40
 Palacios, Nicolás: 192
 Palacios Villela, Juana María de: 41
 Pantoja (Y) de la Maza, Amelia: 51
 Parada Benavente, Julio: 133, 236
 Pareja, Antonio: 70
 Parra Cataldo, Juan: 244, 250
 Pastene, Juan Bautista: 68, 69
 Pelegrí, J.: 87
 Peña y Figueroa, Luz: 38, 43
 Pereira, María: 168, 238
 Pérez de Campicelay, María: 39
 Pérez M., José Joaquín: 167
 Pérez de Zañartu-Beitia, Juan: 39
 Pérez de Zañartu y San Pelayo, Juan: 39
 Pio X: 120
 Pinochet Le Brun, Tancredo: 186, 191, 192, 195
 Pinto Garmendia, Anibal: 44, 75, 83, 102
 Pitts: 96
 Plummer D'Elano, Teresa: 51
 Poeppig, Eduardo: 17, 20, 64
 Portales, Diego: 179
 Porter y Casanate, Pedro: 69
 Prats Bello, Belisario: 176
 Price, Samuel: 84
 Prieto de la Cruz, Manuel: 43, 51, 76, 81, 83, 84
 Prieto del Río, María Rosa: 43
 Prieto Vial, Joaquín: 21, 84
 Puga, Manuela: 97
- R**
 Ramos, Luis: 133
 Raurich, Francisco: 99
 Reed, Edwin C.: 104, 194
 Reyes V., Tomás: 243, 251
 Ribera, Alonso de: 69
 Riesco Errázuriz, Germán: 210, 211, 212, 214
 Río, Abraham del: 49
 Río y Arcaya, Gaspar del: 38, 44
 Río (Y) Cruz, Carlos Andrés del: 38, 43
 Río (Y) Cruz, José Raimundo del: 38
 Río (Y) Cruz, Pedro José del: 38, 44, 49, 50, 51, 70, 71, 75, 76, 126
 Río (Y) Cruz, Ramón Vicente del: 38, 54
 Río (Y) Eguilluz, Lucas del: 33
 Río de García, María Isabel del: 79, 95, 112
 Río y Gastetua, Joaquín del: 33, 37, 38, 46
 Río, Juan del: 33, 38*
 Río, Lope del: 34
 Río Morel, Pedro del: 99
 Río Peña, Margarita del: 51
 Río de Pinto, Teresa del: 209
 Río y Savalla, Manuel del: 35
 Río Serrano, Alfredo del: 51, 112
 Río Serrano, Ana Rosa del: 121
 Río Serrano, Guillermo del: 51, 120, 123, 128, 150
 Río Serrano, Pedro del: 51, 81, 82, 87, 88, 105, 154, 242**
 Río Urrejola, Pedro del: 127
 Río y Vargas Machuca, Pedro del: 38
 Río y Víguri, Manuel del: 33, 34, 35, 38
 Río y Víguri, Martín del: 33
 Río Zañartu, Adela del: 51
 Río Zañartu, Aristides del: 51, 78, 81, 82, 83, 84, 105, 111, 121, 232
 Río Zañartu, Artemio del: 51, 76, 81, 83, 84, 86, 111
 Río Zañartu, Celedonio del: 51, 83, 84, 86, 111, 232
 Río Zañartu, Nestor del: 51, 83
 Río Zañartu, Parmenia del: 43, 51, 83, 84
 Ríos Morales, Juan Antonio: 133
 Rivera, Juan de Dios: 71
 Roa, Efraín: 235
 Roa y Ursúa, Luis: 37, 74
 Romero, Abraham: 123, 131
 Rosales, Diego de: 63, 69
 Ross, Luis: 192
- S**
 Sagardía, Miguel: 95, 113
 Salas, José Hipólito: 24, 201
 Salas Maturana, Eliseo: 133, 234
 Salinas, J. Joaquín: 38
 Sanders, Thomas: 20
 Sanfuentes, Enrique Salvador: 211
 Sanfuentes, Juan Luis: 214
 San Martín, Hernán: 242
 San Pelayo, Domenja de: 39
 Santa María y Arrigas, Carmen: 45
 Santa María (Y) Baeza, Isabel de: 45
 Santa María (Y) Baeza, Manuel: 45
 Santa María Escobedo, José de: 44
 Santa María Escobedo y Florent, Antonio Narciso de: 44, 45, 46, 73, 74

*Son dos Juan del Río uno, pag. 31, fundador de la rama de los Del Río Gastetua y el otro, pag. 36, cabeza en Chile de los Del Río y Vargas Machuca.

**En pag. 119 aparece otro Pedro del Río Serrano, es el hijo del filántropo, muerto en la infancia.

Santa María, Tomasa de: 41, 46, 74
 Santos, Manuel: 100, 101
 Schleyer, Juan: 96
 Serrano Squella, Adela: 51, 105, 121
 Serrano Squella, Ana Rosa: 51, 91, 97, 121, 123, 126
 Serrano Vásquez, Horacio: 121
 Solar Manzano, Víctor: 71, 247, 250
 Somerscales, Thomas: 56
 Soto Ayala, Carlos: 54
 Soto, Federico: 225
 Sotomayor y Baeza, Rafael: 23
 Soulodre, J.V.: 157
 Sporerer, Arturo: 185, 187, 193
 Squella y Puga, Rosa: 121
 Stuardo S., Juan: 251
 Subercaseaux, Benjamín: 62, 138, 150, 243

T

Tagle Plaza de los Reyes, Leoncio: 227, 237
 Tejada, Francisco de: 73
 Trujillo (Y) Jacón, Juan Antonio de: 41
 Trujillo (Y) Zañartu, Pedro: 44
 Trujillo Zañartu, Petronila: 43, 44, 74
 Trumbull: 93

U

Ubera (Capellán): 45
 Ugalde, Estefanía de: 36
 Ugalde, Pedro León: 72
 Unzueta, Tránsito: 126
 Uriburu, José de: 173
 Urrejola, Alejandro: 46, 126
 Urrejola, L. Gonzalo: 100, 126
 Urrejola, Luis: 126
 Urrejola, Onofre Montané: 129
 Urrejola, Rafael: 227
 Urrejola Unzueta, Carmen: 46, 80, 87, 92, 99,
 100, 101, 105, 112, 113, 126, 127, 128, 129, 130,
 131, 152, 154, 176, 230, 236, 238, 240, 242
 Urrejola Unzueta, Daniel: 92, 99, 119
 Urrejola Unzueta, Francisco: 119
 Urrejola Unzueta, Gonzalo: 126, 188
 Urruela, María de: 33
 Urrutia Infante, Zenón: 32, 39
 Urrutia Manzano, Zenón: 133
 Urrutia Rozas, Luis: 211
 Urrutia, Zacarías: 83

V

Valdivia, Pedro de: 31, 68, 69, 72, 73
 Valenzuela F., Francisco: 243, 251
 Varas y Martos, María Josefa: 37
 Vargas Novoa, Agustín: 211
 Vergara, Pedro Bernardo: 71
 Vial, Gonzalo: 32, 91, 105, 107, 174, 185, 187,
 189, 191, 200, 214

Víctor Manuel III: 153
 Vicuña, Claudio: 211
 Vicuña Fuentes, Carlos: 72
 Vicuña Mackenna, Benjamín: 21, 22, 23, 38, 39,
 52, 55, 92, 93, 97, 118, 138, 143, 148, 149, 167
 Vigurí y Urruela, Juana de: 33
 Vigurí, Vicente de: 33
 Villa Novoa, Pedro: 133
 Villarino, Joaquín: 76
 Viscay, Martín de: 35

Y

Yusseff, Antonio: 100

Z

Zañartu (Y) Aguirre, Juan de: 40
 Zañartu (Y) Aguirre, Martín de: 40
 Zañartu (Y) Arechavala, Mercedes de: 41
 Zañartu Arrau, Domitila: 44
 Zañartu Arrau, Ignacio: 43, 74, 76
 Zañartu Arrau, Juana: 43
 Zañartu Arrau, Tránsito: 44, 83
 Zañartu y Balzategui, Juan de: 39
 Zañartu y Barrenechea, Ramón de: 41, 43, 46, 74
 Zañartu-Beitia y Arrazola, Andrés de: 39
 Zañartu y Campicelay, Juan Martín de: 39, 40
 Zañartu, Enrique: 211
 Zañartu, Estebariz de: 39
 Zañartu Fernández, Manuel de: 43
 Zañartu e Iriarte, Luis Manuel de: 40, 41, 120
 Zañartu e Iriarte, Miguel Antonio: 40
 Zañartu, Juana de Mata: 43
 Zañartu Opazo, Alejo: 43
 Zañartu Opazo, José María: 43
 Zañartu Opazo, Manuel: 43
 Zañartu Opazo, Vicente: 43
 Zañartu (Y) Orueta, José de: 40, 41
 Zañartu Palacios, Francisco: 40
 Zañartu Palacios, José de: 40
 Zañartu Palacios, Luisa: 40
 Zañartu Palacios, Manuel Antonio de: 40, 41
 Zañartu Palacios, Teresa: 40
 Zañartu, Pedro Luis: 211, 223
 Zañartu del Río, Carlos: 43
 Zañartu, Sancho de: 39
 Zañartu Santa María, Francisca: 43
 Zañartu Santa María, Juan: 41
 Zañartu Santa María, Manuel: 43, 44, 46, 74, 75
 Zañartu Santa María, Miguel: 43
 Zañartu Santa María, Pedro José: 41, 43, 44, 74
 Zañartu (Y) Trujillo, Francisca: 38, 44, 49, 50,
 51, 65, 74, 75, 77, 81, 83, 86, 101, 121, 126
 Zañartu (Y) Trujillo, Josefa: 43, 44, 74, 84, 86
 Zañartu Zañartu, Aníbal: 43, 208
 Zañartu Zañartu, Manuel Aristides: 43, 208
 Zárate, Santiago: 79
 Zegers, Julio: 212

INDICE GENERAL

INTRODUCCION. CONCEPCION A MEDIADOS DEL SIGLO XIX 15

1. Destrucciones y reconstrucciones, 17. / 2. El ambiente militarizado de la época, 19. / 3. El auge de la actividad económica, 20. / 4. Aislamiento y abatimiento, 21. / 5. Población y progreso material, 23. / 6. La sociedad penquista y los nuevos aires liberales, 25.

PRIMERA PARTE: PERSONALIDAD Y OBRA

CAPITULO I. ESTIRPE 29

7. La inmigración vasca, 31. / 8. Familia Del Río, 33. / 9. Familia Zañartu, 39. / 10. Familia Santa María, 44.

CAPITULO II. AÑOS DE MOCEDAD 47

11. Nacimiento. Sus padres y hermanos, 49. / 12. Infancia, 52. / 13. Estudios, 54.

CAPITULO III. EL FUNDO HUALPEN 57

14. La casa patronal y el parque adyacente, 59. / 15. Descripción geográfica del fundo Hualpén, 63. / 16. El fundo Hualpén en la Historia, 68. / 17. La formación del fundo Hualpén, 72. / 17.1. Durante la Colonia, 72. / 17.2. Evolución posterior, 74. / 17.3. Pedro del Río adquiere los primeros terrenos en Hualpén, 76. / 17.4. Formación del Barrio "Pedro del Río Zañartu", 78. / 17.5. Los terrenos de calle Zañartu, 79. / 17.6. La división del fundo. Chepe y Cerro Verde, 81. / 17.7. Los terrenos del futuro Parque "Pedro del Río Zañartu", 84. / 17.8. El legado a la ciudad de Concepción, 86.

CAPITULO IV. PEDRO DEL RIO, EMPRESARIO 89

18. Actividad empresarial. Exitos y fracasos, 91. / 19. Posesiones agrícolas. "Santa Fe" y la Frontera, 94. / 20. Empresario progresista, 96. / 21. La tragedia. Sus viajes, 95. / 22. El matrimonio Del Río Urrejola. Bienes aportados, 98. / 23. El fundo "San José", 100. / 24. Presidente del Banco de Concepción, 102. / 25. Dos proyectos novedosos, 103. / 26. Los últimos años, 104. / 27. Preocupación por el problema social, 105.

CAPITULO V. VIDA Y ESTAMPA 109

28. Subdelegado en Talcahuano, 111. / 29. El Club Concepción, 111. / 30. Descendencia de don Pedro del Río Zañartu, 112. / 31. Estampa, 112. / 32. Orgullosa, osado, impetuoso, 117. / 33. Un católico "poco practicante", 119. / 34. El primer matrimonio. La tragedia, 121. / 35. El Mausoleo de don Pedro del Río Zañartu y su familia, 123. / 36. Concepción al regreso de don Pedro, 124. / 37. El segundo matrimonio. Doña Carmen Urrejola, 126. / 38. Los años finales, 128. / 39. La mansión de doña Carmen Urrejola, 129. / 40. Los últimos días. Funerales, 131.

CAPITULO VI. PEDRO DEL RIO, VIAJERO UNIVERSAL 135

41. Su afición por los viajes, 137. / 42. Los viajes en la época de don Pedro del Río, 138. / 43. Primer viaje en torno al mundo. Itinerario, 141. / 43.1. La partida. Del Estrecho de Magallanes al Canadá, 141. / 43.2. Rumbo a Oriente, 142. / 43.3. Por Europa y Africa, 144. / 43.4. El regreso, 146. / 44. Sus crónicas de viaje, 147. / 45. Publicación y distribución, 148. / 46. Sus escritos y la crítica, 149. / 47. Segundo viaje en torno al mundo, 152. / 48. Las crónicas de su segundo viaje, 153. / 49. Tercer viaje en torno al mundo. Itinerario, 152. / 50. En contacto con un mundo cambiante, 155. / 51. Las crónicas de su tercer viaje, 157. / 52. El cuarto viaje: Europa y Africa del Norte, 158.

SEGUNDA PARTE: PENSAMIENTO

CAPITULO VII. PATRIOTISMO 161

53. Un sentimiento integral y concreto, 163. / 54. Lejos de la patria, 163. / 55. La prensa extranjera, 165. / 56. Su patriotismo desafiado, 166. / 57. Capitán del Batallón Cívico de Concepción, 167. / 58. El patriota y la infancia, 168. / 59. La Guerra del Pacífico, 168. / 60. Un generoso estímulo al Batallón penquista, 169. / 61. Las relaciones con Argentina, 172. / 62. Planteamientos en materia de defensa, 174. / 63. Un noble ofrecimiento, 176. / 64. El americanismo, 177. / 65. El caso panameño, 178. / 66. Chile y Estados Unidos. La Doctrina Monroe, 179. / 67. El apoyo a la independencia cubana, 180. / 68. Americanismo y filantropía, 181.

CAPITULO VIII. PENSAMIENTO ECONOMICO 183

69. Proteccionismo y librecambismo, 185. / 70. El apoyo a la industria nacional, 186. / 71. El rol del Estado en la economía. El caso del Ferrocarril, 188. / 72. El impuesto al ganado argentino, 189. / 73. La inconvertibilidad de la moneda, 190. / 74. La penetración del capital extranjero, 191. / 75. Inmigración y colonización, 192. / 75.1. Inmigración y filantropía, 193. / 75.2. Objetivos de la política de inmigración, 194. / 75.3. La inmigración espontánea, 195. / 75.4. Las Sociedades de Colonización, 196.

CAPITULO IX. PENSAMIENTO POLITICO 197

76. Pedro del Río y la política, 199. / 77. Los años previos a la revolución, 200. / 77.1. La educación religiosa, 201. / 77.2. El "clericalismo", 201. / 78. La tolerancia, 203. / 79. El rechazo de una candidatura, 204. / 80. Régimen político. Partidario del presidencialismo, 206. / 81. El balmacedismo, 207. / 82. La Revolución de 1891, 207. / 83. El Partido Liberal Democrático, 209. / 84. Un político sin ambiciones, 210. / 85. Una honrosa comisión, 210. / 86. Crítica a los abusos del parlamentarismo, 212. / 87. Consecuencia política y decepción del partidismo, 214.

TERCERA PARTE: FILANTROPIA

CAPITULO X. REGIONALISMO Y FILANTROPIA	219
88. El influjo de la tragedia, 221. / 89. Planteamientos ecologistas, 222. / 90. Sentimientos regionalistas, 222. / 91. Inquietudes cívicas, 224. / 92. Una epidemia de cólera, 227. / 93. Desvelos por las clases populares, 228. / 93.1. Apoyo a las organizaciones obreras, 229. / 93.2. La Sociedad de Fleteros "Pedro del Río Z.", 229. / 93.3. Pedro del Río y las habitaciones para obreros, 230. / 94. El filántropo y la educación, 233. / 95. El aporte al Comité pro Universidad y Hospital Clínico, 235. / 96. El Premio "Pedro del Río Zañartu", 236. / 97. El Parque "Pedro del Río Zañartu", 239. / 98. La Comisión Administrativa, 240. / 99. Hualpén tras la muerte del filántropo, 242. / 100. La colección de monedas, 244. / 101. Instituciones con sede en el Parque, 244. / 102. Santuario de la Naturaleza, 247. / 103. Los últimos años, 250. / 104. Presente y proyecciones del Parque de Hualpén, 251.	
BIBLIOGRAFIA	255
INDICE ONOMASTICO	259

DONACION



Este libro
se terminó de imprimir
el mes de julio de 1997,
en los talleres de
EDITORA ANIBAL PINTO S. A.
Maipú 769, Fono 241662,
Concepción,
Chile

0199

Cortes Montory, Armando



EL AUTOR

ARMANDO CARTES MONTORY es abogado. Fulbright Scholar. Master of Laws por la Universidad de Houston. Profesor de Derecho Económico de la Universidad San Sebastián y de la Universidad de Concepción. Ex-Presidente del Club Fotográfico de Concepción y Director de la Sociedad de Historia de Concepción. Investigador y autor de diversas publicaciones en revistas especializadas.

RED DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS



SNBP4687418



00190AHC

La vida y obra de don Pedro del Río Zañartu (1840-1918), enmarcadas por las características de dos siglos y también por el carácter penopolitano de entonces, son el resultado de esta notable obra.

Su autor, Armando Cartes Montory, abogado e historiador, hace un real aporte al conocimiento de la historia, tanto regional como chilena. Con profundidad y amenidad, trata las muchas facetas del patriota, filántropo y viajero universal que fue don Pedro del Río Zañartu, señor de Hualpén y unido por esto al aprecio regional.

Obra completa, permite conocer en su amplitud al personaje biografiado y, a la vez, los orígenes, desarrollo y problemas de los hombres y de las realidades de la época.